

Historia

HISTORIA DEL TEATRO DE MEDELLIN Y VEJECES

ELADIO GÓNIMA

Segunda edición de la de 1909

1973

PROLOGO

Deberán la Posteridad, la Literatura y la Historia patrias, a un acto de amor filial, la conservación de las páginas de este libro, escritas por su autor, nuestro finado amigo, ELADIO GONIMA, no en busca de glorias ni de satisfacción de vanidades, como es lo común en quienes se entregan al manejo de la pluma para el público, sino por condescendencia con un amigo periodista, deseoso de darle mayor interés, interés original, a su empresa literaria.

Nada hay tan efímero como lo publicado en nuestros periódicos. Todos leemos rápidamente y sin la debida atención cuanto en ellos se escribe, y las impresiones de una hora borran para siempre las del momento anterior, quedando perdido a perpetuidad su recuerdo en la memoria. Nadie o muy pocos conservan en colección lo publicado, siendo, por ésto, imposible revisarlo o releerlo para estudiarlo reflexivamente más tarde; lo cual sucede con mayor frecuencia tratándose de escritos interrumpidos por los “continuarás”, cuya lectura parcial se deja para después, en conjunto, en momentos que nunca llegan por falta de ocasión de tiempo para realizar el primitivo propósito.

Preciosos trabajos históricos, admirables estudios críticos, bellísimas joyas literarios quedan así pedidas para siempre, incorporadas en nuestro pasajero periodismo, lamentablemente degenerado por su visible decadencia, dependiente ora de entregarse en cuerpo y alma a la política de pasiones más o menos insanas; ora por su desdén hacia lo serio y perdurable, despectivamente calificado de “quilométrico”, cuando se requiere alguna extensión para elucidar perfectamente un asunto; ora, en fin, por fijarse más el periodista en su ganancia pecuniaria por el mayor consumo de su empresa, consumo naturalmente proporcional al halago de las pasiones populares que no tratan de morigear sino por el contrario de explotar exaltándolas.

Las páginas de este libro escritas sin pretensiones, son páginas de positiva historia, de la historia verdadera que no es ciertamente la oficial ni la filosófica abstracta, siempre más o menos parciales, en el sentido de los intereses o de las opiniones y doctrinas de sus autores; son la descripción real, plástica, si puede decirse así, escrita sin prevención de ningún género, en que hombres, acontecimientos y caracteres aparecen más rigurosa y exactamente pintados, por medio de anécdotas ciertas, naturales y sencillas, más útiles y más propias para ello que las biografías empapadas más o menos disimuladamente de pasiones favorables o desfavorables, engalanadas con todas las gracias del estilo más refinado.

Sucesos personales y anécdotas positivas pintan siempre mejor a un hombre o a un pueblo que largas disertaciones; así es que el lector apreciará mejor, con la reflexiva lectura de las páginas de este libro, lo que fueron nuestros hombres públicos y lo que fue nuestro pueblo durante la época a que ellas se refieren;

porque son siempre detalles personales y acontecimientos insignificantes o casuales, cuya relación no tiene nunca cabida en las historias generales, la verdadera clave de los mayores acontecimientos, nacidos muchas veces de una decepción personal, de un resentimiento, de un hecho ignorado del público, impulsor de la voluntad de los grandes personajes cuya influencia ha motivado las grandes transformaciones de los pueblos. Por eso son tan interesantes las Memorias particulares de los actores de los grandes sucesos o las crónicas imparciales y minuciosas como lo es la de este libro.

Encargado de escribir este Prólogo por la familia del autor, que es la empresaria, no por negocio pecuniario, sino para conseguir la supervivencia de su nombre, proveniente de la inmortalidad de la pluma, en el ánimo de las generaciones venideras, no puedo extenderme a escribir el elogio personal del finado amigo, con datos biográficos de su larga y útil vida, sino limitarse al papel de introductor o recomendador de la obra, expresando mis propias opiniones sobre ella. Diré, no obstante, que él fue siempre honorable, laborioso, modesto, estricto cumplidor de sus deberes domésticos y sociales, empleado público casi toda la vida en el ramo de la hacienda, en el cual adquirió suficiente versación para alcanzar el puesto de Secretario de Hacienda, en los prósperos tiempos de nuestra Antioquia federal. Fue mucho más visible y más conocido de nuestra sociedad como actor cómico muy distinguido en las sociedades dramáticas cuya historia refiere con tanta claridad, tanta verdad, tanta imparcialidad y tanta gracia.

No prolongaré este Prólogo, que podría tal vez escribir con mucha mayor extensión, para no privar al lector del goce intelectual que creo ha de procurarle la lectura de las páginas de este libro. Confío en que será juzgado del mismo modo como lo han hecho cuantos han conocido anteriormente sus páginas diseminadas en un periódico medellinense, y subcritas con el sencillo seudónimo de Juan, hallando en él y apreciándolas debidamente sus cualidades que son para mí; convicción, franqueza, amenidad, modestia, ingenuidad, sinceridad, espíritu de observación, buen juicio, imparcialidad, amor patrio, ejemplos y enseñanzas útiles, benevolencia; y la claridad, la naturalidad y la sencillez de estilo que son para quien esto escribe, las cualidades características de los buenos caracteres, de los corazones sinceros y de las inteligencias perspicaces y claras,

Medellín, noviembre 1º de 1909.

F. de P. MUÑOZ

APUNTES

PARA LA HISTORIA DEL TEATRO DE MEDELLIN

DEDICADOS A MI AMIGO EL

Sr. Dr. MANUEL URIBE A.

Sr. D. Carlos A. Molina.

Mi estimado amigo:

Atendiendo a las muchas exigencias de Ud., y convencido de la importancia del asunto, me atrevo a darle una noticia del modo y forma como se fundó el teatro en Medellín.

Conozco mi insuficiencia en el asunto; pero como quiera que él es importante y que siempre será un punto de partida para el que desee hacer algo en provecho de esta tierra querida, y como todo lo que digo a Ud., es la verdad pura, pues lo que no presencié lo supe por otras personas que lo vieron y tomaron parte de ello, al emprender este trabajo, es claro que no trato de hacer *visos* y sólo entra en mi ánimo poner a Ud., de presente *cosas* que fueron, y que si alguno de mi generación no refiere, se perderán en la balumba de los negocios y del trabajo por la vida.

Dicho esto, Ud., no extrañará que yo sea minucioso y hasta pesado en la relación, pues atendidos el asunto y mi falta de conocimientos peculiares como escritor, es de justicia ser tolerante, merced a las circunstancias que me obligan a tomar la pluma por dar gusto a Ud.

No pretendo pasar por cronista ni por maestro en el buen decir; sólo quiero que queden consignados ciertos y determinados puntos de historia del teatro de Medellín, ya que, como lo tengo dicho, personas más competentes que este su amigo no pueden o no quieren acometer la empresa.

Y a propósito manifiesto a Ud., que mi amigo el excelente caballero Alejandro Barrientos, hombre de juicio, talento y sobre todo, de una memoria privilegiada, podría muy bien darle mejores informes, o al menos rectificar algunos puntos de mi escasa relación.

Más que nadie yo deseo que este pequeño trabajo redunde en beneficio de la patria querida, y que al mismo tiempo sea un motivo de solaz para Ud., y su estimable familia, y aun para el público, si Ud., lo considera de provecho y le da publicidad en su importante Revista.

Como Ud., verá, estos apuntes, no tienen pretención alguna, fuera de hacer conocer cómo se creó y qué marcha siguió el teatro de Medellín, que el lenguaje es el más trivial, el acostumbrado en nuestras conversaciones amistosas, y que yo como redactor no figuro sino como relator *de hechos que fueron*.

Ojalá, para el caso de que usted quiere publicar estos apuntes, diera conocimiento de ellos a su buen padre, mi amigo Juan José, adelantado literato y hombre, como yo, dado a estas vejez; y si él en su alto criterio los juzga útiles para provecho de nuestro querido Medellín, pues adelante y salga el sol por donde quiera.

Voy al asunto y Cristo con todos.

I

Pasada la revuelta de la dictadura que se llamó de “Urdaneta” el año de 1830, se reunieron en esta ciudad varias personas de mucho mérito como verá Ud., y se propusieron dar a esta incipiente sociedad algunos ratos de solaz, fundando una Compañía dramática que la sacara del marasmo en que vivía.

Corría el año de 1831 y dieron principio los aficionados a su empresa. Compusieron el núcleo de la sociedad —oiga Ud. bien— los Sres. Dr. Manuel Uribe Restrepo, Rafael Navarro, Evaristo Pinillos, Miguel Tello, Mariano Ospina Rodríguez, José Ma. del Valle, Francisco Antonio Gónima y Llano, Fermín Isaza, Apolinar Villa, Pedro Moreno y otros.

Faltaba local, y alguno de ellos insinuó la idea de solicitar del Gobernador de la Provincia el permiso de levantar el Teatro en el patio del Colegio (hoy de San Ignacio), permiso que le fue concedido. Procedieron, pues, a la instalación de su escenario, con el entusiasmo de toda idea nueva, y dieron principio a sus trabajos.

Ha de saber Ud., que en aquellos tiempos no se comprendía la idea de representación teatral, sino usando la declamación altisonante, y por consiguiente, dieron principio con una tragedia, teniendo la preferencia la “Jaira” de Voltaire.

Para mejor inteligencia de lo que voy apuntando debo dar una idea de la formación material del local. El escenario se fabricó en el ala sur del patio del colegio, compuesto de un tablado de poco más de ocho varas de frente, con escaleras interiores para comunicar con las piezas del claustro bajo y con el alto, destinado a vestuario de los actores. El decorado de la escena era primitivo: una sábana colorada de telón, y sábanas blancas con más o menos manchas que figuraban “Sala”, “Jardín” y “Carcel”. Se creía generalmente que en la tragedia clásica no podía haber más decoraciones.

El resto del patio se destinaba para la concurrencia de “a pie” y la galería alta, como palcos para las señoras.

Como quiera que esta primera representación salió a gusto del público, persistieron los aficionados en su empresa y anunciaron una segunda para la que eligieron las “Víctimas del amor” (siempre tragedia).

Bueno es que Ud., sepa que las localidades valían así: un local de palco, 60 cs.; entrada general, 20 cs.; niños y criados, 10 cs. Otra particularidad. Alumbrado: cazuelas de barro con sebo y una mecha de lienzo. Músicos: dos clarinetes, una corneta, un bombo y un redoblante.

En esta presentación de las “Víctimas del amor” hubo un episodio curioso. Un señor de alta posición y adinerado hacía la primera dama, pero enamorado como estaba de sus “patillas” no quiso afeitárselas, y resolvió por sí y ante sí cubrirlas con un pañuelo a guisa de quien sufre dolor de muelas: así pasó el espectáculo y nada quedó que decir. Juzgue Ud., del grado de cultura de nuestro público de entonces.

Dieron también el “Tartufo”, “Catón de Utica”, y tal vez algunas más con igual éxito.

En los intermedios de temporada, que eran largos, por allá en los años de 1833 a 1834 vino el gran maromero (entonces no se decía acróbata), llamando el “Gran Pájaro”, acompañado de uno que se decía “El Mejicano”, y el otro “Petit diable”. Estos artistas eran primorosos al decir de las gentes, y después entre los viejos se aseguran que nada se ha visto igual. Yo no le doy mi opinión porque aunque los ví, estaba tan niño, que no puedo formar juicio; sólo sé decirle que los saltos en la cuerda y balanceos en el columpio eran mi delicia.

Poco después, en el mismo año, vino una compañía de *equitación* dirigida por Alejandro Johnson, norteamericano, y de ésta sí conservo algunos recuerdos que el haré a Ud., presente; entre otras particularidades recuerdo que traían tres caballos que llamaban uno blanco, *El Monarca*; otro amarillo color de oro, *Selim*, y el otro de color obero, es decir, de manchas amarillas y blancas, que denominaban *El Imperial*. Había varios artistas, pero no hago memoria sino de los prodigios que Alejandro ejecutaba en sus caballos y que para mí eran el *sumum* de la equitación. Con decir a Ud., que los equitadores que después hemos visto no han alcanzado a aquella altura está dicho todo.

Con el “Gran Pájaro” (me había olvidado decir a Ud., que era venezolano) vino como aprendiz o criado, muy niño aún, el gran Timoteo Sánchez, que más tarde asombró al mundo entero con sus prodigios de fuerza, destreza y agilidad, secundario en sus peligrosos trabajos por su hijo Nicanor, que llegó a ser *nom plus* del arte acrobático.

Cuando la representación de las “Víctimas del amor” se completó la función con “Las Convulsiones” del célebre y malogrado Vargas Tejada, que fue representante en su parte principal así: D. Gualberto, el Sr Francisco A. Gónima y Llano, muy joven entonces; el Galán, por el Dr. Miguel Uribe Restrepo, y D. José Ma. del Valle, la vieja de las reliquias, aquella que dice poco más o menos.

Aquí tengo reunidas
Varias reliquias importantes
Excrementos del perrito
De mi parte el querido
Don Cucufato Ballesteros etc., etc.

Por ese mismo tiempo, de 33 a 34, apareció aquí el Sr. Florentino Izáziga, maromero y cubiletero, y previo arreglo con los señores que habían tomado el patio del Colegio, anunció una serie de representaciones. Trabajó varias noches con diverso éxito, y una tarde anunció para esa noche una suerte asombrosa, consistente en recibir varias prendas y en el acto hacerlas aparecer en la torrecilla de San Lorenzo, que estaba situada en la plazuela de lo que hoy se llama San José, y en el punto preciso donde está situada la casa de D. Federico Vásquez.

Llegó el momento de la prueba y seguramente algún émulo o enemigo de Isáziga, le tomó la delantera y envió a alguien de su confianza a cerciorarse del hecho, ¿y qué resultó? Que cuando el emisario llegó a la plazuela encontró un ayudante de Isáziga colgando las alhajas del campanario. Luego que dió cuenta de su comisión se armó un burullo en el Teatro que no es para contarlo, y el Sr. Isáziga salió... por donde pudo.

II

La Compañía de cómicos mencionada iba de vez en cuando a Rionegro a representar las piezas que aquí daba, ¿y sabe Ud. cómo era ésto? Voy a decírselo aunque Ud. no lo creerá; pero le suplico no me diga embustero, pues todavía hay algunos más viejos que yo que podrán apoyarme.

Las fiestas del Patrón o Patrona de los pueblos no se hacían entonces como hoy; en esa época el Cura párroco designaba el alférez, rara vez dos o más. El alférez echaba de su lomo escama y para solemnizar más su año, que se tenía a mucha honra; y como era cosa convenida que no sólo era obligado a la fiesta de iglesia, sino que también a la plaza, procuraba por todos los medios salir airoso. Rionegro, como Ud., sabe, queda a poca distancia de Medellín, y mal podría un señor alférez que se respetara un poco dejar que sus “súbditos”, (así se decía; resabios de la Colonia) dejaran de gozar un espectáculo que la “Villa” tenía de cosecha. En consecuencia, se ponía de acuerdo con los señores de la Compañía, les enviaba caballerías, les preparaba la casa que se llamaba “Pabellón” (busque Ud. la etimología de la voz), y a Rionegro todos. El escenario se hacía en la plaza principal, frente a la iglesia, con toldos de arriero, y al frente de la embocadura

se ponían escaños para los espectadores. Las familias pudientes mandaban mejores asientos y los colocaban en los puntos más céntricos y de mejores condiciones.

Figúrese Ud. cómo sería una representación de éstas al aire libre, en una tierra fría y con una concurrencia *sui géneris*, entre tiples, cantos destemplados o templados por el alcohol etc., etc. No obstante, no hay memoria de un desorden grave. ¡Cosas de los tiempos!

Casi no quisiera referir a Ud. un episodio de uno de esos años; pero no puedo resistir a la comezón de contarlo, aunque me tocan generales de la ley, una vez que no hiere la honra de nadie.

D. Víctor Gómez y D. Francisco A. Gónima y Llano, eran en aquel entonces muy pobres, y hacían parte de la Compañía. Fueron llevados a una fiesta de Rionegro por los gamonales, hombres de posibles y de alta representación social, y debían recibir allí lo necesario para la vida; pero estos señores, llenos de atenciones y convites se olvidaron de ellos, lo que ocasionó casi el hambre de los pobres actores. Uno de esos días, en que estaban a cual bostezo más, se encontraron en una esquina de la plaza con un joven de Medellín, rico y en magnífica posición, el cual los saludó; y preguntándoles cómo se encontraban, uno de ellos, Gónima, le manifestó su situación.

¡Hombre, le dijo el otro, ¿cómo pueden Uds. tener hambre teniendo yo dinero? Vénganse conmigo donde Pedro Correa que tiene una buena fonda, y allí sacarán Uds. el vientre de mal año.

Ellos, los pobrecitos, se miraron regocijados, y marcharon siguiendo a su benefactor. Llegaron a la casa del Sr. Correa, donde había una mesa espléndidamente servida. El anfitrión les dijo: “Ahí tienen Uds., coman y ande la bola”. Quién dijo miedo: los dos hambrientos comieron como... como todo el mundo cuando tiene hambre, y una vez satisfechos, dieron media vuelta para salir.

El generoso amigo, mientras tanto, hablaba con el dueño del establecimiento y viéndolo les dijo:

¿Quedaron Uds. satisfechos?

Sí, le contestaron.

Bien. Sr. Correa, ¿cuánto se le debe?

Siete reales, contestó el fondista.

Entonces el generoso amigo metió su mano en el bolsillo del chaleco, sacó varias monedas de oro, y no hallando menuda, volteó donde sus protegidos, y con el desparpajo del que nada necesita, dijo:

“Víctor, si tienes menuda, paga”.

Si Ud. tiene conciencia de lo que es un susto bien pegado, puede poner mientes en cómo se quedarían aquellos dos hambrientos. Por fortuna, el Sr. Correa, que era un hombre campechano, comprendió el

embarazo de los protagonistas, y con la cordialidad que ya no se usa, les hizo presente que no debían tener cuidado, que otro día le pagarían.

¿Cuánto diera Ud. por una situación semejante? ¿No diría Ud. como el otro, para cuándo son los rayos?

Una que otra vez, los señores comediantes pasaban a Envigado a ensayar allí a algunos aficionados una que otra pieza para exhibirla en *fiestas*.

Una vez se ensayó allí y se puso en escena en Catón de Utica. Ud. debe saber que uno de los personajes de primo *cartello* es el de César, y con estos dos basta para mi cuento.

Pues bien: sucedió que el que interpretaba el papel de César, era el dueño del hotel o fonda que recibía en Envigado a los forasteros, y el criado, un muchacho loto, recitaba el *Catón*. Entre los hospedados en la fonda, se encontraba el célebre poeta popular D. Francisco Mejía, natural de Rionegro.

Preguntando el Sr. Mejía por algún fiestero cómo le había ido y cómo estaba, contestó con la oportunidad que lo distinguía:

“En el palaciop del César
Allí fue nuestra morada,
Catón nos sirvió la mesa
¿Qué le parece? No es nada”.

Aquí termina la historia de *Sesostris*. Entramos en la *edad media*, la que relataré si a Ud. no han parecido pesados estos pobres apuntes.

III

Por los años de 1833 y 1834 vino a esta ciudad, procedente de Europa, el Sr. Pedro Uribe Restrepo, médico afamado y hombre, como todos los de su distinguida familia, amante del bien público. Entusiasmó a varios jóvenes de esta ciudad, y los impulsó a formar una sociedad para la construcción de un Teatro donde más cómodamente pudieran dar esparcimiento a las legítimas y buenas condiciones de una sociedad culta.

Al efecto se reunieron el Sr. Uribe Restrepo dicho y los Sres. Francisco A. Gónima y Llano, Fermín Isaza, Miguel Tello, José Ma. Carrasquilla, Sebastián Amador, Apolinar Villa y Francisco Ortega; fundaron una Sociedad para la construcción del Teatro, discutiendo y firmando un reglamento que organizara los trabajos.

Convinieron, en una de las reuniones, en que cada uno de los ocho socios dejaría en manos del Tesorero (el Sr. Villa), una cuota semanal de cuatro o cinco pesos para el acopio de materiales, pues por lo

que hace el local lo habían comprado ya a plazos al apoderado del Dr. Carlos Alvarez, residente en Bogotá, local que es el mismo que hoy se encuentra lo que se llama el Teatro Principal.

Pasado algún tiempo, viendo que con los pocos fondos que su fortuna les permitía coleccionar, no irían a ninguna parte, y que era crecida la suma presupuesta para el costo de la obra, cuyo plano facilitó el Sr. Uribe, se reunieron los socios, y después de una larga y reñida discusión, convinieron en nombrar uno de sus miembros en comisión cerca del Sr. D. Juan Uribe Mondragón, hombre acaudalado y como pocos amante del progreso y bienestar públicos, con el objeto de ver si dicho señor les ayudaba en la empresa que habían acometido. Resultó electo el Sr. Gónima en razón a su entusiasmo por la obra y a que era bien querido del Sr. Uribe.

Dicho señor recibió y atendió con agrado la comisión, y llevado de su carácter generoso y benévolo, manifestó que no sólo ayudaba sino que desde ese momento tomaba a su cargo todos los gastos y daba a los accionistas todo el tiempo que necesitasen para devolverle lo que a cada uno correspondiese. En consecuencia, los trabajos se establecieron y con actividad inusitada marchó la construcción. Seguramente los señores accionistas cumplieron más tarde su compromiso con el Sr. Uribe, y personalmente me consta que la parte del señor Gónima fue íntegramente cubierta.

Tal vez no sea fuera de propósito consignar aquí que la obra toda del Teatro, incluso el valor del local, y excluída la casa que está hoy al frente, que se construyó más tarde, costó la suma de \$ 12.300 y tantos pesos de ocho décimos, cosa que se comprende por el valor ínfimo en aquellos tiempos de todos los materiales.

La obra fue ejecutada, según los planos del Sr. Uribe Restrepo, por los maestros Vicencio y Januario Ortiz, N. Muñoz, Alzate y Morales, y bien se conoce que dichos señores obraron a conciencia, puesto que aún no se ha notado en la firmeza de la construcción ningún desperfecto.

Llegamos al año de 1836, en que terminado el Teatro, se organizó la segunda Compañía compuesta de los Sres. Dr. Miguel Uribe Restrepo, Dr. Mariano Ospina Rodríguez, Francisco A. Gónima y Llano, Rafael Navarro, José Ma. del Valle, Miguel Tello, Martín Moreno, Jacobo Lince, Apolinar Villa, Pedro Moreno y Fermín Isaza. Los cuatro últimos hacían de damas.

Estrenaron el Teatro con la tragedia de “Los Horacios y Curiacios”, siendo directores de escena los Sres. Ospina y Uribe Restrepo.

Continuaron trabajando algún tiempo —cada uno o dos meses— dieron al público “El Tartufo” y “El Avaro” de Molière, “El sí de las niñas”, “Escuela de las Casadas” y “El Barón”, de Moratpin, y otras que no recuerdo.

Al ejecutarse una de las últimas, creo que “El sí de las niñas”, hubo un incidente gracioso.

Bueno es que Ud. sepa, para mejor inteligencia del asunto, que entre esos aficionados no se comprendía la asunto, que entre esos aficionados no se comprendía la idea de un militar sin descomunales bigotes; así es que al que repartían un papel de ese género, se daba su modo de maña de proporcionarse este adminículo en consonancia con la tal idea. Ahora bien: esa noche interpretaba el Sr. Moreno (Martín), el Brigadier, y consecuente con el precepto admitido se procuró, de piel de gato u otro cualquiera, unos bigotazos de amo y señor mío, y los unió a su labio superior con un poco de disolución de goma.

Llegó una escena en que el tal Brigadier se encontró con el D. Diego el viejo que pretendía la niña, papel que interpretaba el Sr. Gónima, quien rebosaba en gracia como que tenía sangre andaluza.

Apuntaba al Sr. D. Joaquín López de Mesa, hombre de carácter calmoso y jovial, y a quien hacían mucha gracia los ademanes y modo de decir del Sr. Gónima. Sucedió, pues que en lo más intrincado de la peroración éste dijo algo que levantó en el público una tempestad de risas, y el Sr. Mesa siguió la corriente y abandonó el libro del cual se le corrieron algunas hojas. Llegaba el momento de hablar el Sr. Moreno; pero durante la hilaridad se le había ido el santo al cielo, y dio con el pie un golpecito para llamar la atención del apuntador quien no se dio por entendido. El Sr. Moreno era bastante irascible, y montado en cólera, pues la situación se alargaba, se dirigió en voz alta al Sr. Mesa diciéndole:

“Don Joaquín con los diablos, apunte Ud.”

Y el Sr, Mesa alzando la cabeza y sacándola un poco de la *concha*, le contestó.

“¡Pero hombre, si no encuentro un Brigadier!”

Aquí fue Troya: el Sr, Moreno arrastrado de su ira, en un movimiento muy natural, llevó ambas manos a los bigotes, y sin tener en cuenta que eran postizos, ¡zas!, se quedó con ellos en las manos, en posición nada conveniente y lleno de asombro.

Terminó la escena entre risas, silbos y... abajo el telón.

IV

Por ese mismo tiempo apareció Mr. Robert, prestidigitador francés, tan hábil, tánto que ponía a uno en el caso de decir “o es el mismo diablo, o por lo menos brujo”, tan maravilloso era. Recuerdo bastantes suertes, entre las que campeaban para mí éstas: se desnudaba completamente los brazos, mostraba sus

manos vacía y luego con el índice y el pulgar de la derecha iba sacando de entre los dedos de la izquierda unas bolitas que aumentaban de tamaño incesantemente, hasta sacarlas como bolas de billar, pero tantas, señor, que llenaba con ellas una gran mesa. Tenía un taleguito pequeño de gente, al cual llamaba “el talego de la malicia”, y de él sacaba ciertos confites, frutas etc., pero en gran cantidad, y remataba la operación sacando huevos, mas con la particularidad de que uno que sacaba cacareaba una gallina, y Robert decía con su acento francés: “La gallinita de mí me puso el huevo”. Luego pedía un sombrero cubilete, tomaba varios de esos huevos, los quebraba e iba echando al sombrero arrojando a un lado las cáscaras. Después encendía una lámpara de alcohol y ponía encima de su llama el sombrero, sintiéndose en el acto el rechinar de la manteca y los huevos; tomaba un tenedor y sacaba una magnífica tortilla que decía “comeme”; y la comía y daba a los que querían, y devolvía el sombrero como lo había recibido, limpio y sin olor alguno. Pedía varias joyas y las ponía a la vista sobre una mesa vacía, teniendo al frente otra donde siempre había algunas “*vitóritas*” y una cajita, y una pistola. Se hacía el olvidado de las alhajas y cuando el público se las reclamaba, las buscaba en la mesa donde las había puesto, y por supuesto no hallándolas, marchaba como desesperado a la otra mesa, tomaba la pistola, la cargaba y haciendo puntería a un bastidor, sonaba el tiro y aparecían colgadas de un clavo un gato, un conejo y un curí con un collar de cinta donde se hallaban engarzadas las alhajas. Otras veces tomaba una ahuyama, la mostraba enteramente sana y luego la habría de un cuchillada y las dichas alhajas aparecían bien acondicionadas como en cofre a propósito.

Pero esto eran tortas y pan pintado. Oiga Ud.: Cojía un vaso de estos que se usan para tomar el agua: lo llenaba hasta la mitad con tierra que sacaba de un plato; luego tomaba una naranja, la abría con un cuchillo, la comía y sacaba de la boca una semilla, hacía con el cuchillo, en la tierra del vaso, un huequecito, colocaba allí la semilla y ponía el vaso en la mitad de una pequeña mesa a vista del público, pidiendo a los espectadores que se fijaran. Recomendación inútil, pues nadie quitaba ojo del vaso de donde se veía salir un retoño, crecer, crecer hasta alcanzar la altura de una vara, poco más o menos, arredondarse el arbolito como algunos que se ven en los jardines; más tarde cubrirse de azahares, caer éstos, verse los botones, ir aumentando hasta llegar a ponerse amarillos, y entonces Robert cogió esas naranjas a granel y tirólas al patio, donde los niños formaban unas grescas ¡que ya! Yo que esto escribo tuve la suerte de recoger una naranja y comerla. ¿Qué tal?, ¿no se le vuelve la boca agua y no se considera muy infeliz por no haber presenciado este prodigio?

Me refería al Sr. Francisco Gónima y Llano estos dos hechos.

Paseaba una tarde él y el Dr. Francisco A. Obregón, Gobernador de la Provincia, con el Sr. Robert y llegaron a la esquina de la Vera-Cruz donde estaba tendida en la calle una gran viga que iba a servir para colocarla en la Iglesia entonces en refección: hablaban de “cubiletes” y manifestaba Robert que él no

necesitaba de la ilusión a que ayuda la luz artificial para hacer creer al espectador lo que quería, y como prueba les dijo:

“Vean Uds., está de día, pues delante de Uds. a entrar por una punta de esa viga y a salir por la otra”. Y dicho y hecho, se arrodilló a una punta, puso la cabeza contra ella y los compañeros lo vieron entrar e ir pasando por dentro de la viga, siendo la ilusión tan perfecta que veían como la viga, cual si fuera elástica, figuraba levantarse a medida que el cuerpo pasaba. Luego salió al fin de la viga, se levantó y volvió al lado de sus compañeros que los contemplaban llenos de estupor, y él se sonreía.

Cenaban una noche en la fonda del Sr. Gregorio Baenas varios caballeros con el Sr. Robert, y éste se paró en cierto punto de la cena, se arrimó al mostrador y preguntó al Sr. Baenas, cuánto se le debía, y aunque éste se resistía a darle el precio por cuanto la cena la había pedido otro, el fin cedió por las instancias del petionario y manifestó que valía ocho pesos. Luego Robert sacó de su bolsillo los ocho pesos, los puso en las manos de Baenas y volvió a sentarse a la mesa.

Concluido el festejo se pararon los comensales y el anfitrión se dirigió a Baenas pidiéndole la cuenta. Baenas dijo que estaba cubierta, que el Sr. Robert había pagado, lo que oído por éste, se volvió y dijo:

“El Sr. Baenas se equivoca, yo no he pagado”.

“Sí, señor, contestó Baenas, Ud. me ha pagado ocho pesos que he guardado en el cajón”.

“Pües vea su cajón y se convencerá de lo contrario”.

Baenas, hasta incomodado, abrió el cajón, y en vez de pesos se halló con unas ruedecillas de pergamino. Se quedó estático y lleno de asombro. Todos rieron como era natural, y entonces Robert sacó monedas y se la dió diciéndole:

“Persone señor, tome éstas que no son de las evaporables”.

Refería Robert al Sr. Gónima y Llano, quien me lo contó, la manera cómo había adquirido los conocimientos que en su parte o ciencia tenía.

Robert era tambor de un Batallón de Granaderos del Ejército que el General Bonaparte llevó a la expedición de Egipto a fines del siglo XVIII. Se encontró en la famosa batalla de las Pirámides, donde perdió dos dedos de la mano derecha, el anular y el del corazón; que allí le tocó hacer prisionera a un individuo de esa terrible milicia que se llamaba “Los Mamelucos”, y que como él sabía que sus compatriotas no eran nada humanos para esos soldados, se esmeró en poner fuera de alcance a su prisionero, y en curarle una herida que tenía. Que luego que llegaron al Cairo le manifestó que era libre y le proporcionó el medio de que escapara con seguridad. Que aquel hombre agradecido le dijo que no se marcharía hasta que pagando su

deuda, lo pusiera en estado de ganarse la vida sin afanes, y que efectivamente dio principio a sus lecciones de “magia”, y lo hizo lo que era.

El Sr. Robert en ocasiones se calaba su uniforme de granadero y nos daba muestras de su habilidad en el manejo del tambor.

Por este mismo tiempo, más o menos, vimos a Matyr, maromero francés, que bailaba bastante en la cuerda tesa, pero sobre todo manejaba los *zancos* de un modo admirable. Eran unos *zancos* de dos varas de alto con una especie de zapato en su parte alta en el que se encajaba el pie, y asegurándolo con unas correas. No tenían como los zancos de nuestros muchachos, apéndice alguno para cogerlo con las manos.

Salía Matyr al escenario en sus zancos, figurando el borracho, y después de varios zis zas, doblaba el cuerpo, desamarraba un zanco que tiraba, y enderezándose principiaba una serie de vaivenes que daban miedo, y el mismo tiempo iba quitando de su cuerpo porción de ropas hasta quedar en el vestido legendario de los volatineros. ¡Qué barbaridad! dirá Ud. Pues así pasaba la cosa.

Si el Sr. Robert hubiera vivido unos cien años antes, habría sido, sin duda alguna, quemado en la plaza pública y sus cenizas arrojadas a los cuatro vientos.

Muchos cubileteros hemos visto después y buenos, como Bosco, Aicardo etc. etc., pero a la altura de Robert, no, amigo mío; él llegó a dominar con su destreza y su ciencia a todas las potencias físicas y se paró en punto donde no pueden menos de verlo las generaciones venideras. Dejó todo su saber en herencia a un sobrino que llama Robert Houdín, que trabaja en París, en Teatro propio, y de quien Ud. habrá oído hablar.

V

Corría el año de 1838 cuando llegó a la ciudad D. José Díaz (otros decían Raimundo), español, actor trágico, acompañado de su esposa que no era actriz, pero como fue la primera mujer que aquí subió a las tablas, llamó bastante la atención. Ambos eran entrados en años; no obstante se comprendía que Díaz habría sido algo en sus mocedades.

Formó Díaz su compañía con aficionados, entre los cuales se contaban los jóvenes Antonio J. Escobar que andando los tiempos fue un buen galán; Vicente H. Calle, que, según el dicho de Días, tenía muy buenas disposiciones para la tragedia; Domingo Alvarez, Nicolás F. Villa, Juan y Agustín López.

Abrió Díaz su temporada con la tragedia “D. Juan Lanuza”, y entre otras muchas piezas puso en escena “García del Castañar”, “El Condestable de Castilla” y “La Conjuración de Venecia”, exornándolas con algunas *tonadillas*, género enteramente nuevo en la tierra.

El que da primero da dos veces; así es que Díaz gozó de un crédito como artista que a pesar de tantos años transcurridos, todavía oirá Ud. por ahí a los viejos, cuando en su presencia hacen elogios de algún actor, decir con boca llena: “Sí será bueno, pero como Díaz ¡imposible!”.

Al año siguiente llegó el mejor actor cómico que hemos visto: D. Bonifacio Rendón. De este señor se decía que había salido huyendo de La Habana por consecuencia de un desafío; y así habría algo de esto porque un artista de esa talla no podía venir a un país donde apenas se tenía idea de teatro, y donde jamás podría tener emolumentos a la altura de su talento.

Rendón organizó su compañía con los que figuraron con Díaz y otros varios entre los cuales cuente Ud. a su servidor a quien muy niño lo ocuparon con papeles de niña, o damita joven.

A Rendón lo acompañaba un Sr. José J. Flórez y su esposa (Ecuatorianos), que desempeñaba las primeras damas. Esta señora además de no ser hermosa, no tenía instrucción alguna, ni aptitudes teatrales.

No obstante el Sr. Rendón hizo muy buen negocio, debido por su puesto a su gran genio cómico.

No tiene Ud. idea, amigo mío, pues no vió a Rendón, hasta dónde puede alcanzar el arte teatral en lo jocoso. Este hombre se transformaba en su persona, y tenía tal modo de decir las palabras que las más insignificantes producían la risa estrepitosa, y advierta Ud., que jamás llevaba ni el disfraz ni el decir a la payasada o pantomima; no, todo era natural y sin que pareciera que quería hacer gracia. Rendón me dió a mí el conocimiento perfecto de que la gracia no es un esfuerzo del estudio sino una cosa natural y que nace con el hombre, aunque algunas veces pueda adquirirse por la constancia y perseverancia en la observación de los medios sociales.

En tiempo de Rendón tuvo lugar un episodio curioso que cuento porque tuve parte en él. Se representaba una obra que llama *Domingo el endemoniado*, y como esa obra requiere un vasto escenario, puesto que hay un cuadro en que pasa la acción en una plaza y se hablan los vecinos de balcón a balcón, el Sr. Rendón dispuso que algunos de los que figuraban haciendo papel de vecinos hablaran desde los palcos de la 3ª galería y otros desde el patio, que entonces no era cubierto ni tenía lunetas. Yo fui una de las víctimas porque me tocó en el caso dado, hablar desde el patio figurando una vecina. Llegó el momento y los vecinos de la galería rompieron su perorata, y yo, pobre de mí, que debía secundarlos, alcé la voz para hacerme oír de en medio de la concurrencia. Como el público no estaba en el secreto, al oír los gritos de la

galería se sorprendió y todos a una volvieron a mirar; ¡más, cuánto más sería el asombro al oír mi destemplada voz que hacía entender palabras groseras como la de una mujer del pueblo!

Hubo escándalo; pero no paró en esto sino que el Comisario mayor, Domingo Rico, vino donde mí que estaba por supuesto vestido de mujer, y me *agarró* como los guarantes saben hacerlo, y trató de sacarme del edificio a pesar de mis protestas de que yo estaba en mi papel. Por fortuna el Sr. Rendón se percibió del barullo y saliendo al escenario explicó el por qué de las voces que se habían oído.

¡Otros tiempos, otras costumbres!

VI

En junio del año 40 unos especuladores norteamericanos exhibieron en el Teatro un corpulento elefante, unos pequeños caballos, y algunos monos de la alta talla. Dieron pocas funciones.

Se publicó la Constitución expedida el año de 1843 en el 44, y en consecuencia, la juventud, de acuerdo, y ayudada por el Gobierno de Provincia, dispuso unas espléndidas fiestas que se verificaron, y el tiempo en que tuvieron lugar se llamó *La gran semana*.

Algunos amantes del teatro proyectaron entonces ayudar al festejo ensayando una obra dramática y lo pusieron por obra; eligieron *María Tudor*, de Víctor Hugo.

Voy a indicar a Ud. cómo repartieron en escena esta obra:

Gilberto	Antonio J. Escobar, (Galán).
Simón Renard (Embajador español)	Pascasio Uribe.
Fabiano Fabiani	Jenaro Barrientos Z.
El Judío	José P. Escobar.

Este último papel, que en apariencia es insignificante, produjo más tarde un incidente que a su tiempo contaré. Recuérdelo Ud.

Las damas las representaban:

María	Joaquín Márquez
Juana Talboth	Nicanor Restrepo.

El Teatro, con un lujo inusitado, estuvo alumbrado a *giorno*, cosa desconocida en esta tierra.

Bien o mal que la indumentaria pasó y sólo me resta decir a Ud. que la indumentaria dio regla para que los que siguieran vieran el modo como debían portarse.

En este año llegó a esta país el Sr. Eduardo Torres, el cual venía recomendado al Sr. Gónima y Llano, y por consiguiente, se hospedó en la casa de éste.

Como aquí se sabía de antemano que el Sr. Torres era un buen actor, se le suplicó que organizara una compañía que trabajara mientras venía su familia de Bogotá, donde la había dejado.

Efectivamente, el Sr. Torres procedió a la formación de la compañía provicional, y consiguió el siguiente personal:

Primer Galán, Antonio J. Escobar –Barba, dicho Torres; y partes accesorias, Francisco A. Gónima y Llano, Francisco Ortega, Domingo Alvarez, Vicente H. Calle, Nicolás F. Villa, Lucrecio Gómez, un servidor de Ud. José María Carrasquilla, Hermenegildo Botero y otros más secundarios.

Las damas estaban a cargo de Nicanor Restrepo, Joaquín Márquez, José Ml. Márquez y su servidor, muy niño, como suplefaltas.

Dio principio el Sr. Torres a sus trabajos con las “Víctimas del amor”, en la cual hacía de dama principal el Sr. Apolinar Villa, hombre de buenas aptitudes teatrales, pero muy dado al lloriqueo, cosa que nunca pudo corregirle el Sr. Torres.

Como quiera que esta representación salió muy bien y a gusto del público, el Sr. Torres perseveró en la empresa, y dió algunas otras representaciones entre las se contaron la “Elena” de Bretón de los Herreros, y la “Capilla de Glestorn”, de no sé que autor.

Se daba al público la tragedia “Tarquino o Roma libre”, y se encargó al Sr. José Ma. Carrasquilla el papel de Embajador de Tarquino ante el pueblo romano. Este señor hacía días que en los ensayos caminaba ya de un modo ya de otro, e interpelado por el Sr. Torres, siempre contestaba “deje Ud. señor, ya verá”. Una tarde en el ensayo, cuando el 2º apunte lo puso en facha, salió andando a pasos largos pero mesurados, y a llegar frente al actor con quien tenía que habérselas, se cuadró en actitud de quien maneja un florete, llevando una pierna adelante doblada. El Sr. Torres acalló con su autoridad la risa de todos y dijo al Sr. Carrasquilla.

“Sr. D. Pepe. ¿Qué es ésto?”

“Señor, contestó: Es que en mis elucubraciones he hallado el verdadero paso de tragedia y aquí me tiene Ud.

El Sr. Torres se quedó como quien ve visiones.

Pero no crea Ud. que aquí terminó el incidente. Llegó la noche de la representación, y el Sr. Carrasquilla queriendo lucir su personaje, hizo algo extraordinario para salir airoso. No se conformó con el vestido que se le había repartido con guarniciones de oro y plata y se lo acomodó, quedándose las fundas de las pistoleras en los hombros a guisa de charreteras, y el pretal, que era bordado de conchillas sobre el fondo negro, atravesaba el pecho como condecoración. La facha era digna de verse y los chuscos del patio le gritaban: ¿Qué hizo las pistolas? ¿Y la jáquina? ¿No ve que el pretal se le zafa si no le pone la *gurupera*? ¡Virgen santa, qué bullanga!

Vistas las magníficas disposiciones del Sr. Torres que era, sépalo Ud., un actor consumado, el público se entusiasmó hasta el extremo de mandar una comisión a su casa a ofrecerle fondos para trasladar aquí a su esposa y a su hija Heloísa, de la que tenían muy satisfactorias noticias como actriz.

Torres accedió a la petición, e inmediatamente dió las órdenes para la traslación de su familia, la que llegó a mediados del año a que me refiero.

Se constituyó, pues, la compañía con el primer actor Sr. Torres, y en verdad le digo que pocos han pisado nuestro teatro que puedan aventajarle. Buena dicción, entonación vigorosa, conocimiento perfecto del juego escénico y sobre todo una naturalidad en los movimientos que dejaba a uno extasiado.

Venía luego su hija Heloísa, que es la primera verdadera actriz que hemos visto. Hermosa mujer, joven, continente atrevido, buena acción, conocimiento de su idioma, gracia y aquel desparpajo que sin ser chocante llama la atención, eran las cualidades que adornaban a Heloísa. Agregue Ud. a esto que cantaba como debe cantar la hija de un maestro como lo era el Sr. Torres.

Siguiendo los pasos de esta actriz venía Antonio José Escobar, primer galán, con aptitudes superabundantes para ser un buen actor, tanto mas cuanto lo guiaba la profunda pasión que por Heloísa se había apoderado de él, y que al fin satisfiso uniéndose con ella en matrimonio.

Como actor cómico, el Bayardo era el Sr. Francisco Gónima y Llano. Figúrese Ud. lo más oportuno, lo más saleroso y todo sin payasadas, y ahí tiene Ud. este fénix de nuestros graciosos. También es verdad que el público medellinense lo quería tanto por su carácter benévolo y por su generosidad y cultura, que en cada representación en que tomaba parte le hacía una ovación.

Los demás éramos “carne de cañón”, “Ecce-homo”. –Saque Ud. la consecuencia.

Olvidaba dar a conocer a Ud. a la Sra. D. María Martínez de Requejo, esposa del Sr. Torres. Esta Señora hacía buenos papeles de característica, pero ¡Dios mío! cuánto trabajos costaba hacérselos entender. ¿Lo

creerá Ud.? No sabía leer y se necesitaba de Dios y su santa ayuda para incrustar en esa mollera lo que el autor escribió. ¡Cuántas veces éste su pobre amigo gastó horas bien largas haciendo entrar por aquellos oídos, conceptos que ella ni se los figuraba. Más luego venía la calma, y llegado el día tremendo, la *dona* se portaba bien. Es cierto que con Torres todo marchaba fácil y a codal y escuadra.

Todo tiene su contra y su pro; y si la Sra. Martínez de Requejo, era dura para la comprensión en el decir de sus papeles, era una sílfide, una ... como le dire'yo... una hija del aire, tratándose de baile, al que desde niña se había dedicado.

La Sra. Martínez de Requedo era gruesa, fea de rostro, pero ¡ay!, amigo cuando se endosaba el faldellín de baile, se calzaba los zapatitos de raso y sonaba el primer compás de la orquesta, y ella sacudía con maestría consumada sus *castañuelas*. ¡dios todo! No le quedaba a uno más recurso que gritar ¡Olé! ¡Viva la gracia andaluza!

Bailaba la Sra. Martínez de Requejo esos bailes españoles tan graciosos y al mismo tiempo tan artísticos que se llaman "La Cachucha", "El Bolero", "La Jota", y sobre todo aquel que en la escuela de baile español se llama "Paso serio", pero con un primor, con una destreza tan grande, con una gracia tan exquisita que salían todos, hombres y mujeres, del teatro diciendo: "¡Esa mijer es muy hermosa, es un ángel!"

Siguió la compañía del Sr. Torres dando agrado al público hasta mediados del 46 en que un incidente desagradable, y que no es para contado, puso fin a los trabajos.

Torres había sido un barítono de ópera de mucho mérito. En el teatro real de Madrid hizo con mucho aplauso el Azur de la "Semíramis" y el inmortal "Fígaro" del "Barbero de Sevilla". Aquí nos dio a conocer algo de su habilidad cantando, como complemento de función, la grande Aria de Azur, en el tercer acto, y la inimitable del Barbero que dice:

"Fígaro aquí
Fígaro allá,
Soy el barbero
de la ciudad".

A Torres se le debe el conocimiento del decoro en el Teatro. Cuando él llegó aquí no había paramento alguno: uno que otro telón mal pintado, uno que otro bastidor lleno de manchas más o menos oscuras y pare Ud. de contar. Lo que sí había era telón de boca, eso sí y tan bueno como no creo que haya tenido otro igual ningún teatro de América.

Este telón fue pintado por un artista italiano que llamaban "Meuxy". Sobre el fondo claro, remedo de aurora, en el centro estaba el carro de "Febo", tirado por cuatro fogosos y hermosos caballos; adelante iba la Aurora figurada por una bella mujer alada, con una trompeta en la boca, anunciando que detrás venía el sol, y otras doce pequeñas niñas aladas figurando las horas y guardando las distancias correspondientes. Enlontananza se veían las estrellas palideciendo, y era tal la ilusión que al mirar este telón, sentía uno el fresco de la madrugada. D. Fermín Isaza, el mejor pintor que hemos tenido, perdía hasta el habla cuando miraba esa obra de arte.

El Sr. Torres adicionó ese telón, poniéndole una especie de zócalo, en el cual pintó los bustos de "Bretón de los Herreros", "Moratín", "Martínez de la Rosa", "Garcilazo de la Vega", "Zorrilla", "Calderón", "Gorostiza", y otros que se me escapan.

Vino el año de 46 y con él llegó y trabajó en el teatro el nunca bien aplaudido Timoteo Sánchez, acróbata consumado, al que acompañaba, niño aún su hijo Nicanor que más tarde, como lo veremos, hizo decir a un aficionado en San Francisco de California. "O ese joven es de acero de Milán, o trabaja con el diablo".

Al mismo tiempo, en septiembre de ese año, nos visitó la Compañía de D. Antonio J. Martínez (*El Curro*), español, y Juan José Auza, bogotano. Componían esta compañía en su parte principal, a más de los dichos, Juvenal Castro y tres hermanos, un joven Garrido, y las damas Flecher, Rosario Gori y otras dos o tres de menor cuantía.

Los Sres. Auza y Martínez completaron su Compañía con los aficionados Alejandro Hoyos, José P. Escobar y un servidor de usted.

Trabajó esta Compañía con diverso éxito, pues a la verdad en toda ella no había sino Auza que pudiera parecer en juicio, porque los demás eran malos actores, muy malos, exceptuando *El Curro* que tenía sus momentos que demostraba que algo había sido.

La Flecher era ya pasada de edad, y además fea, sin un solito diente, y algún chusco decía que para oír la cantar se le debía poner candilejas en el paladar. La Gori era joven y tenía buenos arranques, pero éstos conseguidos a mucho martillo, porque absolutamente era ignorante el alto grado.

VII

Actuaba esa Compañía cuando llegó D. Mateo Furnier con la suya, y precisamente el día que llegó de daba por la Compañía de Auza (*o del Curro*) el “Lázaro o Pastor de Florencia”. Como es de rigor entre artistas, enviaron al Sr. Furnier y compañeros una llave de un palco y sólo la Sra. Asunción García admitió y fue al espectáculo, más no lo vió sino de las tribunas interiores del Teatro.

Preguntaba luego qué le había parecido la representación se limitó a decir que Auza tenía buenas disposiciones, pero que parecía un conejito de rifa, aludiendo a su vestido de pastor lleno de arandelas.

Auza era un buen actor: tenía buena voz, facilidad de movimientos y sobre todo comprendía que debía obrar en consonancia con las ideas del autor; es decir, que no era un adocenado que se limitaba a saber de memoria su papel y recitarlo con tono más o menos retumbante.

Martínez (El Curro), ya gastado y sin fuerzas para decir ni hacer nada bueno.

Castro (Juvenal), mucho viento, mucha buena opinión de sí mismo, pero sin conciencia de lo que hacía, limitándose a demostrar que sabía de memoria su papel, pero al mismo tiempo que ignoraba el carácter que el autor le había señalado. Los demás, nulos, enteramente nulos. Dios los tenga en eterno descanso.

Vamos a hablar un poco del gran Furnier y de su excelente Compañía. Sino fuera ridículo me atrevería a estampar aquí un popular dicho que es muy significativo y que... Pues amigo Carlos, allá va, *Aquí sí hay cacao*.

Formaban esta Compañía, en sus partes principales, éstos: Mateo Furnier, empresario y Director. Emilio Segura, primer galán. Genero Zuláibar, tercero, y otros de menos cuantía.

Las damas merecen capítulo aparte, tanto por su honorabilidad como por su puesto que en el arte ocupaban.

Primera dama, Dra. Ramona Furnier. Característica, Da. Asunción García de Segura.

Deme Ud. un momento de respiro para poder darle cuenta de lo que sentí al ver y oír estos, para mí, grandes artistas.

La Sra. Ramona Furnier era un primor, como artistas, se entiende, pues mujer no llamaba la atención. Más al oír a esa incomparable mujer recitar algo de “Alfonso Munio”, drama de la “Avellaneda”, o del “Zapatero y el Rey”, de Zorrilla, se transportaba uno a otra parte y le daban ganas de decir como el malogrado Ricardo de la Parra: “Esta es la última palingenesia de la embriogenia humana”. Ahora, en la comedia, amigo mío, qué gracia, qué... cómo diremos?... que *chic*. Un muerto tenía que reirse al ver a esa mujer mover el pie, decir “Sí” o decir “No”, con ese movimiento peculiar del que está convencido de que lo

que dice es lo justo, lo exacto, lo verdadero. ¡Válgame Dios amigo mío! sólo el recuerdo de esos movimientos me hace prorrumpir en homéricas carcajadas.

Da. Asunción García de S., madre de Emilio, era una característica, tal como yo la comprendía que debía ser.

Aficionado desde niño a los estudios teatrales y habiendo caído en mis manos el “Arte de declamación” del Sr. Bretón de los Herreros, me formé un juicio de cómo debía ser el actor y de allí no me aceptaba nadie; razón por la cual todo lo que veía y oía que no se acercaba a aquel ideal, me parecía soso y sin valor alguno. Pues bien, oí a la García y encontré mi molde, y allí me aferré, y por eso digo a Ud., si antes no lo he dicho, que Da. Asunción rayaba más alto que todo lo que yo había visto o figurado.

Sobre todo, en la “Lucrecia Borgia” esta mujer se elevaba tanto, tanto que los pobres pedestres no alcanzábamos a verla. Cuando esa mujer en el último acto de esa sublime obra, al ver caer a su hijo, envenenado por ella, da ese ¡ay! salido del corazón, es muy capaz no sólo de hacer poner de punta los pelos, sino también de paralizar la circulación de la sangre. Lo dicho: la “Asunción de García fue una grande artista”.

D. Mateo Funier, artista de gran mérito; y lo prueba el hecho de figurar en el reparto de muchas obras al lado de Carlos Latorre, Julián Romeo y Juan Lombía, afamados actores españoles.

Emilio Segura, buena figura, declamación apropiada, maneras exquisitas, decir elegante, y más que todo literato de marca. Autor del bello drama “Ricaurte en San Mateo”. ¿Se puede decir más? No creo.

El buen bocado se deja para lo último. ¿Creía Ud. que había terminado con esta Compañía? Pues se engañó, y por ese engaño tiene que rezar el Padrenuestro y una Ave María a fin de que Dios le da valor y *tranquilidad* para oír lo que falta.

Hacía parte y principal de la Compañía la pareja de baile compuesta de los hermanos Magín y Francisca Casanova. En este caso, yo francamente no me fijo mucho en el hombre, aunque como justiciero, digo y repito que bailaba muy bien, y que era buen mozo etc. etc. Pero donde está la Paquita ¡ay! amigo... tente lengua.

La Paquita no sería un prodigio como bailarina, no poseería como lo mandan las reglas en todo su rigor el arte careográfico; pero era tan soberanamente bella, tan espiritual, tan graciosa, que ni siendo de estuco podría uno resistir a esa seducción. Tenía además de esas cualidades la de ser honrada hasta la exageración, lo que la valió un buen premio. Se casó en Lima con un banquero millonario, y gozó el premio de la virtud como era de justicia.

La noche de la última representación de esta Compañía se ponía en escena “los dos validos”, de Rodríguez Rubí, y en medio del entusiasmo levantado por el buen trabajo de los artistas, se presentó en el escenario una comisión compuesta de los Sres. Ambrosio Mejía, Domingo Jaramillo y Dr. Angel Ma. Gaviria proponiendo al Sr. Furnier, a nombre de varios vecinos pudientes de Medellín, que permaneciera un año más en la ciudad y que le daba 11.000 pesos libres de gastos de teatro, es decir, que él no tendría que pagar sino el personal. El Sr. Furnier pidió 12.000 y volviendo los señores dichos a dar cuenta de su comisión no fue aceptada esta suma, y el Sr. Fulnier marchó al día siguiente.

La suma ofrecida parecía fuerte; pero si se tiene en cuenta que Fuernier era hombre rico y que según él decía, se encontraba viejo y deseoso de dejar los huesos en su tierra, no parecerá exorbitante su petición.

Llegamos, amigo mío, a los tiempos del RENACIMIENTO en el Teatro de Medellín, y para dar cuenta a Ud. de esta transformación, permítame que descanse un poco, y que diga con todo el aliento de mi cuerpo:

“Si esto no es arte, que venga Dios y lo vea”.

VIII

1855. José Froilán Gómez, hasta entonces desconocido como actor, pero que vino a ser pronto el *Talma*, el *Maiquez*, el *Greusett* y el *Guzmán* nuestro, se unió con los Sres. Juan F. Alvarez, Lucio de Villa, Alejandro Hoyos Madrid y otros, y proyectó y llevó a cabo el dar en espectáculo el *Jacobo Molay* del distinguido poeta Santiago Pérez. En efecto, se repartió la obra y quedó constituida así: La Reina, Lucio de Villa; Jacobo, José F. Gómez; Felipe, Rey de Francia, Antonio J. Escobar; Nesle, Arcesio Escobar; y el Papa Clemente VII o Beltrán de Got, José Pablo Escobar.

Como las pasiones políticas estaban en aquel entonces muy enardecidas, hubo una especie de asonada o tumulto entre algunas gentes por la representación de esa obra, y trataron de impedir su ejecución. Al efecto, el Sr. Gregorio Urreta, que si no recuerdo mal, desempeñaba las funciones de Gobernador de la Provincia, dio aviso del hecho al Dr. Mariano Ospina Rodríguez, el que incontinenti, con ese gran talento que Dios le dió, hizo y publicó, el mismo día, en el *Grito de la Libertad* una crítica terrible contra el drama, que si ni impidió su representación porque las cosas estaban ya muy adelantadas, sí hizo que el autor del drama escribiera un libro voluminoso en defensa de su obra. Cuento el hecho pero no entro ni salgo.

Su representación estuvo buena, y allí se dió a conocer nuestro grande artista y orgullo de Medellín, José F. Gómez (a. *Floro*).

Viendo estos jóvenes el buen éxito de su primer paso continuaron sus trabajos poniendo en estudio el *Antonio Pérez*, bonito drama de Rodríguez Rubí, si no recuerdo mal, y adelantados ya los ensayos hubo un incidente risible, ocasionado por los humoristas Ricardo Escobar Q. y Alejandro Hoyos Madrid.

Sucedió que D. José Ma. Carrasquilla (D. Pepe), habitante en aquel entonces de la casa del teatro, conservaba en una de las piezas de vestuario una porción de chécheres de indumentaria teatral, y entre ellos dalmáticas, túnicas, corazas y cascos de hoja de lata y varios trozos de madera de varios colores; trebejos que por casualidad había visto Ricardo y que con su genio chistoso trató de utilizar.

Bien: en un momento, en que se ensayaba parte en que nada tenía que hacer, Ricardo hizo una seña a Hoyos, la que fue comprendida al golpe, y se retiraron.

Hoyos tenía una carita pálida, huesosa y muy bien barbada, dándole sus negros y grandes ojos tinte de tristeza que conmovía.

Vino la tremenda escena, en que Felipe II, delante de la princesa de Evoli, increpa a su secretario Pérez su traición, según él probada, y cuando *Floro* (que hacía de Rey) estaba en lo más grave de su perorata, aparece por la izquierda, y en dirección al centro una procesión tremebunda. Hoyos con túnica morada, con una cruz al hombro, conducido por Ricardo con coraza y casco figurando un soldado romano, teniendo en la mano una cabuya que pendía del pescuezo de Hoyos.

Haga Ud. cuenta que venía por la calle de San Juan de Dios arriba, la procesión de once de Viernes Santo.

Floro, que era el rascapulgas, y que se juzgaba ofendido por tener lugar el episodio en el momento crítico para él, bramó, pero volviendo a mirar a aquellos dos diablejos que continuaban impassibles su camino, soltó el trapo a reír, dando ejemplo para que todos siguieran esa corriente.

Por no se que dimes y diretes se disolvió la Compañía y se organizaron dos que dirigieron Juan F. Alvarez y Lucio de Villa, compuesta de ellos dos y de Cayetano Gutiérrez, Posada, Benicio Angel (damas), Bautista Zea, José Hilario Trujillo, Federico Jaramillo C. y algún otro que no recuerdo.

José Froilán formó la suya así: Director, él —César Damas, Jorge Jaramillo, Manuel A. Jaramillo U., Dionisio Mejía, Santiago Uribe y Miguel María Jaramillo Ch.; Alejandro Hoyos Madrid, Francisco A. Gónima y Llano, Marcelino Prieto, Tomás Ma. Fernández, Bautista Tobón, Francisco J. Jaramillo (Conde) y Ricardo Lleras, partes principales; y Carlos A. Gónima, Máximo Gómez, Clímaco Hoyos, Jenaro Latorre, Cayetano Benítez Uribe y otros varios de *partiquinos*, es decir, para los pequeños papeles. Su humilde servidor estaba en ese entonces ausente, y no entró sino un poco más tarde a formar parte de la Compañía.

Cuando esto, ya corría el principio del año de 1856.

La Compañía de los Sres. Alvarez y de Villa se metió de lleno en los dramas de grande espectáculo, como la “Conjuración de Fiesco” y los “Bandidos de Schiller”. Esta última traducida por el talentoso Federico Jaramillo Córdoba.

Si no recuerdo mal, no dieron más que estas dos piezas, y en la última hicieron fiasco completo, no tanto por la ejecución, cuanto porque eran ya las tres de la mañana y aún duraba la representación, a pesar de que no había en todo el teatro una mecha encendida.

Para salir la concurrencia alguno tuvo que propinarse una o dos velas para alumbrar el zaguán, y no obstante, no hubo desorden, a pesar de ser la concurrencia notable.

Ahora caigo en que sí representó esta Compañía también la 2ª. parte del “Zapatero y el Rey”, de Zorrilla, en la que a verdad se lució el Sr. Villa interpretando el Zapatero Blas.

El Rey D. Pedro lo ejecutó Alvarez, y el Conde de Trastamara Jaramillo Córdoba, los que no gustaron.

El Sr. Alvarez tenía una arrogante figura, voz estentórea, regulares maneras y no le faltaba talento; pero seguramente por falta de estudio o poca atención no le salían bien sus papeles.

El Sr. Lucio de Villa sí tenía muy recomendables aptitudes para actor dramático. Su figura no era notable, pues era pequeño y demasiado delgado; pero su voz era bella y timbrada y estudiada con amor sus papeles, y como su inteligencia era superior, siempre desentrañaba algo de carácter que el autor había querido dar al personaje que le tocaba en suerte representar. Juzgo que si hubiera sido más larga su práctica habría llegado a ser si no un verdadero artista, si un buen actor dramático.

De los demás miembros de la Compañía no puede decirse ni bien ni mal, pues como no eran actores sino de ocasión, y los papeles que les tocaba interpretar no eran de importancia, no tuvieron en donde, ni tiempo para desplegar sus cualidades características.

No sé la causa por que esta Compañía dejó de funcionar.

IX

Vengamos ahora a la gran Compañía dirigida por José Froilán Gómez.

En tres o cuatro años, hasta principios del 60, se le pasó revista a casi todo el repertorio francés: de Víctor Hugo: “Angelo Malipieri”, “Lucrecia Borgia”, “Los Burgraves”, “Marión Delorme” y “María Tudor”. De

Dumas: "Enrique III y su Corte", "Catalina Howard", "Batilde", "Cristina de Suecia", "Margarita de Borgoña", "Pablo el Marino", "La Conciencia". Otra porción de diversos autores, y de Bretón de los Herreros lo más granado de sus obras.

A principios de 1856, se dieron por primera vez "Los Prusianos en Lorena", del teatro francés, y en ese drama, hice yo mi estreno como socio de la Compañía. Después ya no dejé de trabajar en todas las piezas que se pusieron en escena.

En la representación de esta obra ocurrió un incidente. El prólogo pasa en una granja que tiene un gran patio cerrado por el fondo con una verja. Esta verja la fabricó nuestro tramoyista, Higinio Mondragón (el Chato), poniéndole en la parte alta unos barrotes terminados en punta.

Los húsares prusianos, que los figuraban Jenaro Latorre, Cayetano Benítez, Máximo Gómez, Clímaco Hoyos y algunos otros comparsas, debían llegar a la verja, y viéndola cerrada con llave, intentaban subir por los barrotes para ver de abrir por dentro y facilitar la entrada a sus compañeros. Emprenden, pues, la subida, adelante Latorre y llegado a lo alto voltea la pierna al otro lado, más como iba calzado con botas altas, se le enredó la campana de una de éstas en un chuzo, sin poderse desembarazar de este obstáculo porque perdía el equilibrio. José Froilán que vió que se entorpecía la acción dió un grito a Benítez para que subiera y ayudara a Latorre en su dificultad. Benítez subió con rapidéz hasta el último travesaño de la verja, e inclinando el cuerpo alargó una mano en auxilio de Latorre, pero al hacer el movimiento perdió el centro y ¡pataplúm! se fue de cabeza, quedando colgado de una bota en posición nada satisfactoria. Hubo que hechar el telón abajo y volver a principiar el acto, pidiendo la respectiva excusa al público que generosamente la concedió.

Ejecutó la Compañía en noches distintas "El Pelo de la Dehesa" y "Don Frutos en Belchite". Hubo petición del público para que se representaran ambas en una misma noche y se convino en llevarlo a cabo, una vez que la entrada sería buena, puesto que los palcos se habían pedido todos.

Francisco J. Jaramillo (el Conde) estaba encargado de los papeles de D. Remigio en el "Pelo" y del tío Pablo en "Don Frutos". El no hacía parte de la Compañía como socio, y se le pagaban sus papeles siempre que se le ocupaba, al precio que el Director le señalaba, teniendo en cuenta la cuantía de la entrada.

La exhibición debía verificarse el domingo, y el jueves anterior, por la tarde estando en el ensayo, le manifesté a José Floilán que arreglara con Jaramillo el precio de los papeles, pues estando como estaba, anunciada la pieza, y, por lo tanto, estando nosotros comprometidos, era muy fácil que éste no se conformara con lo que se le fuera a dar, y pidiera una suma exorbitante. José Froilán llamó a Jaramillo y le expuso mi exigencia, a lo que éste dijo que no había cuidado, que eso lo arreglaban después. Pero instado

nuevamente por José Froilán, pidió una suma que era imposible abonársela. José Froilán nos dio cuenta de esto y preguntó qué hacíamos, comprometidos ya con el público. Entonces yo le dije que hacía los papeles más bien que abonar esa crecida suma, y me empeñé en ello a pesar del poco tiempo para el estudio de dos larguísima papeles, aunque en verdad, era muy conocedor de las obras.

Después de dimes y diretes, José Froilán se sometió a mi deseo, apoyado por Hoyos y Jorge Jaramillo. Dimos la pieza, el público me recibió bien, y de ahí data mi entrada en candelero como primer actor cómico, y sujeto a estudiar con ahínco para sostener la reputación adquirida, tal vez por buena suerte más que por talento verdadero.

Una noche que poníamos en escena “Ottavio Rinucini”, de Carlos A. Gónima, tuvo lugar un incidente que hizo reír bastante.

En una cena que Rinucini da a unos caballos, sus enemigos, escena igual a la de Lucrecia Borgia, los envenena. Todos fueron tomando sus copas y doblando la cabeza sobre la mesa, menos Cayetano Benítez. Este creyó que por muy activo que fuera el veneno no se debía morir tan pronto; se levantó y comenzó a apretarse el pecho como si sintiera dolores intolerables, y dar traspies y voltear los ojos. Visto esto por el Sr. Norbeto Bermúdez, que se encontraba en la 3ª. galería, no pudo contenerse y grito:

“¡Ah negro duro!”

En estos mismos años, varios artesanos, dirigidos por el Sr. Gervasio y un Sr. Pimienta (que era la dama principal) fundaron una sociedad dramática con teatro propio, que hicieron en la Quebrada Arriba, puente de Miguel Gómez, casa del Sr. Rafael Moreno. Estos jóvenes estudiaban y se afanaban por el lucimiento, sólo que como todos los aficionados novelas no quisieron llegar por graduación lenta, sino que desde el principio se exhibieron con obras de alto coturno. Juzgue Ud.: “Jacobito Molay” de Pérez, “Moraima”, de Martínez de la Rosa, y otras por el estilo. No crea Ud. que eran del todo mal. No. Sobre todo hago memoria de Pimienta, que representaba y declamaba hasta con arte los papeles de la “Reina” y “Moraima” en las dos obras que he citado. Los demás solían tener sus momentos lúcidos, pero en lo general gritones y desmañados y dados a la declamación llorona y altisonante, como ha sido de natural en todos los aficionados antioqueños.

El Dr. Román de Hoyos era asiduo concurrente a esos espectáculos, y decía con esa gracia que lo ha distinguido:

“Que gozaba más en esas representaciones que en las de una Compañía mejor, porque lo malo es tan bueno como lo bueno, pues todo tiene su filosofía”.

El Dr. Hoyos daba con esto aplicación a su célebre dicho.

Sucedan cosas en Antioquia que si no sucedieran, no podían suceder.

Un joven Hilario Palacio, interesante aficionado, organizó más tarde una Compañía con varios miembros de su familia, hombres y mujeres, y dio aquí en el Teatro de Variedades y aún en el Principal, dos representaciones que él trataba de que le salieran bien, exornándolas con bailes, que ejecutaba él y una niña hija suya, bailes que al decir de los conocedores podían pasar.

Palacio tenía facilidad para la declamación y movimientos escénicos y yo le ví ejecutar algunos papeles regularmente; también es verdad que fue por poco tiempo discípulo del excelente actor D. Lino R. Ospina.

Palacio alzaba el vuelo, y más que todo, su trabajo era por ahí en los pueblos donde con la profesión ganaba lo suficiente para sus gastos.

X

Volvamos a José Froilán Gómez y a su Compañía.

En la representación de la “María Tudor”, que salió a pedir de boca, se me repartió a mí el “Judío” de que le hablé en otra parte; hubo este incidente, y no tenga Ud. a inmodestia de mi parte el cuento, porque siempre alho he de decir de mi persona, una vez que hacía parte de la Compañía de que vengo hablando.

El gran crítico Emiro Kastos y yo nos tratábamos amistosamente, y llegada la escena del “Judío” que todos juzgaban por insignificante, yo seguramente hice algo notable porque Restrepo no pudo contenerse, y volviendo donde varios que estaban cerca: “Señores, este mozo es un artista”.

Páseme el recuerdo y sigo mi cuento.

Todos los periódicos de aquí, redactados por Benigno, Juan de Dios y Emiliano Restrepo, Camilo A. Echeverri, Demetrio Viana y Lucrecio Gómez, nos abrumaban a elogios en revistas muy hermosas, como puede verse, y también nos daban duro algunas veces por descuidos notables, ya en la ejecución, ya en los accesorios.

Nosotros nos esforzábamos para evitar la crítica, ganar algo de gloria y bastante dinero; y yo decía con frecuencia a mis compañeros: “estudiemos con ahínco, puesto que trabajando bien, todos querrán vernos, y yendo mucha gente el dinero que nos toque será abundante”. Ya ve Ud., antioqueñísimo puro, franqueza de especulación.

La Compañía hacía sus viajesitos a Rionegro, a Antioquia, o a Envigado, y tratados a lo príncipes siempre nos sobraban buenos reales para traer a las casas, agregando a esto los recuerdos de los agradables ratos que pasábamos y de tantos lances chistosos que resultan entre jóvenes de buen humor y con algunas copitas de lastre.

En uno de estos viajes a Rionegro, estábamos, un día de vagar, es decir, en que no había función: estábamos, digo, casi todos los socios haciendo fiestas en una cantina de Antonio Ma. García, cuando entró José Froilán llevando de la mano a Joaquín Pablo Posada (el Alacrán) que acababa de llegar. después de los cumplidos de rigor, alguno invitó a una *ronda*, la que se aceptó, y luego cada uno se creyó obligado a hacer su invitación. Por consiguiente las cabezas sufrieron un mucho de mareo; estando en lo más fuerte de la algazara, José Froilán, dirigiéndose a Posada, le dijo:

Joaquín, un brindis en verso.

Bien, José, pero da tú el pie para una quarteta.

Ahí va el pie: "*Jesucristo es un borracho*", pero te advierto que el brindis no debe contener herejía.

Joaquín Pablo, bien sabida era su facilidad de improvisación, alzó su copa, y mirándonos a todos uno a uno, dijo:

"Si algún francés o gabacho

Dijese con ironía

Que no es hijo de María

Jesucristo, es un borracho".

A alguno he oído la especie de que este quarteto es de Quevedo o de algún otro poeta; yo no lo sé; lo que sí aseguro es que el incidente pasó como lo cuento. Dele Ud., el valor que quiera, y adelante.

Como ya le he indicado qué obras dimos y con qué éxito, réstame, para dar fin a lo relativo a esta Compañía, hacer una reseña crítica, a mi modo, y sin pretensiones de artistas y literato sobre cada uno de los principales socios, que para honra del arte dramático puramente raizal, formaron aquella inolvidable asociación.

A todo señor todo honor; le corresponde, pues, el primer puesto en el tablero al primer actor.

José Froilán Gómez era hombre alto, de cuerpo, casi seis pies, elegante, de maneras finas y de educación esmerada, de buenas facciones, un poco escaso de barba, de color moreno pálido y descurtido.

Desde muy niño manifestó su decidida afición por el teatro, pero ocupó poco la escena, a pesar de haber hecho parte de la Compañía de Torres, pues no hacía sino uno que otro papel de escasa importancia.

Sólo en “Elena”, de Bretón, en la que interpreta un bandido, se puso en evidencia. Más tarde cuando llegó Fournier, que fue su ideal, se le despertó el genio artístico, hizo observaciones y estudios y pudo sorprender cuando emprendió trabajos serios en el año de 1855.

Desde el principio de su carrera se impuso, y todos sus compañeros, sin previo acuerdo, aceptaron su dirección que fue siempre encaminada al mejor provecho del arte.

José Froilán no tuvo cuerda especial para el trabajo: para él era igual la tragedia, el drama o la comedia; no tenía más que pasar la vista por la obra que se pensaba en exhibir para saber qué papel correspondía a cada uno según sus cualidades, así es que pocas veces se equivocó en un reparo, a no ser por capricho de artista, como sucedió en “Errar la vocación” y la “Independencia”, de Bretón, en las que se asignó para él papeles insignificantes por el solo de decir cuatro conceptos graciosos, dejando en manos inhábiles la interpretación de los que él, como primer actor, debiera ejecutar.

En piezas que eran de su agrado, como “Margarita de Borgoña”, “Catalina Howard” de Dumas, “Angelo Malipieri”, “Lucrecia Borgia” y “Burgravez”, de Víctor Hugo; “El pelo de la dehesa”, “Muérete y verás”, “Marcela o cuál de los tres”, de Bretón, era de ver a qué altura se elevaba el hombre; era de ver cómo hacía estremecer al auditorio en las primeras, y cómo lo hacía destornillar de risa en las segundas. En la “Marcela” ejecutaba el Capitán Centellas, carácter atropellado e irascible; y no tiene Ud. idea de los movimientos bruscos, que de acuerdo con las palabras que vertía de una manera rápida y violenta, daba a conocer lo que sin duda el autor quiso pintar en el personaje. Era un huracán, una tempestad deshecha. Alguno dijo, y con razón, que la lengua de José Froilán era aguda y cortante como una espada.

Ayudaba a José Froilán una voz robusta y timbrada, susceptible de todas las entonaciones y matices. Si hablaba de amores era dulce como el canto de una ave, si quería expresar la cólera, hacía temblar, y si debía representar un personaje de la sociedad elevada, creía uno ver un príncipe, un duque de la verdadera nobleza, tal como nos lo pintan en los libros.

Sacaba partido de las más insignificantes situaciones dramáticas y cómicas, y donde otro se habría enredado, él encontraba bellas cosas. En el manejo del material, todo lo hallaba fácil, y aunque sin elementos, porque teníamos pocos, él hacía que el público quedara contento del adorno del escenario.

José Froilán no equivocó en la interpretación el carácter del papel de que se encargaba, y en algunos sobrepujo toda espectación.

En los papeles del mulato Lugarto en la “Matilde de Marrn”; Eduardo, en “La Conciencia”; Alberto, en “Fe, Esperanza y Caridad”; Buridán, en “Margarita de Borgoña”; Don Frutos, en “El pelo de la dehesa”; Capitán Centellas, en “Marcela”, todas distintas cuerdas y caracteres, iba tan lejos, tanto, que dudo mucho

que los buenos artistas que hemos conocido, como Torres, Rendón, Fournier, Ariza, Amato y Lino R. Ospina, pudieran llegar a esta altura.

Si José Froilán hubiera dado la mayor parte de su tiempo al arte, si no se hubiera ocupado de política y militarismo (fue General y Senador de la República), fuera hoy su legendaria memoria el orgullo de la tierra en que vivimos.

Aquí tiene Ud. el juicio mío sobre este titán del arte dramático en Antioquia, juicio en que abundarán, con creces, todos los que conocieron en el ejercicio.

Sombrero en mano, que aparece la *gran dama*, la Sara Bernhard, la Matilde Díez, la Rita Luna de estas montañas.

XI

Jorge Jaramillo, muy joven, hizo su primer papel, y ese fue el de María Tudor. Parece mentira que de primera vez que se presenta al público, pueda un joven lucirse de lleno, teniendo que acomodarse a modales y costumbres de un sexo diferente, para interpretar una de las grandes creaciones del gran poeta. Y sin embargo así fue; el público le hizo una ovación, y entonces Jorge resolvió continuar la carrera al mismo tiempo estudios convenientes.

Cuando principió a trabajar Jorge, era casi un niño de 17 ó 18 años. Bajo de cuerpo, pero bien proporcionado, de bello rostro, con carencia absoluta de barba, magnífica voz y gran talento. Con el estudio y la práctica, llegó de tal modo a asimilarse los movimientos y las maneras de la mujer, hasta tal extremo, que se vestía solo y jamás se le notó un desperfecto en el vestido.

Jorge tenía la propiedad de movilización de facciones y juego de ojos, en grado tal, que sin que hablara conocía el espectador en él la expresión de rabia, de dolor, de alegría etc. Interpretaba sus personajes a maravilla, tanto en el drama como en la comedia, y tenía la mejor condición del actor, aprenderse a la memoria sus papeles.

Jorge tenía por costumbre estudiar sus papeles delante de un espejo, y con los pasajes violentos ensayaba allí el juego de sus ojos y fisonomía. Seguro que a esto debió los más grandes de sus triunfos.

Las principales creaciones de Jorge fueron: en el drama “Catalina Howard”, “Marión Delorme”, y Tisbe, en “Angelo”; y en la comedia La Marquesa, en “El pelo de la dehesa”; Simona, en “Don Frutos” y “Marcela”.

Otros muchos ejecutó siempre bien, pero que no pueden considerarse como creaciones.

En la “Lucrecia Borgia”, que de propósito dejé para lo último, dio una muestra tan de bulto del poder del genio, que hizo olvidar a la Asunción García de que antes le hablé.

Jorge, pasado algún tiempo, pretendió trabajar como hombre un papel de galán, y habiéndole hecho José Froilán algunas observaciones las tomó a mal y se separó, viniendo por consiguiente, al suelo la Compañía, y en la caída se desbarató.

A no quedar duda no ha venido a Antioquia actriz, y las ha habido buenas, que se parangone con Jorge.

Para concluir con éste referiré a Ud. un episodio extraño.

Jorge se trasladó a vivir al Retiro, José Froilán había marchado a Bogotá a cumplir con su encargo de Senador. Más tarde lo hicieron Administrador de la Aduana de Cúcuta, y marchó a hacerse cargo de ella y llegó de camino a Chiquinquirá el 31 de agosto de 1867, y ese mismo día nos escribió a mí y a su esposa, mi hermana, diciéndonos poco más o menos:

“Díganme qué hay de Jorge, pues estoy intranquilo porque hoy ví la sombra de él y oí su voz que me llamaba”. El mismo día, a las dos de la tarde había muerto en el Retiro, repentinamente, Jorge.

Francisco J. Jaramillo (Conde).

Antes de hablarle del actor, permítame le refiera cómo adquirió dicho señor el título de *Conde*, y al mismo tiempo Ud., que es bien entendido, me explicará una grave aberración del criterio público.

Antonio J. Escobar hacía el galán en el “No más mostrador”, de Larra; tenía una escena en que se fingía Conde del Verde Saúco para engañar a la vieja que quería emparentar sólo con la nobleza, y esta vieja que la figuraba la Sra. Martínez de Requejo, esposa de Torres, al ver al galán lo saludaba con “Adiós Conde”, dicho con inimitable gracia. Pues bien, desde el día siguiente al del espectáculo, cada vez que Jaramillo se encontraba con Escobar le decía, tratando de imitar la entonación de la Martínez, “Adiós Conde”. Después más tarde todo el mundo decía Conde a Jaramillo, y nunca al que hizo el papel.

Jaramillo se quedó Conde por bautismo popular, y hasta él mismo adoptó el título, pues se firmaba “Francisco J. Jaramillo, Conde”

Jaramillo tenía gracia suma para ejecutar un viejo en comedia, y sin su representación no hubiera sido sólo por pasar el rato y divertirse sin pensar en el arte ni en que esto pudiera más tarde servirle de medio de subsistencia, habría sido indudablemente un buen actor cómico.

Pero como no estudiaba y únicamente se había fijado en remedar los modales y voz de un viejo, resultaba que se repetía siempre, y esa monotonía cansaba y fastidiaba, pues en todos los casos era el mismo viejo que ya se había visto.

Lástima que fuera así y que perdiera, por descuido, lo que podía haber ganado con la buena inteligencia que tenía.

Ricardo Lleras, joven bogotano, hijo de D. Lorenzo Maríam, se radicó aquí por algunos años, y aficionado en extremo, tomó colocación en la Compañía, como galán. Era bajo de cuerpo, pero bien formado, tenía talento, buena educación y una instrucción científica poco común.

Trabajaba bastante bien, pero era exagerado en la declamación, como que había aprendido en la escuela de Fournier y Belaval.

Prestó Lleras muy valiosos servicios al teatro en lo material, pues tenía grandes conocimientos en escenografía, y pintó bonitas decoraciones que nos fueron muy útiles.

Alejandro Hoyos Madrid, talento soberano, voz de una extensión y fuerza nada común, y que modulaba perfectamente. Su figura no era buena, pero tenía en su abono unos ojos chispeantes y una barba negra muy notable.

Sabía muy bien lo que el actor decía en su obra, y ponía sus cinco sentidos en transmitir al público el pensamiento, y lo lograba porque eran muchas sus aptitudes.

También tenía sus aberraciones, pues varias veces, por decir un chiste, sacrificaba el éxito total de una obra. El conocía el mal, y cuando José Froilán lo reconvenía por algún *zafe* de esos, siempre contestaba: “Es verdad, no debí decir eso; pero si ni puedo con el genio y se me va la lengua”.

Hoyos hizo una creación que el mismo Dumas le hubiera agradecido, con el Ruberg, en “La Conciencia”. Este es el barba de la pieza, y lo ejecutó tan a conciencia, lo exhortó de tanta gravedad y su entonación fue tan marcada, y si acción tan adecuada, que el público le pagó con nutridos aplausos la pena que se tomó por agradecerle.

Hoyos no sólo era un buen actor sino que tenía un vigor de voz que jamás he visto en ningún otro. Recitaba en “Hermani” el monólogo de Carlos V y ante la tumba de Carlo Magno, declamado, sin bajar la voz y sin que al terminar se le notara fatiga. ¡Y tenía ese monólogo la miseria de ocho a diez pliegos de letra común!

Hoyos fue un afamado periodista y un buen abogado, muy entendido en literatura.

Manuel A. Jaramillo U. (dama), tenía magníficas disposiciones que a la sombra de Jorge habría desarrollado con provecho para el arte; pero un acontecimiento de familia lo obligó a separarse.

Miguel Ma. Jaramillo Ch. (dama). Este joven y talentoso hermano de Jorge tenía su cargo en la comedia, nunca trabajaba en drama; las viejas y las criadas pizpiretas *soubrettes* que dicen los franceses. Y no se sabe

qué hacía mejor, si las unas o las otras; yo mismo, que tanto lo ví, no me atrevo a decidir entre la “Nicanora” de la “Independencia”, o la Juana de “El pelo de la dehesa”. En la una, vieja cócora, parecía una de esas amas de gobierno que nos señalan por ahí, pero tan a lo vivo, tan natural, que daban ganas de echarla a escobazos de la casa; en la otra, en la criadita, era un torbellino de gracia y ligereza, y al mismo tiempo de compostura en acción y movimiento.

Decididamente Miguel tenía dotes superabundantes y mucha vis cómica para dar realce a la parte del cuadro que le tocaba poner en evidencia.

Dionisio Mejía (dama), con una afición muy decidida le tocaba representar las damitas jóvenes; y como era inteligente y como además lo acompañaba una belleza poco común que lo hacía pasar por una linda niña (era muy niño entonces), el público lo recibía y le hacía muchas fiestas, aunque también es cierto que el atendía a las acciones de José Froilán y, por consiguiente, hacía siempre hablar bien de él. Es de sentirse que se hubiera retirado tan pronto del teatro que animaba con su jovialidad y travesura.

El Sr. Tomás Ma. Fernández era con nosotros el encargado de los papeles de “Tercero” o “Traidor”, papel siempre antipático, y si a ésto se agrega que el Sr. Fernández desempeñaba entonces un empleo que no era del gusto de una gran parte del público, se puede calcular cuántos esfuerzos haría Fernández para salir avante, lo que lograba, debido a su talento y amor al estudio de su papel. Se hacía aplaudir muchas veces, probando así que la inteligencia avasalla las malas opiniones y rompe todos los obstáculos.

Entre otros papeles que Fernández ejecutó, el Muller de “Fe, Esperanza y Caridad” fue el que mejor sacó, e hizo de él una bonita creación que un fuera de aquí, creo, le había dado honra artística.

Marcelino Prieto y Bautista Tobón hacían sus partes con lucimiento, aunque rara vez les tocaba un papel de “*garnacha*”. No obstante, Prieto hizo el Coronel en “Prusianos en Lorena”, y el público le pagó en buenos aplausos su buen desempeño.

¿Quería Ud., que le dijera algo de mi humilde persona? Pues, amigo, no me resuelvo: primero, porque si

hablara bien se tomaría a fatuidad; y segundo, porque el decir mal lo achacarían bien sabe a qué cosa peor. Mejor es dejar ese trabajo a alguno de tantos que me han visto y que él me trate en el asunto como merezco.

Ya en otra parte le dije algo que me atañe, y más adelante verá Ud., también que se roza con mi humanidad.

He terminado los apuntes relativos a la gran Compañía que fue y será siempre una gloria para esta Antioquia querida, como lo es el haber dado nacimiento a Camilo A. Echeverri, Gutiérrez González, Juan de

Dios Restrepo, Manuel Uribe Angel, F. de P. Muñoz, Benigno Restrepo, D. Viana, Juan J. Molina, Alberto Gómez, Rafael Ma. Giraldo, Pedro J. Berrío, José Ma. Facio Lince, Pascual González, y tantos otros que forman los radios de la corona que ciñe su frente, cada uno en su esfera.

XII

En 1857 compuso el Sr. Carlos A. Gónima dos dramas, titulados uno "Ottavio Rinnucini" y otro "La Envidia".

Rinnucini es una imitación de Lucrecia Borgia en su mayor parte, pero sí tiene algunos pasajes originales de bastante mérito. Fue representado por cuenta de la Compañía y recibió buenos aplausos.

"La Envidia" fue puesta a beneficio de su autor, y el producto, que no fue muy grande, sirvió a éste de auxilio para su marcha a Bogotá a terminar su carrera de medicina.

La representación fue ruidosa, tanto por el amor con que los actores pusieron sus talentos y genio al servicio de la obra, como por el mérito de ésta que, según el decir de personas competentes, podía parangonarse con lo mejor que se conocía de dramas de la grande escuela.

El Sr. Gónima es el primer antioqueño que ha hecho piezas de teatro que se han puesto en escena; no tengo noticia de que algún otro se haya ocupado en este género, y si acaso existe tiene sus obras inéditas y no han llegado a mí noticia.

Extraño es, a mi juicio, que aquí donde hay talentos superiores y buenos literatos no haya habido uno o más que se hubieran ensayado en ese trabajo, siguiendo el ejemplo de Gónima.

Sigo mi cuento.

Desparpajándose esa gran Compañía, y como era ya para algunos de nosotros una necesidad este trabajo, y además las reuniones para ensayos un rato de solaz, y una enseñanza de muchas cosas, entre ellas las buenas maneras y el buen decir, nos reunimos Lucio Villa, Alejandro Hoyos y yo, y con la Sra. Susana Tirado de M., como primera dama, José Pablo Escobar, César Posada (dama) y otros, fundamos una nueva Sociedad que dio principio con la representación del "Ruy Blas", de Víctor Hugo.

Todos mis compañeros convinieron en que yo me encargue de la Dirección, sin méritos para ello, pero talvez teniendo en cuenta mi mayor práctica y más edad.

Llegado el momento del espectáculo, y según era de mi deber, hice el repartimiento de vestuario, que no lo teníamos ni copioso ni bueno, pues todo el guardarropa de la Compañía había tocado en suerte a Jorge y Vespasiano Jaramillo, los que ya habían dispuesto de él; y se le dio en el reparto a Villa un vestido de percal amarillo con ribetes negros, vestido que en vista de nuestros recursos y atendida la calidad de ínfimo criado de Palacio que tiene Ruby Blas, me pareció el conveniente, y Villa no hizo objeción.

Pero sucedió que casi a la hora de levantar el telón, y faltando sólo Villa por terminar el arreglo de su persona, entró al escenario el Sr. Francisco A. Gónima y Llano, y nos dijo: “Anden a prisa que van a dar las ocho”; y habiéndole manifestado que aguardábamos a Villa, se dirigió al cuarto de éste y lo halló ya vestido y acabado de adobarse la cara. Salió de allí y le preguntamos si le parecía bien arreglado Villa, a lo cual nos contestó:

“Sí, sólo que parece un limpiadientes de pluma amarilla”.

La ocurrencia hizo gracia, y algún indiscreto al circuló, llegando a oídos de Juan Francisco Alvarez, grande amigo de Villa. Corrió Alvarez al cuarto de Villa, le refirió el caso, y montado éste en cólera, me llamó y pidió otro vestido. Yo le manifesté que no había y que era el que le convenía. Entonces él me dijo en tono airado que no salía a escena.

Le hice presente que la concurrencia estaba toda en sus puestos; que no había motivo plausible para suspender la representación, y además le hice notar los golpes y palmadas que el público daba manifestando su impaciencia por la demora, habiendo pasado la hora.

Villa se mantuvo firme, y yo obligado por la responsabilidad que pesaba sobre mí, envié un ayudante que me llamase al Sr. Alcalde de la ciudad, que lo era en aquel entonces, el hoy General José Ma. Caballero.

El señor Caballero se presentó, e informador del caso, y convencido de la razón que me asistía, obligó con fuertes apremios a Villa a que diera cumplimiento a su deber.

En consecuencia se dió principio al espectáculo, y la verdad que el Sr. Villa, todavía bajo la impresión que había recibido, comenzó flojo, pero luego lo ganó el entusiasmo, olvidó el incidente e hizo un Ruy Blas que el mismo Víctor Hugo hubiera aplaudido.

En esos días dieron a Villa el cargo de Juez de Amalfi y nos abandonó.

Continuamos Hoyos y yo haciendo frente y pusimos en escena, con diverso éxito “Batelera de Pasajes”, “Un novio para la niña”, de Bretón, “Dios corrige y no mata”, de Samper, y “El Cadalso nos deshonra, inmortaliza”, de Adriano Scarpetta, caucano.

Me había olvidado decir a Ud. que hacía poco tiempo que el Sr. Scarpetta había tomado la Compañía como empresario solo.

Por circunstancias ajenas de mi voluntad tuve entonces que separarme de los trabajos teatrales, y los otros continuaron por algún tiempo dando de vez en cuando una función.

Tenía yo un gran drama que me trajo de Francia mi amigo D. Oscar de Greiff y que tiene por título “El Correo de León”. Hoyos lo leyó y quiso traducirlo y ponerlo en escena. Se lo cedí, y ensayando lo dieron al público. No le puedo indicar cómo lo recibieron y cómo lo ejecutaron, porque no tuvieron la galantería de enviarme un billete de entrada, y yo un poco picado no quise engrosarles la bolsa con mis reales.

Vino el año de 1863 y José Froilán Gómez tuvo la veleidad de volver al teatro, convocando al efecto a los antiguos actores, menos Jorge Jaramillo, que rehusó continuar.

Se entró en el estudio, para estreno, del “Conde de Montecristo”, arreglo hecho por un mal aconsejado escritor español sobre el bello y famoso drama de Dumas “Las noches de Montecristo”.

Hoyos y yo nos opusimos a la representación de este drama y que nos parecía un fárrago indigesto, y que así lo habían juzgado buenos críticos de la península, y le hicimos presente a José Froilán que la caída iba a ser mortal, y que el perjurio sería enorme para lo sucesivo. Pero nada valió, José Froilán se encaprichó dando por razón que tendríamos una entrada soberbia. Adelantamos, pues, los ensayos, preparándonos, eso sí para el *hundimiento*.

La obra se repartió así:

El Conde	José Froilán
Mercedes la Catalana	Santiago Uribe
Villefort	Alejandro Hoyos
Maximiliano Morel	Luis Ma. Tirado E.
Morel	Su servidor

Llegó la noche de la representación y la previsión de José Froilán se cumplió. Teatro lleno de bote en bote. Pero ¿ay amigo! la nuestra también, por desgracia, tuvo efecto.

Desde la primeras escenas se notó la frialdad de los espectadores que no pudo romper el genio de José Froilán. La frialdad continuó hasta el último acto en que se cambió en fuego, pero fuego traducido por “abajo el Conde”, “que caiga el telón”, y amenizado el todo con lo que nunca habíamos visto en nuestro teatro, una silba tremenda, capaz de hacer levantar un muerto.

Detalle consolador. La entrada produjo una suma enorme; juzgue Ud., yo tenía una acción de ocho que componía la Empresa y me correspondieron libres de polvo y paja, SESENTA Y CUATRO DUROS, CUARENTA CENTAVOS.

Continuamos trabajando, y volvimos a entonar la situación, gracias a la buena elección. Exhibimos “La Conciencia” por 5ª. ó 6ª. vez, “Fe, Esperanza y Caridad”, “Un novio a pedir de boca”, “El Conce Hermán” y “El tercero en discordia”.

A petición de muchísimas familias resolvimos repetir “Fe, Esperanza y Caridad”. Se señaló para la representación el 8 de diciembre, día de la Inmaculada; pero como el hombre propone y Dios dispone, ese día a la una de la tarde llegó la noticia de pronunciamiento del hoy General José Ma. Gutiérrez, verificado en Abejorral, contra el Gobierno que presidía el malogrado D. Pascual Bravo. Después de esto, en vez de las expansiones agradables del espíritu, las cornetas y tambores atronando los oídos.

Como corolario terminó definitivamente la *comiquería* propiamente antioqueña.

XIII

En el mes de junio de 1864 arrimó a Medellín, D. Mariano Luque, su esposa Francisca, y sus hijos pequeños, Julio Rafael, Adolfo y Antonio, León Velasco, y Alonso Bustos. Julio y Rafael Luque estuvieron aquí más adelante como jefes de Compañía.

Como el personal de que Luque disponía era, como Ud. ve, reducido, lo completó con los aficionados, César Posada, Rafael Gómez G., José P. Escobar, Pedro León Velásquez, el que subscribe, y como dama suplementaria, Susana Tirado M.

Rompió sus trabajos Luque con el bonito drama “Flor de un día”, de Camprodón, y fue muy bien recibido.

Continuó el trabajo, siempre con buen éxito, tanto artístico como pecunario, aunque a la verdad Luque no se fijaba gran cosa en la elección de las piezas, dando comediones pasados de uso. No obstante, como Luque tenía inmensos recursos de inteligencia en el arte, y era secundario por el genio de su esposa, el público no manifestó hasta lo último de la temporada.

La Paca, así se llama a la señora de Luque, era una mujer bien formada, de edad media, es decir, de unos treinta años, de dicción clara, con entonación vigorosa, y de admirable talento artístico. Se

transformaba con la pintura hasta el punto de enloquecer con su belleza, y era tan buena actriz para el drama como para la comedia. Entre muchas cosas buenas que le ví ejecutar, campea para mí, como el *excelsior* del arte, la escena llamada del reloj en “Antonio de Leiva”. No se puede alcanzar más allá, demostrando la ansiedad, la desesperación y luego la alegría que le salía por todos los poros.

El 2º de julio arregló Luque una alegoría patriótica, que organizó con un monumento en escalinatas donde estaban sentados o acosados varios americanos, llevando en sus cuerpos cadenas y esposas, pero ya rotas. En la cúspide del monumento la estatua de la Libertad (la Paca), con túnica de raso blanco hasta las rodillas, la banda tricolor cruzada en el pecho y el gorro frigio echado de un lado en la cabeza. Apoyaba la mano izquierda en el escudo de armas de la República, y en la derecha tenía una lanza.

Al alzarse el telón se dió fuego a multitud de luces de Bengala, y no puede Ud. formarse idea de la hermosura de aquel conjunto, y más que todo la belleza ideal de la estatua, que ninguno sospechaba fuera una mujer, pues estaba inmóvil como si efectivamente fuera de marmol. Los aplausos y los vivas resonaron por largo tiempo, y cuando se acallaron, se oyó a la Paca, siempre inmóvil, que con su argentina voz, modulaba divinamente, declamaba la bella composición que dice:

“Yo dí al gran Bolívar
Mi aliento soberano,
Le he guiado con mi mano,
La gloria le ofrecí”.

En este momento el entusiasmo de los espectadores subió tanto que se pasó un gran rato antes de que el espectáculo pudiera continuar.

Un día se presentó Camilo A. Echeverri a donde Luque estaba a interesarse para que se pusiera en escena su traducción de “Lucrecia Borgia”. Luque convino y se puso la obra en ensayo; más como Luque había oído algo contra ciertas ideas vertidas en el drama, le hizo unos recortes sin tener en cuenta el rompimiento de la unidad del plan ni la claridad de los conceptos emitidos ni la uniformidad de la versificación.

Cuando se exhibió la pieza estaba presente Camilo, y furioso por las mutilaciones verificadas, reprendió duramente a Luque, y éste, poco sufrido, devolvió sus bruscas palabras a aquél, y no pasaron a mayores por la interposición de varias personas.

Camilo disgustado se puso a escribir en *El Índice*, creó, revistas de teatro, en que hacía presente a Luque y al público las faltas en que incurría en sus fundaciones, por elección de obras, o ya por defectos de ejecución. Luque contestaba en los carteles de anuncios, y seguía impasible su camino.

La última comedia dada por Luque fue “La mujer de un artista”, en el cual me tocó en el reparto el gracioso, que lo era el criado del artista.

Para inteligencia de lo que sigue, o para dar fuerza al dicho, debe Ud. saber que Camilo y yo, desde niños, nos llamábamos por un defecto personal: yo le decía *Tuerto* y él me decía *Bizco*.

La representación siguió, y llegando a un punto en que el criado se presenta a dar cuenta a su amo de algo que lo sorprendió, hice probablemente bien la relación, porque el público prorrumpió en homérica carcajada, y pasado el chubasco, Camilo se volvió donde los amigos que tenía cerca y les dijo:

“Estoy por creer que el *Bizco* casi tiene talento”.

La Paca cantaba algo y era una bailarina primorosa. Aquí cantó la Zarzuela “La Castañeda”, y lo que le faltaba para buen canto, lo pagaba en gracia y donosura.

Luque fue el primer actor que aquí dio funciones a beneficio.

El que tuvo lugar a favor de la Paca fue espléndido para los espectadores por la buena ejecución de “El Trovador”, de García Gutiérrez, adornado con el “Tripilí”, baile español de mucho mérito, y para la beneficiada por el rico producto.

Se formó en la puerta segunda, de la entrada un hermoso pabellón de cortinajes con adornos vistosos. Debajo, se un sillón, se colocó la Paca, teniendo al frente una mesa cubierta con una hermosa carpeta de terciopelo y encima una gran palangana de plata, en la que iban depositando su ofrenda los concurrentes.

El beneficio fue dedicado a ocho principales señoras, entre las que recuerdo se contaba la digna esposa del Dr. Manuel Uribe Angel. Estas mañanas le enviaron a la Paca, como obsequio, una bien elaborada carta y cuarenta condores de oro.

Producto líquido de la bandeja y entrada, 1.600 pesos, fuera de bastantes alhajas de valor que la regalaron.

El Sr. Luque nos dió a los aficionados, que él llama *Su manadita*, un beneficio. Elegimos “El pelo de la dehesa”, y contaré a Ud. algo que pasó esa noche.

Estaba yo cerca de la mesa donde se ponía la cajilla para guardar los billetes, sentado en una poltrona, en cuyo brazo izquierdo se colocó José Pablo Escobar, cubriendo enteramente mi cuerpo. Enviaron de la

calle una piedra rotulada para Escobar, sin duda, pues a mí no se me veía; pero al mismo tiempo de arrojar la piedra hice yo algún movimiento que hizo perder el equilibrio a Escobar, y cayó dejándome en evidencia, y la piedra vino a encontrarse con mi cabeza, causándome una profunda herida que arrojó bastante sangre. Tuve que trabajar así herido y lleno de vendas; y agregue Ud. que la entrada fue pésima y los paisanos no quisieron ser con nosotros espléndidos como con otros. ¡Cosas de la suerte, que me hizo retirar a mi casa doliéndome la cabeza, y con el bolsillo con poco... *peso!*

XIV

He dado fin, amigo mío, a mi cometido. Ud. solicitó de mí esta relación, y yo cumpliendo sus deseos se la entrego. A Ud. le corresponde darle valor, pero bueno o malo, tenga en cuenta la buena voluntad que en llevarla a término me ha guiado.

Me comprometí a darle a conocer los “Tiempos viejos del teatro de Medellín”, y ahí los tiene Ud. Suspendo la tarea porque hemos entrado en los “Tiempos presentes”, y a buenos escritores corresponde dar cuenta de lo sucedido en la mantería, de 1864 hasta hoy.

La mayor parte de las compañías venidas de ese año en adelante son de Opera y Zarzuela y pocas dramáticas, y como quiera que soy completamente nulo para tratar de música y canto, como entre las nuevas generaciones hay hombres competentes para historiar esos asuntos, y como bastantes de entre ellos vieron a los artistas que nos han visitado, a ellos corresponde continuar estas pobres Memorias. Si yo me apeché con lo viejo, a otros incumbe de derecho lo nuevo.

Adiós, amigo Carlos, si acaso ocurre a Ud. pedir algún dato sobre “vejeces”, cuente conmigo, que lo satisfaré a medida de mis recuerdos, y mientras tanto Dios lo guarde.

Juan.

APUNTES

PARA LA HISTORIA DEL TEATRO DE MEDELLIN

(SEGUNDA PARTE)

Mi estimado Carlos:

Una vez que mi primera parte de los “tiempos viejos” del Teatro no ha sido mal recibida por el público, y en virtud de que personas más competentes que yo no han querido acometer la empresa, deseando complacer a Ud., voy a darle una idea apenas de los “tiempos presentes”, aunque no debiera hacerlo atendiendo a lo que decía el inmortal Cervantes “que nunca segundas partes fueron buenas”.

Adelante pues, y salgamos del paso.

I

Poco después de haber marchado Luque, nos visitó la primera Compañía de ópera italiana que ha venido a estas montañas.

La componían la prima donna Mazzetti, el tenor Rossi Guerra, el barítono Luisa, el bajo Gandini y el maestro director de la orquesta Darío Achiardi.

Yo no soy músico, ni mucho menos; así es que desde ahora le advierto que mi juicio no vale sino como la expresión de mi sentimiento, de modo que diré simplemente las sensaciones que tales artistas me hicieron experimentar sin mezclarme en el fondo del asunto.

La Mazzetti era bella, soberanamente bella, y no se se sería porque fue la primera cantatriz que oí o porque ella tuviera mérito como tal, que conservo apén en la memoria el timbre argentino y suave de esa voz juvenil y poderosa. A mí, como a todos los medellinenses nos arrebatava esa linda joven, cuando cantaba la “Lucía”: -con esa se estrenó la Compañía – o la Dolabela del “Atila” o la “Traviata” o la Adina en “Elixir d’amore”. Sobre todo, entusiasmada en la gran aria de Dolabela, cuando se presentaba con atavíos de guerra y la espada en la mano, o en el “Regnaba nel silenzio” de Lucía. En fin, digo a Ud., amigo mío, que para mí era una gran cantante esa niña hermosa, y que como actriz, aunque se conocía su poca práctica, tenía momentos en que demostraba un gran talento y que llegaría con el tiempo a aer una estrella de primera magnitud.

Rossi Guerra era un tenor de una fuerza de voz poco común, pero se le conocía que ya acababa y que pronto abandonaría el puesto.

Luisa tenía voz simpática, más también gastada; sin embargo, gustó bastante, pero no como actor, pues siendo miope se movía con torpeza.

Nunca he vuelto a oír una voz de bajo tan potente como la de Gandini, ni visto en ópera movimientos tan adecuados y tan magistrales. Cuando hizo el “Atila”, llevó a grado la perfección de artista, que en un

momento de entusiasmo, en un corrillo de amigos, se dijo esta frase, que hizo época: “Qué gracia es que Gandini interprete así a “Atila”, cuando a no quedar duda lo conoció”.

Del maestro Achiardi nada digo por lo antes expresado, sólo manifiesto que la orquesta dirigida por él me sonaba muy agradablemente. Entonces oímos por primera vez un buen volín tocado por Enrico Achiardo, hijo del Director.

Como aquí nunca se había oído cantar de ese modo obras de tanto aliento, el entusiasmo fue inmenso, y se hizo sentir en todas las clases sociales.

El antioqueño, a pesar de su rudeza y del poco conocimiento teórico que por falta de estudio no ha adquirido, tiene incrustado en su vehemente naturaleza el sentimiento estético tan profundamente, que comprende al golpe las bellezas que los maestros en el arte, le ponen de presente. Vemos con frecuencia hombres que viven en la cúspide de las montañas, o en esas hondonadas que semejan abismos, y de las cuales salen rara vez, tomar en sus manos un tiple y rasgarlo diestramente, cantando al mismo tiempo, sin perder la medida; y nadie les ha enseñado; es innato en ellos el instinto musical.

Vaya Ud. a la ciudad de Antioquia, por ejemplo, y presente uno de esos bailes populares, llamados *bundes*, donde dos o trescientas personas del pueblo, que ninguna instrucción han recibido, cantan al mismo tiempo, sin que se note Ud. que ninguna de esas voces desafina, formando el todo una armonía deliciosa, llevada únicamente por ese sentimiento de que he hablado. Y así sucede en todo el Departamento, pues todos, cual más, cual menos, cantan con buena entonación.

Prueba mi aserto que oída la Lucía por primera vez, y a pesar de ese aturdimiento que se siente al oír esas notas divinas en arias, cavatinas y concetantes, muchas gentes, al día siguiente, silbaban o tarareaban varias piezas de esa famosa partitura.

Lástima y grande es que esas buenas disposiciones no se cultiven; que no se funde por el Gobierno, o por particulares pudientes, un conservatorio de música de donde saldrían, a no dudarlo, artistas que darían honra a la Patria, y que les proporcionaría a ellos un porvenir halagüeño.

En la repetición de Lucía, que fue inmediatamente, el entusiasmo subió de punto. Entonces, como solo unos pocos, que habían presenciado el espectáculo en Europa no nos habían indicado la manera que allí tenían de festejar a los artistas, las flores no eran conocidas en el Teatro, y nos contentábamos únicamente con aplaudir. El Comandante Joaquín Posada J. se enloqueció casi, y en su delirio arrojó a la Mazzetti, primero el sombrero, luego la ruana, después el guarniel, y si varios caballeros no lo contienen le tira la camisa. Y no era él solo, porque Camilo A. Echeverri, Guillermo Mc. Ewen, Lucrecio Gómez, Oscar de Greiff, Vespasiano Jaramillo y otros parecían un grupo de dementes escapados de un manicomio.

Esta misma noche terminada la función fueron varios a la cantina a tomar una copa, y pidieron todos al Dr. Pedro D. Estrada, el famoso médico, dijera algo relativo a la Opera. Tomó el Dr. Estrada un vaso, subió sobre una mesa que quedaba en el hueco de una puerta, y luego en el calor de su bella improvisación arrojó al aire el vaso que dió contra el umbral de la puerta, volviéndose pedazos, y uno de ellos cayó en la cara de un gendarme infiriéndole una pequeña herida de ningún valor. No paró aquí el cuento. ¿Creerá Ud. que trataron de llevar preso al Dr. Estrada?

Pues sí señor; por fortuna estaba en el Teatro el Dr. Pascasio Uribe, Prefecto, el que impidió ese atentado.

En lo de amor a la música hay también sus excepciones.

D. Marcelino Rodríguez, no podían oír nada de música, sobre todo el sonido de ciertos instrumentos. Por ejemplo, pasada por una calle, alcanzaba a oír un piano, retrocedía y tomaba por otra calle.

D. Lucas Arango opinaba, como Napoleón I, que la música no era sino un ruido menos desagradable que cualquiera otro.

Todavía vive un señor que la echaba de poeta o coplero al que no pudimos comprometer a que asistiera a la Opera. Una noche estuvo un momento en la calle del Teatro, y preguntando al día siguiente qué le había parecido el canto, contestó refiriéndose a la Mazzetti:

Anoche la oí cantar.
Por el hueco de la chapa;
Mejor rebuzna mi macho
Que el canto de esa bellaca.

¿Comprende Ud. ésto? ¿No es llevar el cinismo hasta lo sublime?

Casi estoy por creer que no hay diablo, puesto que no se ha llevado a este bárbaro.

II

1866 llegó y con él la Compañía de Eloy Isáziga, compuesta de él, Manuel su hermano, Antonio Estévez, Juvenal Castro, Margarita Escobar de I., Bárbara Abadía y Felisa Forero. Dió varias representaciones con diverso éxito.

En este tiempo llegó aquí D. Lino R. Ospina, huyendo de los rencores que ocasiona la pasión política en el hermoso Valle del Cauca, de donde es nativo. Isáziga que lo conocía lo invitó a tomar participación en sus trabajos, y aceptación hecha por Ospina, se estrenó con el Padre José de “Espinass de una flor”, Más tarde ejecutó el D. Deogracias Martínez de “El Corazón en la mano”, y en ambas nos dio a conocer al artista.

Como más adelante tendré ocasión de hablar mucho de Lino me reservo para entonces mi juicio sobre él.

Isáziga ocupó aquí varios aficionados, entre los cuales se contaba Alejandro Hoyos Madrid, y su servidor, pero siempre en papeles bien subalternos.

Isáziga tenía bastante conocimiento del teatro, buenas maneras, voz arrogante y destreza para la dirección. Era un poco exagerado en la declamación, pero cuidadoso de su papel, el que aprendí a conciencia. No tenía esos golpes que dan a conocer el genio, y por eso no dudo en calificarlo de actor común.

Manuel y Estévez, en la comedia de gracia, manifestaban algún talento; por lo que hace al drama, estaban bajo cero, es decir de pacotilla.

Da. Margarita habría sido una buena actriz sin esa deplorable declamación llorona de la escuela antigua. En la comedia que se reducía al tono natural, demostraba su inteligencia. Buenas maneras, movimientos apropiados y dicción escogida. Tales eran las dotes de esta señora.

Bárbara y Felisa tenían sus papelitos en que sabían lucir sus regulares facultades, más en lo general se les puede aplicar el calificativo de actrices adocenadas.

Más tarde, a mediados del 66 o principios del 67, vino la Compañía de que era empresario D. Juan del Diestro, compuesta de la contralto, Matilde Cavaletti; tenor, Octavio Tirado, joven venezolano; barítono, Campagnoli; bajo, Rosi Guerra; maestro Director, Darío Achiardi.

La Cavaletti me pareció a mí de una voz buena y apropiada a la cuerda en que cantaba, y una maravillosa actriz, muy conocedora del juego escénico. Tenía en su repertorio papeles en que fascinaba hasta tal grado que creía uno estar viendo el tipo verdadero del personaje. Cantaba bellísimamente la “Favorita” y “Los Lombardos”, sobre todo la encantadora plegaria de esta última, en la que arrancaba lágrimas a los espectadores.

Pero donde había que oír la y verla era en “Traviata”, obra en que lucía todo su genio artístico, haciendo el último acto y la muerte con una perfección que daba miedo.

Recuerdo que al día siguiente de la representación pregunté al Dr. Manuel Uribe Angel, qué le había parecido el trabajo de la Cavaletti, y el ilustre sabio me contestó: “No le digo otra cosa sino que esa mujer a tenidos que morirse alguna vez”.

Octavio Tirado: ¿Cómo manifestaré a Ud., las presiones que este joven tenor me hizo sentir? No se. Dejemos correr la pluma y ella dirá.

Era un hermoso joven este Tirado, sólo que tenía una tiesura en las piernas que no era normal, lo que provenía de una caída en la que se las había dislocado, y no obstante se movía con propiedad en la escena. De Tirado diré lo que de la Mazzetti, que no he oído ni espero oír voz que más me haya conmovido, porque a la verdad, además de una grande extensión era dulce y cariñosa como no creo fácil encontrar en otra voz de hombre. A pesar de ser inexperto, y conducido por su talento artístico se incrustaba (perdón por el vocablo) en su personaje y lo mostraba de bulto o más bien esculpido.

Una particularidad relativa a Tirado: no sabía música, y sin embargo se aprendía con exactitud sus papeles siguiendo el piano que lo tocaba Daniel Figueroa.

Tirado silbaba de una manera primorosa, hasta dar envidia a los pájaros. Una noche después de muchas instancias, estando en la casa de nuestro pianista Daniel Salazar con Juan de Dios Escobar, el malogrado maestro, y conmigo, nos dio una muestra de este arte. Acompañándole Daniel, silbó con variaciones, el “Carnaval de Venecia”, de un modo sorprendente. Cada variación era el canto o la imitación del canto de un pájaro diferente; y era tal la ilusión, que retitándose un poco oía uno un turpial, un canario etc., etc.

Ya hablé de Rossi Guerra, únicamente diré ahora que como bajo lo encontraba nulo.

Campagnoli, malísimo actor, pero buena voz de barítono.

Por disgustos entre Tirado y del Diestro se evaporó la Compañía, tomado cada uno su camino.

Tirado perteneció aquí por algún tiempo, y la Cavaletti, que estaba forzada a la estancia, quiso aprovechar la ocasión y organizó con su servidor, Lino R. Ospina, César Posada, Pedro L. Velásquez y otros, una agrupación para ejecutar zarzuelitas de poco empuje. ¿Comprende Ud. esta barbaridad? ¡Yo cantando! Vamos, si Ud. no se ríe no es hombre de gusto.

Ensayamos por primera “La Castañera” y me tocó a mi el Franchute, es decir el bajo, a César Posada el tenor, la protagonista la Cavaletti y el coro los otros.

La pusimos en escena, y Tirado que estaba en uno de los palcos que ahora llaman “manga”, invitado por los amigos a que diera su opinión sobre la representación, dijo:

“Yo no digo más sino que el “bajo profundo” es para hacer morir de risa, y que se deben tomar billetes a cualquier precio para oírlo”. Esta irónica respuesta no me mortificó porque yo estaba de acuerdo con él, y con creces, en el juicio.

Atienda Ud. lo mejor. Compuso el inolvidable Juan de D. Escobar, como obsequio a la Cavaletti, una zarzuela de cuyo nombre no me acuerdo, ni quiero acordarme, y en ella ¡Santo Dios! me repartieron el tenor. Yo he sido atrevido en el teatro, pero sin embargo todavía me tiemblan las carnes al recuerdo.

La representamos, y creo que salió mal ¿lo duda? En apoyo le diré que algún espectador se expresó así: “Horroroso es esto, pues sólo el Tenor va con la música”. Y le juro a Ud. que no me oía, ni podía oírme, pues yo mismo conocía que apenas abría la boca.

Como el resultado fue fatal en todo sentido guardemos los trebejos para mejor ocasión.

III

A principios del 69 apareció el Sr. José Ariza, con su esposa Da. Petra Martínez, su hermano Manuel y su esposa, y para emprender trabajos tuvo necesidad de echar mano de algunos aficionados de la tierra.

Con mi franqueza de siempre diré que Ariza me pareció un excelente actor y su esposa una gran actriz, sólo que eran de edad avanzada. Ambos tenían conocimiento de la escena y una declamación adecuada, pero les faltaba ese no sé que agrada y entusiasma al público; más claro: no cayeron en gracia.

Manuel y su esposa no se criticables. Nada hacían que mereciera la pena de llamar la atención.

Después de algunos esfuerzos perdidos, estos señorea tuvieron que tomar el portante, más pobres de lo que vinieron.

Más tarde, en el mismo año, se presentó D. José Marfá, acompañado de su esposa Da. Emilia Gaitán, María Josefa Fernández (La Pepa), León Velasco, Lautaro Arriagada, Manuel Argüelles, admirable pintor y maquinista, y otros cuyos nombres se me escapan, y abrió su temporada que fue la más larga que Compañía extraña nos haya dado.

Marfá, regular actor, pero actor de imitación, sin que dejase ver en sus representaciones nada de genio, nada de original. Siempre el mismo Marfá sin variación. Presencia agradable, voz robusta y timbrada, y para Ud. de contar.

La Sra. Gaitán de Marfá, hermosa mujer, simpática y de maneras suaves. Recitaba sus papeles a conciencia pero sin demostrar que conocía la idea del autor.

Velasco con la práctica se había formado en beneficio del arte. Su talento muy superior, así es que cualquiera parte que se le encomienda la sacaba con lucimiento. El público lo estimaba desde el principio y lo aplaudía siempre.

La Pepa Fernández ¿no la conoció? Voy a retrasársela a mi modo, y como Dios me lo de a entender.

Es de lo bueno que nosotros hemos visto, la Pepa ¡Qué conocimiento tan perfecto del teatro! ¡Qué declamación tan pura al mismo tiempo que llena de nervio! ¿Qué nitidez de voz! ¡Y qué aire aquél, como de la que está diciendo: “Veánme bien, porque yo sí se lo que estoy haciendo!”

Talento soberano, educación teatral esmerada, gracia y donosura, hacían de la Pepa una actriz como se verán pocas por estos mundos. Para ella lo mismo era el drama que la comedia, de todo entendía y siempre salía airosa. No le conocí defecto en la representación, más bien la encontraba todos los días mejorada y en algunos momentos hasta sublime.

Una de las noches de función de esta Compañía, creo que se daba “La Berlina del Emigrado”, se desencadenó una furiosa tempestad, con huracán y lluvia torrencial, la que pudo ocasionar una catástrofe. El patio estaba cubierto con un toldo de lona en forma de cúpula, y amarrado con cuerdas a los pilares de la tercera galería. Entonces no existía lo que hoy se llama *El Gallinero*.

La extraordinaria cantidad de agua que caía no cupo por los desagües, y tomó su rumbo hacia el zaguán donde se formó un verdadero río que impedía la salida de los espectadores, que aterrados quisieron escaparse. Agregúese a esto que el caño de la calle iba de pared a pared.

En lo más fuerte del temporal todas las señoras de los palcos se arrodillaron pidiendo misericordia, y a todo esto el edificio temblaba sacudido por los vaivenes que el huracán imprimía al toldo. Se temió, pues, que por lo menos la tercera galería se viniera abajo. En este momento crítico, José Hilario Trujillo, con velocidad suma, se subió por los pilares y con su navaja de bolsillo cortó algunas cuerdas, dando así lugar al viento para salir llevándose en su huída el toldo, sabe Dios donde.

Cuando toda esta barahunda estaba en su apogeo, la Sra. Gaitán de Marfá estaba en escena y cayó desplomada con un síncope. Hubo otros curiosos incidentes, de los cuales hizo referencia con su sal peculiar el malogrado escritor Pedro A. Isaza y C., en “El Oasis”, si mal no recuerdo.

IV

D. José Zafrané nos saludó en 1871, con su Compañía, que la formaban él, su esposa Micaela Escobar, su hija Concepción, sus hijos Manuel, Enrique y Julio y dos sobrinos de apellido Toral, dos niños y otros dos actores.

Trabajó una buena temporada y en general gustó, aunque a decir verdad, con excepción de Conchita y Manuel que tenían buenas dotes de artista, los demás eran pasaderos. No obstante es de justicia manifestar que la Sra. Escobar, en la *Saboyana*, sí era una buena actriz. Cantaba allí con garbo y bonita entonación una cancioncilla que quedó bautizada con el mismo nombre de la pieza.

Zafrané fue el primero que nos hizo conocer la Zarzuela, pues nos dió una muestra, aunque diminuta de ella, con “El Valle de Andorra”, “El Duende” y “La Cola del Diablo”. Manuel y Conchita lucían bastante en ellas.

Esta Compañía volvió en 1875, y trabajó poco tiempo.

Un poco más tarde llegó un Sr. Fernández Gómez con Birelli, buen cómico, y tres hijas; una, la esposa de Birelli y las otras llamadas Lelia y Abigail.

Nada puedo decir del valor artístico de estos actores porque yo no se los conocí. Birelli tenía gracia pero muy dada a la mojiganga.

Hago honrosa excepción de la Sra. Lelia que sí manifestaba tener dotes artísticos. Cantaba algo y nos lo demostró en algunas zarzuelas, entre otras “El Postillón de la Rioja”. Los conocedores decían que se desafiaba, pero su voz era hermosa.

No sé la causa por qué esta Compañía trabajara en el Teatro de Variedades que Lino R. Ospina había levantado, y no en el principal.

El Sr. Gómez y sus compañeros sufrieron grandemente porque los encontró aquí la guerra del 76 y no podían trabajar; y como es sabido, de Antioquia no salen ni moscas en tiempo de guerra.

Volvemos a la música y el canto. —1878. Nueva Compañía de Opera llamada de “La Albieni”, formada así: Prima donna, “Albieri”, contralto, “Pocoleri”; tenor, “Ponsegui”; barítono, “Campagnoli”, y bajo, “De Sanctis”. Maestro Director de orquesta, un Sr. “Cuevas”.

La suerte le fue muy contraria a esta Compañía, pues al llegar aquí murió “Ponsegui” y muy poco después “Campagnoli”. Agregue, que no pudieron entenderse con los dueños del Teatro para el arrendamiento de éste.

Quedó pues la Compañía en una situación precaria, y entonces el Sr. Modesto Molina, hombre en aquel tiempo rico y siempre muy entusiasta por el espectáculo, le ofreció que haría un teatro provisional, para sus funciones, lo que verificó en un solar de la casa que queda en la esquina occidental del Parque Bolívar.

Gobernaba el Estado el General Rengifo, el que condolido de la mala suerte de esta Compañía le dio bastante auxilio, ya en dinero, ya prestándole madera sacada de la Escuela de Artes para la construcción del Teatro.

Entró entonces la recomposición de las partes componentes de la Compañía y habilitaron de tenor a “Cuevas”, de barítono a “De Sanctis”, y de bajo a “Nardini”, que sólo era corista, y se encargó de la batuta Juan de Dios Escobar.

Supongo que no llevará Ud. a mal, que le hable un poco de Juan de Dios, ya que la relación nos lo pone a la vista. Juan de Dios tenía una decidida vocación para la música; desde muy joven se hizo notar, y cuando ya el estudio continuado le prestó esa madurez que asienta y determina las verdaderas facultades del alma, llegó a ser un maestro, según lo decían los entendidos en la materia. Nunca, que yo sepa, tuvo maestro: su genio sólo lo guiaba, y si la muerte no lo hubiera arrebatado tan temprano habría llegado a ser el primer compositor del País.

Instrumentaba de un modo admirable, y sus composiciones eran muy buscadas y aplaudidas. La mejor banda de música militar que hemos oído fue dirigida por él en tiempo del Gobierno de Bravo, y sé que aún lo lamentan los instrumentistas que a esa banda pertenecieron.

Compuso Juan de Dios, para la Cavaletti, una Zarzuela, la que según la opinión de hombres competentes como Juan del Diestro, Eduardo Torres y Daniel Salazar, era una pieza de muchísimo mérito.

No se que Juan de Dios escribiera alguna partitura de largo aliento, aunque me inclino a creer que sí, porque varias veces me manifestó que quería hacer una ópera. Tal vez tendría algo de esto, pero como murió fuera de Antioquia se perderían sus trabajos.

Juan de Dios murió muy joven, por desgracia para Antioquia, a la que habría ilustrado, y para el arte que siempre lo lamentará.

Paz a su tumba y loor a su memoria.

La Compañía dió principio a sus trabajos, y fue tal el entusiasmo, que se puede decir con verdad, que se contarían en los dedos de las manos las familias de alguna posición que no asistieron siquiera una vez. Se formaron dos bandos que se llamaron “Albieristas” y “Pocoleristas”, y cada cual hacía a más y mejor por

enaltecer su protegida. Esto perjudicó grandemente, porque entraron los celos de artista; se pelearon las donnas y se disolvió la Compañía.

El tenor Sr. Cuevas, dicen los maestros, que tenía buena voz y que cantaba afinado, y yo digo que era una atrocidad como actor, desgarrado, sin conocimiento alguno del arte escénico, y zurdo hasta de los pies.

De Sanctis, bien conocido aquí, no necesita de mi pobre voto. Su canto era dulce y agradaba mucho.

El habilitado de Bajo. Sr. Nardini, era hábil en el movimiento, y respecto del canto nadie pudo calificarlo por razón de que su parte la recortaban, dejándola reducida a la figura.

La Albieri sí usó, y hasta excelencia, en mi sentir. Cantaba como primor y era actriz. Oírla en "Norma" era un encanto. Cuando entonaba la "Casta Viva" me parecía hasta bella, siendo todo lo contrario.

La Pocoleri comenzaba ya a perder la voz; no obstante, como sabía de teatro todavía causaba ilusión.

1880. En este año vinieron dos Compañías dramáticas dirigidas una por un Sr. Prado y otra por un Sr. Vega. Absolutamente nada puedo decir de ellas porque no las ví; estaba ausente.

Julio Luque con su esposa Soledad Alba, Rafael y Adolfo Luque, y otros formaban una Compañía que el primero dirigía, y fue bastante bien aceptada.

Julia se llamaba primer actor y francamente no había ganado este título. Una voz bronca y desabrida, mucho voltear de ojos, y aspecto de matón, eran sus propiedades dominantes. No quiere decir esto que fuera enteramente lego, no; lucía mucho conocimiento escénico y hacía papeles que estaban de acuerdo con su carácter altivo y dramático en que sacaba a la palestra dotes de mérito.

Rafael tenía gracia, más ninguna formalidad. Se movía fácilmente y su acción adecuada le hacía comprender a uno que sí sabía lo que decía.

De los otros no hay que hablar.

Da. Soledad, de figura agradable, y bien formada. Conocía sus papeles y los ejecutaba generalmente bien; en las situaciones difíciles tenía arranques de genio, y nunca por causa de ella llegó a caer una obra. De maneras finas y de una excelente educación, su voz, aunque ronca, no desagradable, y podía pasar y pasaba como actriz de bastante mérito.

Más tarde volvió aquí esta Compañía con otros actores, como Alba y su esposa, Oliva y algunos otros, de los cuales no expongo nada porque no los consideré como artistas de quienes se pueda hacer un retrato.

V

Desde 1867, en los intermedios de una Compañía a otra, Lino R. Ospina organizaba trabajos con los aficionados, entre los cuales los principales eran la Pepa Fernández (quien al disolverse la Compañía del Sr. Marfá, se quedó en la ciudad), María de J. Vargas de Guerra, Virginia Moscoso, Zoraida y Crecencio Jiménez, y alguna otra que se me escapa, Francisco Vidal, Manuel Argüelles, José Ma. Vélez S. y una que otra vez el que esto relata.

El trabajo de Lino, que lo hacía las más de las veces por buscarse la subsistencia honradamente, era inmenso, pues solamente tenía que luchar con los obstáculos e inconvenientes de una precaria situación, sino que también, y esto era lo más fuerte, con la ignorancia supina de sus compañeros, a los que se veía obligado hasta enseñarles a leer su papel, pues varios de los que se le habían asociado no sabían los más simples rudimentos.

Y aquí es el lugar de hacer notar las exigencias del público y la poca benevolencia que usa para con Lino que tratan de agradarle. Debería recordar que artistas no se forman así como se quiera, y sobre todo es países como el nuestro, sometido a muy perniciosas influencias. La poca tolerancia es la causa primordial de que no tengamos un teatro permanente de hijos de Antioquia. El buen recibimiento que la sociedad nos hizo en tiempo de José Froilán Gómez, fue sin duda lo que llevó aquellos aficionados a merecer que se les llamase artistas, porque ellos, estimulados por los aplausos y algo por la ganancia, estudiaban y ponían sus cinco sentidos en no decaer del aprecio que se les manifestaba.

Lino en la lucha por la vida hacía sus viajecitos con sus Compañías, ya a una parte ya a otra del Departamento, y se que en todas lo recibían muy bien y daban aplausos a sus espectáculos, que siempre eran de piezas escogidas.

Unido a Francisco Vidal, músico caucano, fabricó en 1884 un pequeño Teatro que llamaron de "Variedades", y allí dio varias representaciones, fundando al efecto una Compañía de zarzuela infantil de la que adelante hablaré.

Todos los años, para el día de la patria (20 de julio), Lino organizaba algún espectáculo, adornándolo con una alegoría o cuadro plástico. En uno de esos años exhibió con aplauso general, un magnífico caballo de madera, fabricado por Argüelles, y que llevada en sus espaldas un guerrero que figuraba el Libertador.

Lino tuvo que crearlo todo para sus trabajos, y luchó con paciencia y abnegación dignas de elogio. Hizo pedidos a Europa de piezas de gran mérito y partituras de zarzuela en boga, y formó un archivo teatral, que

no tendrá igual en la república. El dinero que esto le ha costado es mucho, y él aunque pobre se dio por satisfecho de esa erofación, puesto que llenaba entonces su pasión favorita, que es el arte.

La Zarzuela infantil estaba compuesta de las niñas Cleofe Rivera, Edelmira Vélez, Francisco Vidal (hijo), Antonio J. Duque (hoy ingeniero notable) y Rafael Uribe. Más tarde hicieron parte de ella Baptistina Mora y otros niños cuyos nombres no se.

Juzgue Ud. qué esfuerzos y qué angustias no pasarían Lino y Vidal para formar artistas en ambos géneros, canto y declamación, de niños sin conocimientos de ninguna clase en artes tan difíciles. Y sin embargo salieron adelante, hasta tal grado que esos niños pudieron haber figurado con aplauso en sociedades más adelantadas que la nuestra.

No recuerdo todas las zarzuelas que ejecutaron esos niños artistas; pero debo mencionar “Un caballero particular”, “La Vieja”, “El Vizconde” y “El amor y el almuerzo”, que fueron sin duda con las que más se deleitó el espectador. Debo mencionar también la que con el título de “El Sargento Carabobo”, escribió Lino, tomando parte de su argumento de una del teatro español, denominada “El Sargento Bailén”, y cuyo sabor patriótico, unido a la acertada y excelente música con la que dotó Vidal, la hizo merecer desde el día de la fecha patria en que se exhibió, multiplicadas representaciones y calurosos aplausos.

La Rivera nació artista. tenía una voz de contralto fresca, robusta y susceptible de todos los matices. Era preciosa en grado superlativo, despejada y llena de tanto donaire arrobador que hacía gritar al que la veía “viva”, espontáneamente. Talento, maneras apropiadas y una acción tan adecuada que sorprendería, pues es regularmente dote que no se adquiere sino con larga práctica y buenos modales. Pero ella cumplía su sino; como había nacido artista, artista se quedaba. Apenas comenzaban a despertarse sus grandes facultades, la muerte nos la arrebató, perdiendo Medellín y tal vez Colombia esta lumbrera del arte.

La niña Vélez era inferior a la Rivera en gracia y movimientos, pero cantaba muy bien a juicio de los conocedores, y aprovechaba las lecciones de sus maestros, dando fundadas esperanzas de llegar a ser una notable artista.

Vidal era el Bajo de la zarzuela, y el que no lo vió no puede formarse idea de la gracia natural y de la maestría que desplegaba en el cumplimiento de su cometido. En tan corta edad llegó a asimilarse las maneras, el andar y voz de un hombre de avanzada edad, produciendo en el público esa risa franca del que goza de un espectáculo de gusto.

Con seguridad, Vidal continuando la carrera habría llegado a ser un actor cómico de nombradía.

Duque y Uribe, ambos de inteligencia superior, estaban siempre en buen puesto; eran formales y estudiosos y se hacía aplaudir como era de justicia.

Las niñas Mora y la otra desempeñaban sus cortos papeles con lucimiento.

La primera era recibida con gusto del público que admiraba sus dotes de cantante.

Las zarzuelas se exornaban algunas veces con cantidades especiales en que lucían a Ribera y la Vélez su buen porte, gracia y donosura, y además sus magníficas y bien educadas voces.

Espectáculo como este no había presenciado ni lo ha visto después Medellín. Ha sido único en su clase, y jamás esta culta sociedad debiera cansarse de tributar a Lino y a Vidal, los elogios a que se hicieron acreedores por el inmenso trabajo que se impusieron para hacernos gozar horas que teníamos perdidas sin ese pasatiempo tan honesto y sabroso.

VI

Vamos ahora, con nuestra habitual franqueza, a bosquejar la figura de Lino R. Ospina.

Lino fundó aquí su hogar, uniéndose en matrimonio con una joven de mucha valía y de puras virtudes antioqueñas. Ha residido casi constantemente en Medellín desde 1866, y aunque él, como hombre de corazón bien puesto, no olvida jamás el lugar de su nacimiento, debemos tenerlo como antioqueño por su larga residencia, sus muchas relaciones, y más que todo por los muchos servicios de toda clase que él constantemente ha prestado y presta a esta tierra.

Como artista antioqueño ha caído bajo mi pluma y ahí va lo que de él debo y puedo decir.

Lino es un gigante en el arte teatral. Nadie como él, si exceptuamos a José Froilán, ha rayado a tanta altura en la escena. Admirable talento, facilidad de expresión, educación exquisita, cuidado esmerado en la representación, y una facilidad de movimiento tan sorprendente, que sin dañarle su buen porte lo hace ser más gracioso y más cumplido.

Para Lino no hay obstáculos en el teatro; de todo saca partido, hasta de un desliz de alguno que lo acompañe, el que con su genio convierte en un éxito.

Otra de las excelentes cualidades de Lino es la elección de piezas, pues nunca se burlaba del buen exhibiendo esos comediones insubstanciales que fastidiaban y adormecen al espectador. De entre su nutrido

repertorio entresacaba siempre obras por el estilo de “La Levita”, “El talento por ciento”, “Las Riendas del Gobierno”, etc., etc.

Desde que digo que tiene genio y talento, se debe comprender que es magistral en la ejecución de sus papeles, sean de la clase que fueren. Sus creaciones se pueden contar por las obras en que ha tomado parte, con raras excepciones. Unicamente tengo que hacer a Lino un cargo y es que una que otra vez trabajando en comedia llamada de figurón, se desliza y me lleva el carácter del personaje hasta la farsa; pero fuera de este pequeño lunar, lo encuentro perfecto artista.

Como antes expresé, algunas veces he acompañado a Lino, y en una de esas veces hicimos “La careta verde”, chistosísima pieza que dio, en cuenta a arte, un resultado famoso; pocas veces sale una pieza tan a codal y escuadra. Pero lo grande, lo hermoso de esa representación fue el trabajo de Lino.

Como nos hacía falta una dama, y en la comedia hay una “Posadera”, Lino la convirtió en “Posadero”, y se encargó de ese papel. Todos juzgábamos esa parte insignificante, y tal vez lo será; pero Lino con su genio hizo una cosa tan nueva, tan original, que se llevó la palma en la representación.

En esta comedia hicieron su *debut* los jóvenes Jesús María Trespalcios y Manuel Cano, y desempeñaron bastante bien su parte. Estos jóvenes, inteligentes como son, con alguna práctica pudieron llegar a ocupar un distinguido puesto como actores, pero con una sociedad más decidida a proteger a sus mismos hijos.

Al frente de este croquis hay forzosa necesidad de incrustar en marco de oro a “D. Juan Sonajas”, creación inmortal de Lino. Don Juan Sonajas es una especie de mecánico que manifiesta en la escena las diversas operaciones que una máquina verifica. Pues en esa pequeña escena que leída no vale nada, era tan artista Lino, tan gracioso y tan lleno de ciencia, que el público creía asistir a un certamen de mecánica, y el actor era tan atinado en su acción que efectivamente hacía ver a uno la bajada y subida de los líquidos movidos por los émbolos de la supuesta máquina.

No hablaré del tiempo de D. León en la famosa comedia “La Piedra de Toque”, porque el acertado escritor Dr. Francisco de P, Muñoz ha hecho ya un alto elogio de Lino en la representación de tal obra.

Termino este bosquejo, diciendo a Ud., con la mano puesta encima del corazón, que a mi juicio Lino Ospina hace buena pareja y debe pasear del brazo con la legendaria figura de José Froilán Gómez.

La mayor parte de las Compañías que nos han visitado han hecho a Lino su agente, empleo que siempre ha desempeñado con el tino, inteligencia y honradez que lo distinguen; y entiendo que de esas

funciones, en muchos casos, no ha sacado la utilidad que debiera, por su mucho trabajo, debido esto a su benevolencia.

En el 85 vino la Compañía Gutiérrez Latorre, en la que él y la Osmunda de Ortiz, son los únicos que merezcan recuerdo especial; los demás eran del común de los mortales.

Gutiérrez Latorre, de arrogante aspecto, de voz poderosa y de maneras bastante cultas y bastantes conocimientos escénico, representaba a gusto del público. No lo creo muy artista, más bien era uno de esos imitadores que se aprenden de memoria el modo de ejecución de grandes actores en los papeles que nos dan por acá. Porque aquí hubiera gustado a muchos no es razón de darle patente de artista puesto que en lo general, en nuestra tierra el que más grita en el teatro es el mejor, y en este sentido sí era Gutiérrez sublime porque gritaba alto.

Quisiera yo que alguno que juzgue esta apreciación, salido de forma, me dijera cuando gritaron Torres, Furnier, Amato, José F. Gómez o Lino R. Ospina. Pues nunca, porque eso no es arte, y para expresar, por ejemplo la rabia, yo he visto a los que saben hacerlo, en vez de gritar, dejar salir la voz silvante pero con escaso ruido.

La Osmada de Ortiz, sí era actriz de la buena escuela: tenía dulzura en su lenguaje, mucho donairem y a la ligera se le conocía que era mujer de talento. Le faltaba sí fuerza en la voz, lo que la perjudicaba para hacerse comprender en las situaciones difíciles, pero cuando no tenía que usar sino el tono natural se demostraba como muy excelente artista.

VII

Luego en 1888, tuvimos el gusto de ver y oír Zarzuelas en forma, con la venida de la Compañía de Monjardín.

He aquí la lista de los principales actores.

Monjardín, tenor.

Iglesias, tenor cómico.

Vila, bajo.

Jiménez (el chato), bako.

Barítono, Jiménez, Godiol, que vino más tarde.

La Celimendi, 1ª tiple.

La Zegri, 2ª tiple.

Monjardín, dicen, era un buen actor tenor; yo apenas digo que me satisfacía su canto porque le encontraba una voz robusta y bien templada. Como actor no era gran cosa; desmeñado, y de movimientos zurdos.

Iglesias, actor cómico de *chiste*, por lo que hace a su canto no se si sería ajustado a las reglas, pero me sonaba muy mal cuando se le oía, que no era siempre.

Vila sí llegaba arriba del punto divisorio entre los cualquiera cosa y los verdaderos artistas. Su porte, aquella gracia natural que le rebosaba, aquel modo fácil de caracterizar el personaje que le tocaba interpretar, hacían de él un actor muy recomendable. Los conocedores lo aplaudían con furor cuando cantaba, y yo afirmo por todo, que el mozo estaba adornado de muchísimo talento.

Jiménez (el chato) me pareció un regular actor de carácter. No era cantante sino de ocasión.

Jiménez Godiol demostraba que había sido un buen actor y barítono, pero cuando lo vimos estaba completamente perdido por consecuencia de una afición perniciosa. Parece que entendía la música, y cierta noche dirigió la orquesta, según dicen, muy bien.

La Celimendi era buena actriz, y declamaba de una manera encantadora, como he oído a pocas. En cuanto al canto era pobre y para complemento tenía la voz gastada.

La Zegri cantaba con dulzura y no se si sabría algo en la materia. En lo relativo a juego escénico era completamente ignorante.

Recuerdo que una noche que hubo una *desarmonía*, creo que fue en la zarzuela “La Tempestad”, el Sr. Gonzalo Vidal, que no conocía ni poco ni mucho la partitura, tomó la batuta instado por el público y los artistas, y no sólo se lució él, sino que hizo lucir a sus dirigidos. Si esto no es ser músico, que venga Dios y lo vea.

No debía decir nada del Sr. Vidal por cuanto si para la música soy lego, lo soy aún más para el arte de los renglones cortos. No obstante como Vidal hace muchos años que reside aquí y ha formado hogar en terruño antioqueño, cae como tal bajo mi férula y será juzgado con las salvedades indicadas antes de rigor.

Vox populi, vox Dei. Dicen todos que el Sr. Vidal es un músico de nota y yo lo creo porque me saben muy bien sus composiciones y me parece admirable en el piano, órgano y violín. Además tiene y lo ha demostrado en situaciones difíciles, ese no se qué, si genio o talento, que hace conocer los grandes artistas.

En cuanto a sus dotes de poeta, se necesita únicamente tener oído y sentimiento para reputarlo como tal, pues en sus composiciones campean la buena idea bien desarrollada, y las expresiones fáciles y adecuadas, colocadas en su puesto.

VIII

Luis Amato trajo una compañía en la cual se encontraban la Valero, la Miserachs, la Domínguez, Alcón y otros inferiores. De la generalidad de estos actores no me ocupó por la sencilla razón de que a mí no me lo parecieron; sólo traeremos al tapete a la Valero y Amato, a los que hay que dedicarles capítulo aparte.

Amato, en mi concepto, es uno de los primeros actores que han pasado por esta tierra. Daba gusto verlo en escena, siempre propio, siempre demostrando que sabía lo que estaba haciendo. Sus maneras y actitud eran las de un hombre bien educado; declamaba con naturalidad y nunca se descomponía ni en voz, ni en actitud. Era en suma un buen actor de la nueva escuela. No le noté sino un pequeño defecto, muy en boga en algunos grandes actores. Cuando el papel no era de su agrado, por no ser de lucimiento, o por cualquier otro motivo, se concretaba a recitarlo como un niño de escuela recita el catecismo. Así lo vimos aquí en el galán de la “Feria de las mujeres”; pero cuando obraba sin obsesión alguna pocos le igualaban.

Presente tenemos los que lo vimos como se elevaba el hombre en la escena de la comedia de “Divorciémonos”. Allí él y la Valero hacían una cosa tan encantadora, tan original, que hacían perder la chabeta al espectador a fuerza de reír.

Poseía Amato, como los grandes actores que se respetaban, el buen juicio de que, cuando lo aplaudían, que era casi siempre que trabajaba, no volver la cara al público haciendo genuflexiones, suspendiendo la acción de la comedia. Seguía en esto el consejo de Larra que decía a los artistas que no debían tener en cuenta al público que los veía, sino a los actores o actrices que intervenían en la escena.

Famosa actriz era la Valero; donosura, elegancia en el porte y maneras; dicción esmerada y una expresión enloquecedora; suprema inteligencia y profundo conocimiento del teatro. Bien dada a conocer que era hija del gran José Valero, de quien hablan con todo elogio los críticos de España y Centro América.

Admirable nos parecía esta actriz en piezas del género de “Frou Frou”, y “Divorciémonos”. Por mí diré, que en ese género no he visto nada comparable, y las horas de teatro se me volvían minutos, oyendo su natural modo de expresar las ideas, y poniendo éstas al alcance de todos.

IX

En 1890 tuvimos la visita de la Compañía de Opera que llevaba el nombre de Zenardo y Lambardi, y se componía de la Aymo, soprano; la Orlando, contralto; tenor, Ravagli; barítono, Alberti; bajo, Bérigami; y 2ª soprano, la Panzani. Más tarde se les unió la Castellani.

Para mí estos artistas cantaban ventajosamente, y aún para todo el público también. Como actores eran comunes, exceptuando a Alberti, Bugmelli, Bérigami y Orlandi. Estos cuatro demostraban inteligencia y facilidad de movimiento, dando mucha animación a las escenas en que les tocaba tomar parte.

En Hermani y en Fausto dio Alberti una muestra de su gran talento para el Arte.

Bugamelli hizo un Fígaro en *El Barbero de Sevilla*, de recibo en cualquier parte. Me refiero sólo al actor.

En esta Compañía vino como primer violín el Sr. Rafael D'Alemán; y a la verdad que nosotros no habíamos oído tocar este instrumento tan magistralmente. El Sr. D. Alemán es admirable con el violín en la mano; le hace decir todo lo que quiere; ríe, llora y se enfurece a voluntad. He sentido, oyéndole, impresiones tan encontradas, que me han sacado de juicio, pero siempre deleitándome. ¿Es buen artista? Para mí, sí, y consecuente con mi modo de juzgar, digo que puede lucir en cualquiera parte.

Arcadio Azuaga con Evarista Escobar y sus hijas Altagracia, Leonor y Refugio, José García, Luis de Castro y Tinoco arrimaron por allá en 1894.

Dieron bastantes representaciones dramáticas con buen éxito y mediana ejecución. En esta Compañía no se hacían notar sino, Azuaga y su hermana Altagracia. Para concluir con los demás en una plumada dire: que no eran actores sino de cargazón.

Altagracia se presentaba siempre con donaire y desplegaba un gran talento en la interpretación de sus papeles. Su buena voz, distinguidas maneras y buen juicio escénico hacían de ella una actriz digna de verse.

El Director Azuaga se hacía notar por su voz clara, buena dicción y acción adecuada. En el juego de la escena daba a conocer su seguridad en la inteligencia de su papel. Todas estas cualidades las obscurecía a veces en la declamación; principiaba en tono muy alto, y cuando llegaba a la peripecia de la *tirada* estaba fatigado por demás, y su voz sonaba bronca y ahogada. En lo general, y sobre todo en las comedias de costumbres, lucía con gracia sus marcadas dotes

X

D. Francisco Zenardo, como empresario, trajo en 1894 otra Compañía de Opera italiana que la componían: sopranos Conti Foroni y Casandro; contraltos, Poli y la Zarruggia; tenor, Nicoli; barítono, Bartolomasi; tenor ligero, Cristali; bajos, Fucili y San Jorge. Director de Orquesta, Azzali.

El público dió por muy buena, en su conjunto, esta Compañía, pero, individualmente hizo sus reservas.

Por mí se decir que el canto de todos me satisfizo, con especialidad, el tenor Nicoli y el bajo Fucili. Este además me pareció un gran actor y sobre todo conocedor en absoluto de la música, pues dominaba la escena sin fijarse en el Director, recorriendo el proscenio de un extremo a otro con el mayor desembarazo sin perder un solo accidente de su canto. Su voz de bajo, templada y dulce, era de primer orden, según han manifestado en sus revistas los críticos musicales aquí y en la capital de la República.

Que la Conti Foroni cantaba bien y tenía famosa voz, era indudable; pero decían los maestros que no iba siempre al par de la orquesta.

La mejor cantatriz era la Casandro; afirmaban que tenía más dulce voz, un método notable y muy buenos conocimientos músicos. Desgraciadamente se le oyó poco, porque su situación no era para exhibirse.

La Poli tenía poca voz aunque muy suave; más era tan bella que siempre era recibida con aplausos. Alguno me dijo entonces que esa señora pasaba por bastante instruída en la música y canto.

La Empresa parece que quebró, o por lo menos tuvo una pérdida de consideración, a pesar de las buenas entradas, debido sin duda a los crecidos sueldos que devengaban los artistas.

XI

Por este mismo tiempo tuvimos a la vista la Zarzuela cuya Empresa estaba a cargo de Ughetti y Dalmáu que eran al mismo tiempo y respectivamente el barítono y el tenor; el bajo, Gútez; tenor cómico, Sáinz; tiple, Esperanza Aguilar de U.; tiple 2º, Dolores Rodríguez de D.; y contralto, la Domínguez. Estos eran los principales, pues los demás no ejecutaban sino como coristas y partes de por medio.

Creo, y esta es la opinión general, que es la mejor y más completa Compañía que conocemos. Todas sus representaciones fueron esmeradas, y en cuestión indumentaria nos mostraron muchas cosas que no conocíamos. Con inmenso sentimiento vimos partir estos artistas que tanto nos hicieron gozar.

Los Sres. Dalmáu y Ughetti me parecieron como actores apenas regulares, pues aunque es verdad que en muchas obras trabajaron acertadamente, en otras parecían aprendices.

En “El Rey que rabió” y en “El Duo de la Africana” se portaba Ughetti como actor consumado, lo mismo que en “Jugar con fuego” y “Mascota”. Pero en otras, por ejemplo, “La Tempestad”, no alcanzaba a su papel, tal como lo habíamos visto ejecutar por Jiménez (el Chato).

Dalmáu en “Jugar con fuego” era artista y muy artista, lo mismo en el bobo de “El Rey que rabió” y en “Marina”; pero no le sucedía lo mismo en otras varias, lo que me hace pensar que no eran actores sino de imitación. Con respecto al canto de estos actores me parecía bien en general.

Sáinz, muy chistoso, bien conocedor de la escena, en la que jugaba con gracia y ligereza según el caso lo requería. En el Sacristán Nerón, de la Marsellesa, no tenía punto malo. Como cantante era de escasísimo valor. Este actor dio un escándalo en la representación de los Madgiars. Perseguido por el espía tuvo la mala idea de salir por encima del piano a la platea, cosa a la verdad muy propia para demostrar sus dotes de gimnasia; mas no el respeto al público y a su carácter artístico. El palenque del actor es, y no otro, el escenario.

Gútiez desempeñaba con acierto algunos papeles, y citaré entre otros el Príncipe de Mascota, en que tenía momentos de verdadero actor cómico. Su voz era buena pero se fatigaba pronto y daba muestras de debilidad en ella.

Los coros excelentes y muy bien dirigidos.

Anoto aquí al pasar que una sola vez que vi al Sr. Aguilar, padre de Esperanza, me pareció un buen actor, y que como tenor había sido en su juventud una gran cosa.

Vamos ahora al trueno gordo.

He dicho varias veces que en asuntos de música y canto soy lego, y que sólo juzgo por sentimiento, de modo que nadie me podrá hacer carho alguno si digo que Da. Esperanza es la primera cantante que hemos oído y que su voz, que tan bien modulaba, me parecía una voz celestial. Yo me hacía, oyendo esta señora, la ilusión de que oía a la Patti, la Malibrán, u otra de esas artistas que han conmovido el mundo musical. No encontraba con qué comparar ese canto, sino con el de esas aves primorosas que han tenido por maestro a Dios. Al que me diga que exagero lo remito a “El Duo de la Africana”, al rondó de “Jugar con fuego”, y la arieta de “El Rey que rabió”, y sobre todo a “La Mascota” y “Diamantes de la Corona”.

Como actriz daba a conocer que era novel, pero que no muy tarde sería de primera fuerza.

La Rodríguez y la Domínguez cantaban bastante bonito, aunque sus voces eran débiles. La primera me pareció una actriz notable.

Con esta Compañía vino el joven Jesús Arriola, español, como director de orquesta. El Sr. Arriola es un excelente maestro de música, cosa extraña a la verdad si se atiende a su corta edad; pero muy natural teniendo en cuenta el buen talento que lo adorna.

La cultura, buen carácter y las finas maneras hacen del joven Arriola un cumplido caballero. Parece que definitivamente se radicará aquí, de lo que se alegran todos los amantes del arte, puesto que ha fundado hogar uniéndose con una bella, simpática y virtuosa antioqueña, perteneciente a una familia de posición social elevada.

XI

Lo último que hemos oído en la Opera traída por el Maestro Azzali en el año pasado.

Las partes componentes eran, la Vicini, soprano; contralto, la Montalcinio; tenor, petrovich; barítonos, Arrigetti y Benedeti, y bajo Magni.

Como todavía no ha pasado la impresión que causó esta Compañía, y es por lo tanto bien conocida, me limitaré a manifestar que el señor Arrigetti, y las dos damas me hicieron el efecto que lleva consigo siempre el que está poseído de lo que va a ejecutar, o en términos más precisos, que los consideré como actores de gran precio.

No hemos sido tan de malas, amigo mío, puesto que encajados en estas montañas, a llegado a nuestros oídos, no completa es verdad, la música de los grandes maestros. No podrá olvidar Ud. que nos han deleitado, Lucía, Favorita, Traviata, Norma, María de Rohan, Atila, Masnadieri, Hernani, Trovador, Aída, Africana, Gioconda, Barbero de Sevilla, Fra Diávolo, Crispín y la Comadre, Lucrecia, Elixir D'amore, Payasos, Miñón y alguna otra, y que con esto hay suficiente para una vida, aunque no me parece que estaría por demás otro poquito.

Estoy cierto de que muchos al leer estos apuntes dirán: "este Juan al reseñar las diversas Compañías trata a muchos de los actores a lo Valbuena"; y no es así; yo critico lo malo, por supuesto, a mi juicio, y digo

como Larra: “que mi pluma corre fácil para el elogio”; pero no por esto pierdo el derecho de repudiar lo que no es bueno.

Afisionadísimo, desde muy temprana edad al arte dramático, me ha faltado tiempo para leer todo lo que ha escrito en la materia; pero algo he leído. Además siempre he ido a caza de biografías de actores eminentes como Talma, Frederic, Lemaitre, La Ferrier, Máiquez, Latorre, Romea, Guzmán, Rosi, La Mars, Ristori, Raquel, Dejaset, Dorval, La Luna, La Rodríguez, La Baus y La Lamadrid y otros muchos. Con el estudio de estas cosas me he formado el modo de evaluar las prendas del actor que veo, y si no están ajustadas a las reglas allí establecidas, digo malo; si lo están, digo bueno; de modo, pues, que rechazo el cargo de pasión que pueda atribuírse.

Ahora, que sea rudo y áspero en mis juicios, puede ser; que no haya bastante claridad en lo relatado, también; pero para condenarme téngase en cuenta que no soy escritor sino de ocasión y que cada uno tiene su modo y su por qué de decir las cosas. Yo las digo llanamente, otros más entendidos en el lenguaje las dirán con términos no más adecuados, pero sí más suaves y hasta con palabras rebuscadas que envían al Diccionario al lector.

Por la lectura de los periódicos me he impuesto de que está en venta nuestro único Teatro, y aun alguno me ha informado que un caballero rico de la ciudad piensa en comprarlo con el objeto de destruirlo y fabricar en el local una o dos casas de habitación.

Me resisto a creer tal barbaridad. Es imposible que en la rica Medellín falten hombres de posibles y patriotas que dejen echar por tierra el único lugar que tenemos para distraernos honestamente y al mismo tiempo recibir lecciones objetivas de cultura y buen decir; el único lugar en que, aunque sólo de vista, tienen conexión los dos sexos, conexión que tan necesaria es para adquirir las buenas maneras, que son de rigor en una sociedad civilizada, y morigerar las costumbres.

Puede que a los señores dueños hoy del edificio les convenga venderlo como asunto de interés, aunque con los números se les podría probar que el interés que reeditara el capital allí invertido, sería superior al de muchas de las industrias hoy en auge.

Uno de los grandes obstáculos, el principal, para la venida a Medellín de Compañías de cualquiera clase, es el alto precio del arrendamiento del Teatro. Rebájese ésta a una suma moderada y se puede asegurar que en todo el año o la mayor parte de él habrá artistas aquí, ya de un género ya de otro, y entonces se probará hasta la saciedad que mi proposición antes apuntada es un axioma, pues los intereses del capital sobrepasarán a lo que pudiera ganar empleado de otro modo.

Hágase la experiencia y veremos si no es como lo digo.

Quizá en esta segunda parte haya olvidado algo importante porque yo padezgo en grado heróico de esta aberración de memoria de los viejos, que no sé explicar: recuerdo como si viera en un cuadro fotográfico todo lo que presencié en la niñez y en la juventud, y olvido con frecuencia lo que pasó ahora un mes, una semana, y aun el día de ayer.

Doy fin, amigo mío; Ud. que me enredó en esto, reciba, si los apuntes gustan, las alabanzas que son de rigor; pero no gustan, sírvase poner las espaldas para aguantar las azotainas que le dirijan, rotuladas a

Juan.

Febrero de 1887.

VEJECES

(DEDICADAS A MI AMIGO CARLOS A. MOLINA)

SUMARIO. —Carta a Carlos. —Medellín del año de 1830 al 1844. —Usos y costumbres. —Instrucción. —Acontecimientos notables (algo de historia). —Tipos y anécdotas. —Conclusión.

Estimado Carlos:

Se ha propuesto Ud. que yo al cabo de mis años, sea escritor público, que me vuelva cronista, sin considerar que me faltan de las diez partes por lo menos nueve de las condiciones necesarias para salir avante en un ejercicio propio solamente de aquellos que verdaderamente son literatos y que conocen los giros apropiados del lenguaje.

Lo único que yo tengo en mi abono es la regular memoria que Dios me concedió, y algún conocimiento de nuestros archivos, de donde podré sacar algunos datos que tal vez se perdieran o por descuido o por falta de atención.

Puedo, pues, calificar a Ud. de asesino, para lo cual no le faltan ninguna de las circunstancias, como alevosía, traición, sobre seguro, etc. Pero yo en uso de mi libre albedrío protesto en debida forma, y espero fundadamente que el público me vengará, haciendo a Ud. responsable de todos los adefecos y disparates que en mi pobre relación resulten; y si el público, o lo que es lo mismo, los lectores de su Revista, no me vengaren, entonces, sépalo Ud., apelo a ... Poncio Pilatos, y siguiendo el ejemplo de éste desde ahora me lavo las manos y doy principio a contar vejeces.

Su amigo,

Juan.

MEDELLÍN DEL AÑO DE 1830 AL DE 1844

I

La hoy rica y populosa Medellín. era por los años del 30 al 36, apenas un pueblo grande, pues no era la mitad de lo que al presente ostenta. La banda derecha de la quebrada de Santa Helena no tenía hasta el Puente de Arco otra cosa que mangas cubiertas de guayabales, manglares y naranjales, y solamente estas casas: una donde estaba la de la señora viuda de D. Francisco Botero A., y que pertenecía a una señora de apellido Rojas, la que vendió sus terrenos hacia abajo y hacia arriba al Sr. Gabriel Echeverri; otra, un poco más abajo de la casa del Sr. Daniel Botero, que pertenecía al Dr. Juan Crisóstomo Gómez Gómez; otra de Ascensión Piza, en la que está hoy la de D. Manuel Santamaría B., y otra hacia el Oriente de la plaza de toros, que pertenecía a la Sra. Da. Luz Mesa. De esta última casa tenemos recuerdos muy claros, porque estaba en mitad de un extenso llano; era de balcón y tenía pinturas al fresco, de brocha gorda, en todas sus paredes, entre otras, un gigantesco San Cristóbal, que llevaba en la mano derecha como bastón un corpulento árbol, y en la nuca al niño Jesús. Otra particularidad chocante de esta casa era la de que las puertas eran de arco como las de una iglesia.

Más allá del otro lado de la quebradita llamada La Loca, habían unas casuchas de paja que formaban una calle que llamaban del Chumbimbo, a causa de uno muy corpulento que demoraba un poquito abajo de la catedral en construcción.

Un poco más arriba, ya en las laderas, tenía el Sr. Evaristo Pinillos una vieja casa en el mismo punto en que está hoy la que ocupa el Batallón Junín.

Después de lo contado, nada: el espacio libre y sabanas y más sabanas.

La Sra. Mesa de que arriba se habló, pasaba por inmensamente rica, y como tal, era tenida en mucho; pero es lo cierto que al morir, sólo dejó a sus herederos unas pocas tierras, razón por la cual la voz pública la acusaba de haber dejado bajo tierra mucho oro y alhajas, y aún señalaba como lugar del entierro la manga que quedaba al frente de la casa. Como nunca se ha dicho que tesoro alguno haya aparecido por ahí, no deben echarlo en olvido los buscadores de *guacas*.

Estaba en despoblado también la banda izquierda de la quebrada, pues del Puente de Junín hacia arriba sólo había la casa de D. Luis Velásquez, situada en donde hoy están las casas de D. Antonio J. Gutiérrez y su señora madre; la de D. Alberto Arteaga, en el punto preciso de la de D. Alejandro Uribe Upegui, y de ahí hacia arriba unas pocas de paja y una regular a la izquierda de la calle, de D. Manuel Santamaría Tirado (a, Matón), al frente una que existe de una familia Arroyave.

En la vuelta del Guayabal había, entre una manga, la casa del Sr. Joaquín López de Mesa, y siguiendo hasta el punto de la Toma, platanares, manglares y otros árboles, y a linde con la quebrada, playas de arena y piedra.

La quebrada en ese tiempo llevaba el doble del agua que arrastra hoy; corría casi a nivel del camino, y sin duda por ese motivo eran tan terribles y temidas sus crecientes. Se formaban *charcos* grandes y profundos en los cuales los muchachos teníamos donde nadar y jugar; y entre otros, recuerdo, de La Toma hacia abajo, los llamados El Resbaladero, La Bodega, de las Pizas, El Guayabito, de Miguel Villa, y del Morrito, que quedaba al frente de la casa que hoy pertenece a D. Leocadio Lotero.

Asignan generalmente como causa de la disminución del agua en la quebrada, los desmontes hechos en sus cabeceras, puesto que esto a favorecido una inmensa evaporación, y también el que de allí se haya tomado la mayor parte del agua necesaria para el consumo de la ciudad.

Como se ve, el cause de esa quebrada es hoy muy profundo. ¿Cómo no? si de allá se ha sacado y se saca la piedra con que están empedradas las calles y que ha servido de cimiento a todas las casas de la ciudad. Ha sido una cantera, pero cantera inagotable.

Del Puente de La Toma hasta el *Morrito*, cerca de la casa del Sr. Lotero, había anchos caminos a lado y lado de la quebrada, y en algunos puntos, grandes espacios del Puente de las Pizas se encontraba una notable playa que servía para feria de cerdos, el viernes de cada semana.

¿Qué se hicieron esas playas y caminos?

Podría contestarse como lo hacía el maestro zapatero Quirós (a. Pajarito) cuando se le preguntaba:

¿Qué cosa son esas que se llaman nubes?

Y él decía: “Esas son concavidades del aire que hasta el presente están ignoradas”.

II

Del Puente de Bolívar para el Norte eran muy pocos los edificios. Donde se encuentran las casas que fueron del Sr. Amador había una grande que llamábamos La Nitrrera y que fue fábrica de pólvora en tiempo del Dictador Corral, y un poco más allá, con un llanito al frente, el cuartel de la guarnición, grande y de buena construcción. En todo el camellón que se denominaba del Llano, de trecho en trecho, pocas cosas pertenecientes a las familias Acebedos, Toros, Zuletas y Alvarez, y una al otro lado del Cementerio de San Pedro y que edificó y habitó el Coronel Hugo Huguez, miembro de la Legión Británica, más sordo que una tapia, motivo por el cual se llamó esa casa de El Sordo. Esa casa es hoy de Juan Crisóstomo Alvarez; y más allá, hasta la quebrada de *El Ahorcado*, llano y más llano, con el nombre de los Muñoces. El Cementerio de San Pedro no existía aún.

Ya que hablamos de la quebrada de El Ahorcado, no puedo resistir a la comezón de decir cuál es el origen de ese nombre, y en verdad que es fatídico, como veremos.

Un hombre de apellido Quirós (se nos escapa el nombre) había cometido una falta, no se cuál, contra la religión cristiana, y fue reducido a prisión. Después de algún tiempo de estar secuestrado logró evadirse. Esto pasaba por los años del 58 ó 60 del siglo pasado.

Pues bien: las requisitorias llovieron con las señales del prófugo, y un familiar de la Santa Hermandad; acompañado de varios aguaciles de esa Corporación dió con él por ahí en Zaragoza o Remedios y lo condujo a la Villa (así se llamaba Medellín), bien acondicionado como esos señores sabían hacerlo. Llegada la escolta con el reo a esa quebradita, el familiar hizo alto y mandó ahorcar a Quirós, a quien colgaron y murió en un carbonero frondoso que había a la orilla del agua, carbonero que siendo niños todavía se nos mostraba como el que había servido para la ejecución.

Seguramente el familiar tenía facultades omnímodas concedidas por la Inquisición ¹ por cuanto ninguna responsabilidad se le exigió a juzgar por la falta de sumario en averiguación del hecho. El familiar dio cuenta al Alcalde ordinario de la Villa, y éste levantó un sumario cuya carátula decía poco más o menos:

“Proceso para averiguar si el difunto N. Quirós dejó blasfemia, o hizo alguna otra cosa contra nuestra santa religión”.

El legajo estaba en el viejo archivo de la antigua Provincia de Antioquia, y arreglando ese archivo lo ví.

¹ Las leyes permitían al Alcalde de la Santa Hermandad que si en un despoblado daba con un criminal podía ahorcarlo con el cabestro del caballo.

Siguiendo al Occidente hasta encontrar el río, todo era manga sin más casas que un abajo que pertenecía al Pbro. Paulino del Valle, que es hoy del finado José H. Trujillo, y otra que queda por el lado del Edén, un poco más arriba y al frente, de propiedad entonces de D. Vicente Alvarez, muy conocido en aquellos tiempos porque era el único que se encargaba del cuidado de bestias en pesebreras y tenía a su cargo casi todas las de los ricos de la ciudad. Esa casa creemos que pertenece hoy a D. Juan Lalinde.

III

Si andamos por el Sur, hallamos al lado de arriba y formado ángulo a la derecha de la calle principal de Guanteros (hoy Maturín) con el poblado camellón de la Asomadera, que entonces contenía del zanjón para allá tres o cuatro casas de la familia de Uribes, en el punto donde comienza a descender la calle, dos o tres de un Sr. Tirado y de otros de apellido Cárdenas; otra casa más abajo, en el plan, de un Sr. Domingo Escobar; y allá en la punta del camellón, al llegar al río, a la derecha, una casita de una mi abuela, y al frente una grande de D. Domingo Uribe. Esos terrenos comprendidos entre la calle del Medio y La Asomadera los llamaban Ejidos.

El camellón de La Asomadera cambió de nombre para muchos que lo llamaron de la Chicha, a causa de una excelente que fabricaban unas Sras. Uribes, y que es hoy legendaria. El pueblo con su vocabulario enérgico ha bautizado la entrada a ese camellón con un nombre gráfico y bien significativo. Llámalo el *Puerto de la eternidad*, aludiendo a que es la vía para el cementerio de los pobres.

Siguiendo para abajo, al Occidente, no se encontraba en aquel tiempo más que una casa de propiedad de D. Antonio Tirado. Los terrenos en que estaba la finca del Sr. Tirado llevaban por nombre. El Pantano. El camellón de Guayaquil cortó esa propiedad.

No sólo las Municipalidades tienen derecho de bautizar las calles de las poblaciones que rigen. El pueblo también lo hace, y con sello más indeleble, pues cambia como cambiaron los nombres oficiales, el camellón de Guayaquil y su puente al final, y siempre se llamará de Guayaquil, así como el de Carabobo será siempre de Las Pizas.

¿Y quieren nuestros lectores que les digamos cómo obtuvo el camellón el nombre? Vamos a decirlo.

Apenas el Dr. Rafael Ma. Giraldo, Gobernador del Estado, expidió el Decreto de apertura de la calle, el Sr. José Velásquez que *olía el tocino*, construyó al escape, al otro lado del Puente, una casa de vara en tierra provisional, en la que estableció una muy surtida cantina, calculando con acierto que serían muchos los trabajadores y muchos más los curiosos, y que por supuesto todos irían a refrescar.

Tuvo razón Velásquez; los jóvenes aquí se convidaban y marchando en grupos veían los trabajos, y luego las copitas de rigor. Como el aguardiente no es muy fresco dieron en decir los paseantes al convidarse, vamos a Sopenetrán, aludiendo el fuerte clima de aquel territorio. Pero ese nombre de Sopenetrán duró poco.

Un día había bastantes reunidos en la cantina de Velásquez, y entre ellos el inolvidable Venacio Calle, el que en medio de los tragos, dijo estas o semejantes palabras:

“Protesto contra el nombre de Sopenetrán que se da a la cantina. Sopenetrán no es bastante cálido para equiparse con el divino líquido; lo único que se acerca es Guayaquil, en el centro del Ecuador. Propongo, pues, el cambio de nombre”.

¡Hurra por Guayaquil! aulló la concurrencia y Guayaquil se quedó.

En el alto de las Cruces, que queda encima del cementerio de los pobres y en la zona sur de El Poblado se trabajaron bastantes sepulturas de indios, y buenos provechos que se obtuvieron, pues sacaron a puchas el oro en planchas, atetes y otras muchas cosas, como cántaros, ollas etc. Conocí un trabajador de esas sepulturas llamado Matías Obeso, que vivió mucho tiempo holgadamente con el producto de lo que sacó de una.

Nos viene a la memoria el recuerdo de un asesinato el más horrible y feroz que se ha cometido en Antioquia, y que tuvo lugar en el Alto de las Cruces, en uno de los primeros quince años de este siglo, asesinato que nos refirió una tía, que era ya mujer cuando el sucedido:

Un hombre llevó a este alto una mujer; después de amarrarle las manos atrás, la amordazó; luego tomó un palo grueso y largo al que había hecho una punta y tenía allí escondido; lo introdujo en un hoyo y lo cuñó muy bien, dejando afuera un poco más de una vara, y tomado a la mujer la sentó encima de esta punta, y seguramente la sostuvo hasta que entrando mucho el palo se sostuvo la infeliz. Se comprende que esto que cuento son suposiciones muy razonables, puesto que no hubo testigos del hecho; lo cierto es que al día siguiente hallaron la mujer allí muerta.

Varios indicios y la fuga de aquel hombre hicieron que la justicia lo buscara, más nunca pudo ser hallado ni volvió a aparecer.

IV

Las calles de San Benito, Alameda y de D. Pepe Santamaría, hoy, respectivamente, de Boyacá, Colombia y Ayacucho, estaban en su última parte, dos o tres cuadras antes del río Medellín, en solares y mangas, pues

solamente la de San Benito tenía unas pocas casas al frente de la plazoleta y otra pegada al lado de arriba de la capilla. Ahí tenemos ya los suburbios; hagámonos ahora cargo del centro de la ciudad.

Digamos de una vez que todas las calles se hallaban enyerbadas y que estaban construídas en forma de quilla de buque. En las que van de Oriente a Occidente había acequias por donde corría el agua en abundancia, y a la menor lluvia, ya en la mitad se su curso al río, eran unos torrentes que impedían el paso, o al menos lo hacían peligroso.

Demos principio a nuestra inspección de la ciudad por la Plazuela de Félix de Restrepo, entonces de El Colegio. Allí no había más edificios que el Colegio y la Iglesia de San Francisco, al Oriente, pues lo que hoy es Colegio del Departamento era un solar, dependencia del Colegio provincial, y de ahí hasta la casa de la Sra. Da. Luz Uribe de V., una tapia que demarcaba la propiedad de D. Antonio Uribe Mondragón, que era a más de la casa, de ese punto para arriba; por ese lado, pues, la tapia dicha era el fin de la ciudad. Al frente, es decir, al Occidente, célebre profesor de latín, y lo demás, hasta terminar la cuadra, solar con platanar, caña etc. En el lado Sur, en la parte de abajo, una casa de la familia Castrillón, y de allí para arriba solares y más solares, y una que otra casucha de paja, hasta la casa del Sr. Francisco Uribe Zea, que hoy pertenece a alguno de sus herederos. En la parte Norte, la casa dicha del Sr. Uribe Mondragón, y lo demás, solar hasta la casa del Sr. Manuel Molina, de propiedad ahora de D. Nazario Moreno.

Llegamos de allí por entre algunas casas de paja y pocas de teja a la plazoleta de San Lorenzo (hoy San José) donde había en la esquina en que está la casa del Sr. Federico Vásquez, la pequeña capilla de San Lorenzo; donde está San José, las tapias del solar de la casa del Dr. José María Botero, que era el capellán de la capilla; al frente de la iglesia, tapias, y en la esquina una pequeña casa que pertenecía a nuestra abuela paterna; al otro costado sí había casas.

Todavía no se había contruído el Teatro y en ese local no había casa. Generalmente en toda la ciudad había grandes espacios sin edificar y muchas casas de paja. Solamente el barrio de Guaneros era lo que es en cuanto a edificios; los de ahora con más hermosos y cómodos.

La quebrada no tenía más puentes que el de Arco y el de La Toma, construído éste de madera, y con techo. Este último se debió a los esfuerzos del progresista Sr. D. Gabriel Echeverri.

La Plaza (hoy de Berrío) estaba circundada de casas de balcón; pero tan viejas, tan derruídas —menos la de D. Juan Uribe Mondragón (actualmente de D. Tomás Uribe) —que parecían que pedían órdenes para irse a tierra. La Iglesia que se denominaba mayor, tal cosa se ve, sólo que actualmente le falta el cuadro de murallas y columnas que entonces la adornaban, del mismo modo que tenemos en la Vera-Cruz. Esta es una

de las cosas que tenemos más presentes porque se une al recuerdo del entierro del Sr. Obispo Fray Mariano Garnica, cuyo cadáver pasaron por la abertura del medio de ese circuito de piedra.

Al lado Norte de la Plaza lucía su vetusta faz una pequeña capilla llamada San Francisquito o la Tercera, y al lado de arriba, creemos que dependencia de la iglesia, una casita cubierta de paja.

Esta capilla fue mandada vender por el Dr. Gómez Plata; la compraron los Sres. Carlos Gaviria y Ambrosio Mejía, quienes edificaron en su solar la casa que en su parte baja ocupa la Droguería de los Sres. Pastor Restrepo y Cía.

Cada viernes había mercado de víveres, y éste tenía lugar en la Plaza, y como ella no estaba empedrada, se formaba al llover algunos pozos que con las basuras dejadas por los vivanderos formaban buenos barrizales.

El río Medellín era en aquella época un verdadero río, hasta caudaloso, relativamente al presente. Por cualquier parte que se quiera pasarlo había necesidad de alzar mucho la ropa, mientras que hoy no hay exageración en decir que se pasa a pie en junto. Generalmente era tan profundo que para bañarse las gentes no tenían que rebuscar, pues en cualquier punto casi subía el agua al pecho.

No tenía puente alguno, de manera que todo vicho viviente tenía que entrar al agua para pasar de un lado a otro. El paso principal para los de la otra banda, quedaba al frente de la calle de la Alameda (Colombia), en cuyo punto era bastante explayado el río: pero cuando levantaba un poco su nivel no había para los pasantes remedio; y como era mucha la concurrencia de hombres y mujeres, el lector puede considerar el bonito y pintoresco cuadro que se desarrollaba a la vista.

Cuando venían las grandes crecientes, en el invierno, los muchachos hacían balsas, que cogidas con grandes rejos de punta y punta, facilitaban el paso por una pequeña cuota, y formaban tan bien esos aparatos, que nunca hubo desgracia alguna.

Al otro lado del río, pocas cuadras de él, se asentaba el bonito pueblecito de San Ciro, más tarde Aná, Anápolis y últimamente Robledo, fundado más alto. A este pueblecito hacían muchas romerías las señoras de Medellín, ya por lo hermoso del paseo, ya por la fama de los milagros del santo. Estas señoras llegaban al río, se quitaban sus zapatos, se alzaban sus ropas y al agua; al otro lado se calzaban, y adelante.

Del pueblecito éste que ya tenía el nombre de Aná, se enamoró locamente la quebrada Iguaná, y una noche de abril del año 80, no pudieron resistir su pasión, rachó con él.

Aunque probablemente mal designado, ese es el croquis de Medellín hasta el año del 42 ó 43, en que principió a verse que demostraba progreso y que la población creciente necesitaba salida y expansión.

Pero así deficiente como es la pintura, siempre dará una idea a las generaciones presentes de lo que fue la ciudad, hoy tan hermosa y floreciente.

USOS Y COSTUMBRES

V

Al dar cuenta de las costumbres observadas en Medellín en aquella época no entraremos en consideraciones de calificación ni haremos comparaciones con las presentes; esto no nos corresponde como cronistas. Hablaremos lo que vimos según nuestros recuerdos y cada uno de los lectores podrá aplicar su criterio particular.

Los habitantes de Medellín en aquel tiempo viejo eran alegres y expansivos. Bailaban mucho y hacían muchas fiestas en un año.

Una cosa sí era muy notable; se bebía poco licor, pues se pueden contar en los dedos de la mano las personas que de costumbre se embriagaban; pero en cambio jugaban todos, desde el más encopetado hasta el último proletario. Y estaba tan extendido ese vicio y se le consideraba tan natural que en las fiestas públicas ponían mesas en la plaza donde se tallaba el *monte*. Sin embargo es de notar que se jugaba con la mayor decencia y nunca ocurrían esas riñas tan comunes en ese ambiente, y yo lo creo, debido sin duda a la falta del aguardiente.

Dije antes que se bailaba, y es la verdad, y mucho, y en todo tiempo. Casi no había una semana en que no hubiera esta diversión, ya en una casa, ya en otra de las de la buena sociedad, y con el arpa de uno llamado Nor Marcelo, hasta que vino a la ciudad el maestro de música, Mr. Eduardo Grégory.

Pocas noches dejaba de bailarse en el barrio de Guanteros con los tiples y el *guache*, y estos bailes, que en su mayor parte eran de los llamados de *vara en tierra*, como que si no eran propios para ganarse el cielo, pues se peleaban, se bebía algo y pasaban otras cosillas que no son para contarlas.

Había también otra clase de bailes, muy curiosos, demasiado curiosos, entre la gente del pueblo. Moría un niño, lo adornaban lo mejor que podían, le ponían alas de papel o linón para que pudiera volar al espacio, le ajustaban zapatos para que no se entunara en el camino, y luego se invitaba a los amigos para el *velorio*, el que se reducía a bailar la *guavina* y las *vuelatas*, hasta el día siguiente que los espantaba el sol. Luego una amiga o una vecina prestaba el cadáver del angelito, lo llevaba a su casa, hasta que la descomposición obligaba a los padres a tomar el camino de cementerio. Generalmente las gentes estaban imbuídas en la preocupación de que el alma del *angelito* no entraba al cielo si no se le bailaba muchísimo.

La llevada al camposanto era otra fiesta. Se conducía el cuerpo con tambor y chirimía, algo de música y cohetes.

Otra diversión muy acostumbrada era la de reunirse varias familias con amigos y marchar a un campo cercano, donde bajo de toldos, preparados de antemano, se bailaba, se jugaban juegos de prendas, y ya un poco adelantada la tarde, se comía en amor y armonía. Nosotros presenciamos una de estas funciones en La Ladera, casa que ocupaba el Junín.¹

Las fiestas de la Patrona que se celebraban en febrero por nueve días, tenían algo de lo que nos cuentan de las bacanales en la antigua Roma. ¡Qué algazara el día y la noche! Se corría a caballo en la traída de toros, y se jugaba sortija, había danzas bonitas que ensayaban Brígido Gómez y Gregorio Baenas, y por las noches, baile en las casas principales, y por supuesto en las del pueblo. El juego era a granel; el libro de las cuarenta hojas era muy leído, y la muela de Santa Polonia no cesaba de rodar sobre el tapete. También había, y no poco, juego de ruleta y bisbís, y riñas de gallos, que eso no puede faltar en Antioquia.

Una que otra vez había maroma pública en la plaza. A propósito referimos lo que pasó en las fiestas del año 38.

D. José Antonio Gaviria, rico caballero, era el alférez, y para solemnizar su fiesta contrató al Sr. Gregorio Patiño, rionegrero, que sabía algo de maromas, para que viniera a bailar en la plaza.

Uno de dos días antes de principiar la fiesta, Patiño pasaba por el frente del almacén del rumbo D. Juan Uribe Mondragón; éste lo vio y lo llamó:

Patiño ¿Qué haces aquí?

Vengo llamado por D. J. A. Gaviria para bailar la maroma.

Bien, hombre, me alegro, y aguardo que la bailarás frente a mi casa.

No es posible, señor; estoy comprometido a hacerlo frente del balcón del Sr. Gaviria.

¿Y cuánto te paga?

Me paga una onza a más de todos los gastos.

Pues yo te doy dos onzas y todo lo demás si haces lo que te digo.

Señor, yo no puedo resolver, pero haré presente su propuesta al Sr. Gaviria.

Patiño avisó al Sr. Gaviria y éste dijo que aunque mediaba contrato no quería perjudicarlo, y que le daba las dos onzas que le ofrecía Uribe.

¹ Hoy casa del Sr. Cipriano Rodríguez.

Puesta está resolución en conocimiento del Sr. Uribe, éste subió otra onza, y patíño hizo con gusto el paseo donde el Sr. Gaviria que ya picado, dijo que daba cuatro. En fin, de onza en onza llegó el Sr. Uribe hasta veinticuatro. Sabido esto por el Sr. Gaviria, dijo a Patiño:

Si continúo en la puja me arruina Uribe, baile Ud. la maroma al pie de los balcones de éste.

Y se bailó la maroma donde D. Juan quería; y tenía razón el Sr. Gaviria en ceder porque con el Sr. Uribe no se podía pelear en asuntos de dinero. Bien presente deben tener los que le conocieron su modo de obrar, cuando se ofrecía algún gasto, fuera público o de caridad.

D. Juan, le decían, se va a emprender tal obra de utilidad pública ¿con cuánto nos ayuda?

Recojan y cuenten conmigo que algo daré.

Pero, señor, queremos saber desde ahora la cuota suya.

Pues bien, doy cien pesos más que el que más de. Y así procedía siempre.

Un día fueron a decirle que se había quemado una casucha de paja en la calle del Cementerio de los pobres, y que solicitaban de él un auxilio para la infeliz familia. Lleno de indignación apostrofó a los proponentes.

¿Cómo se atreven Uds. a incomodar al público para una cosa tan de poco valor? Vayan Uds. Hagan reedificar la casucha y pásenme la cuenta. Y todo esto era para cumplir.

Noto que hemos interrumpido nuestra relación; pero es que el entusiasmo nos gana cuando por cualquier motivo recordamos a aquel caballero tan cumplido, tan amante de su país, y que tan buen uso sabía darle a su gran fortuna.

VI

Volviendo a anudar la interrumpida relación, manifestaremos que otra de las diversiones favoritas de los Medellínenses, eran las carreras de caballos en el San Juan y los domingos siguientes, hasta muy entrado agosto.

Tales carreras tenían lugar en el Llano de los Muñoz, a donde se trasladaba una gran parte de la población de la Villa, a recrear la vista y aplaudir las proezas de los buenos jinetes y a socorrer a los caídos, que no eran pocos, pues todo no eran tortas y pan pintado.

La fiesta tenía muchas fases: unos hacían apuestas de dos en dos, varias veces: otros corrían en montón, haciendo *caraco*/y otras muchas figuras: varios tiraban el gallo, ejercicio que consiste en amarrar las patas del ave dejándola a lado y lado una punta de cuerda terminada en un palito, amarrado por la mitad. De

este palito cogía cada uno de los dos contenedores y ponían los caballos a escape, tratando de llevarlos en direcciones opuestas.

Esta bárbara diversión terminaba siempre mal, pues uno, cuando no los dos tiradores, venían al suelo, porque se tenía a deshonra soltar el gallo. Los golpes forzosamente tenían que ser fuertes y algunas veces mortales.

Cada domingo, terminaba la carrera, volvían todos a sus casas a cambiar la ropa para asistir al baile que casi nunca faltaba.

Véase, pues, que la gente era alegre y se divertía en aquel tiempo viejo.

La sociabilidad estaba bien desarrollada y consentida en sociedad bien adelantada.

Los dos sexos estaban en frecuente comunicación a gusto y contentamiento de todos.

Los días feriados todas las casas estaban abiertas para recibir visitas, y los jóvenes y también los hombres maduros las frecuentaban, pasando como es de suponerse, muy buenos y entretenidos ratos, con la derecha del caso.

Entonces no se oían chismes ni enredos de que Fulano estuvo en casa de Zutano y que a la segunda visita lo pusieron en la puerta; que Zutano fue apalabrado por el padre de Mengana sobre su asiduidad a la casa, etc. No, nada de esto sucedía; los jóvenes se trataban con las señoritas con la delicadeza debida, intimando mutuamente y conociéndose los caracteres, lo que daba lugar a formar hermosos y firmes hogares que duraban plácidos la vida, por cuanto con el trato previo uno sabía con quien se unía.

Para este asunto de las relaciones cordiales fue un alimento poderoso la venida a esta ciudad del Sr. Eduardo de Grégory, por allá en el 37 o el 38.

El Sr. Gregory era un excelente músico y el primero que aquí se conoció. Despertó el entusiasmo por ese arte divino y todos, señoritas y jóvenes, quisieron disfrutar del beneficio.

Dio, pues, principio a su labor el Sr. Grégory, y como el entusiasmo de los discípulos era mucho, pronto estuvo en capacidad de mostrar en público sus adelantos.

De acuerdo con el progresista D. Gabriel Echeverri y el entusiasta D. Víctor Gómez, organizó dominicalmente unos pequeños conciertos que tenían lugar indistintamente en las casas de los Sres. Echeverri y Gómez, adonde eran invitados los jóvenes de ambos sexos que no hacían parte de la Filarmónica, y allí se pasaban ratos deliciosos picoteando de lo lindo; y como en casa de aquellos caballeros nunca faltaba un bizcocho y una copita de vino para obsequiar a las señoras y señoritas, y como después del concierto se bailaba un poquito, ya pueden los lectores figurarse que había por qué estar contentos y satisfechos.

Hacemos memoria de los nombres de algunas señoritas y caballeros que tomaban parte en este culto entretenimiento, y los consignaremos como homenaje a su amor al arte.

Tocaban el piano; e iban en primera línea las señoritas, Matilde Gómez y María del Carmen Echeverri. Había otras que las seguían, y de que no hablo por no recordar todos los nombres y no querer cometer un desafuero. Los violines los tocaban los Sres. Alejo Pontón, Grégory, Juan N. Mejía, Fermín Isaza y Francisco A. Gónima y Llano. Flautas, Manuel y Camilo A. Echeverri y Santiago Grégory, hijo del Director, hijo del Director, el que más tarde llegó a ser también un maestro afamado. Tocaba el Fagot, Francisco Ortega, y el Bajo José Ma. García. Algunos más había, pero se me escapan sus nombres y los instrumentos que tocaban.

El Sr. Grégory fundó y organizó una banda de música que quedó bajo la dirección del maestro José Ma. Ospina, banda que aunque un tanto bochinchosa tocaba cosas buenas y bien instrumentadas.

Esta banda tocó por primera vez en público en un suntuoso baile con que obsequió a las señoras de Medellín el caballeroso D. Juan Uribe, en la inauguración de su nueva casa, situada en la plaza. El baile fue espléndido, como nunca se había visto aquí: la abundancia de bizcochos, vinos generosos y el alumbrado, dieron mucho que hablar; sobre todo la suma gastada fue el asombro de la ciudad, pues nadie se imaginaba en esa época que pudiera haber función alguna que costara ¡quinientos pesos! que fue lo que según expuso el Sr. Uribe había costado.

Además de los bailes de Guanteros, anotado, se ponían bastantes, para la clase de artesanos, en los que reinaba el mayor orden y compostura. Todos vestían con extremada limpieza, pero trajes sencillos.

No admitían a su sociedad a los jóvenes de alta clase porque decían, y con razón a nuestro entender, “que si ellos no eran admitidos en sus salones, tampoco los cachacos tenían derecho a estar en los suyos”.

No tenemos noticia de que en estos bailes hubiera habido alguna vez gresca mayor; habría, como es de rigor, alguna pequeña riña o discusión de esas que según el dicho vulgar “no pasan de la ropa”, pero al fin nada grave ni de mucha consecuencia. Guanteros, en absoluto, sólo de ganaba la palma de las borrascas tremendas.

Queremos hacer conocer, aunque sea exótica, un hombre original. Había en ese terrible barrio de Guanteros un Sr. Rave que estaba entre los artesanos, y aquellos reñidores contumaces. Este tal era de una destreza sorprendente en el tirar piedras, y se decía que apuntaba más que con escopeta. Un día tuvo sus dimes y diretes con otro hombre; éste le hizo a Rave alguna injuria grave y corrió: luego, a alguna distancia volvió cara y continuó insultándolo; Rave tomó una piedra, la arrojó y el hombre cayó herido en la frente. Llegado a conocimiento del Alcalde el hecho, se hizo comparecer a Rave: y usando de aquel procedimiento

breve y sumario muy en uso, el Alcalde reprendió a Rave por el hecho, que no tuvo consecuencia y éste negó todo.

Pero, hombre, decía el Alcalde, si lo han visto a Ud. tirar la piedra.

Sí, señor, tiré la piedra, pero no di al señor.

¿Cómo niega Ud. esto cuando aquí está la contusión como prueba?

Verá Ud.: yo tiré al señor apuntándole al ojo, y como le di en la ceja, erré el tiro; por consiguiente, es como si no lo hubiera tocado.

¿Qué tal la lógica?

Esto puede ser cierto, lo contamos como lo oímos. Lo que sí es la pura verdad, es que Rave no usaba más arma que algunas piedras, y que al decir del pueblo, donde ponía la vista, allá iba la piedra.

En los bailes de *garrote, vara en tierra o palo parado*, que de todos estos modos se llamaban, no pasaban siempre las cosas en perfecta calma; regularmente acababan como el *Rosario de la aurora*. Había en esos tiempos un D. Martín Saldarriaga de quien se contaban hechos tremendos. Se decía que este señor acompañado de un esclavo de su entera devoción, y aleccionado convenientemente, tenía gusto particular en asistir a esos fandangos; y en un momento dado, entre él y su criado soplaban las luces de la sala, que eran dos otras velas de sebo, prendidas a la pared con alfileres o agujas, o puestas en *alcayatas* de hojalata. Una vez en completa obscuridad parece que repartían palo a diestro y siniestro, y desaparecían luego dejando el campo de la decomunal batalla, reñida por ellos solos, en una confusión fácil de comprender.

A este D. Martín lo veremos figurar más tarde en acontecimientos de otro género.

En los bailes de la alta clase, sólo se bailaban entonces el *valse* común, *contradanza española, vueltas, guavina, la pisa* y algunas veces el *fandanguillo*. No se conocían la polka, lancertos etc., ni todos esos bailes que hoy se usan.

Del Valse, contradanza y vueltas, nada diremos, pues son bien conocidos; referimos únicamente lo que eran los otros indicados.

La guavina era un valse, sólo que se cantaba con acompañamiento de *cedros*, que eran una vihuelas de tamaño más bien grande, con cuatro cuerdas (hoy degeneradas en tiples). D. Césareo Mesa y D. Francisco Ortega las rasgaban a maravilla, cantando los graciosos versos que hacían reír bastante y tal cual vez ruborizar a las señoritas.

La pisa se bailaba poniendo la mujer su pie izquierdo sobre el derecho del hombre y con la medida o compás de paso doble, musicalmente, 6 ó 8 creo. Bonito era el baile y muy a propósito para que la mujer

luciera su airoso talle y sus adecuados movimientos. El malogrado Coronel Salvador Córdoba era fanático por este baile que conocía hasta la perfección, y en sala donde se encontrara no dejaba de bailarse.

El fandanguillo se bailaba con la música de las vueltas, y en el punto preciso donde los bailarines dan la vuelta, cesaba la música, la señora y el caballero se dirigían versos galantes, y no faltaba vez en que estos versos fueran picantes, y algunos de color subido. No todos no todas lucían sus prendas personales en este ejercicio, por cuanto los versos dirigidos por uno de los contenedores eran muchas ocasiones intencionados, y como la contestación tenía que ser de acuerdo, era menester ingenio para ocupar la palestra, y como es sabido no todos podían tenerlo y lucirlo.

VII

Pocas casas lucían ricos muebles. Se contaban, que nosotros conociéramos, la de D. Juan Uribe y la de D. Alejo Santamaría, los que habían hecho venir los suyos del extranjero. La generalidad de ellas estaban paramentadas así:

Tarimas anchas, cubiertas de *tapetes*; taburetes sin torno, forrados en baqueta; mesitas esquineras y una que otra poltrona, también forrada en baqueta, con figuras realzadas, simulando una corrida de toros, una cacería, o un paisaje cualquiera. Esto para la sala, agregándole alguna bomba de vidrio colgada al medio y uno que otro bricero para evitar que el viento hiciera consumir muy pronto las velas, invariablemente de sebo *chorreado*. El comedor tenía la mesa sacramental, otra arrimada a la pared para colocar los trastos, la para las tinajas de agua que regularmente tenía un espaldar más o menos entrepaños para, cuando ya limpios, poner los platos, cucharas, cuchillos etc. Una alhacena con su cerradura para la guarda de dulces, cacao, azúcar y demás cosas un poco delicadas, y seis u ocho taburetes forrados en cuero bruto, todo primitivo, sin adorno alguno.

Las camas sencillísimas, con cortinas en redondo, que se abrían y cerraban a voluntad, por medio de unos hiladillos, y con un cielorraso forrado en género blanco. Las cortinas muy variadas; las había de zaraza verde, morada, la cre etc. y las más lujosas de linón blanco. El vestido de estas camas sí era de recibo, pues nuestras mujeres tienen orgullo en mostrar sus lechos bien cubiertos y con muchas franjas y colgandijos. Invariablemente se ponía en toda cama un *tapete* más o menos vistoso.

Las cunas para los pequeños eran escasísimas, al menos en los primeros tiempos del 30 al 36. Lo usado generalmente era una *batea* amarrada con cuerdas a los palos de las camas, y con un cordel que

subía a la cama, y que la señora tenía al alcance de la mano, para acallar el llanto del nene con la mecida. De mesitas de noche, ni sombra.

Los armarios (escaparates) no eran sino unos cajones grandes, con muchos cajoncitos y entrepaños, sin pulimiento no adorno alguno, pintados a brocha gorda, imitando diomato, granadillo, algarrobo, etc. Muy firmes y fuertes, eso sí, y por consiguiente muy seguros.

Las gentes todas del pueblo vestían con manta y liencillo los hombres, y las mujeres con, enagua de fula y camisa con muchas arandelas y bordados. El calzado era desconocidos en esta clase.

Los acomodados o penitentes de entre el pueblo vestían mejor: calzón de drill, y algunos de paño, y camisas bien finas con muchos pliegues y hasta bordadas, y mucho azul de Prusia y ruanas de regular apariencia. Muchos estaban siempre en pechos de camisa sin el uso de la ruana, a menos que fuesen a caballo. Sombrero de iraca más ó menos fino, y raras veces alpargatas.

El común usaba sombrero de caña o paja que llamaban de Cuba, y casi todos los trabajadores lo llevaban de los nombrados “tacamochos”, fabricados de una fibra vegetal particular, y eran sumamente pesados.

Las mujeres llevaban gargantillas de vidrio, azabache u otra materia, de pepas grandes, y zarcillos largos hasta el hombro; las acomodadas llevaban estos arreos de plata u oro, uso que era igual para todas las clases. Muchas sortijas en los dedos de las manos, cambiando de materia más o menos rica según las circunstancias de las que la usaban.

Otro admitículo general era el *chumbe*, especie de faja construída de lana o algodón de colores vistosos que servía para amarrar la funda y evitar que se cayera.

El vestido de las señoras se componía para la vida común, de *camisones* de zaraza, corpiño y funda de una sola pieza que se ajustaba atrás con hiladillos de la misma zaraza; pañuelo de algodón o seda, en forma de pañoleta, al pecho, y el peinado regularmente de trenzas que caían sobre la espalda. Calzado, zapato de cordobán materialmente fabricado por los insignes maestros *Pajarito*, *Culeco* (no supimos nunca sus nombres) y *Caleño*, que dio nombre a la barranca (Calle de San Félix), como fundador.

En la vida oficial usaban un traje, remedo del que llevaban las *cursí* del siglo pasado. Lo pintaré:

Zapato de raso blanco o de otro color, según el caso, con moñitos al frente, de cintas de seda del mismo color: media calada de seda; traje de seda y todo muy estrecho que hacía ver completamente las formas, con el talle una cuarta arriba de la cintura y el escote tocando a ésta: las mangas pequeñas,

ceñidas al molledo, y dejando al descubierto todo el brazo. Los collares o gargantillas y los zarcillos gordis y largos como los he indicado, pero de metal fino y piedras preciosas.

El peinado era una obra maestra de confusión: por delante algo como a la *María Estuardo*, un poco como a la *Capoul*, y con dos rosquillos de cadejos delgado, uno a cada sien, sostenidos con goma. Encima una gran rosca, formada de una trenza de todo el cabello, y encajada en ésta una Torre de Eiffel, que tal figuraba el *peinetón*, rey de la moda. Estas descomunales peinetas eran de caguamo y carey, y las ricas las tenían con biseles de oro y cuajadas de piedras finas.

Al que crea que exagero lo remito a los retratos de la época, pintados por Muxy, pintor italiano, y D. Fermín Isaza, antioqueño. De estos retratos se conservan varios en algunas casas de la ciudad, entre otros el de la hermosa Sra. Trinidad Callejas de S., esposa de D. Juan P. Sañudo.

Lo más curioso del traje de las señoras era el acostumbrado para la iglesia. Era el tal vestidos negro, de tela más o menos fina y siempre angosto, mantilla de paño no larga, sombrero de copa o *pelo*, con el remate en forma de cúpula y el ala ancha y tendida. No siempre llevaba ala el sombrero, pues algunas veces se ponían el *peinetón* y entonces presentaban mejor y más pintoresco aspecto. Subían la mantilla hasta encajarla en el *peinetón* y formaban una cosa parecida a un escapulario colgado de una estaca, tan corta era la mantilla.

Los sombreros de *pelo* los fabricaba aquí, lo mismo que los de hombres, Da. Rita Uribe de Arango, con una tela denominaban *felpa*, y cartón, y a la verdad que era diestra en la confección de ellos.

Todavía ví el 58 sombreros de señora como los pintados. La abuela de mi esposa, Da. María Josefa del Villar, pasaba siempre a oír su misa con uno de ellos.

VIII

El vestido de los caballeros también tenía su lado bueno.

Veámoslo:

En los días comunes no se usaba más que el dril o el mahón y se componía el equipo de pantalón, chaleco y chaqueta: zapatos de cordobán, y un pañuelo rabo de gallo o de seda como corbata, cogido con un anillo, que se ajustaba a la garganta o un corbatín de cerda.

El pantalón estaba constituido así: estrecho, con una abertura regular en el descanso del pie y de *tapabalazo* o *tapabalazo* entero que no era otra cosa el primero que una pieza que suplía las aletillas de hoy,

y se abotonaba en la pretina con tres botones; el *tababalazo entero* no era otra cosa que una pieza que ocupaba todo el frente de la barriga, y se abotonaba en el remate alto de los bolsillos. Esta prenda cuando se soltaba hacía el efecto del telón al levantarse sobre la escena, con la diferencia de que el uno subía y el otro bajaba. Tenía un pequeño bolsillo en la pretina que se llamaba relojera por cuanto allí se ponía el reloj, pendiente de una larga cadena y con muchos sellos y dijes colgando fuera del borde del chaleco.

Este siempre muy abieto y con sólo dos o tres botones, con el objeto de dejar ver la camisa que se llevaba bordada y con dos y hasta tres arandelas de encaje. La chaqueta de corte recto sin entalle y recargada de bolsillos; sombrero de paja de Antioquia.

Para los días festivos o las tardes en que se paseaba, se cambiaba la chaqueta por la casaca cola de pajarito, con botones dorados y un cuello que subía hasta la mitad de la cabeza, que se cubría con sombrero de *pelo*, de un dedo de ala y casi en forma de un embudo boca abajo.

Los zapatos tenían orejas encima del empeine del pie y se amarraban con hiladillos. Pero los de gran parada llevaban moños de cinta y los ricos ponían hebillas de plata, oro y aun de diamantes.

Todos los señores usaban la casaca; la levita era desconocida, y sólo hacemos memoria de haberla visto a D. Juan Uribe, que nunca usaba otro abrigo.

Por las noches las cachuchas de piel y las grandes capas de paño para los pudientes, y los que no lo eran tanto, usaban su sombrero común o la gorra de paño con capote de calamaco a cuadros, forrado en bayeta, con un broche de cobre estampado en el cuello.

No sabemos si durante la dominación española, o en los primeros años de la República, se conocía el sombrero de copa o *pelo*; nuestras noticias sobre este adorno no alcanzaba sino por allá a los años del 25 ó 26 en que D. Manuel Ma. Bonis y D. Pablo Esquembrí Pizano, introdujeron de Jamaica unos pocos. Más tarde Da. Rita Uribe de A. aprendió a construirlos y alcanzó a cubrir el consumo de hombres y mujeres. Por los años del 37 ó 38 el comerciante inglés Nelsón Bonitto introdujo bastantes.

Las comidas eran sencillas y el vino, en la mayor parte de las casas, era conocido por la historia. La bebida común en las mesas eran la chicha antioqueña y el guarapo.

Se usaron también más adelante unos calzados que se llamaban *boticones* y *guacintones*. Era el primero una especie de botín sin resortes que se aseguraban al pie con cintas que pasaban por los hojaletes de dos grandes orejas que se unían al frente; y los *guacintones* unos zapatos altos, con tacón, que se amarraban por el mismo sistema de los *boticones*.

Los sastres que confeccionaban todos los vestidos eran el maestro Juancho Rojas para la *creme*, y los mestros Dávila (a. Curita), Gómez (a. Carpintero), y Domingo Rico para el común de los fieles. Como entonces no se conocía la medida del metro usado hoy, empleaban para ello hiladillas y alguno hasta tiras de guasca en que venía envuelto el tabaco en adulos. Tomada la medida picaban con la tijera el hiladillo o guasca en el punto que alcanzaba, y esto era todo.

IX

Una diversión bien en boga, del 37 para adelante, entre la gente de garnacha, eran los paseos a caballo, en las tardes de verano, por las calles de la ciudad, y D. Gabriel Echeverri influyó para que esta distracción se hiciera extensiva a las señoritas. Consiguió su objeto y después se volvió muy común ver grupos de señoritas de paseo, grupos que muchas veces se reunían formando una cabalgata digna de contemplarse, ya por la galanura, donaire y destreza de las amazonas, cuanto por la hermosura y buen paso de los caballos.

El año de 39 tuvo lugar en la casa de D. Gabriel Echeverri un famoso baile de disfraces, baile que dio que hablar por mucho tiempo, merced el gran lujo desplegado en él, por la buena música y más que todo por la cordialidad y cortesía que el Sr. Echeverri, su esposa e hijos hicieron los honores de su casa.

Entre los disfraces de las señoras y señoritas, se veían Cleopatra, María Estuardo, Ester, Raquel etc., y los caballeros lucían el traje del antiguo español, del tiempo de Luis XIV, Luis XV, el Húngaro, el Veneciano de otros tiempos etc.

Don Pepe Carrasquilla, que en todo se singularizaba, se presentó en medio de tanta seda y terciopelo con vestido de boga del Magdalena, compuesto de pantalón de manta, camisa de lienzo con golpes de listados y por fuera del pantalón; alpargatas y sombrero de caña en forma de cono, cargando al hombro un gran canaleta.

Para que se vea hasta donde llegaba el modo de ser original de D. Pepe, referimos lo que en esos mismos años pasó con él.

Se ocupaba en comercio D. Pepe, y habiendo quebrado, entregó a sus acreedores lo que le restaba, quedando reducido a la más grande miseria. Para mayor abundamiento enfermó gravemente.

Sabido por D. Juan Uribe el estado afflictivo del Sr. Carrasquilla, llamó a nuestro padre para que lo acompañarse a hacer una colecta con el fin de socorrer aquel infortunio. Efectivamente se verificó la operación que obtuvo magnífico resultado.

Entonces se dirigieron los comisionados a casa de D. Pepe, que los recibió todavía en cama. El Sr. Uribe tomó la palabra y manifestó al paciente que en esa mochila con onzas y pesos que le presentaban, se hallaba lo que entre los vecinos habían colectado, y al mismo tiempo le entregaban un papel que contenía la lista de los que se habían suscrito, a fin de que supiera quiénes eran sus favorecedores. D. Pepe, se incorporó en la cama, desdobló el papel, y viendo que figuraba el primero en la lista el Sr. Uribe por trescientos pesos, exclamó en tono de reconvención:

“Sr. D. Juan, ¿por qué limitó Ud. tanto su generosidad?
¿Y a esto qué se dice? Nada.

X

La Semana Santa se celebraba con la misma solemnidad que al presente: los *pasos* eran los mismos andaban por la misma carrera, sólo que iban en hombros de unos encapuchados de negro que llamaban penitentes. Pero sí había una notabilísima diferencia en lo que respecta a la concurrencia, pues en aquel *tiempo viejo* todo el señorío de la ciudad concurría a las procesiones del miércoles en adelante.

La procesión del Sepulcro, el viernes, era un primor. Salía de la iglesia entre dos luces; todos los caballeros, o para hablar más acertadamente, todos los que usaban chaquetas, acompañaban en dos filas el Sepulcro, llevando cada uno una vela encendida, y lo mismo hacían todas las mujeres, detrás de la Virgen de la Soledad. La vista de esta procesión de alguna distancia constituída un mágico espectáculo. El orden era admirable, y no ha llegado a nuestros oídos que hubiera tenido lugar alguna pelotera de esas que hacen avergonzar a los creyentes y bien educados.

En lo que sí no se parecían las funciones de la Santa Semana a las de hoy era en los sermones de rigor en ella. Los sacerdotes eran pocos y a la verdad como predicadores no eran ningunos padres Félix, Cáceres o Muñoz, de modo que en este ramo sí quedaba mucho, muchísimo que desear, y nada que esperar.

Desde el miércoles de ceniza en adelante no se volvía a oír en la ciudad ni una cuerda, ni se bailaba ni cantaba, y no sonaba más música que la que acompañaba los *pasos* en las procesiones en la semana de pasión. En esta última semana nadie se bañaba porque era bañar al *Señor*, ni en general se podía ni montar a caballo, ni cantar ni reír porque era montar al *Señor*, *cantar al Señor*, *reírse del Señor*.

El fervor era grande, las iglesias llenas constantemente. El jueves Santo asistían al servicio divino todas las Corporaciones y empleados públicos con el Gobernador a la cabeza y tenían en la iglesia puesto de honor. Delante del asiento del Gobernador, y al frente para el Presidente del Tribunal de Justicia, colocaban sendas mesas con ricas carpetas, y en ellas ponían estos funcionarios sus bastones y sombreros.

Cuando se verificaba el encierro del Santísimo en el momento, la llave unida a una cadena de oro, era colocada por el oficiante en el pecho del Gobernador, el que la conservaba a la vista hasta el día siguiente a las ocho que las entregaba. Ese Magistrado llevaba siempre en las procesiones el *guión* o el estandarte según el caso, y en su defecto el Presidente del Tribunal o el jefe político del Catón.

Daba, pues, gusto ver este pueblo tan unidos para esta sublime fiesta religiosa a la que todos asistían como católicos convencidos, o al menos, aparentaban serlo.

El Domingo de Pascua ya era otra cosa. No se oía por las calles sino vihuelas a montones, rasgueadas con esa maestría que es tan natural al antioqueño; y los tambores y cornetas y pífanos de la guarnición tocando diana de casa en casa y haciendo tal ruido, que quedaba uno como los pajaritos cuando se les derriba con bodoquera, sólo aturdidos, que hay que ponerlos debajo de una *cullabra* y dar encima golpecitos pausados para volverlos a su estado normal.

Después por la noche, parrandas y bailes y cantos buenos y malos.

Tenían por estos tiempos unos Sres. Tirados del Camellón de la Asomadera, a quienes llamaban los *Conejitos*, una imagen de la Virgen María, en su advocación de la Divina Pastora. Hacían a esta imagen muchas fiestas, las que eran muy concurridas.

Generalmente había mucha devoción a la Pastora, y con frecuencia la pedían ya de una casa, ya de otra para hacerle la novena, y de cada casa salía la Virgen enriquecida con una sortija, una gargantilla o una cadena de oro, o una túnica, o un manto, lo mejor que se podía proporcionar.

Cuando pedían la imagen de alguna casa, la traían en procesión dirigida por D. Joaquín Tirado siempre de noche, con música y cohetes, y en cada esquina rezaban algo, haciendo coro el Sr. Tirado.

Tenían la costumbre, de gran descuido por cierto, de adornar a la Virgen con los regalos que anteriormente le dieran, y así la entregaban en la casa, donde la habían pedido.

Una noche que venía la procesión por la calle de Guanteros (Maturín), en una esquina donde hicieron alto para el rezo, de un pelotón de muchachos salió una piedra que dio a la imagen; y D. Joaquín que iba siempre cerca vio seguramente la mano que arrojó la piedra, porque llegando a la otra esquina hizo este ofrecimiento.

“Una Salve a la Divina Pastora para que ampare a todos los que la acompañan, menos la hijo de Baenas porque es muy malcriado”. El Baenas a que se refería era Basilio, hijo del maestro Gregorio.

La Santa imagen tuvo su *Panamá*: una vez que la llevaron a cierta casa, con todas sus alhajas como de costumbre, la desvalijaron, y volvió a su hogar limpia doblemente. Así contaban el caso que tuvo lugar en el 41 ó 42; y algo porque tal imagen no se volvió a ver en la calle.

Una costumbre bien singular y que permaneció hasta el año de 1850, era la de incinerar la existencia del tabaco.

El tabaco estaba estancado y constituía una de las mejores rentas del Gobierno. Aquí se remitía de las factorías de Ambalema todo el que se calculaba bastante para el consumo, y por disposición de la ley se le pagaba fuego a la existencia en la plaza pública. No alcanzaba a comprender la bondad de esta medida ni cual sería la mente del legislador. Y con tanto rigor se ejecutaba esto, que muchos infelices suplicaban al Administrador, Sr. Mariano Restrepo Sarasti, le diese algo de aquel tabaco, y él se denegaba a darlo porque faltaba a su deber. la última pira que ví fue a principios del año 40, y en verdad que hacía fuerte impresión ver arder tanto y tanto tabaco, mucho de muy buena calidad.

Muy en uso en aquel tiempo una diversión un poquito bárbara, pero al mismo tiempo muy sabrosa, y consistía en formar bandas y apedrearnos.

Ibamos por las tardes al río, y en la manga de D. Salustiano Upegui dimos principio por tirarnos con trozos de boñiga; luego subimos a botones de guayaba; y últimamente como buenos antioqueños que todo lo llevan al extremo, dimos por pelearnos a pedradas. Eramos pocos los del comienzo y todos parientes o amigos íntimos. Unos nos situábamos en la parte alta de la *manga*, y otros en el bajo a orillas del río, dándonos éstos cargas furibundas para tomarnos la posición, siendo bien frecuentes los desperfectos en nuestras personas.

Cundió la noticia de nuestras guerras, y los domingos, todos los muchachos de los barrios altos pasaban al río a tomar parte en la tremolina. Entonces nos unimos los sambeniteños, tomamos las posiciones mejores, y aunque no pasábamos de veinte hicimos frente a toda esa chusma. Desde la víspera hacíamos acopio de piedras para nuestras hondas y reñíamos unas batallas en que había cabezas y costillas rotas y gran maltrato en los cuerpos.

Entre otros accidentes tengo muy presente el sufrido por Cornelio Arango, el que recibió un tremendo golpe en la frente, y estando de espalda al río en un punto que llamábamos el *charco* de Sambenito, cayó al agua de donde sus compañeros lo sacaron casi ahogado.

Llegó el ruido de estos combates a oídos de la autoridad, la que envió unos cuatro o seis comisarios para poner orden. ¿Pero qué son unos pocos hombres contra una nube de muchachos? Nada. Nos unimos los contenedores contra el enemigo común, y a pedradas llevamos a esos comisarios hasta bien entrada la calle, y luego continuó la diversión.

Como era natural, la autoridad no quiso dejarse burlar y mandó contra nosotros una escuadra de soldados de la guarnición, con orden de hacernos fuego si no desistíamos de la empresa.

Tratamos de resistir como habíamos hecho con los comisarios más al ver cargar los fusiles se nos cayeron las alas del corazón, y, pies para que os quiero, nos dispersamos y nunca más volvimos al apedreo.

En aquellos *tiempos viejos* tenía lugar un hecho bien singular, que ojalá se hubiera perpetrado, y consistía en presentarse entre los amigos y conocidos dinero; pero no así como quiera sino hasta sumas fuertes por uno, dos ó tres meses sin interés alguno, y sin interés alguno, y sin más garantía que la palabra del que recibía. Esto lo vimos verificar muchas veces entre diversas personas.

¿No habla muy alto el hecho apuntado, en favor de la cordialidad de las relaciones y de la delicadeza y hombría de bien de las gentes que entonces poblaban a la no civilizada Medellín?

Vivía en estos tiempos en Medellín un Sr. Luis Arango, a quien nadie llamaba o conocía por su nombre y todos lo distinguían por el apodo de *Paticas*.

Este tal Sr. tenía o ejercía un oficio bien curioso y singular. Se dedicaba a la caza de esclavos huídos de sus casas; y a la verdad que era un sabueso de fino olfato y de astucia sin ejemplo. El hombre, bajo de cuerpo, ancho de espaldas y de una fuerza muscular nada común, tenía todas las condiciones necesarias para tan feo y despreciable oficio.

Apenas se huía un esclavo se llamaba a *Paticas*, se le daba la filiación del huído, y el cazador se ponía en campaña. Raramente se escapaba aquel a quien él perseguía.

Feroz en alto grado era el modo que *Paticas* usaba para la conducción del prófugo a su domicilio. Cogido por sí solo o con auxilio de la autoridad, el esclavo, le amarraba sólidamente las manos a la espalda, le colocaba un lazo al percuezo, sujetaba este lazo a una argolla de la silla, y andando.

Mientras andaban por el camino quebrado, tal cual; pero cuando llegaban al llano y a *Paticas* se le antojaba correr un poco, adiós del infeliz, por cuanto ya exhausto de aliento quería parar o ir despacio, el lazo del pescuezo que era corrediso, lo estrangulaba bonitamente, y caía sin duda al suelo. Entonces *Paticas* se detenía, sintiendo la resistencia de aquel cuerpo; bajaba aflojaba la cuerda y cuando el otro respiraba ya, volvía a su andar y así hasta que entregaba a su dueño aquel pobre y desgraciado negro.

XI

INSTRUCCION

El Dr. Mariano Ospina Rodríguez ocupaba el Rectorado del Colegio Académico, estableciendo de educación secundaria y profesional. Allí se hacían todos los estudios para poder obtener el grado de Doctor, pero había que pasar a Bogotá donde radicaba la Universidad para alcanzar el diploma. Acompañaban al Dr. Ospina en sus tareas D. José Ignacio Escobar, profundo latinista encargado de la cátedra de latín y gramática castellana; Antonio Ma. Jiménez (a. Ñito), y un Sr. Brugnelli, italiano, en la química. El Dr. Ospina daba varias clases.

De este plantel salieron aprovechados jóvenes, y dan fe de ello Pascual González, Manuel María Escobar, José Ma. Facio Lince, Nicolás Florencio Villa, Francisco Eladio Restrepo, Benito A. Balcázar y otros varios que han honrado a Antioquia.

Se decía que la disciplina interior del Colegio no dejaba que desear, y que el Dr. Ospina, aunque severo, se hizo querer de todos sus subordinados.

La enseñanza superior se hacía por los textos de Bentham y Tracy: y esto dio lugar a un incidente imprevisto. Lo presenciamos como muchachos curiosos: no hacíamos parte del Colegio, éramos aún *escueleros*.

Se examinaba un día a la clase de jurisprudencia, acto que tenía lugar en la nave principal de la iglesia de San Francisco. Presidía el Dr. Francisco A. Obregón, Gobernador de la Provincia.

En cierto momento llegó a la puerta el Dr. José Ma. Botero C., Sacerdote ilustrado, y viendo de que se trataba, entró y tomó asiento en los bancos de los examinadores. Uno de estos preguntó a Francisco Jaramillo (después Conde), algo sobre el programa, y principiando Jaramillo a contestar de acuerdo con lo que se le enseñaba, lo interrumpió el Dr. Botero y dio principio a impugnar la doctrina de Bentham, de la que era enemigo irreconciliable, pero en tono tan acre que no había más que pedir. El Rector Dr. Ospina tomó la palabra, y con la moderación que lo distinguía manifestó al Dr. Botero que no tenía derecho alguno para ingerirse en ese acto y que le suplicaba oyese con compostura.

El Dr. Botero más y más enardecido volvió a la réplica, y al fin tuvo el Gobernador que valerse de su autoridad para ponerlo en su puesto. El Dr. Botero se retiró reventando cinchas.

Un episodio que causó escándalo se verificó en el Colegio.

Los estudiantes Clodomiro Ramírez, Clodomiro Gómez y José Froilán Gómez, capitaneados por Fidel Lalinde L., entraron un día a la Sacristía de San Francisco, por la parte de atrás. Una vez allí comenzaron por beber todo el vino que hallaron, y luego, no se si forzando las cómodas o de otro modo, tomaron las vestiduras propias para las funciones del culto, se las pusieron y entonaron cánticos imitando el porte de los sacerdotes.

Este desafuero contra las cosas sagradas llegó pronto a conocimiento del Rector; y como el Dr. Ospina a pesar de su amabilidad era muy severo cuando se trataba de cosas de consecuencia y ésta lo era en sumo grado, aplicó a los delinquentes el más grande castigo que estaba en su mano. Los expulzó del establecimiento públicamente.

Más tarde por empeños de personas influyentes, y previa confesión de su falta, volvió a admitir a aquellos traviesos muchachos menos a Lalinde, porque éste marchó a unos minerales de Anorí, donde murió según creo.

Otro episodio que algo se toca con el Colegio, es el que sigue:

El Sr. Brugnelli y Esmaragdo Posada, estudiante, estaban de quiebra, unos decían que la causa de esa mala inteligencia era que Brugnelli en unos exámenes había hechado bolas negras a Posada, otros que el asunto era más grave. Sea la causa la que fuere, la verdad del caso es que un día que iba Posada a caballo se encontró con Brugnelli y le dió unos cuantos foatazos en público. No ha llegado a mí noticia si ese atropello tuvo alguna consecuencia.

Otro episodio curioso tuvo lugar.

Los estudiantes de la clase de latín tenían una terrible inquina al catedrático Sr. José Ignacio Escobar, a causa de la severidad de éste. Se propusieron unos cuantos hacerle una burla que pudo tener fatales consecuencias.

El Sr. Escobar dictaba sus lecciones desde una cátedra de una y media vara de alto, y cerrada como un púlpito, de manera que entrando en ella el Preceptor, y cerrada la puertecilla no veía sino lo que pasaba a distancia. La escala para subir era movable.

Convinieron los del motín en quitar la escala en un momento dado, que el mismo Catedrático debía indicar por una costumbre que tenía, y era ésta. Siempre que el Sr. Escobar preguntaba a algún estudiante la conferencia, y mientras éste contestaba, paseaba su mirada por la sala y si veía a alguien distraído preguntaba: "Sr. Fulano ¿en dónde estamos?" Y si el interrogado no indicaba claro lo que constituía la pregunta y la respuesta, era castigado rudamente.

Convinieron, pues, los amotinados en que cuando el Sr. Escobar subiera a la cátedra y cerrara la puerta, dos de ellos quitarían la escala y sin ruido la colocarían lejos de su puesto, y que el estudiante Jenaro de Villa se haría el distraído.

Llegó el momento oportuno: el Sr. Escobar subió y cerró: mientras se acomodaba bien, Vicente Arango Madrid y Juan Gómez se apoderaron de la escala, y con mucho cuidado la pusieron en el lugar convenido, luego ganaron sus asientos callandito y aguardaron.

El Sr. Escobar se dirigió a uno y le preguntará algo, y mientras éste contestaba, echó como de costumbre su vista en derredor, y como viese a de Villa ocupado en cortar en banco con un cortaplumas, lanzó su consabida exclamación:

“Sr. de Villa ¿en dónde estamos?”

Jenaro levantó la cabeza y con mucho desparpajo le mandó a la faz esta respuesta:

“Usted está en la Cátedra y yo en el banco”.

Al oír esta descortesía el maestro que era irascible, montó en cólera, tomó la temible pretina, abrió la puerta, y fue a poner el pie en el escalón, y como halló le vacío ¡pataplún! se fue de bruces y quedó extendido en el pavimento entre las risas y contento de los malignos.

Grande fue el porrazo, pero afortunadamente no hubo hueso roto. Lo recogieron y trasladaron a su casa que se hallaba próxima; y no pasó a más la cosa porque, aunados como estaban los estudiantes, no se pudo descubrir a los autores del delito para el condigno castigo.

XII

La Escuela de primeras letras estaba regentada por el Sr. Manuel A. Balcázar, el que estableció el sistema de Lancaster, dando a la escuela una perfecta organización. El Sr. Balcázar era instruido y muy cuidadoso de la buena conducta de sus discípulos, a los que hizo adelantar mucho en sus estudios por su manera acertada de enseñar.

Se decía —yo no estuve en esa Escuela —que era demasiado fuerte y rígido, y decidido partidario de la máxima *la letra con sangre entra*, de manera que la pretina y la palmeta bailaban en esta Escuela, y se paseaban como Pedro por su causa.

Más tarde, retirado el Sr. Balcázar, se hizo cargo de la Escuela el Sr. José Ma. Facio Lince, que tampoco era cordero.

Reemplazó al Sr. Lince el Dr. Juan N. Jiménez, al que los grandes apellidaban el Dr. *Chirimoyo*, sin alcanzárseme el motivo de llamarlo así: el Sr. Jiménez era de suave carácter y falto de energía por lo que la escuela era comúnmente una Plaza de Toros.

Recuerdo un día de una gran pelotera que varios de los grandes se abalanzaron al maestro, lo cogieron de las patillas, lo derribaron, y luego huyeron en desbandada. No tengo noticia de que ese desmán tan notable fuera castigado.

Las Sras. Tomasa, Concepción, Dolores y Petrona Caballero, tenían una escuela mixta tan concurrida que no se equivocó al decir que todo el Medellín de ese tiempo viejo pasó por allí. La primera Escuela que frecuentamos fue esa, y aunque muy chicos aprendimos muy regularmente a leer y escribir; tan bueno era el método puesto en práctica por tan excelente maestra. La Sra. Da. Francisca Pardo, madre de esas señoras, no enseñaba; era una especie de inspectora o vigilante, y no se le puede negar que repartía pretina a maravilla.

Además de la pretina, tirada de orejas y uno que otro pellizco, se practicaba un castigo singular. La Escuela estaba dividida en dos secciones, los hombres en una sala y las mujeres en otra.

Cuando algún muchacho cometía falta que las maestras calificaban de grave, ponían al culpable un gorro alto de papel con muchas plumas de gallina, y lo pasaban a la sala de las mujeres donde lo hacían arrodillar sobre una mesa por más o menos tiempo. A las mujeres les pasaba lo mismo en la sala de los hombres.

Era esto un remedo de la infame picota usada para las gentes de muy mala estofa.

Otra Escuela, también mixta, tenía la Sra. Da. Rosalía Gómez en unas piezas de la casa de su padre el Dr. Joaquín Gómez Londoño, casa que estaba situada en el punto preciso en que se halla la que hoy ocupa D. Miguel Vásquez B.

No puedo decir hasta dónde alcanzaría lo que allí se ensañaba, y sólo se de esta escuela que en ella reinaba en absoluto el sistema del Sr. Balcázar; pero aumentando y corregido porque allí sí salía la sangre para que entrara la letra.

La Sra. Gómez no castigaba con pretina común, o con palmeta; lo hacía con una vara de rosa con todas sus espinas, y tanto desgarraba cutis como ropa, siendo así mucho más provechosa la máxima, puesto que además de sangre salían tiras de trapo.

Por allá en el 37 fundó D. Manuel Mejía Cano una escuela privada a la que fuimos todos los de familias pudientes solamente, pues el precio de enseñanza, cuatro pesos, era subidito. El Sr. Mejía era buen maestro: tenía instrucción y buen método, y a pesar de ser todos los que allí estudiábamos bastante perdularios, sacamos algunos conocimientos.

Era el Sr. Mejía muy dado al rigor; así era que la disciplina no estaba quieta un momento. También usaba con frecuencia el castigo de los largos arrestos, pero de éstos casi siempre nos librábamos porque en la misma casa —habitación de la familia del Sr. Mejía —estaba nuestro ángel bueno representado por la virtuosa y simpática esposa del maestro, Sra. Da. Manuela Santamaría, hermana del nunca bien sentido filántropo D. Marco Antonio. Esa señora, apenas su esposo volteaba la espalda, nos abría la puerta y nos daba alguna golosina para afirmar más el recuerdo de su bondad.

Nosotros, por nuestra parte, y juzgando que otro tanto habrán hecho nuestros condiscípulos, no hemos cesado de rogar a Dios premie las virtudes de tan excelente matrona.

En esta escuela se estableció una perniciosísima costumbre. Los grandes, entre los que se contaban Nemesio Gaviria, Emiliano Ortega y Mariano Angel, se pusieron de acuerdo para hacernos reñir a los otros, a pura trompada. Escogían la pareja e iban de uno al otro con chismes, de que Fulano dice tal cosa de tí, al uno y al otro el mismo cuento, y como los muchachos son quisquillosos, siempre había para la salida de la Escuela una o más riñas casadas, las que peleábamos en un solar de D. Pepe Campuzano, solar que hoy ocupan la Cárcel y el Tribunal de Justicia.

Esos diablos nos hicieron trompear a nosotros con nuestros dos mejores amigos Camilo A. Echeverri y Federico de Crosk, hijo éste último, del Capitán de caballería del mismo nombre, jefe de la guarnición de la ciudad.

Por no se que motivo el Mestro Mejía dejó la Escuela, y poquito después, casi todos los que estábamos allí, pasamos a otra bajo la dirección del Sr. Pedro P. Restrepo Escobar, hombre de buena instrucción, y sobre todo de un carácter admirable. El Sr. Restrepo era el reverso de la medalla del Sr. Mejía; en su Escuela no se oyó nunca un quejido por castigo que él diera; todas sus represiones se reducían a consejos y advertencias cariñosas; y debido a eso, sin duda, fueron tan sorprendentes los adelantos.

Lo poco que nosotros hemos sabido en alguna materia, no tenemos embarazo en confesarlo, y lo hacemos con gratitud, se lo debemos a él.

De esa Escuela salimos todos para el Colegio Académico, y previo examen se nos dio entrada al curso de Filosofía, empezando por la clase de Matemáticas. Más adelante hablaremos de este Colegio.

Conocimos una escolita que tenía un Sr. Acebedo, que vivía al lado de atrás de la Iglesia Mayor, escolita que contaba con unos doce o diez y seis alumnos pertenecientes a la clase más pobre de la sociedad. Por lo que se veía, el Sr. Acebedo como que no era ningún Lancáster ni Pestalozzi ni cosa por el estilo, más bien sería igual a una maestra ya vieja que dirigía una Escuela en Titiribí y que leía y enseñaba a leer de una manera admirable. Véase una muestra.

Enseñaba en un catecismo, donde se encontraba un esbozo sobre la vida de San Francisco, en el que después de hablar de la humildad y modestia con que vestía el Santo, se hallaba esta párrafo:

“Mi padre San Francisco comía como vestía y dormía sobre una vieja estera. Esta era la vida del Santo”.

Y la vieja maestra leía enseñando a sus discípulos:

“Mi padre San Francisco comía como bestia y dormía sobre una vieja estera la vida del santo.

No se que en la ciudad hubiera más Escuelas, pues no conocí otras.

XIII

El Colegio Acedémico de nuestro tiempo tenía por Rector al virtuoso sacerdote Dr. Estanislao Gómez. Profesor de latín, al inamovible D. José Ignacio Escobar; y de matemáticas al talentoso Dr. José Ma. Facio Lince, que todos llamaban Pepe.

El Dr. Gómez tenía un carácter demasiado blando, incapaz de reprimir los desmanes de una recua de pillos como éramos nosotros. En las barbas de él, en vez de coger el libro, hacíamos bailar los trompos y jugábamos a los *amolados*, y él cuando más decía: “Estudien, no pierdan el tiempo”.

En nuestra clase de matemáticas ya era otra cosa. El Dr. Lince no era hombre que se dejaba burlar: severísimo hasta el extremo, no perdonaba falta alguna, y aunque no usaba el rejo, nos daba unos encierros a causar miedo.

Cuando él decía “al calabozo por tantas horas”, no valían súplicas ni empeños. Lo mandado mandado, “cartuchera al cañón”. Lo peor de estos encierros, que se verificaban en un cuarto obscurísimo donde no entraba más aire que el que lleváramos en los pulmones, era la circunstancia de que no ordenaba el encierro sino en las clases de la tarde, aunque la falta se cometiera por la mañana, y de que el encargado de darnos suelta era el Portero, mozo que muchas veces después de recogido el Dr. Gómez, tomaba el portante y ojos que te vuelvan a ver.

Resultaba, pues, con frecuencia que pasaban las nueve, las diez y hasta las once de la noche, y nuestros padres tenían que correr la cerca y la meca para desenterrar al dichoso Portero, que bien entretenido por ahí, maldito si se acordaba de los pobres prisioneros, como de su primera camisa si acaso la tuvo.

Salimos de clase por la mañana, corríamos desalados al río a bañarnos y jugar de mil maneras; pero siempre inocentemente, pues la malicia nos era enteramente desconocida; o nos entreteníamos en los mismos claustros echando los trompos *perdidos*, o jugando *calles*. ¡Trompos queridos que nos torneaban de puro guayabo los insignes torneros Bernabé o Luis Mesa, y que herrados con clavos cuadrados botaban las *ñocas*, como salta un buen caballo llevado por un jinete de nota!

O íbamos a encumbrar la cometa, o el barrilete de rumbadores que venían de la fábrica de los excelentes artistas en el ramo José Manuel Escobar (Pico) o Manuel Angulo. Cometas que llevaban en sus rabos *medias lunas* o *cuchillos* perfectamente afiladas para con ellas cortar la cuerda de las cometas de los otros muchachos.

O jugábanos a los *amolados* que confeccionábamos nosotros mismos de corozos grandes, y que nos hacían dar saltos de alegría, cuando lográbamos darle a la *mocha* y sobre todo cuando hacíamos unos *ochos* que se tenían como el máximun de la destreza.

O nos ejercitábamos en la pirinola, juego que tanta destreza necesita, si se atiende a que las que nosotros usábamos entonces eran pequeñas.

Los muchachos de hoy no saben lo que es bueno. Si en vez de embotinarse anduvieran como andábamos nosotros, descalzos, con calzón y chaqueta de diagonal, diablo fuerte o mahón, jugando aquellos juegos tan sabrosos, y bañándonos en el río o quebrada, tirando bodoquera u honda de cabuya, y no pensando jamás en esquinas ni ventanas, vivirían una vida propia y gozarían de excelente salud, y su parte moral ganaría inmensamente.

En una de esas escapadas al río, fuimos unos cuantos a dar el magnífico charco que quedaba donde está hoy el puente de Colombia, hacia la banda izquierda. Nos desvestimos, uno dejando la ropa contra la cerca de la finca que entonces pertenecía a D. Carlos Gaviria, y otros, en la misma orilla del agua.

Estábamos nadando y chapuzando cuando acertó a llegar al paso que quedaba abajo del charco un Sr. Morales, con su hijo, mocetón robusto y fuerte que llevaba enroscada al brazo una sogá. A este Sr. Morales, que era un tantico aficionado al *agua de linaza*, le hacía poca gracia que le dijiesen borracho.

Pues aquí que no peco. Apenas divisamos a ese señor que iba a entrar al agua, un estentóreo grito de “Morales borracho” cortó el aire, y tan pronto como llegara a oídos del hombre, volteó su caballo y corrió hacia el *charco* donde nosotros nadábamos, charco que profundizaba bastante; y sin encomendarme ni a Dios ni al diablo hizo saltar el caballo al río y cayó con todo y corozos zambullidos. En el chapuzón perdió la silla y estaba tragando agua que era un contento, cuando el hijo saltó al río y pudo sacarlo a flote.

Luego que ese mozo escurrió bien a su padre pensó en la venganza y echanco un vistazo al río se dirigió con su sogá en la mano en seguimiento de dos que iban aguas abajo y que se llamaban Jenaro Rojas y Emiliano Ortega, y aquí caigo, aquí levanto los atrapó, y con la sogá dió a cada uno dos tremendos lapos, que siendo a cuero limpio y mojado les levantó unos verdugones que ya, todo esto, el viejo Morales se entretenía en echar al agua la ropa de los desvestidos en la orilla. Satisfecha la venganza, esos señores continuaron su camino sin hacer caso ya de los silbos y gritos nuestros.

Reunidos de nuevo nos dimos a la pesca de las prendas de ropa: algunas se ahogaron y, por consiguiente, a uno le faltaba la camisa, a otro la chaqueta, a éste el sombrero, y hasta hubo quien se quedó sin calzón.

Luego que nos vestimos volvimos a la ciudad llevando en el medio del grupo de los descarriados los que íbamos dejando en sus respectivas casas.

Otro incidente un poco más grave tuvo lugar en el Colegio.

La Iglesia no estaba de servicio para el culto, y las lechuzas y murciélagos se habían apoderado de sus naves y obraban allí como en país conquistado. El altar tenía una infinidad de nichos superpuestos y en cada nicho una estatua de santo que con el abandono se desmejoraron bastante.

Se le ocurrió un día a Camilo A. Echeverri que debíamos verificar en la iglesia una cacería de los avechuchos domiciliados allí. Le hicimos observar que eso era un escándalo, y que nos exponíamos mucho si los Superiores lo llegaban a saber. A todo esto contestó que el escándalo no podía tener lugar por cuanto la iglesia no estaba consagrada al culto, y que por lo mismo se tenía como igual que entrar a una casa particular, y que en cuanto a que los Superiores lo supieran no había riesgo porque la operación la llevaríamos a cabo en horas en que ellos no estuvieran en el interior, y que bien sabíamos que el Rector salía a las cuatro de la mañana y no volvía hasta un poco entrada ésta. En fin, nos dejamos convencer y entramos a formar el pan de ataque que fue como se mostrará en el desarrollo.

El Dr. Gómez tenía por costumbre madrugar mucho y salir entre cuatro y cuatro y media, y se dirigía a la iglesia de la Cruz a decir su misa; en seguida marchaba a casa de sus padres y allí permanecía hasta las

siete de la mañana en que volvía al Colegio. Ningún catedrático aparecía antes de las ocho, y no quedaba en el edificio sino el Portero que no nos infundía miedo.

Convivimos, pues, en que tal día iríamos a las cuatro de la madrugada, y que dos que tenían escopeta, Camilo y Francisco A. Zea, las llevaran, y que con tiempo iríamos preparando la entrada a la iglesia.

Señalado el día, y quitados unos balaustres de una ventana de la Sacristía, que en aquel tiempo comunicaba con el edificio, nos constituíamos en junta de guerra, y a la hora señalada en la puerta del Colegio aguardando la salida del Dr. Gómez, y con las escopetas escondidas. Salió el Dr. Gómez, nos dió los buenos días y algún elogio por nuestra aplicación y tomó la calle abajo. Corrimos nosotros a la consabida ventana y tomamos posesión del campo que habíamos señalado para la batalla.

Por un ojeo principió la caza; los unos nos dimos al ejercicio de arrojar piedras contra el altar y los encañados de la bóveda, y a poco comenzó el revoloteo de innumerables murciélagos y de algunas lechuzas que arrojaban gritos estridentes. Los escopeteros abrieron un fuego graneado al bulto, pues en la obscuridad en que estábamos nada concreto se percibía. Algunas municiones perdidas se encontraron con muchos de esos pobres bichos, y caían unos muertos y otros apenas heridos, los que con sus aleteos aumentaban la confusión.

Entre tanto, amaneció y vimos en la cornisa del altar una parte del cuerpo de una lechuza o herida o muerta. No fue más que verla Camilo para lanzarse como una flecha, y audándose de la parte saliente de las estatuas de santos, subió a esa altura, se apoderó de la lechuza que estaba muerta y se sentó a respirar en la repisa de la cornisa.

En esto, Cleómenes Uribe, que se había asomado a una de las rejas que dan a la plazuela, dió el grito de alarma, dijo que venía el Rector. Todos corrimos a entrar pronto al claustro, avisando al pasar a Camilo, el que, sin soltar su presa, dió la vuelta de bajada tumbando narices, brazos y cabezas de santos. Escapamos, y con la suerte de que los Superiores no se dieron por entendidos, aunque debieron por algún medio saberlo, pues mucho fue el ruido que armamos.

Más tarde, en visita, el Dr. Gómez Plata ordenó el incendio de todos esos santos inválidos y habilitó la iglesia para el culto.

¡Ah mis tiempos de cuando yo era mozo! Este grito salido del alma no se refiere a que yo crea, ni por pienso, que lo de entonces era mejor de lo de hoy, no por cierto. Se refiere al recuerdo de mis juegos de trompo, cometa, amolados, pirinola y corozos chiquitos (chascaraiz). Se refiere a esa libertad de movimientos debido al vestido de usábamos. Se refiere a esos baños tan deliciosos en que zambullíamos a uno y dábamos

un *caimazo* al otro y en que nos manteníamos como los pájaros con sabrosas frutas que nos costaban dinero, pues todo el que las tenía las regalaba.

Decididamente la vida de muchacho es la única vida posible; por eso yo, parodiando al inglés aquel a quien Dios concedió tres dones y pidió el “1º. Que el Témesis se vuelva ron”; “2º. Que el Océano se vuelva ron”; y “3º. Un poquito más de ron”. Yo, agraciado por los tres dones, pediría “1º. Volver a ver muchacho; 2º. Ser muchacho; y 3º. Ser siempre muchacho.

ACONTECIMIENTOS NOTABLES

(ALGO DE HISTORIA)

XIV

Al tratar los asuntos de que habla el epígrafe, es de nuestro deber hacer una advertencia para que los que ponene pero a todo, no se devanen los sesos, y también para descargo de nuestra conciencia de cronista.

Algunos acontecimientos que narraremos no tienen fecha precisa indicada, pero sí aseguramos que pasaron en el tiempo comprendido del 30 al 44. Los que sean hirtóricos sí llevan, si no el día y mes, al menos el año en que se efectuaron.

Hecha esta salvedad, principiaremos.

En el año de 1830, muy al principio, se encontraba en esta ciuda varios Cuerpos de fuerzas nacionales, como eran la Columna de Occidente, que mandaba el General Daniel J. O´Leary, vencedor en el año anterior, en el campo del Santuario, del General José Ma. Córdoba, y el Batallón Callao, que estaba a las órdenes del Coronel Florencio Jiménez.

El General O´Leary impuso una contribución de guerra que debían pagar los principales vecinos de Medellín, que habían simpatizado con la revolución encabezada por el malogrado General Córdoba, y como quiera que estoa se denegaran a pagar, los hizo reducir a prisión en número de treinta y uno.

Cuando se hallaban presos esos caballeros, que entre otros recuerdos a los Sres. Juan Santamaría, José Ma. Arango Trujillo, José Ma. Bernal, Felipe Mejía, José Ma. Lalinde, Manuel Tirado Villa, José Antonio Gaviria, Francisco Piedrahíta y Manuel Santamaría, una noche los oficiales de Occidente tomaron una soberana *chispa*, y principiaron por gritar mueras a los presos, y últimamente resolvieron para al Colegio donde estaba

acuartelada la Columna, sacarla y marchar a la prisión, tomar y fusilar a los presos, a los que trataban de infames reveldes.

Llegado a conocimiento del Coronel Jiménez lo que se proyectaba, corrió al Cuartel del Llano, donde estaba su Batallón, lo armó y escalonó debidamente rodeando la prisión. Mandó en el acto un Oficial a notificar a los sediciosos que no permitiría semejante atropello, y que un paso que diera al centro de la población, lo consideraría como hostilidad y haría romper los fuegos de su Batallón contra ellos.

Esta actitud y la consideración de que tenían que habérselas como el mejor Batallón del Ejército Colombiano, constante de setecientas plazas, calmó el ardor o la *chispa* de los Occidentales y los hizo volver calladitos a sus cuarteles.

El Coronel Jiménez obraba en defensa de la justicia y la humanidad, y también, porque lo unía con casi todos los presos una cordial amistad. Los visitaba con frecuencia y aún jugaba al tresillo con ellos.

El General O'Leary marchó pronto para Bogotá dejando parte de su columna bajo las órdenes del Coronel Jiménez recibió orden de marchar al Cauca, con su Batallón.

Así las cosas, los presos no se consideraron seguros, una vez que les faltaba el apoyo del caballero Jiménez y de que Castelli, hombre de carácter violento, quedaba mandando en jefe. En tal virtud, resolvieron enviar un comisionado a encontrar al Libertador que regresaba del Perú, y la elección recayó en el Sr. Alejo Santamaría, hijo de uno de los prisioneros. Marchó el Sr. Santamaría, y en Ibagué encontró al General Bolívar, quien generosamente dispuso que fueran puestos en libertad inmediatamente aquellos señores.

Pero aquí entraban las dificultades para el comisionado. Sabía él que los presos se les hacía dado cierto plazo para el pago, plazo que se cumplía en los seis o siete días próximos, y si el pago no se hacía, había mucho que temer, dados los antecedentes. Además, la entrada a Antioquia se hacía por Nare, teniendo que bajar el Magdalena en balsa, canoa o champán, y luego subir el Nare hasta remolino, en los mismos vehículos, y desembarcado, tomar la inicua trocha que se llamaba *camino*.

Mucho debió sufrir el Sr. Santamaría al tener presente todo esto, y saber que de su pronta llegada podía depender la vida de su padre, de otros parientes y de sus amigos. Y, sin embargo, todo se anduvo como por milagro.

Según noticias, a las once de la noche despachó el Libertador al Sr. Santamaría, de Ibagué, y a los cuatro y medio días, entregaba aquí en Medellín a Castelli la orden de libertad.

Y no crea que exagero; todo está comprobado con la fecha de la orden y con la que llegó el Sr. Santamaría.

Aquí sí es el caso de exclamar: “No se debe creer en brujas, pero de que las hay, las hay”.

Llegó el año de 31, y Castelli apoyaba la dictadura proclamada por el General Rafael Urdaneta. En tal virtud, hizo aprisionar al siempre patriota Coronel Salvador Córdoba, y los envió bien escoltados y con grillos, encaramado en una silleta, para Cartagena. Miguel Alzate era el Oficial encargado de la conducción de Córdoba, y en Marinilla, por orden superior, lo entregó al Capitán Bibiano Robledo, quien continuó su viaje con el prisionero.

Ya en Nare se hizo una evolución. Robledo dio la libertad a Córdoba, y se puso con la escolta a sus órdenes. Luego se intentaron en Antioquia yendo a parar a Yolombó donde Córdoba proclamó la guerra a la dictadura; y reuniendo hombres y armas pasó por Barbosa y Rionegro, pueblos adictos que le prestaron valiosos auxilios de todo género.

Córdoba, al saber que Castelli marchaba con todas sus fuerzas a atacarlo, caminó hacia el Sur, y tomando en Abejorral buenas posiciones, aguardó a los dictatoriales.

Castelli llegó con su lucida tropa a Abejorral, atacó, y después de un largo y reñido combate, fue completamente derrotado, quedando prisionero y dando fin con esto a la dictadura en Antioquia, así como había concluido de Cerinza y Palmira, peleadas por los jefes constitucionales Obando, López y Moreno.

El 33, si la memoria no nos es infiel, murió el Ilustrísimo Fray Mariano Garnica, primer Obispo de la Provincia Eclesiástica de Antioquia. La Diócesis la gobernaba anteriormente al delegación de Obispos de Popayán, y allá tenía que trasladarse a recibir órdenes los que se dedicaban al sacerdocio. A fines del siglo pasado visitó estas tierras el Obispo delegatario D. Angel Velarde.

El Sr. Garnica estuvo muy poco aquí. Llegó enfermo y ni aún pudo conocer su ciudad episcopal, que lo era la de Antioquia. Residió y murió en la casa que pertenece a D. Carlos Restrepo C., en la Plazuela de La Cruz.

No recordamos referente a este Ilustrísimo más circunstancia que la de su entierro, de que al principio hablamos, y la de que sus alhajas, declaradas *temporalidades*, se remataron en pública subasta.

La primera imprenta, se introdujo a Antioquia en el año de 1812. Esta imprenta, muy diminuta, funcionó primero en la ciudad de Rionegro bajo la dirección del Sr. Manuel Ma. Viller Calderón.

Se publicaron algunas novenas de cuatro hojitas en octavo y *El Correo Extraordinario*, publicación quincenal de una cuartilla de papel. Decía en el prospecto que ese papel se publicaría cada quince días, siempre que hubiera noticias que comunicar, y si no, se aguardaría hasta que viniera correo o un *chasqui*.

Generalmente se daba cuenta de los trabajos del Congreso de las “Provincias unidas”, o de la guerra de Venezuela.

A la muerte del Sr. Calderón se entregó la imprenta al Tesorero de la Provincia, el que la depositó en una pieza de la Casa llamada Tesorería (hoy la Escuela Normal de Varones y Moneda). ¹ Allí vimos, y hasta en compañía de otros muchachos sacamos un poco de esos tipos para fabricar plomadas de *atarraya* y anzuelo; y si no estamos trascordados, alguno tomó de este plomo para hacer reales y pesetas de la macuquina o de la cruz, que en aquel tiempo circulaban.

En todo caso, Antioquia debe conservar la memoria de su primer tipógrafo, que lo fué el Sr. Manuel Ma. Viller Calderón.

Otra imprenta, que fue la que vimos funcionando, la dirigía el Sr. Manuel A. Balcázar.

No se nos alcanza lo que en esa tipografía se imprimiera por aquel tiempo, pero sí sería mucho y produciría, siendo así que con sus rendimientos sostenía el Sr. Balcázar su numerosa familia.

A la memoria únicamente se noa hace presente que las hojas en que el Dr. Botero arrojaba su bilis a los cuatro vientos, se imprimían en esa imprenta, y no tenemos otro recuerdo de publicación alguna.

Al Sr. Balcázar acompañan en su trabajo sus hijos y uno de ellos, Silvestre, llegó a ser con el tiempo un afamado tipógrafo.

No ha llegado a nuestra noticia si fue el Sr. Balcázar o alguna otra persona el introductor de esa imprenta, que fue por muchos años la única que tuvo Medellín.

El año de 36 fue excepcional por lo mucho importante que dejó ver.

En él vino el Ilustrísimo Dr. Juan de la Cruz Gómez Plata, hombre de una presencia arrogante, alto, bien formado, de voz fuerte, que llevaba la sotana morada, con el garbo con que seguramente llevaba la casaca de Capitán, que tal había sido en nuestra guerra de emancipación (estuvo en Boyacá con ese grado).

Su entrada a la ciudad fue solemne hasta donde más se puede. Entró por el camino de las Estancias, que por allí era entonces la vía para Rionegro. Toda la población salió hasta La Toma a recibirlo, bastantes a caballo y los demás a pie, y todos lo vitoreaban.

Don Juan Uribe había introducido de Jamaica una buena carroza, y para la entrada del Dr. Gómez Plata, la uncieron dos bellas mulas enjaezadas con lujo, y la condujeron al puente de La Toma. El Sr. Obispo no quiso usarla y entró a la ciudad en un hermoso caballo, hasta la iglesia mayor, en la que, vistiendo sus

¹ Hoy Imprenta Departamental.

hábitos pontificiales, hizo su oración acostumbrada y se retiró a su alojamiento, siempre acompañado de todo el pueblo. En ese alojamiento se le tenía preparado un espléndido festín al que se sentaron también los principales caballeros de Medellín.

Los pocos días que permaneció aquí el Sr. Gómez Plata, se pasaron en festejos al ilustre huésped. Luego en unión de varios que ya eran sus amigos, se dirigió a Antioquia, capital de la Diócesis, a ocupar su episcopal silla.

Las rentas de la mitra de Antioquia subía en aquel tiempo a la enorme suma de sesenta mil pesos al año, y el Dr. Gómez Plata, como primer acto, al encargarse del Gobierno de su Diócesis, dictó un decreto disponiendo que en lo sucesivo la tal renta sería de doce mil y que el resto fuera a ingresar a la masa común, destinada una parte para la cuarta capitular, y la otra para los novenos que correspondían a los curas párrocos.

Esta operación, como puede calcularse, dio una grande opinión al Dr. Gómez Plata.

El Sr. Obispo era tenido por hombre instruído en ambos Derechos y en otros ramos del saber, Tenía una educación tan esmerada, que se hacía querer de los que lo trataban, y atendía de la misma manera a un infeliz que un poderoso. Sobre todo, los chicos le llamaban tanto la atención, que nunca pasaba por cerca de alguno o algunos sin acariciarlos. En otro capítulo más adelante tendremos todavía ocasión de hablar de él.

Hemos hablado de la carroza del Sr. Uribe, y queremos hacer presente una particularidad. Como aquí no se había visto cosa tan extraña, cuando por casualidad la sacaban con su tiro a dar una vuelta, los muchachos que la veíamos, la hacíamos el lance subiéndose a las ventanas, pues nos parecía que podía cogernos; y hasta gente crecida le tenía un miedo atroz, porque decían que eso no podía ser sino obra del diablo. Lo que es los muchachos, pronto le perdimos el respeto, y cuando la sacaban sola para ir adiestrando el tiro, subíamos y pasábamos rodando ratos agradables.

En este mismo año, el Dr. José Ma. Botero, hombre de mucha ciencia pero de una confusión de ideas lamentable, y según se decía ya *ido del seguro*, de puso a publicar en la imprenta del Sr. Balcázar unas hojas furibundas en las que calumniaba e injuriaba atrozmente al General Francisco de P. Santander, Presidente de la República, y a otros altos empleados y personas notables.

El fundamento de la inquina del Dr. Botero contra esos señores, no era otro, aparentemente, que la enseñanza en los Colegios por el sistema de Bentham y de Tracy, cuyas obras el General Santander había adoptado como textos y que los otros habíab aceptado y puesto en práctica; y por lo bajo se decía que la furia del Dr. Botero venía de que había pretendido la mitra de Antioquia, y que su desmesurado orgullo no

consentía en que el General Santander hubiera preferido para la *presentación* a su íntimo amigo del Ilustre Dr. Gómez Plata.

Sea de esto lo que fuere, las cosas tuvieron para el Dr. Botero un desenlace fatal!

El talentoso e instruído jurisconsulto Dr. Manuel Tiberio Gómez, en cumplimiento de su deber y como representante del Gobierno y de la Sociedad en general, de cuyos fueros era guardián por ministerio de la ley, lo acusó ante el Juez, de calumnia e injurias graves contra las personas del Presidente y demás señores, que las hojas formadas por el Dr. Botero designaban.

El Juez dió curso al denuncia; se instruyó y perfeccionó el sumario, y al fin se sometió a juicio por Jurados, según la Ley de imprenta, al responsable Dr. José Ma. Botero. Se señaló día para la celebración del juicio y éste se verificó.

Fabricaron un tablado alto, asegurado contra el balcón de la casa de D. Felipe Mejía, en la Plaza Principal (hoy de los Sres. Restrepos), tablado capaz para contener desahogadamente a todas las personas que tenían derecho a ocupar un asiento. Abajo del tablado, en la Plaza, presenciando el acto una gran multitud, casi todos los que tenían ojos para ver y oídos para oír.

Un bello espectáculo era este que por primera vez se presentaba a nuestra consideración. Parecía uno transportado a los buenos tiempos de la gran República romana, y que veía el pueblo reunido en el Foro oyendo con recogimiento las decisiones y sentencias del Tribuno.

Se constituyó, pues, el Tribunal compuesto de los Sres. Juez, José Ma. Barrientos; Acusador, el Fiscal Dr. Manuel Tiberio Gómez; acusado, Dr. José Ma. Botero que quiso defenderse por sí mismo, y jurados D. Marcelino Restrepo, D. Miguel Uribe Restrepo y D. Manuel Vélez B.

Un poco atrás del recinto ocupó asiento el Jefe político del cantón, Sr. José Ma. Arango Trujillo, sin duda, en guarda del orden.

Abierto el juicio se dio la palabra al fiscal, Dr. Gómez, y éste atacó con vehemencia al acusado Dr. Botero que al principio se sonreía irónicamente; pero llegó un momento en que el Sr. Gómez atacaba más fuerte, y el Dr. Botero que era muy impaciente no pudo contenerse: se paró e intentó hablar; entonces el Juez Sr. Barrientos, dijo:

“Cálmese Sr. Doctor, siéntese que después se *desfenderá*”. El Dr. Botero obedeció, pero antes de sentarse contestó al Sr. Barrientos: “¡Ah! pariente, ¿dijo *desfenderá*?”

Habando el Dr. Botero, dijo entre otras cosas, ésto:

“El Sr. Dr. Miguel Uribe... ¡Ah! perdón, yo no sou Universidad para dar títulos”. Aludía que el Sr. Uribe no tenía título universitario.

El Dr. Uribe, poniéndose la mano encima de la boca, dijo por lo bajo:

“Es verdad, pero espontáneamente me lo ha dado la Nación”.

Concluimos los alegatos, el Jurado deliberó y declaró al Dr. Botero reo de los cargos aducidos por el fiscal, y el Juez lo condenó a prisión por cierto tiempo.

Fue llevado a la Cárcel y allí permaneció mucho.

XV

Todavía duraba el año de 36, y el Dr. Botero permanecía preso. Y entonces tuvo lugar lo que se le llamó “Revolución del Padre Botero”.

De acuerdo con unos Sres, Tobones, Lucas Sánchez, Avelino Escobar y otros, los Sres. Juan Ramón y Manuel Posada trajeron cierto día una porción de gente de Aguacatala, que unida con la de aquí formaba un número respetable. Por la noche atacaron la Cárcel y extrajeron de allí al Sr. Botero, y unos lo acompañaron y otros permancecieron atrás para sostener la retirada.

Cuando el ataque a la Cárcel, el Dr. Botero se ayudaba dando en la puerta del encierro con una hacha, y luego que se abrió la puerta, se presentó con un papel en la mano y dijo estas o semejantes palabras:

“Quién quiere llevar este papel al Gobernador?”

Esteban Amador le contestó: “¿Pero no hay peligro de eso?”

“Qué va a haber, dijo Botero, si los plenipotenciarios son sagrados”.

Amador tomó el papel, fue donde el Gobernador Dr. Obregón, éste lo redujo a prisión, y en poco estuvo que lo fusilaran como autor de la rebelión.

Supo el Coronel Salvador Córdoba, Comandante de armas de la Plaza, lo acontecido: corrió al Cuartel donde había un cuadro de veteranos; y armó a varios jóvenes que se le presentaron; marchó a la Plaza que ya habían desocupado los rebeldes: llegó a la calle de Colombia en la que estos iban hacia arriba y mandó hacer fuego: contestaron los otros con algunas escopetas, y la pelea duró un poco, muriendo de los

revolucionarios un Sr. Tobón y un Muñoz, creo, y quedando herido otro Tobón de los viejos, y Benedicto, del mismo apellido, que inválido vive aún y es bien conocido en la ciudad.

Los reveldes corrieron por la Solitaria, perseguidos por algunos soldados; los otros compañeros de Córdoba tomaron la Calle del Comercio para desembocar en la del Coliseo (Ayacucho) y continuaron haciendo fuego siempre avanzando.

En la casa del Sr. Lázaro Mejía S., entonces de D. José Antonio Mejía (a. Alacrán), vivía una mujer ya de bastante edad; esta mujer, al sentir tanta *bull*a en la calle, abrió el postigo de una ventana y sacó la cabeza y un candil que llevaba en la mano a tiempo que los soldados hacían una descarga; y habiéndose tropezado una bala en la sien derecha de la mujer, cayó esta muerta.

Algunos de los que huían entraron en esa misma casa y trancaron bien la puerta, pero tuvieron la imprudencia, al menos uno, de quedarse en el portón o al frente. Llegaron los soldados que habían visto seguramente la entrada, empujaron la puerta, y viendo que no era tan fácil forzarla incontinenti, hicieron fuego por encima de ella, causando a uno una grave herida en un brazo. Luego que rompieron la puerta, entraron y tomaron prisioneros al herido y otros varios.

La desbandada de los revoltosos fue a sombrero quitado, y ninguno más pudo ser cogido. El Dr. Botero desapareció y las autoridades se dedicaron a instruir el sumario.

No encontramos la razón por qué a este movimiento le dieran el nombre de revolución, que no es otra cosa que tratar de cambiar un orden existente. Aquí no se trataba de nada de eso, pues sólo se pretendía sacar un hombre de la Cárcel, y conseguido ésto terminó todo. Debería, pues, dársele su verdadero nombre, es decir, motín o asonada.

Pasado algún tiempo, ya nadie se acordaba del Dr. Botero ni de lo que había pasado, cuando un viernes se presentó este señor, jinete en una mula que se volvió legendaria, y subiendo a un terronero que se estaba empleando en la construcción de la casa del Dr. José Antonio Barrientos, manifestó que iba a presentarse para que lo juzgaran.

Fue conducido el doctor a la Cárcel, se le mandaron poner grillos, y se armó una escuadra de milicia al mando de D. Froilán Ramírez y D. Joaquín Santamaría, para custodiarlo y evitar otro golpe de mano.

Los grillos se los remachó un herrero inglés que residía aquí, llamado Mateo Taylor, y al tiempo de estar el herrero dando martillo a los pernos o cuñas para el remache, el Dr. Botero le dijo, poniéndole la mano en el hombro: “Amigo Taylor, muy gordito está Ud., pero pronto morirá”.

Seguido el juicio ya con la presencia del reo, y siendo Fiscal siempre el Dr. Manuel Tiberio Gómez, quien pidió la última pena contra aquel infeliz loco, el Juez de Hacienda D. Rafael Gallo dictó sentencia en un todo de acuerdo con la petición fiscal. Esta sentencia, sin duda, fue confirmada por el Tribunal, atendido a que se solicitó del Poder Ejecutivo el indulto o la conmutación.

Al hacerse pública la condenación a muerte del Dr. Botero, la consternación fue general en Medellín, tanto por la pena misma siempre terrible, cuanto porque el doctor gozaba de prestigio y grandes simpatías en la generalidad del pueblo.

Comenzaron a trabajar en levantar informaciones probando la locura del Dr. Botero, y a pedir recomendaciones a los amigos del General Santander. Hicieron reconocer al doctor por facultativos, y recordarnos que uno de los reconocedores fue el Dr. Fausto Santamaría.

Se hizo la petición al Presidente, dirigida por el Tribunal y acompañada de cartas valiosísimas entre las cuales se contaba una de D. Juan Uribe, íntimo amigo del General Santander, que según referían había sido la decisiva.

Según se nos contó, el Presidente hizo levantar en el Colegio del Rosario una información entre los discípulos y profesores del Dr. Botero, y se probó en ella que el tan mentado doctor cuando estudiaba, se levantaba sin motivo alguno, tarde de la noche, y se ponía a correr en los claustros, por lo cual juzgaban los declarantes que era loco.

Apoyado en uno o en otro motivo, el noble General Francisco de Paula Santander, Presidente de la República, indultó en absoluto al Dr. José Ma. Botero, vengando de esta cristiana manera los agravios feroces que de éste había recibido. En consecuencia, el Dr. fue puesto en libertad y marchó a su casa a ocuparse de pleitos sobre capellanías, que tenía muchos.

En un transcurso de tiempo que tal vez no fue un año, murieron todos los que tuvieron ingerencia en la causa del Dr. Botero. Rafael Gallo, Manuel Tiberio Gómez, Froilán Ramírez, Joaquín Santamaría, Mateo Taylor y un oficial de éste. El Dr. Francisco A. Obregón, Gobernador de la Provincia, cayó del balcón de su casa a un patio empedrado y se hizo muchas quebraduras, y, sin embargo, vivió aún muchos años. El pueblo en general decía que todas esas desgracias provenían de la maldición que el Dr. Botero les impuso, y que era muy justo, por haber maltratado a un Ministro del Altar. Aún viven personas que así lo creen a pie juntillas.

En el año de 1836 que vino D. Pedro Uribe Restrepo de Europa trajo algunas cajas de drogas, y con ellas fundó la primera botica en forma que hubo en esta tierra, la que desde su fundación fue dirigida o administrada por D. Federico Isaza.

El Dr. Uribe gozaba de fama de buen médico, y con su profesión y la botica hacía bastante dinero, pero era tan ruboroso y gastador que el dinero se le iba como por encanto. Los amigos y parientes le hacían observaciones juiciosas sobre su mucho gastar, y él con mucho gracejo les contestaba:

“*Dejen m... el macho*, mientras haya agua en la pila y zoquetes en Medellín, a Pedro Uribe no le faltará plata”.

Aludía él a los muchos productos de esa única botica.

Esa botica fue el origen de la que más tarde se llamó de los Isazas y hoy el magnífico establecimiento farmacéutico de Isaza y Escobar.

XVI

¡*El Sombrerón!* ¡El espanto y el horror de los medellinenses! ¿Qué cosa era el *Sombrerón*? ¿Quién era capaz de determinar con precisión las cualidades de ese personaje fantástico, que como si fuera poseedor del Anillo de Giges, aparecía y desaparecía cuando menos se esperaba? Nadie: todos hablaban de él, pero sin conciencia de lo que decían.

Tratemos de enseñarlo tal como todos, sin saberlo, creían que era.

La aparición de El Sombrerón data, según nuestros recuerdos, del año del 37; sus excursiones no fueron más allá del 39, y nos fundamos en esto: Había en el 40 una falange numerosa de muchachos de mucho coraje que eran capaces de hacer frente, no digo a un solo espanto, a una legión; y al haber existido en aquel año habría dado con él, y lo habría conocido a pesar de sus perros, y su mula y sus cadenas. Bien sabía él lo que hacía cuando dejó o suspendió sus paseos.

Al decir de las gentes, *El Sombrerón* estaba constituido de esta manera: una como figura de hombre, con ruana negra, un gran sombrero, siempre jinete en una mula negra *encasquillada* (herrada) de los cuatro remos, llevando a lado y lado cogidos con gruesas cadenas, dos enormes perros negros, y acompañado de un fuerte viento que le servía de vanguardia.

El endriago como que tenía su habitación fuera de la ciudad porque venía siempre del Camellón de la Alameda (Colombia) y nunca por otra calle.

Su salida o más bien venida era a día fijo, los viernes, de las ocho de la noche en adelante. Llegaba al galope a la esquina de San Juan de Dios, cruzaba unas veces sobre la derecha y seguía en línea recta hasta encontrar la calle de detrás del Convento del Carmen, y llegaba a la Plazuela de San Roque donde se volvía

humo; otras veces continuaba su carrera hasta la Plaza, cruzaba por la Calle del Comercio (Palacé), y llegaba a la Plazuela, y buenas noches.

Parece que en la inmediaciones del Convento tendría el Sr. Espanto su lugar de descanso ya preparado por algún otro parecido a él, con puerta abierta, bien juntada, pues nadie había oído que se abriera o cerrara.

Las apariciones de *El Sombrerón* se reducían a cuatro o cinco viernes consecutivos, luego descansaba o desaparecía por uno o dos meses, y vuelta a las andadas.

Los viernes, desde la oración, todas las casas se cerraban a piedra y lodo, y no se abrían sino en un caso extremo hasta las de los suburbios de la ciudad, porque *El Sombrerón* tenía sus veleidades y solía pasar por allí.

Las calles, en esas noches eran poco concurridas; y los valientes que se aventuraban, andaban con ojo avizor y el oído en acecho, y al primer ruido que se oía por el lado de la ciudad que aquel endemoniado acostumbraba recorrer, pies para qué os quiero, a buscar abrigo detrás de una buena y segura puerta.

Se decía que algunos jóvenes, haciendo un titánico esfuerzo de valor habían intentado ponerse de frente y de cerca al *Sombrerón* y descubrir el enigma, y que, con tal objeto, se habían trasladado a San Juan de Dios. Que de ese punto oían el galope de la mula, cuando principiaba el camellón, el ruido de cadenas, el feroz aullido de los perros; y que se habían mantenido firmes hasta que el aparecido se encontraba a una cuadra de distancia, momento en el cual sentían el fuerte viento que le helaba el cuerpo, produciéndoles un temblor extraño. Hasta aquí el aguante: los más fuertes corrieron por la transversal a la calle de San Benito (Boyacá), y los demás, inanimados y tumbados en medio del arroyo, y pasó el caballero, y nada averiguaron ni nada vieron sino su miedo que los tenía allí clavado. Así terminó la aventura.

En suma, ¿qué o quién era El Sombrerón? ¿Se averiguó algo en definitiva? Nos quedamos como antes, en lo oscuro.

Suposiciones se hacían pero nada de positivo. Unos, los más pocos, creían que era un hombre como los demás que para sus asuntos particulares, que no le convenía dejar conocer, se ataviaba de esa manera, y aún llegaban hasta indicar como protagonista a D. Martín Saldarriaga y a un Sr. Ochoa. A otros, los más, no les apeaba nadie de su burro; sostenían a capa y espada que era un alma en pena, escapada del infierno, que Dios permitía hiciera estos paseítos para infundir a los pecadores un saludable temor.

En resumen y por final: la legendaria, figura de *El Sombrerón*, quedó en la sombra.

Para unos fue una verdad de a puño, para otros alucinación de algunos cerebros calenturientos.

Aunque no es notable, por la circunstancia de no haber sido visto sino por una sola persona, referiremos de otro espanto, tal como lo oímos contar.

Venía una noche fumando su cigarrillo D. Mariano Alvarez, abajo de la casa de D. Pepe Santamaría, y hacía su camino por la acera de la izquierda: llegó a la esquina, frente a una antigua que pertenecía a la Sra. Da. Mercedes Zuláibar, en la esquina de la cual se encontraba un hombre. Este dijo a Alvarez:

“Amigo déme su candela”.

Y antes de que Alvarez hiciera algún movimiento, vió un brazo que atravezaba la calle y una mano que le tomaba el tabaco, y a poco se lo devolvía. Su sorpresa o su miedo fue tal, que no chistó palabra y cohibido continuó su camino, no sin volver varias veces la cabeza.

Llegó a la otra esquina, y viendo un hombre recostado a las tapias de una casa arruinada (hoy la Cárcel), y como es tan natural, después de un susto, comunicar a alguien sus impresiones, pasó y dijo al hombre:

“¿Qué le parece que en aquella esquina de abajo me prestó una la candela y alargó un brazo de lado a lado de la calle?”

¿Sería como esta pierna? contestó el otro, y sacando una colocó el talón en el balcón de la casa del frente, perteneciente a las Sras. Obesos.

Aquí ya no pudo Alvarez resistir, y pasando por debajo de la pierna y a sombrero quitado, emprendió furiosa carrera para su casa, situada al otro lado del puente de Palacé, donde cayó desvanecido.

La explicación de este caso nos parece fácil. Al Sr. Alvarez se le desarrolló la fiebre cerebral que lo tuvo a las puertas de la muerte, y seguramente cuando su paseo por la noche, ya estaba afectado y se verificó una alucinación.

Un día de diciembre del año del 36, despertó Medellín consternado por la consecuencia del incendio de la Casa de D. Juan Uribe, cita en la Plaza. El fuego había prendido durante la noche por descuido de un criado, única persona que dormía allí, pues la casa estaba en refacción. Nadie notó el fuego hasta el amanecer.

Avísado el Sr. Uribe, se trasladó al lugar del siniestro e impidió que se tratara de extinguir el incendio que, por otra parte, estaba ya en sus últimos trotes por substracción de materia.

No se preocupó el Sr. Uribe sino el que el fuego había comunicado a una casa vecina de propiedad del Sr. José Ma. Lalinde, y así dio sus órdenes a las gentes allí reunidas y recordamos que un extranjero, oficial

en el taller de ebanistería del Sr. José Harris, subió al techo con una hacha afilada en la mano y cortó toda comunicación entre los dos edificios.

Un muchacho, Aparicio Márquez, entró en la casa por en medio de las llamas y cuando quiso salir, encontró la escalera encendida: volvió a la sala y salió al balcón llevando en la mano un reloj de sobremesa que tenía una bella estatuilla dorada.

Gritó que iba a saltar, y varios con ruanas tendidas lo aguardaron, y cayó sano sin soltar su reloj.

Luego que se puso en pie, se dirigió a D. Juan que permanecería en la otra esquina, y le presentó el reloj. El Sr. Uribe lo miró y le dijo:

“¿Qué quieres hijo que yo haga con eso? Llévatelo”.

Un ¡viva! dado por tantos muchachos como allí estábamos, saludó al generoso caballero.

Márquez salió de la casa con su ropa destruída por las llamas y algunas quemaduras en su cuerpo, aunque no de gravedad.

Poco tiempo antes, un rayo había quemado la Quinta que desde entonces se llamaba de D. Juan Uribe. Esta Quinta tenía techo de paja y corredores de teja.

En el año de 1838, el afamado médico cirujano Dr. William Jervis introdujo una botica que puso bajo la dirección de D. José Ma. Pinzón (a. Chepe).

En este mismo año de introdujo el reloj que todavía hoy está colocado en la Catedral. Su valor se pagó con el producto de una suscripción entre los vecinos pudientes y su costo, una crecida suma que pasó de cinco mil pesos, suma no excesiva, si se tiene en cuenta lo mano de los cambios de entonces, y a que el Magdalena había que subirlo en canoa o champán, lo que ocasionaba una pérdida de tiempo de varios meses.

Cuando se colocó el reloj en la torre, se echaron a vuelo las campanas de todas las iglesias, hubo música y cohetes a montones, y la noche la emplearon en un famoso baile en casa de D. Gabriel Echeverri.

Por más de seis u ocho días la plaza se mantuvo llena de curiosos que se pasaban allí las horas muertas viendo como giraban los punteros y oyendo el repiqueteo de las campanas anunciadoras de la hora.

Los primeros pianos que se conocieron en la ciudad, fueron introducidos en el año 25 ó 26 por los Sres. Juan Uribe Mondragón y Pablo Esquembrí Pizano. Más tarde los trajeron también D. Gabriel Echeverri y D. Víctor Gómez.

A fines del 35 vinieron los ebanistas Norte-Americanos David y José Harris, y fundaron un buen Establecimiento donde dieron principio a la construcción de pianos y muebles.

A poco tiempo después, dejó David la ciudad y marchó a establecerse en Bogotá.

Sólo ya Harris, dio un extraordinario ensanche a sus talleres. Fabricó infinidad de pianos, muchos muy buenos, y todavía se conservan bastantes.

Harris fue en cierto modo el padre de la ebanistería, arte aquí desconocido, y comunicó su saber en este ramo a Simón Caballero, Francisco Ossa, Román Jaramillo, Canuto Acebedo, Narciso Castro, Pedro Espinosa, José Antonio Caballero, José Ma. Mondragón, Pascual Ochoa, Joaquín Restrepo y otros, que más o menos han dado honra a Antioquia.

De los talleres de Harris y sus discípulos salieron los buenos y elegantes muebles que aún hoy adornan las salas de nuestras mejores casas.

El año del 39, creemos que en diciembre, fue asesinado a machetazos un mulato José Velásquez. Los asesinos fueron José Antonio y Zoilo Gaviria, los que escaparon a la Policía.

Más tarde, estos señores, a favor de la revolución de Córdoba, salieron, y Antonio tomó servicio militar. Fue a Riosucio, donde en la derrota cayó prisionero, y el Coronel Juan Ma. Gómez lo hizo fusilar.

Zoilo, después de una vida de muchos años, consagrada al trabajo honrado y al cumplimiento de todos sus deberes como mayordomo al servicio del inolvidable filántropo D. Marco A. Santamaría, murió trágicamente ahogado en el río Medellín.

El 15 de Agosto de 1839 fue día de luto y quebranto para los habitantes de Medellín. En este día dejó de existir el noble caballero D. Juan Uribe Mondragón.

Era el Sr. Uribe hombre de gran fortuna, la que empleaba en socorrer a los necesitados que siempre hallaron su puerta abierta. Además, era tanto su amor al progreso de su tierra, que cualquiera obra que se emprendiera, cuando no llevaba la iniciativa, era favorecida grandemente por él. El teatro, la pila de la plaza y el primer reloj público que tuvo la ciudad, fueron si no pagados en el todo por el Sr. Uribe, sí ayudados con parte considerable.

Con una docena de caballeros como el Sr. Uribe, Medellín sería hoy un emporio de riqueza y hermosura.

XVII

El 8 de Octubre de 1840 se alzó en armas contra el Gobierno de la República el prócer de la Independencia Coronel Salvador Córdoba.

Los políticos daban por razón de este alzamiento que se llevaba a cabo por sugestión de los Jefes Obando, González y otros que ya lo habían verificado, y que también Córdoba, además de sus ideas contrarias al Gobierno del Dr. Márquez, había sido desairado por el Congreso que le negó el ascenso a General.

Cuando Córdoba llegó a la plaza a las nueve de la mañana dando Vivas a la Libertad, un mocetón llamado Pablo Vegal estaba en la esquina, dio un salto, tomó la cola del caballo de Córdoba y lo acompañó al Cuartel.

Se ha dicho que el Coronel no quería pronunciarse, pues nada tenía preparado, y que su hermana, Da. Mercedes, opositoras de marca, y mujer más que varonil, lo había precipitado, que le había ensillado el caballo y le había ceñido la espada.

Nosotros juzgamos todo esto consejas de chismosos y desocupados, porque si nada había preparado ¿por qué los sargentos del cuadro, encargados del parque, no le hicieron resistencia y le entregaron a un hombre sólo el cuartel?

¿Por qué si no había preparación preliminar, y no habiendo telégrafo para dar noticias con rapidez, a las cuatro de la tarde de ese mismo día comenzaron a llegar por grupos los rionegreros fanáticos por Córdoba? Claro es que hubo acuerdo en todo y por todo.

A las once o doce de la mañana de ese día 8, el Coronel Juan Ma. Gómez, que debía reemplazar a Córdoba en la Comandancia de armas, reunió unos cuantos ministeriales, casi todos inútiles para la pelea, como D. Joaquín Restrepo (a. El Boga), y D. Javier Restrepo, que quizás era la primera vez que tomaron en sus manos armas de fuego, y marchó con ellos a recuperar el cuartel.

Llegaron al Puente de Arco estos señores y fueron recibidos a fusilazos por Pablo Vegal que estaba colocado en mitad del camellón, frente al cuartel. No les pareció conveniente seguir adelante y volvieron en desbandada a la plaza, y de allí cada mochuelo a su olivo.

El Coronel Gómez que no las tenía todas consigo —él se sabía por qué— fue en el acto donde nuestro padre en solicitud de una bestia para marcharse, porque decía “que si lo cogía Córdoba lo fusilaba”.

Nuestro padre le dió uno de sus caballos y el Coronel Gómez marchó a todo correr; de Fredonia devolvió el caballo, y se dirigió al Valle del Cauca, donde se reunió al Coronel Eusebio Borrero, y con él volvió más tarde a Antioquia.

El Coronel Córdoba organizó un Gobierno civil, a cuya cabeza puso a su hermano político Sr. Manuel Antonio Jaramillo, y con actividad dió principio a la formación de sus fuerzas, y para sostener las cuales, impuso un empréstito de ochenta mil pesos.

Organizada ya la fuerza y teniendo noticia de que los Coroneles Borrero y Gómez avanzaban hacia a Antioquia en son de atacarlo, quiso ganarles de mano y marchó con una fuerte columna, compuesta de los veteranos rionegreros y algunas compañías de Medellín. Encontró a las fuerzas de Borrero en Riosucio muy bien colocadas, y compuestas de soldados de primer orden, que habían hecho la ruda campaña de Pasto contra el rebelde Padre Villota.

Se cuenta que hicieron presente a Córdoba lo desventajoso de su posición, la que debía procurar cambiar, pero que él, muy confiado en su nombre y en el valor de su gente, dió al Comandante Miguel Hoyos la orden de romper los fuegos y avanzar. El Comandante Hoyos dió una carga terrible que arrojó al enemigo hasta la plaza del pueblo. Allí cayó muerto de un balazo, y rechazada la fuerza que mandaba, pronto se declaró la derrota en toda la línea.

Volvió Córdoba a Medellín a reorganizarse, y con los restos de Riosucio y lo que había dejado allí completó una bonita División, con algo de caballería; y acompañado en esta vez del Coronel José María Vezga, que había sido derrotado en Honda por el General París, marchó a fines de Enero de 1814, a Itagüí, hasta donde se había internado Borrero.

El 2 de Febrero se rompieron los fuegos y el combate duró hasta las tres, sin más resultado que mucha sangre derramada.

Se entró en arreglos y al fin se hizo un tratado por el cual Borrero saldría de Antioquia con armas y bagajes y con todos los honores de la guerra.

Córdoba regresó a Medellín con el proyecto ya de marchar al Cauca a unirse con Obando, consecuente con esta idea organizó de nuevo el Gobierno de Antioquia que tuvo por Jefe en lo civil al Dr. Francisco A. Obregón, y en lo militar, al ya General Vezga.

Marchó Córdoba al Cauca con una lucida División; llegó a Cartago y allí se detuvo con algunos de sus compañeros, siguiendo el ejército su camino. Allí fue cogido prisionero con sus amigos y fusilado con ellos por orden del *masca-supremos* General Mosquera.

El ejército se reunió con Obando, y éste fue completamente derrotado en la Chanca por el Coronel Joaquín Barriga.

Vezeque que permanecía en Medellín, supo que por el Sur venía en contra suya tropa del Gobierno. Reunió su gente en buen número y tomó camino a encontrar los invasores. El 5 de Mayo, con torpeza inaudita, atacó en la loma de la Frisolera las fuerzas que mandaban los Comandantes Braulio Henao y Clemente Jaramillo, y sucumbió por completo, cayendo prisionero con la mayor parte de sus compañeros.

Vamos a referir un episodio vergonzoso y un estigma para mucgos, que un poco más tarde lo hubieran querido borra con toda su sangre.

Para el recibimiento de los vencedores de Salamina en Medellín prepararon los ministeriales grandes festejos. Se fabricó un pabellón en la plaza y lo adornaron con todo lujo posible, pues estaba destinado para que allí tomaran asiento los Jefes y los principales personajes de la ciudad. Entraron las fuerzas a la Plaza conduciendo sus prisioneros; subieron los Jefes y con ellos vestida de soldado con pantalón colorado y blusa de bayeta verde, Da. María Martínez de Nícer, mujer de arriesgada historia, a la que generalmente se llamaba Da. *Marucha*.

A poco de colocados en el pabellón los personajes, y después de un discurso encomiático dirigido a Da. *Marucha* por una señorita, varias, con sus manos virginales y a la vista de medio Medellín, coronaron la cabeza de aquella señora... ¡Y estas señoritas de las primeras cosas estaban allí con sus padres, los que consentían y aplaudían ese acto poco decoroso!

Y mientras tanto Vezeque y Galindo, a quienes se habían colocado al frente para insultarlos, reía el primero irónicamente y sentado a mujeriegas sobre una mula enjalmada; y el otro se arrancaba los bigotes con ira.

A pesar de los supremos esfuerzos del Dr. José Ma. Facio Lince, de gran talento, buen orador y sabio jurisconsulto, el General Vezeque, los Coroneles Judas Tadeo Galindo, José Antonio Gutiérrez, y Capitán Pablo Vegal, fueron condenados a muerte.

Por más esfuerzos que el Dr. Lince y otros caballeros hicieron para sacar de las uñas del verdugo esas cabezas, no les fue posible lograrlo, pues la pasión política bien desarrollada se sobrepuso a la justicia y a la compasión, y esa inicua pena, aborto del infierno, fue aplicada a los próceres de la Independencia Vezeque y Galindo y al noble y patriota joven Vegal.

El Corponel Gutiérrez huyó de la capilla auxiliado por José Ma. Echeverri (hijo del Gobernador) y Domingo Jaramillo, y a poco tiempo murió en la Provincia de Mariquita, de esa feroz enfermedad del pecho que jamás perdona.

La muerte de esos valientes fue el último acto de la revolución.

Después de la entrada de las tropas vencedoras en Salamina, se estableció entre las señoras de familias ministeriales una costumbre que dió qué hablar. Dieron en usar unas *balacas* favricadas con chaquiras negras, y letreros de chaquiras blancas. Esos letreros decían: *¡Viva la heroíca! ¡Viva Marucha!*, *¡Vivan los vencedores de Salamina! ¡Viva Braulio Henao! ¡Viva Clemente Jaramillo! ¡Viva la mujer fuerte!* Y admiraos lectores vimos en la cabeza de alguna señorita una que rezaba: ¡CALIENTE POR EL PARTIDO!

El Ilustrísimo Dr. Gómez Plata, a pesar de sus opiniones liberales y de su poco amor al Gobierno, impugnó fuertemente la revolución en carta dirigida al Coronel Córdoba, y éste tuvo por conveniente desterrar al Prelado del territorio de la Provincia, a la que no volvió sino después de pacificado todo.

En aquellos días de reunían los más conspicuos de los partidarios de Córdoba en la fonda de D. Vicente Mora, que radicaba en la casa que hoy habita D. Luis Jaramillo P., a hacer sus comentarios acerca de la situación y también y principalmente a *tirar la oreja a Jorge*.

Entre los más asiduos se contaba un caballero de muy buena casa y querido generalmente, pero que tenía muy poquito de lo de Salomón, y cuyo nombre no diremos porque a ello nos obligan consideraciones especiales; así es que contaremos los milagros y callaremos el santo.

Un día que en la tertulia se hablaba de suicidio, él manifestó:

Soy decidido partidario del suicidio.

Cómo, le replicó uno, siendo así, y estando Ud. tan *fregado*, ¿por qué no se mata?

Nó, esp no.

Pero ¿no dice que es partidario del suicidio?

Eso sí, pero en otro.

Cuando llegó aquí el General Vezga con varios compañeros, derrotados por el General París, en el alto del Rosario de Honda, los tertulios de D. Vicente entraron en cuidados sobre la suerte de la revolución, y el caballero en cuestión firme que firme.

En una tertulia de esas llegó el sujeto y manifestó que había compuesto un verso propio para tranquilizar a todos sobre el estado actual.

Le suplicaron que los pusiera en autos, y él muy orondo les recitó esta estrofa:

“No hay nada qué temer.
Tenemos infantería,
Y también caballería;
y mucho qué comer”.

Sin comentarios.

XVIII

José Ma. Hernández (a. Careo), derrotado en Riosucio, trajo de aquel campo el germen de la terrible viruela. Se le desarrolló aquí, y como ninguna precaución se tomó, el mal se esparció rápidamente y con tal furia, que se contaron por cientos las víctimas de ella.

Sobre todo en la ciudad de Antioquia donde estábamos con nuestras familias en aquella desastrosa época, fue tanta la mortandad que daba espanto. En muchos otros pueblos de la Provincia atacó, pero con con tanta fuerza.

Ya que hablamos de Antioquia, permítasenos el recordar aquel Colegio modelo que con el nombre de San Fernando o Seminario, había establecido el nunca bien sentido amigo Dr. Gómez Plata, auxiliado en sus esfuerzos por el Dr. José Ma. Martínez Pardo y Pbro. Diego Leal, y con el apoyo incondicional de todo lo más granado de la sociedad de aquella ciudad.

Tenía el Colegio el nombre de Seminario, pero era mixto. Se daba instrucción en clases separadas, religiosa y laica. La mejor organización y disciplina que es posible en un plantel de educación se tenía allí. El Dr. Gómez Plata se había reservado la Rectoría, y a la verdad que no podía haber hecho cosa más acertada.

Tenía el Dr. Gómez Plata genio especial para dirigir los estudios y lo hacía con cariño, sin aplicar nunca severos castigos. Con su amabilidad se había granjeado el afecto profundo de todos los estudiantes y siempre se le atendía y obedecía con placer.

Colaboraban en la enseñanza religiosa, es decir, en la formación de buenos sacerdotes, los Pbro. Diego Leal y Mariano Sánchez y el Dr. Martínez Pardo, hombre profundo en derecho canónico y teología; y en la laica, el Pbro. Sánchez, Dr. Martínez y Pedro Campillo, latinista afamado.

Salieron de ese Colegio los ilustres sacerdotes Dr. José Cosme Zuleta y José Ma. Gómez; los excelentes médicos Pedro D. Estrada y Fausto Santamaría, y los buenos jurisconsultos Juan B. Menéndez, Pedro J.

Berrío, Juan Manuel Sarrazola, Víctor Molina y otros que no recordamos. Uno de los mejores por su gran talento y especiales condiciones para las ciencias, Benito Zuleta, cortó su carrera de letras, en las que mucho habría lucido, sin que haya llegado a noticia nuestra el por qué. Se retiró a Remedios, su ciudad natal, donde fundó un dichoso hogar, entregándose de lleno a la minería y negocios de agricultura.

En este Colegio conocimos, muy pequeño aún, el más tarde célebre jurisconsulto y matemático Juan Esteban Zamorra. Era éste sumamente pobre, hasta el extremo de ir sin sombrero y con vestido sucio y destrozado, mostrando por todas partes la piel.

Zamorra no estaba en las clases, ya por su poca edad, ya por su carencia de recursos; pero por condescendencia del Pbro. Mariano Sánchez, tomado puesto en la puerta de la clase de matemáticas donde atendía a las explicaciones del Profesor, y luego con carbón y piedra jaboncilla llenaba los ladrillos y paredes de problemas aritméticos y educaciones algebraicas.

Visto por los Directores del Colegio la grande inteligencia del muchacho, le concedieron puesto de asistente, y siempre iba adelante de los primeros estudiantes.

Más tarde el Dr. Mariano Ospina R., instruido de la pobreza de Zamorra, quiso que ese gran talento no se perdiera. Lo hizo conducir a Bogotá, y allí en pocos años logró instrucción poderosa: obtuvo el grado de doctor y salió de allí a ocupar los primeros puestos en la Magistratura y en el Colegio de abogados.

A fines del año del 43 vinieron aquí los primeros padres de la Compañía de Jesús, e inmediatamente se les entregó su enseñanza con éxito asombroso. Todos los que entonces estábamos en situación de estudiar fuimos a dar allá, y hay que confesar que enseñaban bien y que de su Colegio salieron hombres importantes, y que dieron honra al país, entre otros muchos, Pascual Bravo, Domingo Días Granados y Arcesio Escobar.

El año de 1843 vino a esta ciudad el médico cirujano Dr. José Ignacio Quevedo, y fundó aquí su hogar enlazándose con una señorita de virtudes antioqueñas, nieta del inmortal Dr. Félix de Restrepo. Fue el Dr. Quevedo la Providencia de los pobres y ricos por su benevolencia, ciencia y desinterés. Un solo rasgo lo pinta. Después de una práctica constante de más de cuarenta años, murió pobre. Dejó un honorable prole, entre la que se cuenta el Dr. Tomás Quevedo R., también médico, que está en primera línea y es honra de nuestra facultad de Medicina.

Abrieron los padres una misión en la Iglesia Mayor, predicando diariamente los R.R. P.P. Amoroz y Láinez, y por la noche el Superior R. P. Joaquín Freire, magníficos e incansables predicadores los tres.

Obtuvieron de esa misión frutos inauditos, pues la faz moral de Medellín cambió radicalmente. El borrascoso barrio de Guanteros y el no menos de El Llano vinieron a ser los modelos por sus costumbres

morigeradas en todo sentido, y el resto de la ciudad mejoró en su modo de ser. Sin excepción todos los habitantes, hombres y mujeres, se acercaron a recibir los sacramentos. Dejaron de verse las parrandas pecaminosas y disociadoras, y aunque la gente se entretuviera en alguna diversión lo hacía con decencia y compostura. Los Jesuítas prestaron a la sociedad de Medellín un servicio impagable.

Después de instalados aquí los Jesuítas, construyeron la iglesia de San José. No sé si por falta de fondos o por otro motivo cualquiera, la armazón la fabricación de madera común, lo que ha ocasionado después gastos de consideración.

Siendo cura de la ciudad el Pbro. José Ma. Gómez Angel, compró a linde con el altar mayor un pedazo de terreno, y agregándolo a la iglesia la hizo tan capaz como hoy se ve.

Desde el 39 el Ilmo. Gómez Plata ordenó la destrucción de la capilla de San Lorenzo y venta del local; lo compró el célebre cerrajero Carlos Rodríguez y edificó en él la casa que pertenece al Sr. Federico Váquez.

Durante el tiempo que nosotros estuvimos en ese Colegio, pasaron estos dos buenos episodios.

Doña María A. González, de Rionegro, madre de D. Juan de Dios Aranzazu, notable hombre de Estado, y tía del popular poeta Gregorio Gutiérrez, envió a los Padres un hermoso y grande queso que tenía forma redonda. Vimos los estudiantes el queso, y nos propusimos hacerlo cambiar de dueño. Al efecto, reunidos unos cuantos, entre los que se contaban Camilo A. Echeverri, Francisco A. Zea, Martín Amador, Floro Gómez, Cleómedes Uribe y nosotros, pasamos a una ventana de la despensa, la escalaron Echeverri, Gómez, Amador y Uribe, tomaron el queso y algunos dulces, y nos los arrojaron por la ventana a los de afuera, no sin trabajo, porque el queso casi no cabía por el espacio de barrote a barrote; pero se hizo esfuerzo, y gracias a la redondez se logró pasarlo.

Verificando ésto, se pusieron a curiosear, y habiendo encontrado una damajuana de buen vino, la destaparon y en una taza que estaba por ahí tomaron grandes tragos.

Estaban en lo mejor de su orgía, cuando sintieron que introducían la llave en la cerradura y corrieron a la ventana, a la que sólo pudieron subir Echeverri y Amador, pues Gómez y Uribe esrtaban completamente *peneques*.

Abrió la puerta un Hermano Tobar que era el despensero, y se encuentra aquellos dos muchachos formando un tablero de geometría, lo que lo obligó a no decir nada: los tomó a cada uno de un brazo y los sacó hasta el patio, en donde nosotros los recibimos y pusimos en lugar seguro.

Por supuesto que los Padres sabían todo, pero no se dieron por entendidos y únicamente una que otra vez el Padre Amoroz, nuestro catedrático, nos hacía alguna alusión transparente sobre el queso. Otro día

estábamos reunidos en el claustro bajo, aguardando al catedrático, cuando uno de los muchachos mostró unos triquitraques de cañoncito redondo, cubiertos de papel colorado que llamaban popayanejos. No quiso el cicatero darnos siquiera, pero Camilo A. Echeverri, a quien siempre se le ocurrían buenas ideas, dijo a aquel muchacho que le diera uno solo para dar un susto al Padre Freire y sus cachifos, que estaban en clase.

Como era para hacer mal, el dueño de los triquitraques alargó a Camilo uno con mechita larga.

Comenzó la deliberación para ver quién se encargaba de poner el triquitraque debajo de la puerta y darle fuego; y después de animada discusión, se convino en que Camilo colocaría el petardo, y que Cleómenes Uribe le pegaría fuego.

Nos llegamos, pues, muy en silencio a la puerta del Padre Freire, y Camilo, con cuidado, y no sin esfuerzo, introdujo el triquitraque entre la puerta y el quicio: luego nos retiramos sin ruido dejando a Uribe pronto a dar fuego a la señal convenida, que lo era un silbido. Sonó el silvo: Uribe encendió la mecha, corrió para donde nosotros, y todos nos escondimos en las columnas y en el zaguán.

Sonó la explosión, que según supimos después, hizo saltar en su cátedra al Rector, y en sus bancos a los cachifos. Pasó un momento y se abrió la puerta, asomándose a mirar un muchacho, al mismo tiempo que Floro Gómez, que venía del claustro alto, atravesaba el patio. Seguramente aquel muchacho dijo al Padre lo que había visto, y a poco, la clase aquella se cerró y Floro fue llamado al cuarto del Rector. Allí se le hizo el cargo a Floro, y éste se defendió manifestando que desde muy temprano se hallaba en la celda del Padre Amoroz en una consulta sobre la conferencia, y como éste que fue llamado confirmó lo dicho, se dejó a Floro en libertad.

Luégo tocaron comunidad, y nos hicieron subir a todos los de nuestra clase al cuarto del Padre Freire, y allí se nos interrogó uno a uno, y como todos negamos el hecho, se nos mandó retirar diciéndonos que ese día no había lección.

Al día siguiente volvimos al Colegio, y viendo que había pasado la hora de nuestra clase, y que no se nos llamaba, subimos al cuarto del Padre Amoroz, el que nos dijo que debíamos hablar con el Rector porque él le había dado orden de no abrir la clase. Por tanto, pasamos donde el Superior, y éste nos manifestó que no habría para nosotros más enseñanza si los culpables no se presentaban a recibir el castigo de su falta.

Nos retiramos, pues, y entramos a considerar el asunto; pero como ninguno de nosotros quería dar la cara, marchamos a nuestras casas, donde nos vimos forzados a referir a nuestros padres lo que pasaba; y alarmados éstos por las consecuencias que pudieran desprenderse de hallarnos sin estudio, resolvieron, excitados por D. Gabriel Echeverri, a llamarnos a casa de éste para resolver lo conveniente.

Fuimos donde el Sr. Echeverri, y después de mucha discusión y mucho consejo, se convino en que Nemesio Gaviria, Emiliano Ortega y Manuel Echeverri tomarían a su cargo, por todos, la falta; que se presentarían al castigo que se les impusiera diciendo ser ellos los solos culpables.

Tomada esta resolución, fuimos a comunicar al Padre Freire, el que dispuso que los culpables fueran al cepo de pies, tendidos en el puro suelo por dos días y sus noches, y que mientras ese castigo se cumplía no habría clase, la que no se daría sino pasados los dos días.

Conformes todos nosotros, los muchachos mencionados pasaron al cepo y los demás a sus casas.

Cuando se cumplió el plazo, acudimos a nuestro estudio y a presenciar la libertad de nuestros amigos, a los que abrazamos llenos de agradecimiento por su sacrificio.

Viendo que el tiempo pasaba y que la puerta de la clase, no se abría enviamos a Floro Gómez a que indagara lo que pasaba y a poco volvió con la noticia de que no había clase. Entonces armamos una gritería de levantar muertos, y el Padre Freire, saliendo de su cuarto, nos dijo:

“Retírense, pues ya no habrá aquí nunca enseñanza para Uds.” Que era tanto como darnos con la puerta en los hocicos.

Así pasó el incidente, y el Colegio se cerró para nosotros.

Pero falta algo del cuadro.

Tuvimos necesidad en esos días de ir a San Pedro con nuestra hermana y otras señoritas que iban a pagar una visita al Señor de los Milagros; y en aquella población encontramos una noticia estupenda. Se decía, generalmente, que los estudiantes de Filosofía nos habíamos rebelado en forma contra los Jesuitas, y que en la asonada, Camilo A. Echeverri había disparado, a boca de jarro, un pistoletazo al Padre Freire, el que no murió por que una imagen de las Mercedes, que llevaba en el pecho, rechazó la bala que cayó a sus pies.

Y esto mismo dizque lo decían en otras localidades.

En el 44 que se publicó la Constitución del 43, se hicieron festejos públicos con el nombre de gran Semana, por la publicación dicha, y porque fue la primera vez que aquí se viera exposición de productos industriales del país. Recordamos entre esos productos una mesa redonda, fabricada por el entendido ebanista D. Simón Caballero, que fue lo que más llamó la atención. Dicha mesa estaba enchapada de madera de rosa, con bellos embutidos de marfil y maderas de colores.

Entre los festejos figuró en primera línea una cuadrilla a caballo, de las que aquí llamamos *Maestranza*, compuesta de cuatro compañías de a ocho jinetes, regidas por Ambrosio Mejía, Cayetano Gutiérrez, Nazario Lalinde y Domingo Jaramillo. Llevaban vestidos a la africana, español antiguo, turco y húsares prusianos.

Con el mismo traje bailaron en casa de D. Juan Pablo Sañudo, en un baile lujoso que tenía preparado.

En el 41 se estableció en la ciudad la primera elegante sastrería, dirigida por el maestro D. Eusebio Sanín, hombre competente en el arte.

El Capitán Gómez estaba aquí de guarnición con una compañía de infantería, y de entre sus soldados murió uno, y así lo reconoció en practicante del hospital militar.

Con dos soldados enviaron el cadáver en una camilla para el cementerio, y al subir a la puerta de éste, el muerto se sentó en su aparato, lo que causó tal susto a los conductores, que lo dejaron caer corrieron. Pasado el susto volvieron y encontraron al hombre bien vivo, aunque golpeado; lo condujeron de nuevo al hospital, y fue curado y vivió largo tiempo.

TIPOS Y ANECDOTAS

XIX

D. Joaquín López de Mesa era hombre de genio anadaluz y muy chistoso; componía sus versitos con gran facilidad, y si bien no estaban amoldados a la métrica, tenían intención determinada.

En el 41 y el 42 que la arbitraridad estaba a la moda, apoyada en la ley de medidas de seguridad, y que hubo atropellos sin cuento, D. Joaquín que pertenecía al bando caído, compuso estos versos:

Brutos, Nerones, Trajanos,
Causaron de Roma el fin,
Y a la infeliz Medellín
Maltratan estos tiranos.
Vino del Aguacatal
Trajano, su peor cuchilla;
Bruto, nació en Marinilla
Y Nerón en Guacimal.

Al hacer circular esta composición manifestó D. Joaquín un gran valor en aquel terrible tiempo, pues al hablar así pintaba a D. Manuel Posada, Jefe político; al Dr. Duque Pineda, Juez de Hacienda y a D. Gabriel Echeverri, Gobernador de la Provincia.

Una muestra de la tiranía de aquel tiempo.

Pasaba D. Proto Jaramillo, del partido vencido, pero inofensivo, por la plaza y tropezó con D. Gabriel, el Gobernador. D. Proto saludó y D. Gabriel lo detuvo y le dijo:

Proto, Ud. tiene los ojos muy encendidos y es que trasnochó conspirando.

Nó señor, sufro de jaqueca, y anoche la tuve muy fuerte.

Qué jaqueca! Nada, estuvo Ud. conspirando. Dentro de cuatro horas sale Ud. desterrado para Bogotá.

Y lo dicho dicho. Marchó D. Proto al destierro.

Otra muestra de la tiranía de aquellos tiempos de terribles pasiones es la que sigue:

Nuestro respetable padre y el Coronel Salvador Córdoba eran íntimos amigos, y habiendo aquél oído a éste último hacer elogios de un soberbio caballo bayo de D. Agustín López, lo compró y regaló a su amigo.

Pasaron algunos días y Córdoba se pronunció saliendo a la plaza en el caballo mencionado. Pues bien, el acto del regalo tan inocente como es y tan usado entre amigos, fue motivo para que a nuestro padre se le siguiera *causa criminal*, y se le redujese a prisión.

¿No es este el colmo del absurdo? Sí: es una enseñanza que demuestra hasta dónde puede conducir la pasión política; y no obstante no escarmentamos.

Conocimos un español que era llamado D. Vicentico y vivía en la casa de Da. Concepción Lotero, madre del Dr. José Ma. Facio Lince. Este Vicentico era un tipo bien curioso. Bajito y delgado de cuerpo, de andar muy contoneado; se dejaba crecer el pelo y tenía horadadas las orejas. Vestía con frecuencia ropas de mujer pero con todos los perifollos usados, como *aritos*, gargantilla etc. Paseaba así ataviado, por todas las calles de la ciudad, y se le quería tanto por su apacible carácter, que, aunque siempre seguido por una nube de muchachos, éstos no se burlaban de él.

Otro tipo curioso y de mérito teníamos en el *Ñato* Narciso, que no hace muchos años que murió loco; y todavía habrá muchos que conserven en su oído la fuerte y franca carcajada que tenía por costumbre emitir.

En aquellos tiempos viejos aún no era dado por loco, aunque parecía que sí tenía sus puntas. Se contaba de él esto que es bien original:

Entró un día a una casa de juego llevando en la mano un plátano guineo, y acercándose a una mesa, suplicó al montero le dejase apuntar aquella fruta contra cualquier cosa. Después de reñida contienda, el banquero convino en el apunte a contra de una cuarta o cuartillo, y el *Ñato* fue afortunado, y siguió ese día y otros ganando, y se hablaba de que la utilidad había subido a algo así como dos o tres mil pesos.

Verdad habría en esto porque el *Ñato* tenía buen caballo y vestía como el más acomodado artesano, rompiendo paño y lino finísimo que era un gusto.

Cuando ya estuvo enteramente loco, tuvo un día una salida chistosa.

Don Victoriano Restrepo, hombre alto y demasiado flaco de carnes, estaba cierto día en la tienda de Pacho González, tertulia obliada en la ciudad; llegó el *Ñato* Narciso a la puerta, vió a D. Victoriano y se dirigió a él, se le arrodilló al frente y le dijo juntando las manos:

“Muerte, dame un real”.

Nuestro hombre tenía una conformación de pulmones y laringe prodigiosa.

Cuando andaba de calle en calle enteramente loco, soltaba con frecuencia y sin motivo alguno aparente, unas carcajadas estentóreas que hacían reír a las gentes, y que duraban dos y hasta tres minutos sin que el hombre se manifestaba cansado o fatigado. Luego de pronto se quedaba serio y cara de palo, sin que llegásemos nunca a comprender por arte de qué verificaba aquello así.

Esta facultad de reír así nos llamó siempre la atención y tratábamos de imitarlo para utilizar la cosa en nuestro ejercicio de cómico, mas nunca pudimos llegar a una conclusión satisfactoria.

Había un señor, algo tartamudo, o media-lengua como el vulgo lo dice, al que las gentes llamaban *Señó Cabito*, y su propio nombre pocos lo sabían. Este señor servía un billar que gozaba de concurrencia y en el que, como es de rigor, estaba señalado el número de mesas que valían un real.

Pues bien: se ponían dos a jugar, y llegados al número fijado, *Cabito* tendía la tabla de apuntar sobre la mesa, impidiendo así la continuación del juego. Los jugadores trataban de apartar la tabla y él se resistía. Le decían que al terminar la partida arreglarían todo, y él les decía con sorna: “Y yo que...omo?”

Y no había remedio, o daban el real o concluía la diversión.

Ramón Arango, llamado el Cojo, tenía su originalidad. Como era inválido de una pierna, andaba en muletas, las que manejaba con gran destreza. Aficionado en extremo al aguardiente se embriagaba con frecuencia; y ya en este estado daba desaforados vivas al Padre Botero que era su ídolo, y marchaba en dirección a la Cárcel, en la que se presentaba diciendo al Alcaide:

“Abrame la puerta, compadre, que antes de que me traigan vengo yo a pasar la turca”.

El Alcaide le abría, entraba, se tiraba en un corredor, y a dormir hasta otra ocasión.

Carlos Hernández fue por mucho tiempo Sacristán de la parroquia, y habiendo perdido la *chaveta* fue despedido, siendo Cura el Pbro. Francisco de P. Benítez.

Tenía Hernández dos manías: una, consistente en llevar un palo delgado, que cargaba de tiras de trapos de distintos colores: a este palo lo llamaba bandera. La otra manía era más notable. Ponía como punto de comparación para todo al Cura Benítez; por ejemplo, se le preguntaba:

Fulano de tal, ¿qué tal hombre, Sr. Carlos?

Ladrón, contestaba, tan ladrón como el Cura.

Sr. Carlos ¿y tal otro?

Mal sujeto, como el Cura.

Y tal mujer, ¿la conocer?

Cómo no, si es casi tan vagabunda como el Cura.

Y el Cura Benítez, bien sabido es, era un sacerdote de grandes virtudes y a carta cabal.

“Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor”. Esta palabras atribuidas por la historia al Condestable Beltrán Duglesquín, cuando fue muerto D. Pedro el Cruel por el puñal de su hermano Enrique de Trastamara, con una pequeña variante se pueden aplicar a Pío Cubiles, emborrascador soberano del barrio de Guaneros, cuando ese barrio pasaba por *non santo*.

Decían que Cubiles andaba de casa en casa con chismes y enredos que iban formando atmósfera malsana, y cuando ya la polvareda se alzaba tremenda y rugía la tempestad en todas las calles, se retiraba tranquilo a su casa diciendo:

“Como no digan Cubiles, aunque se queme Guanteros”.

D. José Antonio Arango, caballero muy honorable, flaqueaba cuando se trataba de política, y no cedía un ápice de su opinión que era, en tiempo de la revolución de Córdoba, la de partidario convencido de éste.

Su hijo D. José Ma. y su nieto Vicente marcharon para la Costa, comisionados por Córdoba para traer armas, y entre ellas trajeron ese cañón grande que aún permanece aquí. Al saber D. José Antonio lo del cañón dió en amenazar a sus contrarios con él y les decía:

“Ahora lo veremos, ya tenemos el *ángel* que tumba las gentes por montones”.

Cuando el triunfo de Henao, como de rigor, vino el cañón a poder de los *ministeriales*, los que tomaban su revancha del Sr. Arango, y éste entonces les contestaba.

“No sean bobos, ¿creen que le tengamos miedo a esa *olleta de cobre*?”.

Tipo de marca fue el Pbro. José Antonio Palacio y de conducta no muy buena, según de público se decía. Tenía entendimiento claro y constestaba a las observaciones que le hacían con rapidez y acierto.

Sus últimos años los pasó arropado por la locura, y se cuenta que antes de poseerla cabal, estaba de Cura de uno de los pueblos vecinos a Medellín. Fue a visitarlo un amigo, sacerdote también, el que sorprendido al ver en la casa del Padre Palacio una joven como de veinticinco años, y no mal parecida, se puso en son de amistad a hacer sobre ellos observaciones, y entre otras manifestó que como los curas de almas debían dar ejemplo, no debían tener en su casa mujeres de menos de cincuenta años.

El Cura Palacio contestó de seguida a su cofrade con esta pregunta:

“¿Dígame, hermano granadino, no será lo mismo dos de a veinticinco?”.

Cuando ya se le suspendió de oficio y beneficio por causa de su locura, se vino a vivir a esta ciudad, en la que poseía casa de su propiedad, sita en la esquina de la calle de Salamina, en el desemboque a la de Boyacá.

Poseía el Padre un caballo alazán, buen caminador, y casi todos los días salía en él, pero con la particularidad de no hacerlo andar sino por las aceras.

Pasaba un día por la calle de Comercio y como de costumbre, por el enlosado de la parte oriental. El Sr. Alejo Santamaría que tenía allí su almacén estaba en la puerta, y al pasar el Padre, le dijo:

Padre Palacio, es mal hecho llevar el caballo por el enlosado.

El Padre detuvo el caballo, y preguntó al Sr. Santamaría:

¿Esto es suyo?

Sí señor, dijo D. Alejo.

Pues cércese amigo, replicó el Padre Palacio, y continuó su paseo.

Vivía el dicho Padre en una pieza de la casa de la Sra. Ascensión Piza, situada en la margen derecha de la quebrada Santa Elena, y dicha pieza sólo estaba separada de la que ocupaba la señora, por un delgado tabique que permitía oír de una pieza a otra todo lo que se hablaba.

La señora Piza tenía fama de rica, por lo que una noche que llovía mucho y la quebrada pasaba crecida, entraron varios a la casa y trataron de obligar a la señora a que les dijera dónde tenía el dinero. Ella se defendía como podía, gritaba y pateaba, y los asaltantes por su parte también movían la lengua. Uno de ellos propuso que amarraran una piedra del pescuezo de aquella mujer y la tiraran a la quebrada; y la pobre les decía:

“No me tiren al agua, porque me hace daño. Estoy dándome baños calientes con alhucema”.

El Padre Palacio que estaba en su cama y oía toda la contienda, se impacientó y gritó:

“Cristiana, por Dios, dígalos pronto donde está la cosa, para que posamos dormir”.

Entró una vez el Padre a la botica que administraba D. Federico Isaza, y este señor se puso a hacerle observaciones sobre su modo de proceder, poniéndole de presente que un sacerdote, aunque estuviera suspenso, no debía entrar a cualquiera pulpería a tomar tragos, y que si acaso no podía contenerse en ese vicio, comprara su botella y la depositara en lugar decente; que él por su parte le ofrecía aquel lugar. El Padre aceptó y después iba allí a tomar sus *mañanas*.

Un día le pareció que la botella no contenía tanto líquido como él creía, y volteando y mostrando a D. Federico la botella, le dijo:

“Hermano granadino: ¿Esto como que encoge?”

Muchas anécdotas, y graciosas, podríamos referir de dicho señor: más como en su mayor parte son de un morado que tira a lacre, nos abstenemos, aunque con pesar, por la porción de cosas buenas que se pierde el lector.

El inmortal *Ceguerita*, tipo de bobo, siendo lo contrario, aparecía por Medellín con frecuencia, y era el hazmerrir de chicos y grandes con sus salidas oportunas y graciosos ademanes.

Honrado hasta la exageración pues era incapaz de tomar nada que no fuera suyo, ni de hacer mal deliberadamente. Trabajaba en sacar y torcer cabuya y nos la vendía para las cometas. Se ayudaba un poco con el aguardiente y entonces cantaba con un desentono tan marcado que, o tenía uno que reír a carcajadas o desocupar la vecindad aturrullado con aquella discordancia.

Cuando la chispa llegaba al otro grado de *llorona*, se sentaba en el suelo a gemir y lamentarse, y si algún muchacho u hombre lo tocaba, prorrumpía invariablemente en esta sentida exclamación:

“Todos me pegan, menos el Señor”.

Todavía vive en Girardota y es el mismo que antes.

Manito, el popular *Manito* (jamás supimos el nombre), bobo, archibobo, hablando muy poco, y ese poco enrevesado; gruñendo siempre como un cochinito, y comiendo carne cruda, era el *topa con todo* de los traviosos muchachos, que lo perseguían y molían tanto que le hubieran hecho perder el juicio, si un animal de esa clase pudiera tener alguno. Los muchachos decían que tenía cola y de buen tamaño, y no faltaba alguno que sostenía haberla visto y tirado de ella.

Manito llevaba constantemente un montón de zurriagas, debajo del brazo y en la mano, y daba a los muchachos con ellas siempre que lo exasperaban demasiado.

Esta manía de Manito dió lufar al dicho popular entre jugadores de “hasta verlo con un atado de zurriagas como a *Manito*”, cuando alguno estaba ganando a otro, y este otro continuaba de cabeciduro aguantando las paradas de aquél.

Manito era nativo de la célebre *Culata* (San Cristobal, hoy).

Había unos dos sujetos que generalmente llamaban *Patalilo* y *Tulundros*. Un día andaban reunidos y tomaron tanto licor que cayeron privados en el atrio de la Vera-Cruz. Unos muchachos que salieron de la Escuela lo rodearon haciendo algazara. Patalilo se incorporó y pudo sentarse; y dándose cuenta de su situación vió a su compañero que permanecía acostado, empezó por moverlo para despertarlo, y le decía:

“Levántese compañero que está dando mucho escándalo”.

Poco tiempo después un curandero dio un brevaaje a Patalilo para que dejara el licor; lo dejó en efecto, pero quedó con un mal nervioso que lo obligaba a dar quejidos constantemente.

Patalilo era borracho consuetudinario, y se contaba de él lo siguiente:

Una noche pasó por los bajos de la casa que ocupaba el Capitán General y Gobernador, el español D. Carlos Tolrá. Patalilo gritó alto:

“Levántese Carlos Tolrá y cumple con tu obligación”.

Tolrá, que no era fruta que se comía oyó las voces y ordenó que cogieran ese borracho y lo pusieran inmediatamente en capilla. Al pobre Patalilo con el susto, y había por qué, se le quitó la *mona* que tenía: el trance era duro.

Los principales vecinos, teniendo noticia del caso, y unidos al inolvidable Cura Pbro. Francisco de Paula Benítez, hicieron inauditos esfuerzos para salvar a Patalilo, y al fin lograron vencer la obstinación del terrible español.

D. Vicente Velásquez, a quien generalmente llamaban *El Parientico*, y esto porque él a todos les decía *Parientico*, tenía por ocupación afinar pianos, y dar algunas lecciones de ese instrumento y de guitarra. Tocaba, además, algo de violín.

Este señor era partidario del Coronel Salvador Córdoba, y aun creo que algo de la familia. Cuando llegó aquí la noticia del fusilamiento de Córdoba y compañeros, D. Vicente no se *mosqueó*, continuó viviendo como si tal cosa. Pasamos dos o tres años todavía sostenía que Córdoba no había muerto, y apurado un día por algunos para que les dijera el fundamento de su creencia, les dijo en tono de profunda convicción.

“¿Ustedes son bobos? Pues yo no. Salvadorcito se dejó fusilar por estrategia”.

Había un loco, natural de Titiribí, pero que pasaba la mayor parte del tiempo en Medellín, y llamaba Indalecio Calle; era inofensivo, pero de leguas libre, por lo que sus buenas salidas no se puden escribir aquí. No obstante, referiré una de las pocas, de buena ley:

En una de las venidas de Indalecio, de Titiribí, pueblo del cual era Cura el Padre Vélez, hombre muy rico, se encontró en la calle con Antonio J. Escobar, su paisano, y le gritó:

“Antonio, estoy al descubri que el Padre Vélez, es mi tío, y si sale cierto no lo doy por plata ninguna.

Era D. Luis Upegui un caballero cumplido y sólo se le notaba mucha exageración y atildamiento en el leguaje, usando siempre palabras altisonantes y extrañas.

Encontrábase en cierta ocasión arrestado por deudas en la Cárcel de esta ciudad, que se hallaba donde está hoy el Hotel Continental. La Cárcel tenía dos departamentos: uno abajo para los criminales, y otro en el balcón para los arrestador por deudas, etc., y era su Alcaide Nepomuceno Zapata (a. Marinillo).

Cierta tarde que estaba D. Luis en el balcón que miraba al patio, departiendo amigablemente con otros arrestados, sintió abrir la puerta: se volteó a mirar y vió que entraba D. Mariano Molina, muy su amigo. Marchó al encuentro de Molina y a boca de jarro le envió esta andanada:

“Ay amigo D. Mariano; cuando la ley vincula a uno en su desgracia y entra en la Cárcel, queda silencioso en su *Aspeuto* y *circunspeto* de su familia, porque Zapata en su protervidad lo clasificaba y degenera y lo separa de sí mismo”.

Este D. Luis fue el mismo que de regreso de la Costa Atlántica, fue preguntando por uno si había conocido ferrocarril, y contestó:

“No, amigo, pero sí comí la carne”.

Curioso y notable tipo D. Jacinto Velásquez, generalmente llamado *Jacintico*, y que por su travesura, marrullería y astucia se había hecho célebre.

En aquellos tiempos en que él figuraba, se apostaba mucho en Medellín al tan conocido juego de la *cara o sello*, y él fue el inventor de la gran posada de con *cara gano yo* y *con sello pierde Ud.*, con la que por mucho tiempo engañó a nuestros inocentes vecinos.

Se decía en el público que D. Carlos de Escobar no se la llevaba bien con su esposa Da. Clara Piedrahíta, no obstante que siempre habitación una misma casa. Pero algo habría de cierto atendiendo a lo que pasamos a referir:

Una tarde llegó el Sr. de Escobar a la Fonda de Mora, donde con otros varios jugaba a los naipes y a los dados, y manifestó a los tertulios que había compuesto un epitafio para colocarlo en la tumba de su señora, cuando ésta falleciera.

Curiosos los otros le rogaron lo dijese y él recitó:

Aquí yace
Clara Piedrahíta
Y descansa
Carlos de Escobar.

Un día en esos *tiempos viejos* nos hicieron ver un hombre de Belén o las Quebraditas que refería este gracioso episodio:

Decía que caminaba hacia el Noroeste, contratado para el trabajo de una mina, se unió con un hombre que llamaba José María, e iba para Remedios. Que anduvieron juntos algún tiempo, hasta que llegando a un punto donde se hallaba el camino que él debía seguir, se vieron forzados a separarse. En consecuencia, el José María siguió el camino de Remedios, y él se quedó un momento allí parado viéndole andar. Que ya iba a tomar su vereda, cuando con gran susto vió a linde con el camino por donde debía pasar su compañero, un tigre agazapado como en son de aguardar su presa.

Que su confusión había sido extrema porque no veía modo de advertir del peligro a aquel hombre, pues si hablaba dando el aviso, el tigre comprendería y más pronto saltaría sobre el infeliz viajero. Que pasado un momento tuvo una inspiración sublime y fue la de que cambiando las palabras, o lo que es lo mismo, diciéndolas al revés, el hombre se salvaría, porque era imposible que el tigre se diera cuenta de lo que de ese modo se decía.

Por consiguiente se puso a gritar:

“Ñó Sejoriama raco que se lo meco el greti”.

El hombre pasó sin novedad, y el tigre se retiró a la montaña.

El alemán D. Luis Platín, buen platero y famoso grabador, se había radicado en Medellín, en donde contrajo matrimonio, del cual tuvo un hijo que se llamaba Natalio.

D. Luis era laborioso en extremo: siempre se le vió dándole al martillo y a la lima, o con el buril en la mano; pero como que era bien aficionado a la *agüita fresca de Lourdes*.

En la casa parece que no lo pasaban a lo Heliogábalo, ya porque el trabajo de D. Luis no le produjese lo suficiente, o ya porque lo que él gastaba fuera más de lo conveniente.

Así, pues, el muchacho estaba siempre con cara triste, e iba a la platería del padre a sentarse en un rincón y sollozando.

D. Luis preguntaba con su acento alemán:

¿Natalio, tienes hambre?

Sí, señor.

Pues acuéstate a dormir porque hoy estamos *gerbidos*, y seguía su martilleo.

D. Carlos A. Escobar pasaba por hombre inculto, pero de un gran talento natural y de innata galantería y finura en el trato social.

La mayor parte de su juventud la pasó en una finca de campo de su señor padre, finca situada en el Guamal y que hoy pertenece a la familia de D. Luciano Restrepo. No se le veía de continuo en la ciudad sino cuando había festejos públicos, en los que era el primero en enlazar un toro bravo y conducirlo a la plaza, o en montar los caballos más reacios y de peores mañas, pues era un jinete consumado. Era muy loco a caballo, abría éste a la carrera en una calle y no reparaba en la concurrencia, a la que con frecuencia causaba desperfectos, razón por la cual todos tenían miedo cuando lo veían jinetear.

Un tiempo dejó sus hábitos del campo y quiso pasar alguno en la ciudad, y como contaba con recursos suficientes, se hizo ropa a la moda y entró al figurar en primera línea entre los cachacos.

En esos días dió D. Víctor Gómez un baile al que fue convidado Carlos A., y cuando la orquesta principió a tocar el primer valse de dirigió, guiado por su galantería, a la hija mayor del Sr. Gómez a invitarla al baile.

Llegado al frente de la señorita, y antes de que Escobar hablara, ella se manifestó sorprendida y asustada, por lo que Carlos le dijo:

Señorita, no tiene por que asustarse, pues no traigo toro ni vengo a caballo.

En seguida le hizo su invitación, y ella, no sabemos por qué, largó un

No señor, no bailo con Ud.

Escobar lució una galante cortesía, y replicó:

Mi señorita, tiene Ud. muy mal gusto porque bailo divinamente.

Nuestro buen padre acostumbraba ir a cenar a una fonda que tenía el Sr. José Torres Puerta; y una noche encontró allí al Sr. Manuel Ma. Estrada que había tomado bastantes copitas.

Estrada contaba a los que allí estaban que era pariente cercano del General José Ma. Córdoba y se gloriaba mucho de ese parentesco, agregando que como esa sangre imponía, él era muy valiente.

Nuestro Padre, que comía su cena se fastidió de tanta *flota* y para cortar el hilo a Estrada le preguntó en tono un poco irónico:

¿Conque Ud., Manuelito, es de la familia de Córdoba?

Sí señor. ¿Lo duda Ud.?

No, Manuelito, sólo que no lo parece.

Estrada se creyó insultado, y como estaba exitado por el licor, se dirigió con los puños cerrados en son de dar bofetones a nuestro padre. Este se levantó y con presteza llevó la mano al bolsillo de pecho de la levita: sacó los anteojos cuya caja era de madera y la tapita con dos resortes, abrió la caja y dejó caer la tapa, y el ruido que hizo pareció a Estrada el del monte del gatillo de una pistola. Entonces se tiró al suelo de rodillas, y juntando las manos dijo a nuestro padre.

“Pachito, por Dios, no me mate que estoy sin confesión”.

Los circunstantes soltaron la carcajada, y nuestro padre muy serio, dijo a Estrada:

“Levántese Ud., Sr. de Córdoba; por esta vez lo perdono”.

En esos tiempos viejos no se conocía aquí el cuatillo, de modo que los medios, que era la última expresión de la moneda, se dividía imaginariamente en *mitades* que se llevaban en cuenta.

Un Sr. Mariano Zapata, llamado comúnmente *Plagas*, hombre muy capaz de armar un cisco tremebundo para embromar a determinado prójimo, era al mismo tiempo lo suficiente honrado y de corazón levantado para sacrificarse en beneficio de algún necesitado. Gustaba este señor de genio festivo, de hacer juegos de palabras de doble sentido, y con frecuencia verificaba este, pongo por caso: Llegaba donde una mujer de las que vendían aguardientes, y le pedía una *mitad*, lo que equivalía a lo que hoy se llama *Pachero*. Le servía el trago y salía, luego volvía y decía a la ventera:

Yo le debo a Ud. una mitad, ¿no es cierto?

Sí, señor, decía la mujer.

Y Ud. me debe otra mitad, ¿no es cierto?

Sí, señor, respondía la ventera, teniendo en cuenta que el medio valía dos *mitades*.

Pues entonces, argüía Zapata, estamos en paz.

Al fin la mujer que veía que todos los días Zapata tomaba una *mitad* y nunca pagaba, cayó en la cuenta del chiste y lo hizo presente a Zapata en el acto que éste le repetía la cantinela, y le exigió el pago inmediato de lo que le debía. Zapata aturdido no supo qué contestar, y la mujer enfurecida le dijo:

“Pícaro, ladrón, en el infierno lo veremos”.

Y Zapata con sorna, y alargándole la copa le contestó:

“Con ese plazo, mi señora, écheme otra mitad”.

Pueden habérsenos pasado muchos episodios en claro; y en este caso suplicamos a todos en general, sea de palabra o por escrito, nos hagan sus indicaciones que con gusto acogemos e intercalaremos en una edición que en libro tenemos la intención de publicar, no sólo de lo conocido ya, sino de cosas que no han visto la luz y que tratan siempre de *cosas viejas*, único género en que nuestra literatura es de recibo.

Dice una máxima religiosa que cuando la intención es buena, el resultado siempre es provechoso; y como nosotros no hemos tenido en mira, al dar a conocer lo pasado, más que la instrucción y divertimento de nuestros pocos lectores, es evidente que la intención no es mala: por lo cual y más que todo, por la benevolencia del pueblo antioqueño dormiremos tranquilos sobre nuestros 1... chiros de cama.

XX

Hemos cumplido nuestro propósito. Hemos relatado a conciencia los *tiempos viejos* de Medellín, comprendidos del año de 1830 al de 1844, y antes de dejar descansar nuestra mal cortada pluma nos vemos precisados a hecer algunas observaciones, a nuestro juicio necesarias.

Es muy posible y hasta de cajón, que un trabajo sometido en su parte principal únicamente a la memoria, adolezca de faltas que a veces no es dado evitar. Muchas cosas sucedidas en ese tiempo no constarán en lo escrito, ya porque no llegaron a noticia nuestra, o ya porque la memoria nos hizo defecto, y en este caso se debe tener indulgencia con el narrador.

No obstante, creemos que obramos bien aconsejando a los jóvenes que lean estos apuntes con cuidado y meditación, a fin de que aprovechen la lecciones que ellos contengan. La crónica y la historia se escriben con el objeto de poner de presente a las generaciones sucesivas los acontecimientos habidos, y las costumbres de otros tiempos, de modo que ellas no son sino cuadros sinópticos de enseñanza objetiva, de los cuales deduce el lector lo bueno y lo malo, lo que deba adoptarse o lo que debe desecharse, teniendo en cuenta, eso sí, la variación de circunstancias. Si una costumbre es buena y provechosa, sígase: no se le rechace bajo pretexto de que es anticuada; y si es mala y su aplicación puede traer perjuicio, pues fuera con ella; reléguesela al olvido.

Como se observará al primer golpe de vista, en ningún punto de la relación decimos niños, sino muchachos o chicos, tratándose de los de poca edad, y eso consiste en que en los tiempos que relatamos no se les llamaba de otro modo, porque la palabra niños es fruto de la adelantada civilización y entonces como que éramos, a juicio de muchos, poco *civilizados*.

Que no hemos escrito estas páginas por ganar fama de escritores, ni por lucro pecunario, es evidente. Lo primero no sería fácil lograrlo porque, en verdad, lo relatado es sin pretensión de literato, ni acabado en el lenguaje, y mal podríamos aspirar a aquella altura con faltas tan notables; y lo segundo, porque somos poco ambiciosos, y ya a nuestra edad sólo se piensa tener lo necesario para la vida, y esto, gracias a Dios, lo tenemos hasta de sobra, pues habiéndonos dado unos hijos modelos de buenos, ellos no permiten que carezcamos de nada. Entramos en estas consideraciones para que se vea que si hemos exprimido el magín, no ha sido otro el objeto que entretenernos recordando nuestras mocedades y también entretener los ocios de los que se atrevan a leernos, y ponerles de presente lo que fuimos, para que con el ejemplo se aseguren más en el modo de proceder y obrar.

Nos ponemos a disposición de los Aristarcos conocidos y por conocer para el examen concienzudo y justo de nuestras *vejece*s, pero a aquellos que al hincarnos el diente, apretaren mucho, les contestaremos desde ahora, refiriéndoles un saludo cuantecito, con el que aguardamos no se darán por ofendidos:

El Dr. Francisco Javier Zaldúa tenía en Bogotá, en la Calle Real, su estudio de abogado, en la parte baja de una casa. Una gram reja con varillas de hierro daba luz y aire a la pieza.

Había por aquel tiempo en Bogotá uno que llamaban el loco Torres, que paseaba por la ciudad, siempre armado de un pedazo de bastón que llevaba en la mano, invariablemente perpendicular.

Sucedió que un día que trabajaba el Dr. Zaldúa pasó por ahí Torres, y llegado a la reja rastrilló con fuerza su palo en las varillas, y el Dr. Zaldúa sorprendido volteó el cuerpo y viendo a Torres, el dijo:

“Hombre, Torres, eso está muy mal hecho”.

Entonces el loco se arrimó a la reja, y metiendo el brazo armado de su palito, por entre dos varillas, contestó:

“Tome el palo, doctor, y hágalo mejor”.

Medellín. Mayo de 1897.

Juan.

MAS VEJECES

(AL SR. FRANCISCO DE P. MUÑOZ. COMO PRENDA DE SINCERA AMISTAD).

Juan.

Hoy me hallaba en mi casa aburrido como lo más y dado a todos los diablos, cuando acertó a entrar un amigo mío muy querido, y después de apretarse la mano me habló.

Te encuentro cabizbajo y triste, ¿qué te acontece?

Déjeme, hombre, que estoy tentado a tirarme por el balcón.

Bien, ¿pero por qué?

Porque este Carlos A. Molina me tiene alto del suelo con sus impertinencias. Oye la esquelita que acabo de recibir:

Amigo Juan: necesito para el próximo número de *La Miscelánea* algo de *vejeces*. Suyo etc.”

No le faltó sino concluir: “o lo ahorco ó lo fusilo”.

Pero yo no veo allí nada malo, nada que te causa tanto fastidio. Mándale alguna cosa y en paz.

¿Y de dónde saco yo más enredos? ¿Acado mi pobre cabeza es el talego de Robert, del que éste sacaba a voluntad confites, huevos, naranjas, cintas etc.?

“Buscad y halláreis”, dice el Evengelio.

Déjate de Evangelio y de niños muertos; te aseguro que el tal Molina es mi ave negra: no me deja ni a sol ni a sombra: por todas partes lo encuentro y estoy ya sordo con tanto oír: “Juan, ésto”, “Juan, lo de más allá”. A decirte verdad, no soy yo mismo, estoy como un mi compadre que muy *enquimbado* el pobre, no tenía calle en Medellín por dónde caminar libremente sin encontrarse con algún aceedor, y la última vez que me lo tuve delante me dijo en todo muy triste.

“Ay, compadre, ya no puedo pasar ni por La Solitaria!”.

Quieres que te dé un remedio para que salgas de Molina?

Te lo agradecería en el alma.

Pues bien, envíale aquellos cuentos que me leíste en días pasados y que son a propósito para apagar el entusiasmo.

¿Y crees tú que eso sea remedio soberano?

Tal creo.

Desengáñame, hombre; si el tal Molina tiene unas tragaderas tan anchas como hasta la pared del frente, y es muy capaz, créelo, de zamparse hasta un artículo del antiguo *Fuego*. Además, está ayudado. ¿Crearás que hay en la imprenta, donde publica su papel, unos caballeros muy simpáticos, es verdad; D. Lino R. Ospina y D. Alejandrino Cárdenas, que han dado en la gracia, por débiles, de hacerle poner en letras de molde todo lo que Molina les envía? ¿No es ésto atroz de toda atrocidad?

Insisto en que es la única medicación, y que yo en tu lugar obraría como te digo.

Bien: voy a enviarle, pues, esos papelotes, a ver si de una vez salgo de él. Si no los publica, no volverá con sus autocráticos pedidos; y si es tan atrevido que los de a la prensa, mejor: se llevará la trampa a su dichosa *Miscelánea* y yo podré vivir sin estar estrujándose la mollera.

¿Y sabes tú otra gracia de Molina? Que se lo quiere todo facilito y sin mayor trabajo, parodiando a aquel infeliz perezoso, de quien se cuenta esto:

No pudiendo conseguir la subsistencia por su ingénita pereza, resolvió *meterse a muerto*. En este estado marcharon con él al cementerio, y en el camino una mujer compasiva preguntó a los conductores:

¿A quién llevan ahí?

A fulano que se da por muerto porque no tiene qué comer.

Pobrecito, sáquenlo de esa caja que yo le doy un almud de maíz.

El perezoso, alzando la cabeza, preguntó:

¿Me lo da pilao?

¡Vaya al demonio! dijo la mujer.

Pues entonces, que sigan el entierro replicó el *muerto*, y se volvió a tender.

Y siguiendo el consejo del amigo, los mencionados *cuentos viejos* fueron a dar a poder de Carlos A. Molina.

Principian así:

UN SUCEDIDO QUE PARECE NOVELA

¡El Destino! ¿Qué es el destino? Yo no lo sé. Muchos pensadores moralistas y filósofos se han devanado los sesos pensando y disertando grandemente sobre el asunto, y después de discurrir en un círculo vicioso, sacan por conclusión... pues nada, que siempre salen *abajito del paso*.

Lo que nos hemos criado en la religión del Crucificado y seguimos observándola, no creemos en el tal destino, porque no atinamos a compaginar esa idea con la justicia inmutable y misericordiosa, dos de los atributos más grandes de Dios. Pues ¿cómo es posible que Dios con su infinita bondad, enviara al hombre al mundo con su fin ya preconcebido? Entonces lo que nos enseña la Iglesia sobre las recompensas y castigos de las buenas y malas acciones, sería una solemne mentira e inútil el buen comportamiento y el trabajo para llegar a ser virtuoso. Si llegamos al fatalismo del mahometano, y damos en afirmar *que estaba escrito* cuando cometemos alguna falta, entonces *hasta más ver* a la formación de una sociedad culta y moral.

Dios no obra así: El dice al hombre: “Vete a rodar y a más rodar a ese planeta que llaman tierra. Te dejo tu entera libertad, tu libre albedrío para que elijas camino: si eliges el bueno, guiado por la prudencia y previsión que te doy, subirás a la meta donde me hallarás; y si eliges el malo, serás castigado”.

Yo creo esto, y siendo así ¿dónde está el tal Destino? No lo veo por ninguna parte.

No obstante hay suertes tan singulares, que confunden al más entendido, y una de ellas es la que voy a referir.

Por allá en el año de 1819 gobernaba a Antioquia, en nombre de *nuestro adorado monarca el Sr. D. Fernando VII, de infame memoria*, y con título de Gobernador y Capitán General, el Teniente Coronel, D. Carlos Tolrá; y lo acompañaba como Jefe del Escuadrón de Húsares su hermano el Coronel D. Juan Tolrá.

Era el D. Juan, según decían los que lo conocieron, un hermoso hombre, de buena estatura, robusto y con la gracia de ser un elegante y consumado jinete; pero al mismo tiempo era irascible y muy dado a la barbarie contra los americanos que no pensaban como él.

Vivía, al mismo tiempo, en esta Villa de la Candelaria, la Srta. Teresa Villa, perteneciente a una familia de respetabilidad y sobre la que corría la fama de ser la más bella mujer que Dios había creado por esta tierra.

Esto de la más bella podría dudarse, porque esta querida Antioquia ha sido siempre y es un ameno vergel donde abundan las ricas flores de este género; y lo grave sería poder calificar con justicia para no hacer agravio patente.

Pero dejemos esta digresión y vamos al cuento.

Sucedió, pues, que el buen mozo de D. Juan y la bellísima Srta. Villa se vieron: que aquél se enamoró perdidamente de ella, y se lo hizo conocer por cuantos medios estuvieron a su alcance: que ella lo vió con buenos ojos, y que últimamente llegaron al caso de tratar de matrimonio, el que se llevó a cabo en el menor tiempo posible.

Verificado el enlace un día por la mañana, pasaron a la casa a festejarlo, como entonces se usaba, es decir, con espléndidos almuerzos y comida, y a la noche próxima gran baile.

Estaban los novios rodeados de sus amigos en torno a la mesa, donde se hallaba servido apetitoso almuerzo, y apenas comenzaban a gozarlo, cuando se sintieron las herraduras de un caballo que entraba al patio a todo galope. Tolrá llamó un asistente y preguntó qué significaba ese ruido. El asistente dijo que era un Oficial de Ordenanza que llegaba en el momento y preguntaba por el Sr. Coronel. Este ordenó que se le introdujese.

Se presentó el Oficial sudoroso, jadeante y cubierto de barro y polvo, y presentó al Coronel un pliego cerrado.

Tolrá pidió permiso a la sociedad, abrió el pliego y desde los primeros renglones que leyó, se inmutó tanto, que todos lo notaron.

Terminada la lectura, Tolrá se puso de pie y un poco afectado manifestó que el Virrey D. Juan Sámano le daba orden terminante de sin perder un minuto, montar a caballo y con el Escuadrón de Húsares que mandaba, ponerse de inmediatamente en camino y a marchas forzadas, a las órdenes del Coronel Barreiro, pues los insurgentes, aparecidos por el Norte, venían sobre la capital. Agregó Tolrá que como el deber era lo primero, se veía obligado a marchar en el acto.

Al efecto, y sin despedirse de nadie, salió rápidamente, y a poco se oyó el clarín tocando botacilla.

Supóngase el lector cómo quedaría y en qué situación la infeliz desposada, tanto más cuanto que a poco rato llegó a sus oídos el toque de marcha, y se convenció de que entonces no volvía a ver al elegido de su corazón.

El Coronel Tolrá marchó como se lo ordenaban y llegó a tiempo para tomar parte en la memorable y gran batalla de Boyacá, donde sin duda sucumbió, aunque su cadáver no fue identificado, pero tampoco apareció en ningún punto de la República, ni en España su tierra natal.

La pobre esposa, sin serlo, aguardó pacientemente algún tiempo, hasta que convencida de que era muerto, formó el proyecto de ir a Bogotá y encerrarse en un convento.

Llevó a cabo su resolución y marchó a la capital, donde se hospedó en casa de una pariente, mientras se efectuaban las diligencias consiguientes para su enclaustración.

En estos intermedios fue vista por el gallardo antioqueño Coronel José Manuel Montoya, y requerida constantemente de amores por el bravo militar, fue olvidando poco a poco su deseo del monjil; y al fin concedió al mano que con tanto ahínco se le pedía.

Se verificó el matrimonio, pero no gozó la Sra. Villa largo tiempo de su unión, porque el Coronel Montoya, persiguiendo en las calles de Bogotá a un Oficial rebelde, fue muerto por éste de un pistoletazo.

Yo no sé qué podrá decirse de la suerte de la Sra. Villa de Montoya.

¿Estaba predestinada a no gozar tranquilamente de la paz del hogar al lado de un marido de su elección?

Decídalo el que se atreva a tanto, yo por mi parte, declino la honra, si honra puede haber en descifrar logogrifo tan intrincado.

Alla tú, como decía el otro.

ORIGEN DE DOS REFRANES

Por allá en los años antes del 16 de este siglo, se reunían diariamente en casa de D. Felipe Mejía (la que hoy ocupa la Telagrafía) varios caballeros de garnacha, entre los que se contaban D. Venancio Granados, D. Rafael Gónima y Llano, D. Francisco Vélez, D. Carlos de Escobar, D. Juan Uribe Mondragón, D. Juan Santamaría, D. José Ma. Uribe Restrepo y D. José Obeso, y se entretenían todas las tardes en el juego de *ropilla*, y más comúnmente en el de *primera envidia*, por ser este último juego el que mejor se prestaba para que entraran a él el mayor número de personas, y porque se podían hacer apuestas más fuertes.

Todos los asistentes eran hombres pudientes y lo suficientemente delicados para cubrir a primera hora del siguiente día lo que se perdía a crédito o bajo palabra.

El Sr. Gónima y Llano desempeñaba en aquel tiempo la Administración General de tabacos de la Provincia, y tenía costumbre de siempre que perdía sobre la palabra alguna suma enviarla a su acreedor con uno de los guardas de la renta.

Algunas veces solía ganar y entonces, como se le felicitase por su ganancia y buena suerte, él decía jocosamente:

NO SIEMPRE MADRUGA EL GUARDA

El Sr. D. Venancio Granados se salía de sus casillas siempre que perdía: tenía una lengua muy suelta y ágil, y dejaba salir por aquella boca barbaridades sin cuento. Generalmente la tomaba con los Santos poniéndolos como no digan dueñas, y en las rondas que muchas veces hacía por la Corte celestial, no escapaban de sus invectivas ni Cristo ni su Santísima Madre.

Al principio los compañeros se reían de esos blasfemos dicharachos; pero al fin se fueron fastidiando de oírlos, y más que todos el Sr. Gónima y Llano, que era cristiano convencido, y por consiguiente timorato, resolvió no volver a la tertulia.

Los amigos del Sr. Gónima y Llano, que lo eran todos, vieron con extrañeza la no concurrencia de éste y comenzaron a indagar la causa. Uno de ellos se acercó al Sr. Gónima y Llano, y después de muchas instancias logró que éste le manifestara que su retirada provenía de que estaba ya cansado de oír las blasfemas del Sr. Granados.

El amigo aquél habló con el Sr. Granados, y éste que quería de veras al Sr. Gónima y Llano, y además arrepentido de sus *bocaterías*, se presentó a su amigo y trató de desagraviarlo, prometiéndole, si volvía a la

reunión, que no oiría de su boca una palabra descompuesta. Gónima y Llano se dió por satisfecho y las cosas continuaron por su curso ordinario.

Una tarde jugaban la *primera* en una sala en la que estaba colgada en la pared una estampa que representaba a Pilatos en el acto de ordenar la amarrada de Jesús a la columna para azotarlo; y como quiera que esa tarde la mala suerte perseguía al Sr. Granados, y como éste recordando su compromiso no se atrevía a soltar el trapo, estaba como en un potro, rechinando los dientes y mordiéndose la lengua. Llegó un momento en que perdiendo una apuesta de consideración fue a estallar, pero miró al Sr. Gónima y Llano que le quedaba al frente e hizo fuerza para contenerse. Entonces se levantó; hechó una mirada circular por la sala; vió la estampa de Pilatos, y aquí que no peco, soltó un

“APRIETA PONCIO”

que retumbó en el espacio e hizo reír largo a los compañeros.

He aquí el origen de los dos refranes mencionados.

HUMILDAD Y ARROGANCIA

El caso que voy a referir que tuvo lugar en los primeros años del siglo presente, y me lo contó una persona de mi familia que decía lo había presenciado, y por desgracia no recuerdo los nombres propios de los personajes: o no me los dijeron, recordando sólo los apellidos. Así y todo allá va.

Un Sr. Posada, muy esforzado y malas pulgas, según se ve de su modo de proceder, se encontró en la calle del comercio de esta ciudad con un Sr. Vélez. Por no sé qué asunto se trabaron de palabras, y la disputa llegó a un punto en que el Sr. Posada asentó a su contendor un soberbio bofetón que lo trajo al suelo.

Seguramente el Sr. Vélez no era de la familia de los Córdoba, y en vez de pararse y replicar, se marchó donde el Sr. Villa, Alcalde ordinario, a ponerle su queja.

El Alcalde mandó comparecer a su presencia al Sr. Posada y le hizo presente la queja del Sr. Vélez por el maltrato de obra. El Sr. Posada manifestó ser cierto lo que Vélez decía, y en consecuencia el Alcalde condenó al Posada a pagar una multa de cien patacones, multa que según la ley debía repartirse entre el fisco y el agredido.

“Bien, Sr. Alcalde, dijo Posada, voy a mi casa a traer el dinero. Disponga Ud. que el señor no se retire para que *lleve su parte*.”

Salió, pues, el Sr. Posada, y regresó a poco envuelto en su capa y llevando en la mano derecha una mochila con los cien patacones. Puso la mochila sobre la mesa y dijo:

“Aquí está el valor de la multa”.

Luego dejó caer el embozo de la capa: sacó su mano izquierda armada con una mochila igual a la primera, y poniéndola también en la mesa, dijo dirigiéndose al Alcalde.

“Y aquí están otros cien patacones por otra trompada que daré a este cobarde”.

Y dicho y hecho: dió el bofetón, y el Sr. Vélez viendo estrellas fue a dar debajo de la mesa.

¡Que canela tan envidiable la de este Sr. Posada!

HONRADEZ

Antes de ahora los Cabildos tenían el deber de arbitrar recursos para la refección de las iglesias; y como los Tesoros parroquiales nunca han estado por acá muy sobrados, regularmente imponían una contribución directa entre los vecinos.

Una de estas veces, creo que en el 45, el Cabildo de Medellín repartió una contribución de una suma crecida para la refección de la Iglesia Mayor (hoy Catedral) que amenazaba ruina.

Se señaló en esa contribución al Sr. José Ma. Uribe Restrepo una cuota de cien pesos, habiéndole calculado cien miel de capital.

Fijada la lista de contribuyentes, el Sr. Uribe tomó sus libros de cuentas y pasó a hacer reclamo ante la Junta respectiva que tenía sus sesiones en la nave principal de la mencionada iglesia, y estaba presidida por el venerable Cura Pbro. Francisco de Paula Benítez.

Manifestó el Sr. Uribe al Presidente que iba a reclamar de la cuota que se le había asignado, y ese funcionario expresó que estaba la Junta pronta a oirlo.

Entonces el Sr. Uribe abrió sus libros y dijo poco más o menos esta palabras.

“Vengo, señores, a reclamar de una grave injusticia que se ha cometido. Se me han asignado cien pesos de contribución, computándose un capital de cien mil, siendo así que como consta en estos libros, mi caudal asciende a doscientos mil, y por consiguiente lo que debo pagar son doscientos y no cien pesos.

Ahora bien, los cien pesos más que yo pagaré deben rebajarse proporcionalmente a muchos pobres que han sido gravados injustamente, atendiendo a lo a mí señalado”.

La Junta hizo lo que el Sr. Uribe quería, alabando este sublime rasgo de honradez.

Como cuantos habrá que hoy hagan otro tanto que lo hecho por el Sr. Uribe?

IGUAL PARA TODOS

Este cuento tal vez sea exótico; pero como una vieja criada de mi casa que me contó lo daba como pasado en uno de los pueblos cercanos a Medellín, y como por otra parte tiene su buena moraleja y es gracioso, me ha venido en ganas de referirlo.

Un joven matrimonio había logrado la bendición de Dios, el que les concedió un chico como unas perlas.

El marido dispuso el bautizo de la criatura, y preguntó a la mujer:

¿Haremos padrino al vecino Pedro?

No, dijo la mujer.

Bueno, entonces ¿a Juan?

Tampoco.

¿A Baltasar?

Menos.

Pero mujer, ¿no te satisface ninguno? ¿A quién quieres, pues?

A uno que sea igual para todos.

¿Y dónde se encuentra ese?

Veremos, yo buscaré.

Pasados algunos días la mujer se puso en campaña cargada con su *nene*, en reclamo del padrino apetecido según su deseo.

Yendo por un camino encontró con un viejecito que al saludarla le preguntó a dónde se encaminaba, y ella contestó:

Voy señor en busca de un padrino para bautizar este muchacho-

Pues no ande Ud. más, señora, yo serviré de padrino-

Bueno, ¿Pero quién es Ud.?

Yo soy el Cristo.

Nó señor. Ud. no sirve.

Pero ¿por qué no sirvo?

Porque Ud. no es *igual para todos*.

¿Qué no soy igual para todos?

No señor, Ud. a unos les da mucho, y a otros, como a nosotros, les deja limpios. Imposible, señor, imposible.

Y echó a correr camino adelante en busca de su ideal.

Más luego tropezó con una mujer bien parecida, que le hizo la misma pregunta de “a donde se encaminaba”, y ella contestó del modo que lo había ya hecho. La mujer le dijo:

Yo apadrinaré el niño, no ruede Ud. más.

¿Y quién es Ud?

Soy la Virgen María, madre de Cristo.

¡Huy! No señora, porque yo necesito uno que sea *igual para todos*, y Ud. no lo es porque a unos ampara y favorece y a otros nó.

No señora, no me conviene, y siguió adelante.

Después de mucho andar y mucho rehusar padrinos, dió con una mujer muy alta y tan descarnada que no tenía más que los huesos. La mujer ésta le preguntó:

¿Dónde, va buena mujer?

En busca de padrino para mi hijo, mas no lo encuentro porque como yo lo quiero es que *sea igual para todos*, y parece que ninguno tiene esta condición.

Pues llegó Ud. al fin de su jornada, porque esa condición la tengo yo.

¿Y cómo se llama Ud?

La muerte.

Conseguido el objeto de su viaje la madre dió muy contenta la vuelta a su casa, y refirió a su marido lo ocurrido. Este se puso alegrísimo, pues consideró que siendo la muerte su comadre no dejaría de tener consideració por él.

Pasado algún tiempo recibieron los esposos la visita de la muerte, la que les manifestó que dentro de quince días volvía por su compadre. Que contra su costumbre avisaba para que se preparara. Que estuviera pronto y no la hiciera aguardar.

La mujer lloró, suplicó y mostró el chiquitín a la comadre a ver si lograra conmoverta; pero esta señora fue inexorable y se retiró.

La víspera de cumplirse el pazo de los quince días, el hombre ideó disfrazarse, y al efecto se rapó el cabello y la barba y se puso un vestido diferente del que acostumbraba llevar.

Ya al día del plazo convino con su mujer en que ésta dijera a la muerte que un asunto urgente lo había obligado a salir, y que dejara el viaje para otro día. Luego se colocó sentado en el rincón de una pieza de la casa.

Llegó la muerte, preguntó por el compadre, y la mujer le dijo lo convenido. Entonces aquella señora, muy incomodada por la falta de atención de su compadre, se puso a pasear por toda la casa; y habiendo visto al tal compadre en un rincón, habló así a la comadre:

“Vea, comadre, mientras vuelve mi compadre me llevo este motiloncito”.

Y cargo con él y hasta hoy.

DAR EN EL CLAVO

El Pbro. José Antonio Palacio, muy pobre en los primeros años de su ejercicio sacerdotal, vivía en un cuarto de la calle llamada de *Las Lalindes*, hoy de Cundinamarca. Dicho cuarto tenía una desvencijada ventana que daba al interior de la casa que habitaba una familia que era aficionada a la cría y sostén de gallinas.

Un día una de esas aves entró por la ventana al cuarto del Padre Palacio, saltó sobre la cama, formó su nido y puso un huevo que el Padre tomó y comió sin escrúpulo alguno. La gallina volvió allí con constancia y todos sus huevos eran comidos por el Padre Palacio.

Tuvo el Padre necesidad de confesarse, y en ese acto, no olvidó la operación de los huevos verificada por él. El confesor, que lo era el Padre Serna, le hizo presente que el pecado alzaba mucho, puesto que disponía de una cosa que no le pertenecía, y previo el propósito de enmienda manifestado por el penitente, le impartió su absolución.

Vuelta la gallina a su querencia, y vuelta el Padre Palacio a engullirse los huevos, sin recordar su propósito o haciéndolo a un lado sin miramiento.

Nueva confesión, en la que jugaron su papel los huevos, y esta vez ya se indignó el Padre Serna y reprendió agriamente a aquel hombre que tan poca voluntad tenía para sobreponerse a esa pasión. Ultimamente el Padre Palacio prometió montes de oro, y absuelto se retiró.

Más tarde otra confesión en que los huevos no salieron a relucir para nada, y entonces el Padre Serna antes de darle la absolución, dijo al Padre Palacio:

Veo que Ud. cumplió por fin con lo prometido, pues dejó ya de comerse los huevos que tanta guerra nos han dado.

Sí, señor, ya no volví a comer más de esos huevos.

Muy bien, hijo, demos gracias a Dios por ese beneficio. Y dígame Ud. ¿cómo hizo para sobreponerse a esa pasión? ¿Qué artes usó Ud.?

Yo le diré a Ud., Padre, la cosa fue muy sencilla: me comí la gallina.

Seguramente en esta vez el confesor no daría la absolución tan fácilmente.

IGUAL PARA TODOS

Este cuento tal vez sea exótico; pero como una vieja criada de mi casa que me lo contó lo daba como pasado en uno de los pueblos cercanos a Medellín, y como por otra parte tiene su buena moraleja y es gracioso, me ha venido en ganas referirlo.

Un joven matrimonio había logrado la bendición de Dios, el que les concedió un chico como unas perlas.

El marido dispuso el bautizo de la criatura, y preguntó a la mujer:

¿Haremos padrino al vecino Pedro?

No, dijo la mujer.

Bueno, entonces ¿a Juan?

Tampoco.

¿A Baltasar?

Menos.

Pero mujer, ¿no te satisface ninguno? ¿A quién quieres, pues?

A uno que sea igual para todos.

¿Y dónde se encuentra ese?

Veremos, yo buscaré-

Pasados algunos días la mujer se puso en campaña cargada con su *nene*, en reclamo del padrino apetecido según su deseo.

Yendo por un camino encontró con un viejecito que la saludarla le preguntó a dónde se encaminaba, y ella contestó:

Voy señor en busca de un padrino para bautizar este muchacho.

Pues no ande Ud. más señora, yo serviré de padrino.

Bueno. ¿Pero quién es Ud.?

Yo soy el Cristo.

Nó señor, Ud. no sirve.

Pero, ¿por qué no sirvo?

Porque Ud. no es *igual para todos*.

¿Que no soy igual para todos?

No señor, Ud. a unos les da mucho, y a otros, como a nosotros, led deja limpios. Imposible, señor, imposible.

Y echó a correr camino adelante en busca de su ideal.

Más luego tropezó con una mujer bien parecida, que le hizo la misma pregunta de “a dónde se encaminaba”, y ella contestó de modo que lo había hecho. La mujer dijo:

Yo apadrinaré el niño, no ruede Ud. más.

¿Y quién es Ud?

Soy la Virgen María, madre de Cristo.

¡Huy! No señora, porque yo necesito uno que sea *igual para todos*, y Ud. no lo es porque a unos ampara y favorece ya otros nó.

No señora, no me conviene, y siguió adelante.

Después de mucho andar y mucho rehusar padrinos, dió con una mujer muy alta y tam descarnada que no tenía más que los huesos. La mujer éste le preguntó:

¿Dónde, va buena mujer?

En busca de padrino para mi hijo, mas no lo encuentro porque como yo quiero es que sea *igual para todos*, y parece que ninguno tiene esa condición.

Pues llegó Ud. al fin de su jornada, porque esa condición la tengo yo.

¿Y cómo llama Ud?

La muerte.

Conseguido el objeto de su viaje la madre dió muy contenta la vuelta a su casa, y refirió a su marido lo ocurrido. Este se puso alegrísimo, pues consideró que siendo la muerte su comadre no dejaría de tener consideración por él.

Pasado algún tiempo recibieron los esposos la visita de la muerte, la que les manifestó que dentro de quince días volvía por su compadre. Que contra su costumbre avisaba para que se preparara. Que estuviera pronto y no le hicieran aguardar.

La mujer lloró, suplicó y mostró el chiquitín a la comadre a ver si lograba conmovérsela; pero esta señora fue inexorable y se retiró.

La víspera de cumplirse el plazo de los quince días, el hombre ideó disfrazarse, y al efecto se rapó el cabello y la barba y se puso un vestido diferente del que acostumbraba llevar.

Ya el día del plazo convino con su mujer en que ésta dijera a la muerte que un asunto urgente lo había obligado a salir, y que dejara el viaje para otro día. Luego se colocó sentado en el rincón de una pieza de la casa.

Llegó la muerte, preguntó por el compadre, y la mujer le dijo lo convenido. Entonces aquella señora, muy incómoda por la falta de atención de su compadre, se puso a pasear por toda la casa; y habiendo visto al tal compadre en un rincón, habló así a la comadre:

“Vea, comadre, mientras vuelve mi compadre me llevo este motiloncito”.

Y cargo con él y hasta hoy.

DAR EN EL CLAVO

El Pbro. José Antonio Palacio, muy pobre en los primeros años de su ejercicio sacerdotal, vivían en un cuarto de la calle de Las Lalindes, hoy de Cundinamarca. Dicho cuarto tenía una desvencijada ventana que daba al interior de la casa que habitaba una familia que era aficionada a la cría y sostén de gallinas.

Un día una de esas aves entró por la ventana al cuarto de Padre Palacio, saltó la cama, formó su nido y puso un huevo que el Padre tomó y comió sin escrúpulo alguno. La gallina volvió allí con constancia y todos los huevos eran comidos por el Padre Palacio.

Tuvo el Padre necesidad de confesarse, y en ese acto, no olvidó la operación de los huevos verificada por él. El confesor, que lo era el Padre Serna, le hizo presente que el pecado alzaba mucho, puesto que disponía de una cosa que no le pertenecía, y previo el propósito de enmienda manifestado por el penitente, le impartió su absolución.

Vuelta la gallina a su querencia, y vuelta el Padre Palacio a engullirse los huevos, sin recordar su propósito o haciéndolo a un lado sin miramiento.

Nueva confesión, en la que jugaron su papel los huevos, y esta vez ya se indignó el Padre Serna y reprendió agriamente a aquel hombre que tan poca voluntad tenía para sobreponerse a esa pasión. Ultimamente el Padre Palacio prometió montes de oro, y absuelto se retiró.

Más tarde otra confesión en que los huevos no salieron a relucir para nada, y entonces el Padre Serna antes de darle la absolución, dijo al Padre Palacio:

Veo que Ud. cumplió por fin con lo prometido, pues dejó ya de comerse los huevos que tanta guerra nos han dado.

Sí, señor, ya no volví a comer más de esos huevos.

Muy bien, hijo, demos gracias a Dios por ese beneficio. Y dígame Ud. ¿cómo hizo para sobreponerse a esa pasión? ¿Qué artes usó Ud?

Yo le diré a Ud., Padre, la cosa fue muy sencilla: me comí la gallina.

Seguramente en esta vez el confesor no daría la absolución tan fácilmente.

LOGICA

El Sargento José Tomás Pérez, al que generalmente llamábamos el Pito Pérez a causa de que tocaba el pífano en la banda marcial, era un tipo notable, gracioso y de una facundia inagotable: oportuno en sus contestaciones y en nada se enreda.

Soldado en la guerra de la emancipación, hizo la Campaña del Cauca, y luego pasó con el Ejército libertador a Venezuela. Lo ví en las filas de los partidarios del Coronel Córdoba en el 40, y más tarde, en el 51, sirviendo al General Borrero.

Dábase el Sargento por liberal, y un día sostuvo con nosotros un diálogo concebido poco más o menos así:

¿Cómo dice Ud. Sargento, que es liberal, y está sirviendo voluntariamente a la causa que defiende el General Borrero?

El que sirva a Borrero, es precisamente una prueba de mi liberalismo.

¿Cómo puede ser eso?

.Muy fácilmente, caramba.

Si Ud. no se explica, y lo creemos difícil, no saldremos de esta confusión.

Pues vea Ud. cómo la cosa es bien sencilla.

Desde muchacho estoy en el Ejército y jamás me he hallado en combate o batalla que se gane. En Venezuela y en La Puerta, nos comieron los perros; en la primera de Carabobo nos derrotaron; y en Riosucio, el 40, nos hicieron correr de lo lindo. Cuando mejor me ha ido fue en San Mateo e Itagüí que se empató la riña.

Pero no nos explica su liberalismo.

Válgame Dios!, señor, qué pocas entendedoras tiene Ud. ¿No ve que yo no he ganado nunca, y que al estar con Borrero este será derrotado y así mi partido triunfante? ¿Me entendió?

Y tal vez era lógico el hombre.

ESPANTOS

I

¿Ustedes creen en Brujas, Duendes y Almas en pena?

... ¿No? Pues yo sí, y por más que diga el venerable Padre Astete que no debe creerse en agüeros, hechicerías y cosas supersticiosas, yo, con perdón del Padrecito, afirmó que los tales vestiglos han existido y existen para tormento de la humanidad, y alguna que otra vez para su solaz.

Como al yo afirmar, otro, u otros negarán y entonces el litigio se queda sin resolver, voy a dar prueba fehaciente de mi afirmación.

Contábase una vieja criada de mi casa, entre otras muchas cosas relativas al asunto, que ella con sus propios ojos había visto a una comadre –que era bruja –prepararse para salir por esos mundos a hacer de las suyas; y me hacía ver patente la cosa que consistía en lo siguiente:

La comadre dicha tomaba una llave que siempre llevaba oculta en el pecho, y con ella abría una pequeña alacena que tenía en la pared del cuarto, y de allí sacaba una pequeña cajita o redoma que contenía unguento de color de café con leche: que de este unguento tomaba con los dedos alguna porción y lo frotaba debajo de los brazos, en la parte que comúnmente se llama *sobaca*. luego alzaba los brazos y gritaba: “*No creo en Dios ni en Santa María*”; y metiéndose en una cáscara de huevo que había prevenido, salía volando, y ojos que te vuelven a ver.

La misma criada me refería este hecho, también concluyente en asunto de pruebas.

Decía que viniendo de los lados de Piedrasblancas, se le había venido encima la noche más allá del alto de Mora, y que aquí caigo, aquí levanto, había llegado más abajo de la Fonda, donde la sorprendió una gran claridad que despedía una hoguera descomunal que tenía al frente. Que siguió su camino sin poder adivinar ese fenómeno, hasta que llegó al frente de la casa que fue de D. Vicente Villa, donde pudo ya distinguir una muchedumbre de gentes al rededor de esa hoguera.

Aunque con bastante miedo, llevada de la curiosidad innata en la mujer, se fue acercando con precaución hasta llegar a un punto donde ya pudo ver bien y salir de dudas. ¿Y qué vio? Casi nada, un *aquejarre* de Brujas, las que formaban una rueda grande alrededor del fuego; y en el centro, en medio de la candela, sentado en alta piedra *Taita señor*, el diablo, con su habitual adorno de cuernecitos y un rabo largo y encrespado. La rueda seguía con canto, del que no pudo distinguir las palabras; y que una cosa que le chocó muchísimo y la hizo gritar ¡Ave María!, fue el ver que la que en la rueda quedaba a la espalda de *Taita señor*, se desprendió e iba a besar el principio de aquel rabo, y así todas consecutivamente.

Agrega mi verídica narradora que en el corro ese, había distinguido a muchas que casi de diario trataba en la ciudad.

¿Qué tal? ¿No es esta prueba de que hay Brujas?

Sin embargo; para absoluto convencimiento damos refuerzo a la prueba.

Por allá en los años del 37 al 38 se conmovió toda la parte alta de la ciudad con el asunto de una *lucecita* sospechosa que decían andaba en altas horas de la noche por la calle del Teatro (Ayacucho). Unos pocos valerosos quisieron cersiorarse de la cosa: se pusieron en acecho y se convencieron de que efectivamente se verificaba el fenómeno.

Referían esos señores que la luz se presentaba en un aljive que existía en la esquina del hoy Monserrate (Calle del Palo), que tomaba la corriente de la acequia que corría por mitad de la calle, y siempre en ese centro iba a perderse en el zanjón, ya en despoblado. Agregaban que varios de ellos habían tratado de coger o apagar esa luz sin poderlo conseguir, pues se les escapaba sin ver por dónde, y seguía su camino. Por consiguiente, entró de lleno el miedo y ya pocas personas pasaban por esa calle después de la diez de la noche.

Ahora bien. ¿Qué era tal/lucecita?

Algunos han tratado después de decir que la *luz* era un fuego fatuo desprendido de algún cuerpo infecto, fundados en no sé qué estudios de ciencias naturales, y aun han habido papanatas que tal explicación crean.

Los más hemos creído, como creo yo, que la *lucecita* se define en el sentido más lógico, que a no quedar duda de éste: que una bruja teniendo que concurrir a una reunión, y faltándole el ungüento u otra cosa cualquiera para volar, resolvía ir navegando, y al efecto se embarcaba en una coca de huevo; y para evitar los escollos, llevaba encendido su candil que le mostraba claro su camino. Por más que se le de vueltas, la cosa no tiene otra explicación.

¿Qué otra cosa sino Brujos fueron Robert, Bosco y Aicardo? ¿Podrían al no serlo, hacer lo que hacían? Claro que no; luego queda demostrada la existencia de las Brujas. Vamos a los Duendes.

II

Como ya por separado he tratado del *sombrerón* ese Napoleón, Alejandro o César de los espantos, lo dejaré de lado, y trataré de otros duendes, que si menos grandes que aquél, no dejan de tener su importancia para decidir en mi favor la cuestión.

En el año de 1837 se veía en el camellón de El Llano (Bolívar) con mucha frecuencia, un fantasma aterrador que tenía en vela a las familias que allí residían.

Los que lo habían visto lo pintaban así: una figura altísima cubierta con un sudario blanco que arrastraba por el suelo; unos brazos descomunales que se meneaban adelante y atrás como movidos por un resorte; los ojos, lo único que se veían de las facciones, como dos acuas encendidas; y el andar, como el balanceo de un sauce movido por el viento. Otra particularidad: se le oía, como entre el cuerpo un sonido de choque de varillas delgadas de madera.

Los habitantes de esa parte de la ciudad vivían llenos de miedo, y hasta los soldados de la guarnición se trancaban en el Cuartel cuando decían que el fantasma recorría el camellón.

El Teniente Manuel Ma. Choren (mi tío) que era más valiente o más despreocupado que el común, se propuso desentrañar el misterio, y al efecto, una noche que le correspondió la guardia, se situó en la esquina del Cuartel, bien armado, y esperó al descomunal espanto. Cuando este llegó decía Choren, que le había gritado “de parte de Dios Todopoderoso diga qué quiere”, y que se le había ido encima espada en mano.

Al ruido que ocasionaron Choren y el fantasma, algunos vecinos aparecieron en sus ventanas y vieron según referían después y Choren lo afirmaba, que el tal espanto era un hombre como todos, ya despojado de los arreos que le servían para causar miedo.

Ni la mayor parte de las gentes ni yo creemos eso: más bien parece que a esos pocos y a Choren les acometió alguna alucinación, y para darse ínfulas de valientes aseguraban ésto. Es indudable que el fantasma no era otra cosa que un Duende que salía a sus asuntos particulares. Así al menos lo creyeron las mayorías, y esa opinión es decisiva.

Otro espanto o Duende de la misma naturaleza del anterior aunque más pequeño y con diverso parlamento, tenía su radio de acción en la calle *La Solitaria* para arriba hasta la esquina de San Lorenzo, cruzando por la Palencia a volver al punto de salida. Este Duende lucía también túnica blanca, y llevaba al pecho una especie de manteleta negra: la cabeza era una verdadera calavera, saliéndole por los ojos boca y narices, una como llama que tiraba a azul, y calzado con almadreñas claveteadas que al andar en los empedrados, despedían chispas. Las gentes de la vecindad por donde se paseaba el fantasma, vivían en perpetuo susto, tanto más cuanto sus excursiones tenían lugar las noches oscuras entre ocho y nueve.

Unos muchachos primos míos y yo que oímos hablar de ésto, nos propusimos atrapar el espanto y descubrir si era posible el misterio. Al efecto, una noche que subimos a acompañar a su casa a una nuestra tía, y armados cada uno de un trozo de rejo como de tres cuartas, dimos la vuelta viniendo por *La Solitaria*. Ibamos como a una tercera parte de la calle cuando el fantasma desembocaba por la esquina contraria. Nos paramos sorprendidos; pero luego con ese valor inconsciente de la niñez, avanzamos a todo correr sobre la descomunal figura, y rodeándola principiamos a menudear lapos y más lapos, hasta que algunos dando en blando hicieron gritar al Duende; y volteando éste echó a correr, despidiendo un chispero grande como el hierro candente machacado por el herrero, y volteando la esquina para abajo, entró como alma que lleva el diablo en casa del Sr. Lucas Sánchez.

Nosotros entre risas y chacota nos vanagloriamos de la estupenda hazaña y entramos a juzgar del aparecido.

Uno dijo que en el grito había reconocido la voz de Norberto Sánchez, nuestro amigo y condiscípulo, y se afirmaba en que era él porque había entrado en casa de su padre. Los demás muchachos abundaron en las mismas ideas, menos yo que fundado siempre en la creencia general, creía a pie de juntillas que era un Duende, y Duende muy avisado que para meternos en confusiones, había tomado la voz de Norberto para despistarnos.

Ellos, en verdad, no se convencieron al fin como muchachos torpes, mas yo sigo creyendo que era Duende, y que si no salió más con ese disfraz, fue que tomó otra forma y pasó a otro barrio a continuar sus fechorías.

Más tarde se vió un caso más patente de la existencia de los Duendes.

La Sra. Da. María Josefa Isaza de R. vivía en la casa que hoy es propiedad de D. Salvador Uribe. Esa casa tiene un gran corredor frente al patio primero, lugar donde la familia de la Sra. Isaza hacía su tertulia por las noches; y en una de éstas sintieron los allí sentados que daban pedradas en la pared; tuvieron miedo y se entraron a la sala, cesando en el acto el fenómeno.

Esto del apedreo siguió en las noches sucesivas, hasta que las señoras vieron que era imposible ocupar el corredor y definitivamente lo abandonaron por las noches.

Se hicieron minuciosas indagaciones; se pusieron espías en los solares y casa vecinas, y nada llegó a descubrirse, lo que prueba que era un verdadero Duende, el que para divertirse cometía el desafuero.

El tal Duende dió margen a una anécdota curiosa que demuestra más y más mi aserción al mismo tiempo que la *perspicacia* de un alto empleado de policía.

Desde poco tiempo después de principiar el apedreo, el Jefe entonces del Estado llamaba a un empleado de toda su confianza y muy querido, el “Duende de Da. Chepita”, y este joven empleado, por respeto no se había atrevido a preguntar por qué se le denominaba así.

Un día el joven fue llamado por el Superior, el cual le dijo:

¿Sabe Ud. por qué lo llamo el “Duende de Da. Chepita?”

No señor, no lo sé.

.Voy a decírselo. Cuando llegó a mi noticia el asunto del Duende, hice llamar a D. Rafael Vélez Mejía, Inspector de policía, y le dí orden de averiguar por todos los medios posibles la verdad del hecho. ¿Y sabe Ud. lo que averiguó?

No señor, no sé nada.

Pues, me contaba él, que después de muchas visitas a la casa de Da. Chepita y a las vecinas, y de muchas averiguaciones con uno y con otro había sacado en limpio... ¿Adivina Ud?

Imposible, señor, dar con lo que el Sr. Vélez diría.

Muy sencillo. Decía que no le quedaba duda, que el Duende no era otro que un mocito que estaba enamorado de una de las niñas y era por demás celoso. Ahí tiene Ud. el enigma atrapado por el Inspector.

¿Pero Ud. cree, señor, que yo fuera capaz de tal felonía?

No, hombre, le cuento esto sólo para que conozca los alcances del que se tiene por un Lcock o un Javer, y tal vez más alto que estos grandes policiales.

Nada se descubrió de apedreo, por lo cual, con permiso de Uds., queda identificado el Duende.

El mismo fenómeno de la arrojada de pedriscos se vió más tarde en la casa que habitaba el Sr. Cecilio Marroquín, y por más diligencias que se hicieron, nada, enteramente nada, se pudo averiguar. ¿Y por qué? Claro es, porque el causante del mal no era otro que un Duende.

Y no quiso que el Duende, que seguramente era el mismo, dejar los barrios bajos sin su rato de entretenimiento. La casa de la Sra. Da. Juana Pérez de U., situada a linde con la iglesia de San Benito, fue también blanco, por muchas noches, de la lluvia de piedras.

Y allí sí se trabajó de lo lindo, pues apenas comenzaba la función, la señora mandaba un hijo que sin alarma avisara a los vecinos y éstos corrían, unos a la *manga* y otros a los solares vecinos: y las piedras cayendo y ellos mirando para San Felipe.

Al fin nada se descubrió, y la señora tuvo que abandonar por algún tiempo la casa.

Por muchísimas noches se vió en la barranca del Convento del Carmen, paseándose a todo lo largo de ella un *embozado* que causó tanto espanto, que las gentes que vivían por allí extraviaban para ir a sus casas. Dicho *embozado* no fue nunca clasificado, y parece que ninguno vió del él sino una figura o bulto negro, muy negro que después de varios paseos se situaba en el atrio de la iglesita del Carmen, sin duda a descansar de sus paseos, y allí permanecía las horas muertas sin que por otra parte se dijera que había atacado a persona alguna, esto demuestra que era un Duende de la clase de fúnebres.

Un día se dijo que el tal Duende había atacado al Sr. Mariano Rojas, y que éste se defendió gracias al apoyo de un gran perro de Terranova que lo acompañaba, pues como es sabido los Duendes les tienen miedo cerval a los perros. Algunos aseguraban que el tal *embozado* era un hombre celoso del Sr. Rojas que allí lo aguardaba, y que este último lo había conocido. Lo cierto es que Rojas guardó silencio sobre el asunto.

¿Hay Duendes o no los hay?

Termino este capítulo dando una prueba tan grande como el Chimborazo en favor de mi creencia en los Duendes.

¿Han visto Uds. al transformista Antonio Flórez? ¿Sí? Pues queda demostrado que hay Duendes y Duendes gordos, bien gordos.

En otro escrito mío anterior les referí lo que aconteció a D. Mariano Alvarez con los hombres de brazos y piernas descomunales.

¿Eran estos hombres otra cosa que Duendes festivos, que les gustaba reír del susto de los transeuntes?

¿Creer o no creen?

Mucho, muchísimop más podría decir en la materia porque sé multitud de historias de Duendes, y muy graciosas y bonitas, pero se rozan con *faldas*, y como por consiguiente, son algo crespas, perdonen los lectores que no se las refiera y vamos a las *ánimas en pena*.

III

La primera ánima con que nos rozamos es la del R. Padre Serna, fundador del edificio del Colegio, destinado a Convento de frailes franciscanos y que cambió de objeto no tanto por la caída del Gobierno español, cuando por la carencia de frailes que lo habitaran.

Decían y sostenían muchos, haber visto por las noches al mismísimo Padre Serna, a quien habían conocido rondando por los claustros y pasadizos del Colegio, y agregaban que se les perdía cuando menos lo esperaban.

El portero del Colegio me refería, por allá en los tiempos de mis estudios, haber visto ese espanto, y como prueba de su aserto me decía que la vista del *ánima* le había costado una terrible enfermedad que lo tuvo a punto de *torcer el rabo*.

Todas estas referencias nos hacían espeluznar a los colegiales, tanto más cuanto que los encierros que de noche nos aplicaban eran largos. Que se cerraba una puerta. ¡Huy! allí viene el Padre Serna. Que el viento silbaba en los corredores. ¡Jesús! el Padre Serna. Les aseguro a Uds. que pasábamos unos sustos *macuencos*.

Lo que nunca se pudo averiguar fue el motivo de esos paseos del Padre.

No sería por haber dejado dinero bajo tierra porque el Padre no lo tenía. Lo que recibía de limosnas eso mismo gastaba en al construcción de ese inmenso edificio, de modo que hay que creer que lo que él hacía, eran paseos de desocupado buscando distracción.

Pero sí, no hay duda de que salía y de que muchos lo vieron, de donde se deduce lógicamente que sí existen las *ánimas*.

En una *manga* contigua a la casa que fue de la Sra. Da. Mercedes Zuláibar (hoy de D. Francisco Santamaría), se veía y se vió por años, una figura con vestido de Cura, que se paseaba por esa *manga* y tal vez para descansar de su caminata, se arrimaba a un árbol que había casi en el centro del predio.

Las gentes decían que era el *ánima* de un Padre Vélez que había sido dueño de esos terrenos. Y algunos aseguraban la verdad del dicho, porque habiendo conocido al dicho Padre, le encontraban su gran parecido en el porte y andar.

La mayoría de los que contaban haber visto esta *ánima*, opinaban que venía sin duda a indicar el punto donde tenía depositado su tesoro; y se fundaban en que el Padre Vélez era riquísimo y a su muerte sus herederos no hallaron sino las tierras que no podían guardarse.

Según lo que referían de que el *ánima* se arrecostaba a un árbol, allí estaría la hucha, que no sé si la sacarían, aunque me inclino a creer que sí porque entre nosotros hay muchos *cavadores*.

Pero todo esto no vale nada; lo importante, lo esencial es la probanza que queda asentada de la venida de las *ánimas*.

Otra *ánima* de Cura la han visto muchos y aun todavía se ve algunas noches en la calle del Mango, que desemboca en el camellón de Buenos Aires.

Lo que sí no ha llegado a mi conocimiento, por más indagaciones que he verificado, es el objeto o motivo de la salida del buen Padre, pues nadie tiene noticia de que en tiempo alguno hubiera habitado por allí algún Cura, siendo esa calle hasta hace muy poco una *manga* sin habitación.

De que sale el Cura, sale, eso sí; y es lo suficiente esa aseveración para la ganancia del pleito que vengo sosteniendo-

Otro espanto o *ánima* que se conocía, decían que se presentaba en la calle que sube al Cementerio de los pobres; que luego seguía para el alto de las Cruces, y una vez allí, daba un grito tan lastimero que los perros ahullaban, y los ganados y bestias que por esos lados pastaban corrían en desbandada para abajo, hasta ampararse en las calles de la ciudad.

Ninguno de los que hablaron de esto daban al *ánima* figura concreta; decían únicamente que era un gran bulto negro. Pero como era tan miedoso nadie trató de indagar la causa de sus paseos ni en donde se evaporaba.

En el camino del Poblado, entre el Guamal y los Ejidos había un punto llamado la *Cañada de Anvía*, lugar en donde se vió por bastante tiempo un espantable espectáculo que mantenía medrosos a los que por aquel camino tenían que pasar de noche.

He aquí lo que se veía. Viniendo del lado alto, siempre entre ocho o nueve de la noche, y atravesando el camino hacia los cañaverales del lado bajo, se mostraba una procesión de cuatro encapuchados de negro

que conducían una especie de camilla, y en el centro de ésta otro bulto negro con luces en cada extremo del aparato.

Particularidad bien notable había en la salida de este *espanto*. Siempre se presentaba el viernes, día fatídico si los hay. En ese día crucificaron al Salvador; en ese día tuvo lugar el tremendo terremoto de Honda, y en ese día, que el pueblo en su vocabulario expresivo denominaba de *Mi Señora de las Angustias*, porque es aquél en que el que tiene bolsa la desata, y el que no la tiene pasa las *Angustias de mi Señora*, con el pedir de la esposa y el lloro de los chiquitines que no reciben el *chimbo* para la compra de las frutas.

El *espanto* se perdía en los cañaverales de abajo, al decir de los que lo habían visto, y aseveraban que tanto era cosa de la *otra vida*, que las bestias en que montaban manifestaban repugnancia y resoplaban al pasar esa cañada aun de día.

Mi abuela materna, valerosa mujer que habitaba en los Ejidos, me habló mucho de esto y afirmaba la verdad de la aparición.

Por mucho tiempo estuvo saliendo la susodicha, y todas las gentes creían firmemente que no podía ser otra cosa que *ánimas en penas* que venían tal vez en busca de sufragios, o quizá escapadas del Purgatorio en algún descuido del Guardián.

Cuando ya no volvió a aparecer, varios trataron de propalar un absurdo. Dijeron haber descubierto el misterio, que se reducía a que la tal procesión se componía de una partida de ladrones que desamortizaban en todo el Cuchillón los cerdos que allí se criaban, y que uno de ellos, bien acondicionado para que no *chillara*, era el que se veía siempre sobre la camilla, cubierto con trapo negro. Y en apoyo de su dicho hacían presente, que habitantes de la parte alta habían notado la desaparición de tales cerdos.

Pero las gentes no se dieron por satisfechas con esas explicaciones y siguieron creyendo, como creo yo, en que eran *ánimas*, y más, en que las luces que se veían en el aparato no podían ser otra cosa que trocitos de fuego que del lugar del castigo importaban aquellas *ánimas*, bien para su recreo, o bien para llamar la atención de los buenos cristianos que no dejarían de rezar algún fervoroso Padrenuestro.

¿Quién de los que me lean no ha oído relaciones de lo que ha pasado a muchos? ¿No es verdad que no hay casa en Medellín donde no se haya sentido o visto algo?

Eso sí; hay quien dice que vio arder en punto determinado y que luego sacaron de allí una buana *guaca*, siendo la llama vista la natural que despedía el *ánima*, que de esta manera daba aviso para que la sacaran de penas; otros afirmaban que en el silencio de sus alcobas, y ya encerrados, oían andar, respirar,

suspirar, abrir puertas y dar golpes acompasados en algún mueble. Y todo esto prueba a más no poder, la venida a la tierra de las que ya son *ánimas*, o el adiós de los que están próximos a serlo.

Muchos de esos ruidos, suspiros, caminadas etc. son ocasionados por los Duendes o Brujas, que son picarescos y se divierten grandemente con los sustos de los pusilánimes humanos.

Terminaremos esta ya larga disertación, con dar a conocer el *Espanto de los Espantos* que no asusta únicamente, sino que mata.

La *Chapola negra* ¿la conocéis? Juzgamos que sí; pero si así no fuese, os la describiremos en pocas palabras. Es la más grande de esa familia de mariposas que tanto abundan entre nosotros, color negro aterciopelado, ojos redondos, pequeños, muy negros y con un pequeño matiz de oro en los bordes, de vuelo corto, con grandes alas abiertas miden de punta a punta de cuatro a cinco pulgadas, y tiene un oficio aterrador y es de anunciar con su presencia, la muerte de alguno de la casa en que se posa.

Cuando un bicho de estos entra en un hogar, ya se sabe que hay trabajo para el Cura, y no se piense que esto es superstición, no; está comprobado por la observación constante de innumerables siglos.

Al entrar la *chapola* a una casa, no vayas a creer que toma puesto en la sala o gabinete de trabajo, no señor; lo hace invariablemente en las alcobas donde es sabido se colocan las camas en que está acostado el elegido, o que se acostará más tarde, y fijaos en que la *chapola* es al proceder así la lógica, como un escritor público que la gaste.

Toma, pues, posesión de esas piezas y allí se aferra en una pared de donde es difícil arrancarla. Si le logra espantarla y hacerla salir, cantad el hosana, que si acaso no, muerto tenemos. Algunas veces es verdad, aunque no salga, no ocurre novedda; pero si por desgracia en la faena de arrojarla se la mata, entonces no hay otra cosa que hacer sino llorar por el que ha de faltar.

Sucede que muchas veces en la casa en que ha entrado una *chapola*, muere una gallina, un pollo, gato o perro, y en este caso ya no hay que temer, porque queda revocada la sentencia, cosa que se sabe desde tiempo inmemorial.

Se sucede de ahí que es bueno criar pollos, gallinas y otros animales, a fin de que se encuentre en qué ejercitar su acción benéfica.

Miedo, mucho miedo debe dar el ver en la casa el animalejo, y tanto más cuanto que tenemos pruebas fehacientes de que Abel el día que lo mató Caín, se arrecostó a un árbol en el que se asentó una *chapola*; y de ese hecho dedujeron los *sabios* que el bicho con sus propiedades mortales, había sido importado por Adán y Eva cuando fueron arrojados del Paraíso.

En resumen, nosotros opinamos al igual de muchísimos *sabios* que desde los primeros tiempos del mundo se han ocupado de investigaciones a este respecto; que la *chapola* negra no es otra cosa que un agente viajero de la casa comercial de la Muerte, que en vez de vender recoge de orden de su señora, o más bien una cambista, pues viene a cambiar un ser pensante en ánima.

Forzados hemos escrito esta relación, habida consideración de que ella puede causar muchas desgracias a los pocos firmes, pues es muy cierto que el apoyo de tanto *sabio*, y la voz pública desde el principio del mundo, no dejan duda alguna de la influencia mortal de la *chapola* negra.

Ya lo veis, lectores amigos: la chapola negra tiene muchos puntos de contacto con Brujas, Duendes y Almas en pena, por lo cual os aconsejo que las reverenciéis como aquellas soberanas entidades.

Como por sentencia definitiva, me parece que he quedado sin remisión victorioso en la contienda que yo sólo he establecido y lidiado con armas, pero armas que ningún descreído podrá nunca mellar.

Hagamos, pues, buenas amistades con Brujas, Duendes y Almas en penas, a fin de que nos dejen dormir tranquilos que es lo que a todos desea.

JUAN.

CAPITULOS OLVIDADOS

TEATRO

Después de publicados los *Apuntes* hemos recordado algunas cosas que nos parecen importantes, y vamos a relatarlas.

En los años del 34 al 35 trabajaba en esta ciudad el entonces muy afamado *cubiletero* llamado, generalmente, *Comecandela*. (Su nombre propio no lo supimos).

Tenía su teatro el farsante en la casa que hoy pertenece a D. Pablo E. Melguzo, situada en la Plazuela de San Roque. Nosotros estábamos muy chicos, y sin embargo, recordamos que el hombre hacía que comía estopas encendidas y arrojaba llamas y chispas por la boca; apagaba con la lengua una plancha roja, de donde creemos que le vendría el nombre de *Comecandela*. También jugaba con naipes y bolas pequeñas de madera, que manejaba con bastante destreza.

El hombre éste como que tenía sus puntas bien agudas de pillo, a juzgar por el hecho que sigue:

Anunció para una noche la exhibición de una suerte famosa de esas que se reputan por imposibles, sobre todo en aquellos atrasados tiempos en que cual más, cual menos, no tenían inconveniente en creer como D. Andrés López, de Antioquia, que un gallo era un conejo.

Como es muy natural, el patio se llenó hasta no poderse más, y pasada la hora en que se debía dar principio al espectáculo, el público se impacientó y dió en gritar alto: ¡Arriba el telón! Pasando otro rato de espera y continuando la borrasca, el Alcalde tomó cartas en el asunto, y pasó al escenario a inquirir la causa de tanta demora.

¡Cuánta sería la sorpresa del Alcalde al encontrarse allí en completa soledad, pues no tropezó con alma viviente, y por más voces que dió no logró hacerse con el protagonista! Ya, para entonces, muchos de los asistentes habían invadido el local y, acompañando al Alcalde, hicieron minucioso registro del Teatro y piezas adyacentes y, ¿qué creen Uds. que encontraron? Nada más que un gran hueco en la pared medianera por donde sin duda alguna, había marchado *Comecandela* con los bolsillos repletos del dinero que supo escamotear a tanto inocente y tonto.

Del hombre éste no se volvió a saber hasta pasado mucho tiempo que se dijo estaba en Cartagena.

Corrían los años del 67 al 68 cuando apareció por estas tierras el asombro del mundo en materia de equilibrios y saltos descomunales en la cuerda: Nicanor Sánchez.

Nicanor, joven de buena presencia, de anchas espaldas y de músculos de acero, hacía estremecer al espectador con sus saltos prodigiosos y volteretas en la cuerda. Nunca habíamos visto, y pasarán muchos años, sin que volvamos a ver ejercicios de tanto peligro y llevados a cabo como la cosa más sencilla.

Sus saltos mortales para atrás y para adelante, con espadas amarradas a la garganta del pie, y por sobre fusiles con sus bayonetas armadas que unos hombres tenían de lado y lado de la cuerda, eran para destruir el sistema nervioso del más fuerte más fuerte gañán. Sus brincos a una grande elevación volteando el cuerpo y cambiando de frente a voluntad, sin dar un traspies y sin demostrar fatiga, eran para él la cosa más natural del mundo.

Jamás, ni en las más peligrosas y aventuradas suertes con balancín o sin él, se desprendió de la cuerda. Tan en su centro estaba que parecía, más bien que bailar en ese puente de Mahoma, que lo hiciera en un salón ancho y despejado.

Servíale de payaso su padre, el gran Timoteo, que ya conocieron los lectores, el que con sus chistes y cantos entretenía al público mientras que el acróbata descansaba.

Lo más extraño de este insigne maromero, es que las más de las veces montaba a la cuerda en perfecto estado de embriaguez. Recordamos una noche que al dar principio a la función, fue sacado Nicanor al escenario casi en brazos de su padre y un ayudante, porque su estado era más que lamentable.

Visto por el Alcalde, que si no recordamos mal, lo era el General José Ma. Caballero, pasó al escenario y se opuso a que en tal estado Sánchez montara en la cuerda; pero como Timoteo le hiciera presente que hacía mucho tiempo que pasaba lo mismo, y jamás había acontecido nada, y otras más razones, el Alcalde oído esto, y viendo la tranquilidad de aquel padre, se dió por satisfecho y se retiró dejando a Sánchez en libertad de obrar.

Dieron principio Timoteo y el otro por subir a Nicanor casi en peso a la tijera en que éste se apoyó: luego le dieron la balanza y, ya con ella tendida, se enderezó: y como sin duda esa maroma era su elemento natural, dió un salto hasta la mitad de la cuerda y principió sus bailes y barbaridades, como si jamás hubiera entrado en su cuerpo unagota de aguardiente.

Terminados los ejercicios entregaba la balanza, y vuelta los otros a ayudarle en la bajada y conducirlo desmayado a su cuarto de vestir.

Muchas noches que no estaba ebrio, bajaba de la cuerda, tomaba un clarinete y acompañaba a su padre sus graciosas cantinelas.

No sabemos qué fin tendría Nicanor; de aquí marchó para las Repúblicas del Pacífico y San Francisco de California, hasta donde tuvimos noticias de él. Después, nada.

En 1869 llegó la gran compañía ecuestre y equilibrista del Norteamericano Orrín, que gustó mucho aquí, y a fe que lo merecía.

La Compañía Orrín se componía de él, sus dos hijos, trapevistas de primera fuerza llamados los Hermanos del Aire, de su hija Elizabet y su esposa Turner, equitadores; dos niños, también sus hijos de ocho a nueve años, que trabajaban en tierra y con sus hermanos en el trapecio; de Hamlín, el famoso saltarín, y de Manuel González, joven venezolano, que hacía de payaso y tenía gracia por veinte graciosos.

También sacaban al Circo una chiquitina de los Sres. Turner con la que sus padres, cuando corrían en sus caballos, jugueteaban como si fuera pelota de caucho, ya tirándola uno a otro, ya subiéndola al hombro, nuca o cabeza.

Este bárbaro ejercicio con la chiquitina fue el que hizo decir a una señora vieja que asistió una noche al espectáculo:

No vuelvo nunca a ver esto.

Pero ¿por qué? le preguntaron.

Porque estos son unos herejes: ¿no ven cuántas *automías* hacen con la muchachita?

Los caballos que tenía la Compañía eran hermosos y bien adiestrados. Los esposos Turner, buenos equitadores, entretenían al espectador con sus bonitas y bien ejecutadas suertes, y, sobre todo, la señora era muy del gusto de todos, pues además de ser ágil y de fáciles movimientos, era de rostro agraciado y de formas escultóricas, muy capaz, por supuesto, de llenar el gusto más refinado.

El Sr. Orrín no hacía otra cosa que bailar en el escenario encima de una esfera de madera, la que movía a su voluntad en todos los sentidos, sin más auxilio que el de los pies. Una noche pusieron en el escenario un aparato parecido a la escalera usada en el teatro para encender la araña, pero más tendida, formada con tablas lisas y en la cúspide una pequeña plataforma. El hombre de pie sobre su bola subía por un lado, descansaba un poco en la plataforma, y luego bajaba por el otro lado sin perder el centro y sin resbalar. Luego se acostaba de espaldas, cojía la bola, la arrojaba a lo alto, la aparaba en los pies y la peloteaba de mil maneras con una destreza suma.

Los llamados Hermanos del Aire eran prodigiosos en el triple trapecio, colocado el último al nivel de la tercera galería. Subían con una agilidad sorprendente y allí hacían tal cúmulo de atrocidades, que el que los veía aguardaba a cada momento un desprendimiento y muerte consiguiente. Se colgaba uno de los pies, tomaba al otro y lo balanceaba como en un culumpio, y en un momento dado lo soltaba; y cuando creíamos que iba a estrellarse, se le veía tomar uno de los trapecios, dar volteretas con vertiginosa rapidez, y luego sentarse para recibir al otro que, de golpe y porrazo, se dejaba venir, se enlazaba al sentado para formar un grupo que volteaba y más volteaba, sin que el espectador se diera cuenta de cómo se verificaba aquello.

Decimos a Uds., lectores, que esto daba miedo aun al más valiente. Nunca al menos aquí, sufrieron esos demonios un golpe: siempre salieron avantes con sus atrocidades sin desperfecto alguno.

Hamín ejecutaba un salto mortal que llamaban el *Salto de la vida*. Diremos cómo tenía lugar esto:

Colocaban en el circo, principiando en la puerta de entrada seis caballos, uno en seguida del otro, e inmediatamente después unos cuantos colchones para amortiguar el golpe a la caída del volatín. Cerca del

primer caballo, al lado de afuera del circo, el Trampolín que era un aparato parecido a los *catres* que hoy llevan las señoras a la iglesia, pero más grande y forrado en una tela fuerte y elástica. Encima de los caballos, hacia la mitad, se colocaban dos hombres a gatas o cuatro patas, y encima de éstos, en la misma postura, un tercero.

Hamllín iba hasta el portón de la calle, de allí volvía a todo correr, saltaba al trampolín y al impulso de éste se elevaba; y al estar por encima de los hombres daba la vuelta y caía en los colchones, casi siempre de pie, mas tambaleando y arrojando sangre en abundancia por las narices.

Verdaderamente era este un salto bien mortal, y siempre salía uno preguntándose: ¿por qué no se mató este señor?

Luego de verificado el salto, el Director del circo que lo era uno de los Hermanos del Aire, llamaba al payaso González y le ordenaba hacer la misma proeza, González resistía y suplicaba de mil maneras para que no se le obligase a desnucarse, según él decía, y como el Director permanecía inflexible, y hasta amenazaba con el látigo, por lo que el pobre payaso mustio y cabizbajo, emprendía el camino para el portón.

De allí, como Hamllín, volvía a carrera, saltaba al trampolín y al impulso de éste, en vez de elevarse se deslizaba de boca abajo por el lomo de los caballos, pasaba por debajo de los hombres con una velocidad increíble, y al llegar al último caballo apoyaba las manos y con un esfuerzo supremo alzaba el cuerpo, daba la vuelta y caía de pie en los colchones haciendo sus irónicas reverencias al público.

González, joven bien educado y simpático se relacionó aquí con toda la juventud. Con frecuencia concurría a la fonda de las *Sras. Moras*, en donde había un buen billar y en él jugaba por pura diversión, sin que nunca mediase interés de consideración, y allí también solía él *tomar sus onces*, cosa que apuntamos para que se comprenda el chiste que vamos a relatar, entre otros muchos de aquel graciosísimo joven.

Una noche en el espectáculo, mientras que los artistas descansan de sus fatigas, González se acercó al Director y le preguntó:

Dígame, señor, ¿en su casa hay ratones?

Si, hombre, ¿para qué lo preguntas?

Porque yo le estimo mucho a Ud. y quiero darle un remedio para acabar con todos esos bichos.

¿Y tú sí sabes el remedio?

¡Vaya, si lo sé! ¡Cómo nó!

Pues bien: dílo y te lo apreciaré-

Vea Ud., es muy sencillo: Pasa a su casa, coge el ratón más grande que pueda hallar, y lo amarra bien a

la pata de una mesa: luego le sirve en dos platos de porcelana una cucharadita microscópica de dulce con un indicio de queso y un escrúpulo de pan, y cuando el ratón haya consumido ésto, le pide dos reales por el gasto, y le aseguro que no vuelve a tener qué sentir de esos animalejos.

No acabaríamos nunca si nos pusiéramos a referir todas las ocurrencias de González que, tenían la particularidad de poderlas oír la niña más pudorosa, pues nunca el público soltó una palabra que ofendida la moral.

En los primeros tiempos del Teatro se puso en escena la tragedia “Atala y Chactas”, e hizo el papel del último el Dr. Mariano Ospina Rodríguez, muy a contentamiento de todos los que lo vieron. Visitó el Dr. Ospina su personaje tal como lo pinta Chateaubriand en su linda novela, es decir con vestido propio: pampanilla de plumas, gorro de lo mismo, su carcax a la espalda y en la mano un grande arco llevando a la cintura el temible thomawack.

Luego en el año del 43, en unas fiestas en Marinilla, se presentó la misma pieza por aficionados y correspondió el papel de Chactas al Dr. Rafael Ma. Giraldo, que lo representó muy a nuestro gusto, y lo que es más, al del eminente actor Eduardo Torres al que acompañábamos en esa noche. El Dr. Giraldo salió también con vestido propio.

Nos parece una notable coincidencia, el que dos de nuestros primeros hombres públicos hayan ejecutado el mismo papel con tantos años de por medio.

Octubre, 1897.

JUAN.

CAPITULOS OLVIDADOS

VEJECES

Dimos una muestra de cómo se vestían los muchachos en aquellos viejos, pero olvidamos una circunstancia muy notable que ahora queremos hacer conocer de nuestros lectores, que algo habrán alcanzado de lo mismo, aunque con condiciones más favorables.

En los tiempos que relatamos, los habitantes de esta Villa eran muy dados a la economía doméstica, de modo que nada, absolutamente nada se perdía en las casas, pues lo que ya no servía para un uso se aplicaba a otro; y todo, todo tenía su aplicación hasta que ya el tiempo lo ponía en el caso de no poderle sacar algún provecho.

Y esta costumbre era general en pobres y ricos, sobre todo aplicada a las prendas de vestuario. Así pues, las ropas que los padres dejaban, por inservibles se recortaban a los hijos, y por consiguiente se puede decir que tenían una segunda vida, dando ínfulas de nuevo a lo que ya era bien viejo, y muchas veces tan deteriorado, que el vestido así confeccionado apenas aguantaba al muchacho la primer postura.

En este sentido nosotros fuimos de los más favorecidos, porque si bien es cierto, que todos nuestros condiscípulos y amigos tenían chaquetas y calzones provenientes de los mismos artefactos que habían pertenecido a sus padres, llevaban a lo menos la ventaja de que se los arreglaban con algún arte, mientras que a nosotros se nos confeccionaban de un modo *sui generis* y muy primitivo.

Nuestra querida madre no usaba muchos requilorios para el asunto y nos adoraba el vestido de un modo bastante peregrino.

Resolvía nuestro padre no llevar más una chaqueta, o casaca, o pantalón, y nuestra madre tomada la prenda, nos llamaba y nos la hacía poner: luego tomaba las tijeras y cortaba en redondo a ojo, y cádate un muchacho con ropa. Y no se vaya a creer que se tomaba la pena de hilvanar el corte, no señor, como salía de las tijeras así quedaba, a menos que fuera de algodón la pieza, pues en este caso sí la ribeteaba a basta para que no se deshilara.

Como las casacas tenía un cuello muy alto y dejándolo así haría nosotros el efecto de una capucha de fraile, lo quitaba del todo, y unas veces dejaba así el gollete y otras le colocaba allí un cuello de su invención, muchas veces de forma extraña, sin cuidarse de la diferencia de tela. Naturalmente la pretina del calzón nos venía muy ancha, más esto no era obstáculo porque con la correa que usábamos para amarrarlos, se apretaba y quedaba como se puede suponer un buen registro de dobladillos en el fondillo y delantera, figurando una camisa de petimetre. En cuanto a la anchura de la pieza de pecho, nuestra madre decía que eso era mejor y que el vestido del muchacho debía ser muy olgado.

Y no obstante nadie hacía mientes en tales adefesios y nosotros no sufríamos mortificación alguna de parte de nuestros amigos y conocidos, ya porque entonces no se hacían muchos reparos, ya porque ellos también adolecían de los mismo aunque en menor grado.

A propósito relataremos dos episodios que nos refería nuestro padre, contemporáneo del héroe.

El Sr. José Ignacio Jiménez, padre de Antonio Ma. (Ñito) nuestro gran matemático, era dueño de un billar cuyo paño se hallaba muy deteriorado. En consecuencia resolvió vestirlo de nuevo y el forro viejo lo llevó a la casa para utilizarlo en algo.

Reunido el consejo de familia se resolvió que de ese paño se hiciera una capa para Antonio Ma. y para que le quedara ancha a al española se cortara al tarvés. Decidida la cosa la madre se encargó del aparejo de la obra y entró de lleno en su trabajo; pero como era poco reparona no puso mientes cual lado del paño debía destinar para el frente, ni se cuidó de limpiar las señales que se habían hecho en el juego.

Terminaba la capa quiso Antonio Ma. lucirla, y con el beneplácito de sus padres salió con ella a la calle.

Mala ventura tuvo y ¡ojalá para su tranquilidadno hubiera salido! Apenas fue visto por los muchachos sus compañeros, le hicieron corro y principiaron por tocar la capa y examinarla por uno y otro lado. La formalidad duró hasta que un muchacho más advertido, tomado en la mano el lado izquierdo de la capa; grito:

“Vean el punto del mingo”.

Ya entre risas otro tomó la derecha en la parte del esbozo y dijo:

“Aquí está la raya de la cabaña”.

Y los que estaban atrás gritando a voz de cuello:

“Los puntos de los palos”, que quedaban en toda la mitad de espalda del infeliz.

Luego fue tal algazara y rechifla, que Antonio Ma. dió gracias a Dios en llegar a su casa y soltar aquel Sambenito que en mala hora se había echado encima.

Había la costumbre, como hoy, de preparar a los muchachos alguna prenda de vestido para estranar en el jueves y viernes santos; y en una semana de esa fue agraciado Antonio Ma. con una chaqueta negra.

El, como cosa muy de cajón, se vanagloriaba ante sus condiscípulos de que iba a estrenar chaqueta nueva, y se burlaba de los pobrecitos que no tendrían esa gloria.

Uno de esos muchachos que seguramente tenía bien presente cómo se confeccionaban en las casas los vestidos para ellos, preguntó a Antonio M.:

“¿Y dime, hombre, esa chaqueta sí es nueva?”

“Sí, hombre, nueva, nuevecita, hecha de una funda vieja de mi mamá”.

Otro entretenimiento o diversión de uso lo constituían los pesebres en la Navidad; pero pesebres muy primitivos, eso sí. Los hacían en casi todas las casas de los arrabales en las que se cantaba y bailaba a *tutiplén*.

Recordamos uno en Guanteros, casa del maestro Pío Cubiles, que estaba constituido así:

En un rincón de la salita una pequeña mesa, y encima de ella una especie de nicho hecho con ramas de sauce y de rosa. En el fondo una bateíta en la que estaba acostado el niño: a los lados la Virgen y San José y los legendarios buey y mula. Un poco más abajo unos muñequitos que representaban los Pastores y Reyes Magos, estos últimos con mucho papelito dorado por todo el vestido.

Llena ya la salita de concurrentes, el maestro Cubiles, daba la señal para principiar la función. Entonces un muchacho que estaba atrás de la batea imitaba cuanto podía el lloro de un chiquito, y con una cuerda mecía la tal batea para dormir a aquél.

Este era el momento en que los tipleros rasgueaban y los cantores entonaban:

Dormite, niñoito
¡Que tanto llorar!
Que no hay mazamorra
Ni qué merendar.

Señora Santa Ana
¿Qué quiere el niño?
Pues una manzana
Que se le ha perdido.

Yo le daré una,

Yo le daré dos:
Una para el Niño
Y otra para voz.

Un poco después, que ya se suponía que el niño estaba gozando del sueño, cambiaban la entonación, y con el compás de los *monos*, cantaban versos como estos:

Dicen que la manzanilla

Es buena para sudores,
Apaga la calentura
Y enciende más los amores.

Por aquí me estoy metiendo
Como raíz de cañabrava,
La mujer es la que pierde
El hombre... no pierde nada.

Arriba de no sé dónde
Celebran no sé qué santo,
Se le reza no sé qué
Y se gana no sé cuánto.

Y así continuaban hasta la media noche, en que el Maestro Cubiles sacaba el Niño de la batea y lo ponía en brazos de la Virgen. Luego los tipleros, cantores y aficionados pasaban al corredor interior, donde había una mesa con botellas de *puro néctar*. Tomaban sus copas; volvían a la sala y continuaban las francachelas ya con baile y todo.

Y seguía, seguía hasta que los hechaba la luz de Dios, y marchaban a dormir la *mona* para tener fuerza de principiar otra juerga la noche próxima.

Después de la derrota de General Vezga y ya pacificada la Provincia, se organizó una División que a las órdenes del General Ma. Gómez, marchó a la costa Atlántica donde aún continuaba la guerra.

La División salió de aquí un día bastante tarde y fue a pernoctar al Hatoviejo (Bello), y allí esa noche se insurreccionaron unos sargentos con parte de sus respectivas compañías.

En la tremolina que se armó murió el Mayor Eulogio Uribe y fue herido en un pie el Dr. Demetrio Barrientos fue dragoneada como Alcalde en esta localidad. De esa herida quedó el Dr. Barrientos como para toda la vida.

Los sargentos fueron sometidos, reducidos a prisión y enviado a Medellín para su juzgamiento: El juicio no fue largo y dió por resultado el que debía ser en aquellos tiempos de pasiones feroces; es decir, una condecoración a muerte.

La sentencia se ejecutó en seis individuos en la plaza principal; y otro, Valderruten, que había sido teniente en las filas revolucionarias, tuvo su calvario en la plazuela del Colegio.

Los sargentos mencionados habían sido oficiales en las filas revolucionarias y tenían por apellidos, Torres, Samaniego, Tobón, López, Salazar y Montoya.

Un hecho todavía más notable. El sargento Tobón estaba rendido por una fuerte disentería y sin embargo se le sacó al patíbulo, cargado en una silla.

Por allá en los años del 38 al 39 había en esta ciudad de Medellín un hombre llamado Marcos Zamarra, que, según afirmaban todos, era un bandido al modo de los que nos pintan existentes en Calabria.

El tal Zamarra era reo prófugo, y no sabemos qué crimen sería el suyo; pero era lo cierto que todos le tenían un miedo atroz; y como se decía que todas las noches recorría las calles de la ciudad, pocos, muy pocos eran los que se aventuraban a salir por el temor de ser asaltados.

Hasta tal grado era el pavor que infundía el hombre, que al que se veía obligado a salir de noche, lo primero que se le venía en mentes era el de un encuentro fortuito con el terrible Zamarra, que muchos decían, sin ser cierto, que los había atacado; y esto por sólo la vanidad de hacerse pasar por valientes.

Marcos Zamarra estaba en el pensamiento y en la boca de todos, y al querer salir de su casa cada uno pensaba en él y en el modo de escapársele.

Recordamos a este respecto un caso que nos fue referido por un pariente nuestro.

Sucedió que una noche enfermó la madre de este nuestro pariente, y viendo el padre que se necesitaba de médico, ordenó al hijo fuera por él.

El médico, que lo era el Dr. Francisco Orta, vivía cerca del puente del Arco; y considerando el niño que tenía que atravesar parte de la ciudad, y acordándose naturalmente del bandido dijo, en tono lloroso al padre:

Pero, papá. si me encuentro con Marcos Zamarra ¿qué hago yo?

Anda, majadero, él no se mete con los edificios.

El pobre muchacho, haciendo de tripas corazón y atendiendo a lo premioso del caso, marchó temblando a cumplir su comisión.

Llegó a la casa del Dr. Orta sin haber tenido mal encuentro; golpeó a la puerta y, abriendo el mismo doctor, dió su recado encomendando la prisa.

El doctor estuvo un momento pensativo, y luego, dirigiéndose al niño, le dijo:

¿Y Marcos Zamorra mi amiguito?

El niño, recordando a su madre enferma, la echó de hombre resuelto y manifestó al doctor que volvería con él a su casa.

Nadie presentó prueba de ataque por parte de Zamorra, y antes bien, algunos decían, y entre otros un importante miembro de nuestra familia, a quien atajó en la plazuela de la Vera-Cruz, que aquel hombre no hacía otra cosa que pedir una limosna para satisfacer el hambre que lo aquejaba.

El 42 ó 43 tuvimos aquí el repugnante espectáculo de la Picota, establecida por una ley reciente.

En un tablado que se levantó en la plaza principal fue expuesta a la vergüenza pública una mujer llamada Victoria Jaramillo, condenada a ese suplicio por faltas graves contra la moral y buenas costumbres. La pobre mujer estuvo allí expuesta a la intemperie, amarrada a un poste por el espacio de cuatro o seis horas.

Fue el primero y único caso de tan infame castigo que presencié Medellín desde el establecimiento de la República, pues anteriormente, durante la dominación española, caso no había semana que no se tuviera la diversión con el aditamento de algunos azotes que a cuero limpio se propinaban al paciente.

JUAN

SIEMPRE VEJECES

I

De fines del 44 y principios del 45 comenzamos a ver un movimiento inusitado en lo que respecta al progreso material de la ciudad.

El ilustrado súbdito británico Sr. Tirrel Moore, domiciliado aquí y propietario de la mayor parte de los terrenos de lo que hoy se llama Villanueva, cedió generosamente lo necesario para calles y la gran Plaza de Bolívar. El mismo hizo la delineación correspondiente, y edificó la hermosa casa que actualmente es de pertenencia de la Sra. Enriqueta Botero de Pardo.

Igual cesión de terrenos hizo el Sr. Gabriel Echeverri de los de su propiedad al lado de arriba de los del Sr. Moore, y así se completó lo suficiente para la formación de ese hermoso barrio que ha venido a ser el orgullo de Medellín.

Entonces en todos los barrios de la ciudad se dió principio a la refección de las casas viejas y edificación de otras, y de tal modo, que por todas las calles no se veía sino recuas de bestias y filas de trabajadores acarreando materiales de construcción, y no se oía sino el ruido de los ciento o más tapias que funcionaban a un tiempo acompañado de los gritos de los obreros. En poco tiempo cambió completamente la fisonomía de la ciudad.

Al par del progreso material marchaba el del comercio, que tomó con grande aliento posesión como en terreno propio viniendo a ser casi exclusivamente la ocupación de los ricos y acomodados.

Cuando vino el 46 ya Medellín era de recibo, y hay que hacer notar que en ese tiempo la limpieza era tan extremada en todos los barrios, que los forasteros que nos visitaban no tenían embarazo en prodigarnos elogios multiplicados y en comparar la bella ciudad con una *tacita de plata*.

En este mismo año o principios del 47, el Sr. Moore que había resuelto marchar a Bogotá a residir allí, puso en rifa la casa que hemos mencionado, y según noticias no recaudó ni con mucho la suma que le había costado.

La rifa se verificó en el Teatro presidia por el Gobernador de la Provincia, Sr. D. Gregorio Urreta. La suerte favoreció al simpático caballero D. Juan de S. Martínez, quien en esos mismos días la vendió al Sr. D. Evaristo Zea.

Parece éste el lugar propio de poner de presente a las nuevas generaciones la importante personalidad del Sr. Tirrel Moore.

Era el Sr. Moore un cumplido caballero, inteligente ingeniero de minas, y el primero, según nuestros recuerdos, que en esta tierra organizó y fundó el trabajo de las minas científicamente. Montó en la forma que hemos presenciado los trabajos del valioso Zancudo, y si después ha tenido mejoras importantes el sistema, es indudable que a él se le debe el haber echado abajo el improductivo modo que antes se empleaba para su elaboración.

Otras muchas enseñanzas se deben al Sr. Moore, todas de gran valía, por lo que juzgamos que es de justicia y de corazones bien puesto guardar siempre la memoria de aquel benemérito ciudadano.

En lo que sí cambió Mucho Medellín, y en mal sentido a nuestro entender, fue en costumbres.

Comenzaron por aflojarse los resortes de la cordialidad en el trato social, y fueron alejando de nosotros las diversiones que honestamente nos recreaban. El mercantilismo invadió por completo a todos y ya sólo de tarde en tarde se veía un baile y reunion de aquellas tan sabrosas que tanto nos haian gozar.

Los ricos y pudientes se *enconcharon*, y aunque la juventud deseosa de expansion hacía esfuerzos notables, éstos se estrellaban contra las murallas de granito frabricadas por el tanto por ciento que se apoderó por completo de todo.

Todavía uno que otro caballero sociable daba algun festejo en su casa, pero esto de *uvas o brevas* que sólo servía para despertar el apetito sin lograr satisfacerlo nunca.

Puede decirse que los jóvenes de ambos sexos no se veían casi sino en el Teatro, cuya aficion jamas perdimos, como lo prueban rendimientos que obtuvieron las compañías dramáticas de Torres, Furnier y Auza que en esos años trabajaron.

Tambien es verdad que el precio de entrada, que era sólo de dos pesetas por cabeza, se prestaba mucho, pues estaba al alcance de todas las clases sociales.

Todavía teníamos festejos públicos cada año por la Candelaria, más no ya con la franqueza y la libertad que antes se usaba, debido esto, sin duda, al lujo que principió a tomar carta de naturaleza y a la division que introdujeron los politicos con la propaganda de sus respectivas doctrinas.

II

El año del 46 fuimos visitados por el Presidente de la Republica, General Tomás C. de Mosquera.

Se recibió al General espléndidamente. Se le festejó con banquetes, bailes y paseos a los campos, de lo que él se manifestó muy complacido.

Recordamos que el Dr. José María F. Lince, Rector entonces del Colegio Provincial, lo visitó llevando en comunidad los internos, y que a nombre de los estudiantes le dirigió un bello discurso el inolvidable Benigno Restrepo; discurso que llamó mucho la atencion y que dió a conocer el gran talento que adornaba a aquel joven.

El General se hospedó en la casa de D. Gabriel Echeverri, en la calle del comercio y formando ángulo con la de Ayacucho¹. Trajo unos cuántos húsares ricamente equipados a la europea; y siempre había dos de centinelas en la puerta de entrada.

Los tales húsares eran negros como cuero charolado: altos de cuerpo y muy fornidos.

Un día bajaba el Dr. José María Botero C. en su legendaria mulita, y viendo aquel aparato en la puerta de la casa del Sr. Echeverri, se sorprendió, y al primer transeúnte le preguntó:

Dígame, amigo qué es esto? quién vive ahora aquí?

El Sr. General Mosquera, Presidente de la República.

Ah! Bueno. Y esos hombres qué hacen ahí en la puerta?

Esos son de la guardia de honor del General.

Sí? Pues, amigo, qué honor tan negro tiene el General Mosquera.

Visitando el General los alrededores de la ciudad, manifestó su extrañeza de que el río Aburrá no tuviese un solo puente; y como se le contestase que la obra era magna para los recursos del tesoro provincial, él generosamente ofreció del Tesoro Nacional veinte mil pesos para el que debía construirse en la calle de Colombia. Y cumplió su oferta, pues apenas de regreso a Bogotá dió la orden de entrega del dinero que se empleó en la obra, de que se encargó al inteligente alemán Sr. Enrique Hausler.

El General visitó varias de las poblaciones importantes de Antioquia y en todas ellas dejó una muestra de su amor al progreso del país.

III

Ya que hemos tropezado con el nombre del Sr. Enrique Hausler no dejaremos pasar la ocasión para dar nuestra opinión sobre él.

Grandes servicios prestó a Antioquia el inteligente Sr. Hausler, principalmente en las artes. Era un carpintero y ebanista afamado y un mecánico de primera fuerza. Multitud de obras pregonan su habilidad y talento, entre otras el puente de Colombia, la Escuela de Artes y la Casa Municipal de Antioquia. Tenemos muy presente que cuando el Sr. José María Barrientos introdujo y regaló el grande y buen órgano que está en la Catedral, fueron llamados varios para que lo armaran y pusieran en servicio, y ninguno lo pudo hacer. Llamado el Sr. Hausler no sólo lo montó sino que acompañado del músico excelente Mr. Price, que era adjunto a la comisión corográfica dirigida por el Sr. Codazzi, lo afinó perfectamente. Y todo eso lo hacía el Sr. Hausler como si en su vida no hubiera hecho otra cosa.

El Sr. Hausler fundó aquí un hogar modelo y crió y educó una familia simpá y respetable bajo todos conceptos.

En ese mismo año y el siguiente el despacho de la Gobernación de la Provincia era en la casa del Sr. Echeverri, y en las piezas bajas que hoy ocupa el almacén de M. Restrepo y Cia. El Dr. Mariano Ospina

¹ Hoy la casa comercial de M. Restrepo & C. Ca. N. del E.

ocupaba el sillón de Gobernador, y el Dr. Hermenegildo Botero era su Secretario. Recordamos también que desempeñaban las oficialidades 1a., 2a. y 3a., los Sres. Recaredo de Villa, Francisco J. Jaramillo (Conde) y Aparicio Arango.

Un día entró al corredor interior de la casa el Dr. José Marí Botero C., siempre en su mulita, con su poncho blanco y su trapo delante de la boca en forma de bufanda. Llamó al Secretario a fin de que lo informara del curso de algún negocio que allí tenía, y cuando aquél apareció, le hizo la pregunta de estilo.

El Dr. Hermenegildo advirtió al Dr. Botero el desacato que cometía entrándose hasta allí con su mula, y éste sólo le contestó:

Déjate, hombre, de eso y dime lo que ocurra en mi asunto.

Se puso, pues, el Secretario a dar el informe que se le pedía y mientras tanto la celebre mula hizo una de las suyas.

Terminado el informe, el caballero dió la vuelta a la calle, y el Secretario se fue derecho al gabinete del Gobernador, donde entró apresurado y diciendo:

Doctor, hemos cometido una falta enorme.

Cómo así? contestó el Dr. Ospina con tranquilidad, pues por nada se inmutaba.

Sí, señor, nos ha acontecido un olvido de marca en la confección del Presupuesto de gastos de la Provincia.

Diga Ud. de qué se trata, para que veamos si puede subsanarse el error.

Pues, señor, no señalamos suma alguna para la compra de escupideras para la mula del Dr. Botero.

El Dr. Ospina celebró mucho el chiste de su Secretario, y lo rió de buena gana.

IV

Comenzaba ya a agitarse la cuestión elección de Presidente de la República y se fundaron los periódicos *El Censo* y *El Amigo del País*, defensores de los principios liberales. Sostenía los principios conservadores *El Antioqueño Constitucional*, periódico oficial que redactaba el Secretario de la Gobernación Dr. Hermenegildo Botero, y de decía que los buenos artículos de fondo se debían a la bien cortada pluma del Dr. Ospina.

El Amigo de País, redactado por el Dr. Nicolás F. Villa y otros, entre ellos el Dr. Francisco E. Restrepo se troteaba de lo lindo con *El Antioqueño*, pero siempre con decencia y graciosos chascarridos.

Cuando *El Amigo del País* dió por terminada su obra, *El Antioqueño* le hizo una salerosa despedida, la que concluía con esta cuartela bien sugestiva:

“Adiós Pachito,
Adiós anís,
Adiós amigos
Los del *País*”.

El Censor, que redactaban los Dres. Pedro A. Restrepo y José María Facio Lince, está tenido por uno de los mejores periodicos que han salido de nuestras prensas.

Este periodico adopto la candidatura del General José Hilario López para la Presidencia, y se decía -lo refiero con la reserva del caso -que el Dr. Lince se había separado de la redaccion por cuanto él tenia por candidato el Dr. Florentino González. Lo positivo fue que la candidatura López la sostuvo con teson aquel periodico.

Por aquel entonces íbamos a paso de carga camino del convento. Se veía y se tocaba el acabe de las relaciones sociales hasta tal grado que rara era la visita que algun joven hacía a una casa donde había señoritas; y por consiguiente, todos se iban acostumbrando a la vida en las cantinas que tanto nos han perjudicado y que al fin dará con nosotros en el abismo. Se trabajaba mucho, como ahora, es verdad, pero ese acopiamiento de dinero sin salida, que nos ha valido el epíteto de judíos, iba poco a poco corrompiendo los corazones y apartado a las gentes de la vida verdaderamente civilizada.

V

Llegamos al año del 49, año de alborozo para unos, y de escarnio, burlas y maldiciones para otros.

En ese año fue electo Presidente de la Republica el General José Hilario López, y el General Mosquera, a quien reemplazaba, le hizo entrega del bastón de mando sin contradicciones de ninguna clase.

Por el Congreso y gobierno del General López se dictaron medidas salvadoras, como la libre extracción del oro, libertad de los esclavos, del cultivo del tabaco y descentralización de rentas que tanta vida dió a las secciones, sobre todo a Antioquia que desde esa epoca tomó resueltamente el sendero del progreso.

Por nombramiento del Gobierno general ocupó la Gobernacion de la provincia el culto y amable caballero Dr. Jorge Gutiérrez de Lara, y éste nombró su Secretario al Dr. Nicolás F. Villa. La contaduria de la Intendencia de Hacienda, la desempeñaba nuestro querido padre Francisco A. Gónima y Llano.

A pocos dias de poseionado el Dr. Gutiérrez, fueron ocupando los empleos publicos los liberales y desocupando los conservadores, con raras excepciones. El cambio se hizo sin ruido ni recriminaciones y como cosa muy natural.

Por estos tiempos era Administrador de Hacienda el eminente Dr. Rafael Ma. Giraldo, y él y el Sr. Demetrio Viana fueron auxiliares poderosos de nuestro padre para poner en práctica el famoso Decreto de Contabilidad que aún rige en toda la Republica; Decreto que se expidió siendo Secretario de Hacienda el Dr. Manuel Murillo Toro, pero que de público se decía había sido redactado por el grande estadista Sr. José Eusebio Caro, cuando desempeñaba la Direccion de Rentas y Contribuciones.

En el 20 de Julio de ese memorable año se verificaron unas espléndidas fiestas en que todavía tomaron parte de todos. No se habían aún envenenado los ánimos con la maldita política, y éramos siempre amigos, conservadores y liberales, respetando cada uno la opinion del otro, y dirigiéndose todos los esfuerzos a la común diversión.

Tuvimos bailes, maestranzas, corrida de toros al modo antioqueño y otras muchas cosas, no oyéndose por las calles y plazas otro grito que el de Vivan las fiestas! Viva el buen humor!

Parecía como que hubiéramos vuelto a los buenos tiempos de las fiestas de la patrona cuando las presidía en masa todo el señorío de la ciudad encabezado por el buen caballero D. Juan Uribe Mondragón.

VI

Grande año fue el del 50, que vió promulgar y poner en ejecucion la filantropica Ley de libertad de los esclavos, de esos infelices que sin razon ni derecho se manejaban como cosas, sin poner mientes a su excelsa cualida de hombres que el Creador les había dado.

Gloria inmarcesible para los que reconocieron un hecho e imbuidos en la santa caridad, dictaron esa medida humanitaria!

Cuando llegó el dia de dar cumplimiento a la ley sobre libertad de los esclavos, se procedió en esta ciudad de Medellín a verificarlo, y todo se llevó a cabo de la manera más esplendida y lujosa que aquí se hubiera usado para cualquiera solemnidad publica.

Se construyó en la Plaza Principal un elegante pabellon de madera, el cual se tapizó convenientemente y se adornó con cortinajes de gran precio.

Fue colocada en el centro una gran masa cubierta con rica carpeta, y a su alrededor sillas de lujo para que las ocuparan los empleados superiores que tenían obligacion de asistir a la ceremonia. En el centro del pabellon mostraba un gran cuadro las armas de la Republica, a las cuales daban sombra dos grandes banderas con los colones nacionales.

Habiendo ocupado su puesto el Gobernador y demás empleados, un fuerte redoble de tambores impuso silencio, y se dió principio al majestuoso acto, que a muchos, muchísimos, los hizo llorar de alegría.

Un espectáculo maravilloso y un golpe de vista sorprendente presentaba la plaza en aquel memorable día. En el centro y hasta las gradas del pabellón, la multitud de los que hasta el día antes no era nada, con sus mejores ropas y haciendo conocer en sus expresivos semblantes la alegría que los poseía de verse ya en su verdadero puesto de personas racionales e iguales a los otros ante la ley.

El resto de la plaza ocupada por una concurrencia inmensa compuesta de hombres de todas clases sociales, que todos, cual más, cual menos vitoreaban aquel acto tan trascendental.

Los balcones cuajados de estrellas luminosas que tal parecían las innumerables hermosuras de que entonces hacía gala Medellín, y que con manifestaciones propias daban a conocer su alegría por aquel bellísimo ejemplo de pura caridad, a la que es tan afecto el corazón de la mujer antioqueña.

Conseguido el silencio, el Sr. Secretario de la Gobernación iba llamando uno a uno a los agraciados cuyos nombres constaban en sendas listas. El llamado subía las gradas del pabellón, recibía de manos del Gobernador su diploma de hombre libre, refrendando con el gran sello de armas de la República, y volvía a su puesto acompañado por los vivas de la inmensa multitud.

Luego que todos los presentes, y en la misma forma hubieron recibido su carta de libertad, el Gobernador Dr. Gutiérrez de Lara dirigió a los libertos un elocuente discurso que calurosamente se aplaudió, y se dió por terminado el acto oficial.

En seguida tomaron la palabra varios jóvenes, entre los que recordamos a Camilo A. Echeverri y José F. Gómez, los que lucieron sus buenas dotes oratorias, y levantaron el entusiasmo a una altura inconmesurable.

Fue aquel día uno de los pocos en que se ve franca alegría sin mezcla de amargura, y en que los enconos de partido desaparecen para todos, en común, bendiciendo los nombres de los benefactores de la humanidad doliente.

En este mismo año se dictó y ejecutó el decreto de expulsión de los Jesuitas, los que eran bien queridos de la mayor parte de las gentes de aquí.

Dispuso el Gobierno que del tesoro público se hicieran los gastos que ocasionara el viaje de los Padres; y así se verificó proporcionándoles aquellas cosas más necesarias para su traslación a la Costa.

Como los Jesuitas tenían entre el pueblo un inmenso partido, se creyó que pudiera tener lugar algún disturbio, y en previsión del cual el Gobernador dictó las medidas conducentes para evitar el menoscabo del

orden. Entre esas medidas figuró en primera línea el acuartelamiento de un Batallón de la guardia nacional en perfecto estado de equipo y armamento, y con oficiales adictos al nuevo orden establecido.

Pero todos estos preparativos fueron poco menos que inútiles, porque el buen sentido público aumentando con las pacíficas exhortaciones de los Padres, demostró una vez más su amor al orden.

Salieron, pues, los Jesuítas en medio de la más grande tranquilidad, sin que se oyera un sólo grito subversivo. Mucho llanto, eso sí, entre la multitud que hasta el paso de Bocaná acompañó a los viajeros; pero otra cosa nó.

Los padres Jesuítas, como sacerdotes no tenían tacha, y en este sentido el sentimiento fue general entre todas las clases sociales.

La instrucción pública había tomado un incremento bastante notable, y entre los Establecimientos más florecientes se contaba el Colegio de San Indelfonso, dirigido por el Dr. Jorge Gutiérrez de Lara, con la colaboración de los ilustrados Camilo A. Echeverri y Pbro. José María Gómez Angel.

Este Colegio se fundó en la casa llamada de Tesorería, bien nacional, y que el Gobierno del General López cedió para ese objeto por una suma insignificante, a petición de varios padres de familia de esta ciudad.

Buenos y copiosos frutos se obtuvieron de la acertada dirección y formales estudios que se hacían en aquel plantel.

En diciembre de este año tuvimos la gran desgracia de perder una de las gloriosas del Clero granadino y orgullo de Antioquia, al Ilmo. Obispo Dr. Juan de la Cruz Gómez Plata.

De regreso de Bogotá, a donde había ido a ocupar su silla de Senador de la República, enfermó en esta ciudad, y después de una corta estancia en cama rindió el alma a su Creador.

El sentimiento por la desesperación del Prelado tan benemérito estuvo a la altura de sus virtudes reconocidas por todos.

Imposible dar idea del amor que en Antioquia se tenía al Dr. Gómez Plata, amor que él había sabido grangearse por su buena administración de la Iglesia, por su entrañable decisión por la instrucción pública, y por su fino y cariñoso trato con todos los que por cualquier motivo tenían que acercarse.

Las exequias fúnebres que se hicieron al egregio Prelado sobrepasaron todo lo que habíamos visto; y no sabemos qué admirar más, si el fausto desplegado en ellas, o el llanto general que acompañaba sus mortales restos.

Todas las corporaciones publicas, Colegios, Escuelas, y una inmensa multitud de gentes de todas las clases sociales, sin distincion de partidos, acompañaron el carro mortuorio al Cementerio de San Pedro, donde el cadaver debía inhumarse.

Una vez en el Cementerio, varios jovenes, a nombre de los Colegios y Escuelas, dieron, en sentidos discursos, el adiós al que tanto se había desvelado por ellos; y el Dr. José Ma. Facio Lince, Rector del Colegio Academico, dió fin a la ceremonia con uno de los más bellos rasgos oratorios que la suerte nos ha permitido oír.

Cuando el Dr. Lince iba terminando su discurso, el sol rayando ya en la cordillera occidental iba poco a poco escondiendo sus luminosos rayos, y el orador entonces, a la vista de esa belleza, improvisó una comparacion tan brillante, tan elocuente y llena de sentimiento, que si el público no rompió en estrepitosos aplausos, fue sin duda ninguna, por no profanar el suelo sagrado que pisábamos.

La memoria del Dr. Gómez Plata perdurará en Antioquia por siempre, porque de padres a hijos se va trasmitiendo la grandeza de aquel caracter inimitable.

VII

Una ley expedida por el Congreso dividía la antigua Provincia de Antioquia en tres, llamadas de Medellín, Córdoba y Antioquia; dicha ley debía comenzar a regir el 1o. de Julio de 1851.

Mas como el hombre propone y Dios dispone, resultó que el General Eusebio Borrero lo metió todo en barato por el mometo.

Vino aquí el General Borrero en son de paseo y dizque a visitar a algunos buenos amigos que tenía por estos andurriales, los que deseaban mucho verlo. Se hospedó en la casa de D. José María Uribe Restrepo.

Adelantaba el mes de Junio y ya algo se susurraba en mal para el orden publico, a causa de la visita del General, pero el Gobierno de la Provincia como que se hacía oídos de mercader porque ninguna providencia dictaba para salvar la situación.

Llegamos al 30 de dicho mes en el que cesaba en el manod el Sr. José Ma. Sáenz Montoya, y desde por la mañana previno al Sr. Sebastián Amador, Jefe politico del canton, que debía pasar a las doce de la noche a la casa de Gobierno a encargarse del mando de la Provincia de Medellin, y esto por cuanto el Gobernador nombrado, Dr. José Ma. Facio Lince, estaba ausente.

Un poco adelantado el día, se supo de cierto que el General Borrero se había trasladado al pueblo de Belén, a donde continuamente llegaban gentes que no cesaban de gritar entusiasmados: Abajo el Gobierno de López!

Atendiendo a estas noticias el Gobernador Sáenz llamó la guardia nacional al servicio, la que se fue acuartelando en los edificios de la Gobernación y Tribunal, edificios contiguos; y a las cinco o seis de la tarde se encontraban reunidos bastantes hombres para formar dos batallones que se pusieron a las órdenes de los Comandantes Vicente Pizano y Rafael Pidrahíta.

Pasaron algunas horas, en las cuales se supo que el General Borrero, por medio de una proclama declaraba la federación de Antioquia y consiguiente separación de ésta de la República, asumiendo el mando absoluto con el título de Jefe Civil y Militar.

Llegada la media noche, el Sr. Sáenz posesionó al Sr. Amador, y marchó en el acto para Rionegro, a dar cuenta al Gobernador de Córdoba de lo acaecido, y de acuerdo con él tratar de debelar la facción.

En posesión del mando, el Sr. Amador, que no tenía las dotes necesarias para dominar una situación tan difícil, pues ni era militar, ni nunca había figurado como hombre político, siendo su única profesión el comercio, tuvo que hacer de tripas corazón, y de acuerdo con los Comandantes y otros notables liberales, hizo pasar todo el parque, que era abundante, a la casa de Gobierno, y se limitó a nombrar algunas patrullas que recorrieran la ciudad.

Entretanto las noticias alarmantes no cesaban. Se decía que las turbas reunidas en Belén montaban a varios miles: que estaban bien armados, y que estaban resueltos a no dejar semilla de rojos. Todo ese carareo produjo efecto: entró en pánico en los defensores de la legalidad, y la defección principió por el Comandante Pidrahíta, que se retiró bajo pretexto de grave enfermedad de estómago. Siguiéron los demás por bandadas hasta el punto de que a las siete de la mañana del 1.º de julio, no contaba la plaza con más fuerza que la guardia de la Gobernación, compuesta de catorce entusiastas jóvenes, entre los que se contaban José F. Gómez, Antonio Ma. Rodríguez, Manuel J. Jaramillo, José Ma. Córdoba Obregón y Salvador Valencia.

El General Borrero condujo sus montoneras a Medellín, pasando por el camellón de la Asomadera, se situó en el Colegio y plazuela adyacente.

De ochocientos a mil hombres serían los revolucionarios, y entre ellos sólo 23 armados de fusil al mando de Wenceslao Restrepo Obeso. Los demás, armados de escopetas, lanzas y cuchillos encabados en cañabrazas. La mayoría de a caballo.

Una vez Borrero en aquel punto, mandó intimar entrega de la Plaza e invitó al Sr. Amador para conferenciar, enviándole, al efecto, el salvo-conducto del caso. El Sr. Amador se trasladó a la Plazuela, y allí, después de una ligera discusión, convencido de que no tenía fuerza con qué resistir, convino en la entrega y volvió a la Gobernación a prepararlo todo para ese acto.

Borrero comisionó para el recibo al entonces Comandante Francisco Giraldo, y éste marchó al interior de la ciudad a cumplir su cometido que pudo haberle costado la vida.

Llegó Giraldo a la plaza por la calle del comercio a caballo, y en dirección a la Gobernación tomó la diagonal. Antes de llegar a la pila el centinela, que lo era José Ma. Córdoba, le gritó alto! Como Giraldo siguiera sin poner atención, ya en la pila recibió la segunda intimación, de la que tampoco hizo caso, y ya muy cerca de la Gobernación Córdoba le lanzó el tercer alto! del que no quiso atender, por lo que el joven centinela le tendió el fusil, y a tiempo de rastrear, el Sr. Amador con el bastón alzó el cañón del arma librando así a aquel señor de una muerte segura, pues la distancia era muy corta y Córdoba era el famoso tirador.

En estos momentos se acercaba al cuartel José Justo Pabón, gritando:

“No se entreguen, muchachos; desconozcan a Amador y muramos peleando”.

Pero ya no era tiempo, porque esos jóvenes salían sin armas a buscar otro recurso, como muchos lo hicieron saliendo en seguida de Antioquia.

Así terminó el asunto y Borrero quedó dueño absoluto del campo.

Debemos mencionar un episodio que fue cómico, pero que pudo haber pasado a trágico.

Supimos a la oración de ese día, que el General Borrero se hallaba en casa del Sr. Uribe R. atacado de un fuerte cólico, y en el acto, reunidos unos diez y seis jóvenes liberales, acordamos sacar al General de allí y esconderlo, operación que nos pareció tanto más hacéndera cuanto que sabíamos que en la casa aquella no existía guardia de ninguna especie. Nos reunimos, pues, en una manga de Villanueva a esperar la hora de dar el golpe, y alguno propuso que se enviara una comisión de inspección, lo que se aceptó, y fuimos nombrados, para el efecto, Juan Fernández C., Vespacio Jaramillo y yo.

Marchamos, pues, al centro, y al llegar a la esquina de la casa de D. Antonio Uribe R. vimos salir al General en vía para el cuartel acompañado de dos personas armadas. Viendo frustrado nuestro plan, retrocedimos a dar aviso a los compañeros, y en el camino encontramos un amigo nuestro, conservador, que nos advirtió que Borrero había recibido comunicación del Sr. Pedro Juan Parra de que los liberales estaban reuniéndose en Villanueva, y que nos lo hacía presente para nuestro gobierno.

Entonces fue carrera lo que emprendimos, y al reunirnos con los amigos luego que les dimos aviso a todo, nos dispersamos más que de prisa a ocultar el bulto, hasta mejor ocasión.

VIII

El General Borrero se dedicó con actividad y energía a organizar el Gobierno civil y su ejército que pronto estuvo, al menos por su número, en estado de abrir campaña contra las fuerzas nacionales que, al mando del General Tomás Herrera, venían del Cauca.

Habiéndose sabido que el General Herrera había pasado la frontera, se dió al ejército la orden de marcha, y el día de ésta pasó Borrero revista en la Plazuela del Colegio y dirigió a sus soldados una alocución elocuentísima que principiaba así:

“Soldados: Los vándalos del Cauca se han atrevido a pisar con planta sacrílega el territorio sagrado de la federación. Vamos a escarmentarlos etc., etc.”

Y marchó el ejército para el Sur.

Durante este primer viaje de las fuerzas de Antioquia tuvo lugar un episodio sangriento.

En San Jerónimo unos liberales se habían armado en guerrillas, y el Sr. José Ma. Gómez Hoyos, llamado comunmente Pepe Gómez, Marinillo, y que figuraba como Comandante de armas de Occidente, vino a aquel pueblo para ver de destruir aquella guerrilla, lo que consiguió haciendo prisioneros a cinco individuos de apellido Díaz (el padre y cuatro hijos), habiéndose escapado otros de la misma familia. Los prisioneros tuvieron suerte desastrosa. Los hizo fusilar el Sr. Gómez.

Contaban en aquel tiempo, que reconvenido Gómez por el General Borrero, a causa de aquel barbarismo, había replicado con desfachatez:

“Lo que siento, General, es no haber podido completar la semana”.

Borrero fue con sus fuerzas hasta las Coles, donde -así se dijo entonces -se convino en que entregarían las armas, el Coronel Braulio Henao, en Sonsón; la División Marinilla, allí, y el General Borrero, en Medellín; y todo esto como resultado de comunicaciones recibidas del General Herrera, dando cuenta del estado general de la República. No sabemos lo positivo, pero algo habría de lo que referimos porque hubo publicaciones varias sobre el asunto, y más que todo porque el Sr. Coronel Henao licenció en Sonsón el Batallón Salamina, y no volvió a tomar parte en la contienda.

Vuelto Borrero a Medellín, seguramente por sugerencias de amigos comprometidos o por cualquier otra causa, dió por nulo el convenio de las Coles, y continuó en armas. Lo mismo hizo la division de Marinilla.

Avanzaba el General Herrera y volvió a marchar el Ejercito de Antioquia.

Al saber el Presidente López el pronunciamiento de Antioquia, noticia que primero le llevó José F. Gómez, que pudo escapar, dió las órdenes competentes para que vinieran sobre Antioquia cuatro columnas de fuerzas nacionales: una del Cauca, por Manizales, al mando del General Herrera: otra por el Páramo del Ruiz, a las ordenes del General Rafael Mendoza: otra por Nare, bajo el mando del General Joaquín Acosta, y la ultima por Zaragoza, al mando del Coronel Losada.

Se dijo despues que el General López mandaba tantas Divisiones sobre los rebeldes, porque quería ahogar a Borrero en un circulo de hierro y evitar de este modo el derramamiento de sangre.

Seguramente que estas columnas traerían orden de obrar en combinacion, pero no sabemos por qué causa el General Herrera se internó hasta Abejorral, sin aguardar nada.

Cuando regresaba Borrero se encontró en su camino con un obstaculo. Veintidos jovenes rionegreros, valorosos y bien calaveras, a las órdenes del valiente Juan Pablo Uribe, quisieron atajar en su camino al Ejercito conservador, y al efecto desentablaron el puente de San Antonio y bien atrincherados y en una linea extensa, abajo y arriba del puente rompieron un fuego vivo que detuvo por varias horas el empuje de las fuerzas numerosas, hasta que por la traicion de un señor, se vieron rodeados y obligados a emprender la fuga, en la cual fue destrozado a lanzazos Julián López, y cogieron algunos prisioneros.

Cuando el combate estaba más encendido, Manuel Uribe Vásquez, que era muy pequeño de cuerpo, subió sobre un vallado y allí permaneció de pie, sirviendo de blanco. Advertido de esto D. Juan Pablo Uribe, se acercó a Uribe V. y le ordenó se bajara de allí.

-”No, mi jefe, dijo Uribe V., aquí estoy bien y todo lo veo”.

-Pero no ve que infaliblemente lo matan?

-No pase cuidado.

-No ve que tiran con bala?

-Pues sí, y para tocarme a mí tienen que tirar como a los patos, con munición.

Dijimos en el capitulo anterior que el General Herrera habia avanzado hasta Abejorral, cuya plaza ocupó, situando sus tropas allí, y en el alto del "Tusero", muy cerca, y que da vista al pueblo, y que el General Borrero habia vuelto para el Sur.

Supo en el camino el General Borrero que Herrera ocupaba a Abejorral, y entonces por consejo de algunos antioqueños practicos, emprendio su caminata dando un gran rodeo a salir el 7 de septiembre por el amanecer, con todo su Ejercito en el alto de "Letras", que domina la poblacion.

Al ser de dia, las guerrillas de uno y otro bando rompieron los fuegos, y a las nueve o diez el combate se hizo general, hasta las seis de la tarde, en que viéndose el general Herrera sin pertrechos, hizo concentrar su Division en el alto del "Tusero", dando allí la orden de retirada hacia Rionegro, ciudad que le era completamente adicta.

El General Borrero cometió la torpeza de no hacer perseguir a Herrera, como se lo aconsejaban varios y entre otros el Comandante Joaquín Montoya, viejo veterano de nuestra Magna Guerra, el que, según se aseguró, decia al General que le dejara disponer de cien hombres escogidos y se comprometía a obligar a los fugitivos a la dispersion, lo que tal vez no hubiera sido dificil, atendida la falta de municiones y al cansancio que agobiaba a hombres que venían de tan lejos y que habían combatido todo un dia sin comer ni beber.

No habiendose verificado al operacion indicada, la Division Herrera caminó tranquila toda la noche, y a las diez u once del siguiente dia llegó a La Ceja, en donde se le dió algunas horas de descanso y carne en abundancia.

Continuó el General Herrera su marcha y a las once de la noche entró a la ciudad de Rionegro, la que encontró iluminada como para una fiesta solemne. Toda la poblacion, hombres y mujeres, se apresuraban a proporcionar a los soldados alimento abundante, alpargatas etc., y luego organizaron la confeccion de cartuchos, fundicion del plomo para balas y aspilleras en las tapias del Cementerio. Cuando faltó el plomo hubo personas que presentaron sus cubiertos de plata y sus artefactos de cobre para que fueran fundidos. Jamás se volverá a ver un entusiasmo tal como el que desabordó en Rionegro en esa noche memorable.

Cuando vino el dia nueve, la Division contaba con elementos suficientes para sostener con ventaja un ataque cualquiera, y principió la conveniente distribucion de los cuerpos en los puntos que se creyeron más a proposito.

Toda la fuerza caucana, menos un escuadron de caballeria, se encerró en el Cementerio, donde el General Herrera estableció su Cuartel General. Los batallones 1o. y 2o. de Córdoba, compuestos de

antioqueños y aldeanos de María, las ordenes de los Coroneles Miguel A. Alzate y P. Solano, fueron regados en guerrillas en las cuchillas que bordan el Cementerio; y la reserva, compuesta de un Batallon de Infanteria y la Caballeria bajo la direccion del Coronel Prías, quedó en el centro de la ciudad a las ordenes inmediatas del Coronel Policarpo Martínez, Jefe del Estado Mayor General.

Arreglando esto así, el dia diez por la manana apareció al frente del Ejercito del General Borrero, el que, pasando el rio por la hacienda del “Burro”, avanzó en linea recta sobre el llano, tiroteándose con algunas guerrillas. Como a las diez u once del dia formó en batalla el Ejercito, casi a tiro de fusil, desprendiéndose del cuerpo principal algunas guerrillas que marcharon a combatir las contrarias con diverso éxito.

Pocos momentos despues el General Borrero ordenó una carga general contra las tapias del Cementerio, y dicen que en ese momento lanzó estas expresiones:

“Ea, pues, muchachos. En nombre de la Virgen, a la carga”.

Pero el General no siguió el movimiento de sus tropas; antes bien, seguido de su Jefe de Estado Mayor General, Joaquín Peña, venezolano, volteó riendas y tomó el camino de Medellin, convencido seguramente, de que en aquel campo terminaba su dominacion. Lo seguían, ademas de Peña, dos o tres Ayudantes u Ordenanzas.

Se cuenta que llegado el General a una casa del camino a tomar algun alimento, y oyendo de allí el fuego muy nutrido del cmbate, dirigiéndose a Peña dijo:

“ A que triunfan aquellos muchachos?”.

El combate fue lo que debia ser: un desastre completo para el Ejercito conservador, perdiendo allí Antioquia varios jovenes de importancia como Jenaro Barrientos, Pedro Londoño y Jenaro Vélez.

El General Borrero llegó a Medellin entre cinco y seis de la tarde, a tiempo en que paseaban por la ciudad una imagen del Nazareno en rogativa por el triunfo de sus armas y se fue, dicen, para una casa de campo del Sr. Antonio Uribe R., situada en las “Playas”.

De este modo tuvo fin la malhadada revolucion en Antioquia.

La misma noche del diez volvió el Sr. Amador a su puesto de legítimo Gobernador interino de la Provincia de Medellín, y acompañado de varios ciudadanos se encaminó a la Quebrada arriba con el exclusivo objeto de atajar y desarmar a los fugitivos, con lo que obtuvo buen resultado.

Andando por ahí tropezó con el Dr. Juan C. Uribe, médico afamado, acerrimo partidario de Borrero, que vení en su bestia fatigada.

El Señor Amador tomó las riendas del caballo y manifestó al Dr. Uribe que quedaba prisionero, más no contó en esto con la huespeda, porque el Dr. Uribe, que venia naturalmente despechado, y que además tenía en sus venas de la misma sangre de nuestro valeroso y gran repúblico General Rafael Uribe Uribe, no era hombre para aceptar sin chistar esta situación; así es que inclinándose sacó de las pistoleras dos pistolas, las amartilló y dijo en tono energético:

“Paso, Sr. Amador, o una para Ud. y otra para mí”.

Se hizo a un lado el Sr. Amador, y el Dr. Uribe continuó su derrotero.

Se presentó al Sr. Amador Naudín Díaz indicándole que el Sr. José Ma. Gómez Hoyos estaba en su finca de Pocumé, en el Distrito de Anzá, y el Sr. Gobernador dió comisión a ese hombre para que lo aprehendiera.

Marchó Díaz con una escolta, y llegado al punto indicado rodeó la casa del Sr. Gómez y desde afuera dízque le intimó rendición, cosa que no se convenía con la energía natural de Gómez.

Dicen que con las culatas de los fusiles los de la escolta daban golpes en las puertas como en son de romperlas, lo que, oído por Gómez, fue, pistola en mano, a abrir una puerta trasera, que sin duda creyó libre: abrió y encontró dos hombres de guardia, lo que no le impidió avanzar haciendo fuego con sus pistolas, de cuyos disparos cayó un hombre herido. A la detonación acudieron los demás y acibillaron a balazos a aquel valiente, dejándole muerto en el acto.

El General Herrera vino con su División a Medellín, en donde fue recibido esplendidamente por sus partidarios. Se le hizo muchísimo festejo, en el cual descollaron un esplendido banquete y un suntuoso baile, donde tuvieron, una vez más, ocasión de lucir su hermosura y buen porte las jóvenes medellinenses.

El General Herrera, autorizado por el Gobierno, dictó un decreto de indulto muy general: y poco después, una oración en que estaba a la mesa el General, se le presentó el General Borrero en traje poco digno de él, pues llevaba ruana y alpargatas y sombrero muy usado.

Se contaba por muchos que acompañaban a Herrera en la mesa, que éste había recibido con aspereza a Borrero.

Y mientras tanto nuestras relaciones sociales, qué rumbo habían seguido?

Ya puede figurárselo el lector, pues si en plena paz se iban restringiendo a todo correr, qué sería en estado de guerra? Claro es que los cuarteles, cornetas y tambores y los modales de campamento, no son los vehículos a propósito para conducir una sociedad al grado de cultura a que deseábamos que llegase y que, por consiguiente, el retroceso eran tan notable que al fin, de fuerza nos encontraríamos con Pedro el Ermitaño, o por lo menos con los primeros tiempos de la conquista de estos territorios.

XI

Corrían los últimos días de ese mismo mes de septiembre cuando perdimos de vista a Medellín y su modo de ser, por causa de haber aceptado un empleo en la Administración de Hacienda de la Provincia de Córdoba y haber pasado a Rionegro a cumplir con nuestros deberes.

No volvimos a Medellín hasta el mes de Febrero del 52, con motivo de una fiestas que se anunciaron.

Esas fiestas fueron lo mejor que hemos presenciado.

Parecía que Medellín arrojara el estrecho y roñoso traje que hacia algún tiempo vestía, y se endosaba su ancho ropaje de las alegrías de sus buenos tiempos de antaño en que tan a gusto nos solazábamos.

Los bailes casi todas las noches, ya de una clase, ya de otra: las vistosas y bien ensayadas danzas; las cuadrillas a caballo y los toros al estilo antioqueño, es decir, con todo el pueblo por toreador, eran los espectáculos generales que más llamaban la atención, no obstante que también había otros que tenían bastantes adeptos, como el juego a pasto y la bebida del *néctar* a granel.

En uno de esos días se condujo a la plaza, a cuatro sogas, un feroz toro, como nunca lo hemos vuelto a ver. Al entrar a la plaza el bravo animal partió sobre un grupo de a caballo que estaba muy cerca. Atropelló y mató al caballo que montaba D. Fermín Ochoa, salvando este el pellejo casi por milagro.

Más adelante, en la pila que quedaba en toda la mitad de la plaza, el dicho toro partió sobre el caballo del joven irlandés Juan O. Brien, y de una cornada en el pecho lo dejó muerto en el puesto.

Por la tarde lo sacaron del toril, y todo el mundo a las barreras, porque el tal vicho no sabía de chanzas; no era más que separarse alguno o algunos un poco del burladero, arremetía con la velocidad del rayo y había que encaramarse mas que de prisa para apartarse de aquellos temibles cuernos.

Volvimos a nuestro retiro de Rionegro satisfechos de modo como habian pasado las fiestas: llenos de ilusiones por el cambio tan notable que observamos respecto de la sociabilidad de nuestros paisanos, y repletos de esperanzas de que, Dios mediante, Medellin renacía para la vida culta, al tanto que siempre habia sido nuestro deseo mas vehemente.

XII

A los últimos meses del año 52 nos alejamos un poco mas de Medellin. Tuvimos que pasar a la ciudad de Antioquia a ocupar un puesto que nos dió nuestro amigo el Gobernador José J. Pabón, del cual era Secretario nuestro padre.

En esta ciudad pasamos los mejores años de nuestra vida. Y no podía se de otro modo, porque dificilmente se podria hallar sociedad mas culta y que mas atenciones tuviera para todos y con especialidad para el forastero. Un escuadron de cumplidos caballeros y una falanhe vistosisima de bellas y encantadoras señoritas, se esforzaban a cual mas en hacer la vida agradable, y todo sin desmanes, teniendo siempre al frente la mas pura moral y, por lo mismo, la decencia en las relaciones.

Sólo recuerdos placenteros tuvieramos para aquella bendita tierra, si no hubieramos tenido la desgracia de perder allí a nuestra santa madre. Sin embargo de ésto, y movidos por un sentimiento de gratitud, enviamos desde estas páginas nuestro cariñoso saludo a todos los antioqueños, hombres y mujeres, y la expresion de nuestro constante anhelo porque su ciudad querida vuelva a ser lo que en un tiempo no lejano fue.

Por la razon apuntada nada podemos decir de Medellin hasta muy adelante, pues las pocas noticias que nos llegaban, no eran suficientes para formar cronica, ya por deficientes, o ya porque muchas veces se contredecian unas a otras. Tengamos, pues, paciencia hasta el dia en que nosotros volvamos a ser parte integrante de la bella ciudad.

Solamente agregamos que hasta que nos retiramos de Medellin, éste adelantaba al vapor en su parte material. A las casas viejas se les lavaba la cara y se les daba un aspecto agradable: la construccion de nuevas se llevaba al galope, y como por encanto se poblaban calles nuevamente abiertas, al mismo tiempo que iban llenándose los huecos que aun habia en el centro de la ciudad. Y téngase en cuenta que

todo el que emprendía la construcción de un edificio procuraba darle comodidad en la habitación y el mayor lustre posible en su frente, lo que hace un efecto agradable a la vista muy variado, tanto más cuanto que no existe la monotonía debida a la homogeneidad de las construcciones.

XIII

Se nos vino encima el tremendo año del 54, del que no quisieramos acordarnos por la tristeza que nos produce la noble sangre en él tan villanamente derramada.

Al final del mes de abril supo el Gobernador Pabón, por posta que envió el de Medellín, Dr. Mariano Ospina R., el justificable movimiento armado que el General José Ma. Melo había llevado a cabo el 17 de ese mes, en la Capital de la República, por el cual se desconoció el Gobierno Constitucional.

Generalmente se creía, mas sin fundamento, que Pabón apoyaría a aquel oscuro soldado, y al efecto, varios de Medellín y de otras poblaciones, afectos al movimiento pasaron a Antioquia a ofrecer sus servicios a Pabón; y éste los recibió de mala manera y los hizo desocupar al trote, no sólo la ciudad sino la Provincia.

El mismo día en que hizo salir esa gente, y aconsejado por nuestro padre, hizo Pabón publicar por bando una alocución, y llamaba a los antioqueños a que lo acompañaran en ese camino. Dictó órdenes perentorias y energicas para la formación de una Columna y nombró Jefe de ella al Coronel Miguel A. Alzate, bajo sus inmediatas órdenes, pues acariciaba el proyecto de ir en persona a la campaña.

En esos días Pabón llamó al Sr. Enrique Hausler, que dirigía varias obras públicas, le manifestó que estaba descontento de él, porque le habían asegurado que era partidario de Melo, y el Sr. Hausler en disculpa sólo le dijo:

“No, señor; yo no soy melista, pero sí me gusta el golpecito”.

Pabón rió de la salida, y no se volvió a hablar del asunto.

Estando Pabón ocupado en su empresa de organizar fuerzas, teniendo ya en Sopetrán un buen batallón con un cuadro de Sargentos veteranos al mando del Teniente Vicente Cardona (a. Calviche), recibió pliegos del Gobernador Ospina, los que no supimos qué contendrían. Apenas leyó Pabón los pliegos; pasó a su casa, donde también vivía el Coronel Alzate, e intimó a éste a prisión, conduciéndolo él mismo al Cuartel y entregándolo al Comandante Ramón Pizano con orden de incomunicarlo y ponerle centinelas de vista.

El Sr. Simón Mejía, Oficial de la Columna, que estaba por ahí cerca, montó a caballo, y a carrera abierta siguió a Sopetrán y allí participó a sus compañeros la prision de Alzate y el rigor con que se le trataba.

Los oficiales y soldados, que adornaban al Coronel, se amotinaron, sin hacer caso alguno de amonestaciones del Segundo Jefe, Teniente Coronel Salvador Alzate, se dieron a gritar en masa: “A Antioquia, a libertad al Coronel”. Los soldados estaban en la calle desarmados, y el Comandante Alzate dió orden al Oficial de Guardia que no dejara entrar a nadie para evitar que sacaran las armas, por lo que, por el momento, todo se redujo a gritos y más gritos.

La prision de Alzate se verificó muy de mañana, y como a las 10 llegó a Antioquia la noticia de la sublevacion en Sopetrán, y en el acto el Gobernador Pabón montó a caballo y pasó a nuestra casa a noticiar a nuestro padre lo ocurrido, invitándolo para que marchara a Sopetrán. Nuestro padre rehusó acompañarlo y le hizo presente la locura que cometía yendo solo a meterse entre esos furiosos. Pero no oía nada. Habia resuelto ir, y se escudaba con que el prestigio de sus nombres y su autoridad lo defenderían.

Antes de ponerse en camino pasó al Cuartel, llamó al Comandante Pizano, y aparte con él le dijo bajo algo que los que estábamos ahí no pudimos saber, y luego en voz alta se expresó así: “Pizano: cuando reciba la señal que le he indicado, haga fusilar a Alzate en su prision”. Y marchó donde su destino lo llamaba.

Llegado el paso del Cauca el Sr. Pabón, tuvo mucho que gritar para que los paseros le llevaran la canoa que Simón Mejía ordenó dejaran en ese lado.

Llegado a Sopetrán siguió directamente al cuartel que radicaba en la Casa Municipal, sita en la plaza. Arribó, donde se le reunió Antonio J. Escobar, su íntimo, y trató de entrar al cuartel, lo que no pudo efectuar porque el centinela le echó “atrás”. Entonces Pabón le hizo presente que era el Gobernador. que si no lo conocía? Y el centinela le contestó: “Es la orden”.

Pabón llamó al Oficial de Guardia, que lo era un Sr. Figueroa de San Jerónimo, y éste dio las ordenes del caso para la entrada del Gobernador y de su amigo Escobar.

Subieron estos señores al balcón y allí encontraron al Comandante Alzate, al que Pabón ordenó que el paso le parecía imprudente por la excitacion en que la tropa se encontraba, y le manifestó, además, que a esos hombres les habian dado mucho aguardiente mezclado con polvora, y que las consecuencias serian terribles.

Pabón insistió, y Alzate, viéndose forzado a obedecer, hizo que el corneta de ordenes tocara la llamada de soldados y oficiales, los que fueron llegando por grupos silenciosos frente al balcon. Una vez allí, Pabón ordenó que se les dejase entrar al cuartel a tomar sus armas y saliese luego a formar en batalla en la plaza.

A este mandato tan atrevido no sólo Alzate sino Escobar se opusieron con todas las buenas razones que se les ocurrieron, y Pabón incontrastable, retiró su orden, la que tuvo su cumplimiento.

El batallon formó, con el cuadro a la cabeza, dando la cara para el balcon.

Pabón dispuso que el corneta tocara silencio, y establecido éste se inclinó sobre la baranda y fue a dirigir la palabra a los soldados; pero antes de que alguna saliera de su boca, se oyó la voz de mando del Teniente Cardona:

“Cuadro, tercien!”.

A esta orden los 16 hombres del cuadro, en vez de efectuar el movimiento indicado, se echaron los fusiles a la cara y una descarga cerrada hizo vibrar el aire. Los pilares y paredes quedaron acribillados a balazos y los tres hombres quedaron ilesos.

Los Sres. Alzate y Escobar, que vieron que el Cuadro volvía a cargar las armas, suplicaron al Gobernador se retirase, y como éste viera ya el peligro, accedió y marcharon juntos hacia una puerta pequeña que daba inmediatamente sobre la escalera. Escobar y Alzate pasaron los primeros, tomaron cada uno una hoja de la puerta para cerrarla no más que Pabón pasara, poniendose así a cubierto del fuego que veian venir.

Pabón habia caminado dando siempre el frente a los amotinados, más al llegar a la puerta para entrar tuvo que mostrar la espalda, y en este momento sonaron cuatro tiros, uno de los cuales rompió a Pabón los riñones y vejiga, echándole de bruces sobre el barrote del pasamano de la escalera, en donde se rompió la frente.

Alzatey Escobar lo recogieron y trataron de darle auxilio inutilmente, porque a poco expiró aquel joven que por su talento, energia y republicanismo, era una valiosa esperanza para la Patria.

José J. Pabón, alto de cuerpo, ancho de espaldas, de facciones varoniles, era lo que se puede llamar un buen mozo. De clara inteligencia, de bastante instruccion y de suprema energia y valor, estaba llamando a muy altos destinos y a prestar valiosos servicios a la Republica. Una bala alevosa, dirigida por manos ocultas, cortó antes de tiempo la vida de aquel ser tan importante para la Patria y para sus amigos.

Descansa en paz el amigo muy querido.

Al saberse que Pabón había dejado de existir, los soldados se diseminaron por el pueblo haciendo fuego por todos lados, y era tal desorden, que a un Sargento Perdomo del mismo Batallón, le rompieron la mandíbula inferior y le pasaron la lengua de un balazo. A un joven, Francisco Meri, que corría de miedo a la tremolina, le mandaron un tiro que lo dejó muerto en el acto.

Se decía por algunos que la muerte de Pabón había sido efecto de un rapto de locura, o acto primo, lo que no puede ser.

Bien claro está que hubo premeditación, que su muerte estaba decidida, y si no, por qué se hace fuego al ordenar “tercien armas?”. Porque así estaba convenido entre los que pactaron aquel villano asesinato, y que querían dejar establecida la coartada y en último caso dejar toda la culpa a los infelices ejecutores que, con seguridad, fueron comprobados por otros más altos, que serían los verdaderos asesinos.

De Antioquia vinieron a Sopetrán algunos amigos a conducir el cadáver y hacerle los honores correspondientes a su clase y merecimientos.

Cuando la noticia del asesinato de Pabón llegó a Medellín, el Dr. Ospina, que ya tenía varios batallones organizados para marchar contra Melo, aumentó rápidamente su fuerza, y con cerca de mil hombres siguió camino de Antioquia a someter a los rebeldes y poner a los criminales en poder de la Justicia.

No nos corresponde seguir tratando de esto, y sólo diremos que la fuerza esa del motín depuso las armas; y que el Coronel Miguel A. Alzate presentó al Teniente Cardona y se entregó él mismo para el correspondiente juzgamiento.

De lo que sí no podemos menos de hacer mención, es de un hecho extraño ocurrido. Alzate y Cardona fueron llevados como presos cuando las fuerzas marcharon para Cundinamarca. Por qué esto? Sus jueces naturales no estaban en el Circuito donde el delito se cometió? O se quería hacer algo especial con ellos?

Nosotros no somos jurisperitos, y tal vez por lo mismo sea nuestra extrañeza.

Pasado un poco de tiempo de la muerte de Pabón, y ya ida la Columna de Antioquia para la campaña, se pronunció en favor de Melo, en el pueblo de San Jerónimo, Manuel José Jaramillo y Córdoba, sobrino del General José María. Con los que lo acompañaron en su calaverada fue sobre Antioquia, la que sabía no tenía defensores.

Antonio J. Escobar, Comandante de armas, al saber que Jaramillo llegaba, reunió a toda prisa nueve jóvenes de las primeras familias y algunos otros del pueblo y fue a situarse en emboscada en un punto llamado “La Mica”, entre el “Paso de la Peñablanca”, y la ciudad. A lo que los rebeldes entraron al punto de la emboscada fueron saludados por una descarga que los puso en dispersión sin más pérdida que la muerte de la mula que montaba Manuel José y que era de la pertenencia del Dr. José Vicente Uribe.

Escobar siguió con su gente en persecución de los fugitivos, y habiendo sabido en el trayecto que Jaramillo estaba en la estancia “El Arado”, del Sr. Pablo Pardo, comisionó al Sr. Isidro Martínez, para que con algunos hombres que le dio tratara de hacer prisionero a Manuel José.

Martínez llegó a la casa de la Estancia: se cerció de que Jaramillo se encontraba allí; rodeó con los hombres la casa, y tocó la puerta principal gritando a Jaramillo que se entregara. Este contestó que él se la garantizaba con su palabra.

Entonces Manuel José dió vuelta a la llave, abrió las dos alas de la puerta y se presentó: al mismo tiempo sonó un tiro y Manuel José cayó, despedazado el cerebro por una bala que le entró por un pomulo.

El asesino se encontraba algunos pasos escondido detrás de un café, y al hacer fuego pudo también matar o herir al Sr. Martínez, que casi cubría con su cuerpo a Jaramillo; pero seguramente él tenía confianza, en su destreza, que probó. Este mal hombre se llamaba José Ma. Larada, y de dió después que aborrecía a Jaramillo porque éste le había propinado una noche en un baile una solemne paliza.

XV

A fines de 1855 volvimos a residir a nuestra querida Medellín, y a la verdad que veníamos con la alegría más grande porque aportábamos todas las ilusiones y esperanzas que las famosas fiestas de febrero del 52 nos habían hecho concebir al respecto de la cultura y sociabilidad.

Pero el desengaño fue terrible, porque hallamos mas acentuado el frio egoismo y la sociedad andando su camino de retroceso. No se veia una reunion que diera muestra de civilidad y en la cual los dos sexos tuvieran un cortes trato, que los condujera a esa cultura de maneras y esas conversaciones propias para dulcificar los caracteres y hacer llevadera la vida de penalidades, que un trabajo rudo y constante proporciona.

La separacion era, pues, casi completa, y si no hubiera sido por las noches del Teatro en que al menos se veian las gentes, la clausura hubiera sido completa.

Por fortuna ya entonces nuestro grande artista José Froilán Gómez, comenzaba su titanica labor de fundar el verdadero y puro Teatro Antioqueño, que tantos momentos de agradable solaz proporcionó a esta sociedad, y que evitó que nos volvieramos montaraces por completo.

Quedamos, por lo tanto, sin otro recurso que el de decir con el poeta:

“Volaron todas mis ilusiones,

Mis esperanzas con ellas van”

El año del 56 se creó el Estado Soberano de Antioquia, que rigió, el primero, el Dr. Rafael Maria Giraldo, uno de los hombres mas importantes de esta tierra por sus conocimientos administrativos, su carácter templado en el molde antiguo de los heroes de Plutarco, y mas que todo por su inmensa probidad en el manejo de los caudales publicos que llevó a un alto grado de prosperidad. Severo con sus subalternos que no seguian los dictado del honor, era fino y amable con los que cumplian su deber, y siempre hallaba el medio de recompensarlos, estimulando asi a los flojos, que, por supuesto, procuraban hacersele agradables.

Supo el Dr. Giraldo rodearse de hombres competentes en el manejo de la cosa publica, como los Secretarios de Gobierno y Hacienda, respectivamente, Sres. José de la C. Restrepo y Demetrio Viana; Contador General, Sr. Francisco A. Gónima y Llano, nuestro padre, y el Sr. Oscar de Greiff, Contador de la Administracion del Tesoro, que ayudaron con todas sus fuerzas y energias a organizar debidamente todos los ramos de la administracion del naciente Estado, que sin tropiezo alguno pudo seguir la senda del progreso.

Cupo al Dr. Giraldo, ayudado eficazmente por los Sres. Gónima y Viana, la honra de poner en ejecucion el famoso Decreto de Contabilidad que hasta hoy rige, Decreto que expidió el Gobierno del

General López, que lleva la firma del ilustrado Dr. Manuel Murillo Toro, como Secretario de Hacienda, y que segun de decia entonces, habia sido redactado por el grande Estadista y poeta, Sr. José Eusebio Caro, cuando desempeñaba las funciones de Director General de rentas y Contribuciones.

Como estabamos ausentes el año del 53, no nos fue dado relatar un hecho importantisimo que tuvo lugar en aquel año, y que consigamos ahora con placer.

En este año regresó de Europa y del Ecuador el Dr. Manuel Uribe Angel, la gloria cientifica mas grande de Antioquia. Desde su llegada se consagró con la mas sublime abnegacion al desempeño de su sacerdocio medico, que no ha abandonado a pesar de inmensas desgracias de familia y de grande deterioro de su salud.

La caridad, la sublime caridad, lo ha guiado siempre, de modo que ningun infeliz ha tocado a su puerta, ya en busca de alivio para su dolencia, o ya a solicitar el óbolo para su alimento que no haya sido debidamente atendido con cariño y amor.

Una numerosa y pobre familia ha tenido siempre en él un afectuoso padre, y sus amigos y la sociedad en general un buen consejero, y un predicador con el ejemplo de cómo debe conducirse el hombre en sociedad cumpliendo todos sus deberes.

De los servicios prestados por el Dr. Uribe a las ciencias, Instruccion publica y letras patrias, ahí están sus obras publicadas, sus lecciones en los Colegios y sus buscadas conferencias que dan testimonio de su acendrado patriotismo. Hoy todavia, atacado de un terrible mal, la perdida de la vista, lo vemos aprovechar la ocasion de instruir dictando conferencias y asistiendo así, diariamente, a exámenes y certámenes, dando consejos a los jovenes estudiantes y estimulando de todos modos a los que se levantan en son de elevar mas y mas la literatura y ciencias de Antioquia; y como sus conocimientos son universales, sus lecciones se atienden y vienen a ser muy provechosas.

No tratamos de hacer una biografia que personas competentes han ya bosquejado y que otros completarán; solamente queremos, llevados por la gratitud que al Dr. Uribe debemos, señalar a grandes rasgos algunos puntos luminosos de esa gran figura que honra al pais que lo cuenta por ciudadano.

Por estos tiempos se reunieron varios liberales y fundaron *El Pueblo*, sin duda alguna el mejor periodico politico que ha tenido jamas Antioquia. Fueron sus Redactores principales Camilo A. Echeverri, Juan de Dios, Benigno y Emiliano Restrepo, Lucrecio Gómez y José Domingo Sañudo.

Sostuvo este periodico los principios con un brio y energia nunca desmentidos; pero al mismo tiempo que atacaba el programa conservador, guardaba los fueros personales y la vida privada de sus contrarios; no manchó jamas sus columnas con la diatriba o el insulto.

Sostenia los principios conservadores al mismo tiempo *La Situacion*, redactada por los Sres. Ricardo Villa, Remigio Martínez y Arcesio Escobar, mas tambien observaban la mas estricta cultura, por lo que las polemicas no fueron nunca envenenadas, aunque varias veces se trataron los contendores con acritud en lo que se referia a sus respectivos ideales. Las personas fueron debidamente respetadas.

XVI

El 27 de noviembre de 1857 mató Esteban Molina a Mateo Restrepo. Seguida la causa por los tramites legales, fue Molina condenado a muerte, a pesar de los esfuerzos de los entendidos y elocuentes defensores Dres. Emiliano y Benigno Restrepo.

Entre el Gobernador Dr. Giraldo y el Tribunal Superior tuvo lugar una polemica interesantissima sobre conmutacion de la terrible pena. Esta polemica puede verse en el periodico oficial de aquel tiempo.

El Dr. Giraldo era partidario convencido de la pena de muerte: él decía que al que mataba, sin remedio debía suprimírsele, y durante su Administracion no se conmutó la pena a ningun reo de muerte. Referiremos un episodio que da muestra de lo aferrado que era el Dr. Giraldo a esta opinion.

El Sr. Demetrio Viana, Secretario de Hacienda, fue electo Representante al Congreso, y para su reemplazo en la Secretaria, durante su ausencia, se nombró al Sr. Juan B. Vásquez el que enfermó a tiempo que se pasaba al Consejo del Estado la causa de Molina para el dictamen sobre convivencia de la conmutacion.

En tal emergencia y para completar el consejo, el Dr. Giraldo expidió un Decreto encargando del despacho de la Secretaria de Hacienda al Jefe de la 1a. Seccion, empleo que nosotros desempeñábamos.

Constituído el Consejo y puesto en conocimiento de él el expediente, nosotros manifestamos que encontrábamos conveniencia en la conmutacion, entre otras cosas atendiendo a la poca edad de Molina (no llegaba a los 21 años) y disertando largamente contra la pena de muerte, de la que éramos y somos enemigos. El Dr. Román de Hoyos, Procurador General del Estado, y como tal, Presidente del Consejo, combatió nuestras ideas, diciendo que tambien él era enemigo de la pena de muerte, pero que allí no se trataba de eso sino de dar aplicacion a una ley escrita, y que, por lo tanto, el Consejo debía concretarse unicamente a la discusion sobre la conveniencia publica que pudiera existir en el asunto y que él, por su

parte, no la encontraba. Nosotros sostuvimos nuestras ideas, pero sin ningun resultado, porque no fuimos apoyados por ninguno de los miembros del Consejo.

Votada la proposicion de “si habia conveniencia publica para aconsejar al Gobernador la conmutacion de la pena de muerte impuesta a Esteban Molina”, todos los miembros del Consejo votaron negativamente, haciendo nosotros constar nuestro voto afirmativo.

Terminado el incidente, el Sr. Procurador ordenó al Secretario diese cuenta al Gobernador, por medio de una nota, del dictamen del Consejo. Extendida la nota, en la cual se expresaba “que por mayoria absoluta de votos el Consejo era de opinion que no habia causal para la conmutacion”, el mismo Secretario la puso en manos del Gobernador, y éste al leerla exclamó:

- Cómo! no hubo unanimidad?

-No, señor, le contestó el Secretario

-Y quién o quiénes estuvieron por la conmutacion?

-El Sr. Gónima, Secretario de Hacienda. Acto continuo el Dr. Giraldo dictó el decreto encargando al Secretario de Gobierno del Despacho de Hacienda mientras volví el Sr. Vásquez, relegandonos a nosotros a sólo las funciones de la Seccion 1a., y ésto, creemos, gracias a la grande amistad que lo unía a nuestro padre.

Como era de esperarse, el asunto terminó con el fusilamiento de Molina en la Plaza principal de esta ciudad.

Junio 1858 llegó, y enseguida se conmovió la ciudad con el asesinato que el 5, entre once y doce, que verificó Manuel Salvador López en la persona de Dolores Peláez (a. Petaca), que se reputaba como su querida. Aprisionado López se siguió la causa, y perfeccionada, tuvo lugar el juicio siendo Jurados los Sres. Guillermo Restrepo Y., Francisco del Valle y Pablo Emilio Obregón, y Defensores los Dres. Camilo A. Echeverri y Juan E. Zamarra.

La defensa de Echeverri estuvo brillante, como todo lo que salía de su pujante inteligencia, y puede verse en sus obras publicadas. El Dr. Zamarra, talento de primer orden y famoso jurisconsulto, nada hizo debido a que se presentó al juicio en su estado de embriaguez que le impidió el uso de la palabra.

En esa época el Jurado decidía por unanimidad, y estaba incomunicado en absoluto hasta que expedía el veredicto. Por consiguiente no se permitía entrada de alimentos ni de agua.

En uno de los salones del Tribunal, sitos en el edificio que sirve de Carcel en la ciudad, y que quedan frente a la Calle de Ayacucho, se constituyó el Jurado, y como pasaron bastantes horas de estar

encerrados, algunos amigos, entre ellos el Sr. Oscar de Greiff hermano político de Obregón, se llegaron a las ventanas de la pieza y por un postigo les propinaron algunos comestibles.

Sabido por el Dr. Giraldo el hecho, ordenó clavar las ventanas y poner centinelas en la calle, con orden de hacer fuego a quien quiera que arrimase allí.

Por fin, ya extenuados los Sres. Jurados, dieron su veredicto condenatorio, y Manuel Salvador pagó su crimen en el patíbulo erigido en la Plaza principal.

En estos años de 57 y 58 llegó a su apogeo la gran compañía dramática Antioqueña, dirigida por José Froilán Gómez, de la que largamente hemos hablado en otra parte.

XVIII

Desde los principios del año de 1859 se veía venir la borrasca política que tuvo su tremendo desarrollo el 60. Las pasiones se enardecían más y más, debido a la oposición tremebunda que *El Pueblo*, periódico el mejor y más briosamente redactado que hemos tenido, hacía a las instituciones y al Gobierno. Figuraban, como antes dijimos, como Directores y Redactores de este periódico, Camilo A. Echeverri, como jefe indiscutible, y seguidamente Benigno Restrepo, Emiliano Restrepo, Lucrecio Gómez y otros jóvenes, todos muy notables y pertenecientes en cuerpo y alma al partido liberal.

Los Sres. Demetrio Viana, José de la C. Restrepo, Remigio Martínez y otros cuantos, sostenían sus ideas conservadoras en sus periódicos y defendían con vigor al Gobierno, mostrándose al mismo tiempo que talentosos e instruidos, caballeros en la discusión; sobre todo el Sr. Viana, digno émulo de Echeverri, no bajó nunca del pedestal de hombre educado para undirse en el lodazal de las feas personalidades; él combatía las ideas y principios de sus amigos (lo eran todos los de *El pueblo*), pero siempre respetuoso hacia las personas.

Mas a pesar de ese tono impersonal las pasiones tomaban mal camino y era fácil ver que pronto se llegaría a un rompimiento fatal, que todos, cual más, cual menos habríamos de pagar.

El monopolio de aguardiente, que hacía poco se había organizado, era la piedra de escándalo para unos, y para otros lo mejor que se podía hacer en asuntos fiscales; y como todos iban bien aferrados a sus opiniones respectivas, la rencilla no tenía acabadero, tanto más cuanto que todos en su respectivo campo habían dado a la cosa entronque político, tomándola, por consiguiente, como arma de partido.

Las recriminaciones de bando a bando eran diarias, y por consecuencia de ello se fueron agriando las relaciones entre familias de distinto color político, y al fin dió en tierra con la cordialidad de las relaciones que antes se usaban.

Si se exceptua el Teatro, en que todavía funcionaba la Compañía Antioqueña, no había un solo punto donde se reunieran a pasar un rato agradable, o bien charlando alegremente, o bien con un poco de baile; de manera que se cruzaba un verdadero interdicto entre hombres y mujeres de buena sociedad. Nos veíamos de lejos, como quien ve toros de la barrera.

XVIII

Apareció en aquel tiempo el terrible año de 1860, que tantos desastres trajo en su seno para esta nuestra querida tierra.

Desde los primeros días se notaba un malestar inmenso: la oposición era violenta y los defensores del Gobierno trataban cada vez con más rudeza a sus contrarios, de manera que estábamos a punto de llegar a las manos, pues de las demás secciones de la República llegaban continuamente noticias alarmantes, y se veía ya el humo del fuego que pronto nos consumiría.

Al fin, en los últimos días del mes de mayo, llegó el Decreto del General Tomás C. Mosquera, Gobernador del Cauca, por el cual declaraba separado aquel Estado de la Confederación.

Inmediatamente que el Dr. Giraldo tuvo conocimiento de tan grave hecho, comenzó a prepararse para la lucha, pues comprendía que Antioquia sería la primera que se vería atacada por las fuerzas de la revolución.

Al efecto, con su actividad nunca desmedida, llamó a la defensa a los partidarios de su causa, y formando y equipando a toda prisa batallones, los iba expidiendo para Manizales, donde pronto reunió una fuerte División que vino a mandar el General Joaquín Posada Gutiérrez, teniendo por su Segundo al General Braulio Henao. En aquella ciudad se formó un fuerte campamento que se rodeó de trincheras, reductos etc., haciéndolo casi inexpugnable.

Desde el principio, y como se había declarado turbado el orden público, el Gobernador decretó empréstitos generales con el fin de acopiar fondos para el sostenimiento del Ejército, y de aquí nacieron los disturbios y tropelías que fueron creciendo más y más a medida que aquellos se decretaban con más frecuencia.

El General Mosquera después de vencer a Carrillo en los llanos de Sonso, y habiéndose procurado un armamento considerable, organizó a toda prisa un lucido ejército con el que marchó sobre Antioquia.

El 28 de Agosto atacó los atrincheramientos de Manizales y fue rechazado con pérdidas crecidas. Entonces propuso arreglos y logró llevar a cabo la famosa Exponción que utilizó por un momento los esfuerzos de Antioquia, y retrocedió para el interior del Cauca.

Cuando todos estos acontecimientos se supieron en esta ciudad, todo lo más granado del partido liberal se dirigió en una representación al Gobernador Dr. Giraldo, solicitando de él declararse la neutralidad de Antioquia en la contienda; pero este Magistrado, que no entendía de chanzas, dictó orden de prisión para todos los peticionarios, lo que el mismo día se verificó.

La prisión se señaló en la Carcel, en las piezas que se llamaban del Tribunal, las que daban frente a la Calle de Ayacucho, y a la verdad que no fue muy estrecha, pues se permitía a los prisioneros completa comunicación con sus familias y al entrada de libros, útiles de escritorio, etc., etc.

Para mejor pasar el tiempo, los detenidos organizaron partidas de juego, en las que pasaban todo el día y las primeras horas de la noche. Esto dió motivo a que varios mal intencionados, y dándose ínfulas de defensores de la moral, pusieron el grito en el cielo, y aun hubo algunos que se acercaron al Dr. Giraldo pidiéndole la supresión de tan gran desorden. El Dr. Giraldo los recibió con cajas destempladas, y resolvió su petición diciéndoles:

“Dejen Uds. que esos señores se diviertan, pues así se olvidan de conspirar”.

Poco más de un mes tuvieron en prisión a aquellos señores. Se les puso en libertad bajo promesa de no intentar nada contra el Gobierno.

XIX

Entre formación de batallones, su equipo y marcha sucesiva a Manizales, recaudación de empréstitos y una que otra prisión a los contumaces, pasó el malhadado año del 60, llegando el 61 más preñado de males que su antecesor.

Y pueden Uds. figurarse que, durante este tiempo en que Medellín estaba convertido por mitad en cuartel y prisión, las diversiones eran nulas y los enconos entre las familias liberales y conservadoras subían y subían a más no poder. Por consiguiente no había otra distracción para los pacíficos que oír los tambores y cornetas y al “Alto” de los centinelas.

En el mes de febrero del 61, el Comandante Clemente Jaramillo dio el grito de insurrección contra el Gobierno, en el pueblo de Barbosa, distante sólo ocho leguas de Medellín. Acompaña a D. Clemente, como su Secretario y Ayudante, Camilo A. Echeverri.

D. Clemente reunió a su alrededor bastantes gentes de Barbosa y Medellín, a las que se unieron un considerable número de rionegreros al mando del Comandante Vicente Moreno, valeroso y entendido militar.

Todas estas gentes fueron prontamente armadas y regimentadas, y se pusieron en actitud de marchar sobre la capital del Estado, que sabían estaba desguarnecida.

El Dr. Giraldo, que se hallaba casi inerme, al primer anuncio del pronunciamiento hizo marchar un posta a Manizales pidiendo auxilios, y mientras tanto, con su energía de costumbre, dió los pasos conducentes a poner la ciudad a cubierto de un golpe de mano.

Lo malo era que no tenía sino unos pocos fusiles y eso de la peor calidad; no obstante el hombre no se amilanó: mandó construir lanzas; llamó al servicio los hombres útiles que aun quedaban: nombró guardias o retenes que recorrieran los alrededores de la ciudad, ehizo construir trincheras de trecho en trecho en toda la banda izquierda de la quebrada Santa Elena.

En el Puente de Arco se construyó con gruesos maderos una fuerte trinchera, que custodiaban seis u ocho hombres bien armados.

De momento en momento recibía noticia el Gobernador del avance de las fuerzas del Comandante Jaramillo, y a medida que esto sucedía, la inquietud lo dominaba por no tener noticia del auxilio pedido.

Llegó por fin el día en que los revolucionarios pisaron los Bermejales, y se creyó con fundamento que esa noche seria atacada la ciudad que tan pocos defensores tenía, y todo fue alarma y confusión, aunque el Dr. Giraldo no desmayaba y recorría sin cesar todos los puestos, dando con su sereno valor algun a sus compañeros.

Figuraba el Sr. Simón Eladio Salom como jefe de día, y desde la primera noche dió principio a sus rondas.

Esa noche mandaba la trinchera del Puente de Arco el Sr. Simón Caballero, y recibió orden del Jefe de día, al visitar ese puesto, de hacer fuego, sin previa intimación, a todo bulto que asomase en la embocada de la Calle de Maracaibo, que está a muy pocos pasos del Puente, como todos saben.

Por allá entre diez y once de la noche, cuando ya los revolucionarios ocupaban el Llano de los Muñoz y parte del Camellón, Salom, o bien olvidado de la orden que habia dado a Caballero o confiado en

que será conocido, pues la noche no era oscura, asomó a la esquina de la calle seguido de su Comitiva, que la componían un Sr. Morales y Cenón Obeso. Al desembocar estos señores, la guardia de la trinchera que estaba alerta, les envió una descarga cerrada, de la cual quedó muerto en el acto Salom, Morales que murió a pocas horas, y Cenón Obeso con una muñeca destrozada y, por consiguiente, lisiado de por vida.

Esta desgracia, como era de esperarse, causó honda pena general en la ciudad.

Y entre tanto los revolucionarios qué hacían?

Se dijo entonces, y la especie no se ha desmentido, que D. Clemente y Camilo, bastante cargados de licor, habían tenido una fuerte disputa, por consecuencia de la cual se separaron cada uno por su lado, sin atender a los deberes que a cada uno incumbía y se entraron a la casa de Juan A. Alvarez, donde durmieron la mona.

El Comandante Moreno y demás Oficiales se encontraban perplejos y sin saber a qué santo encomendarse, cuando oyeron cornetas y tambores que tocaban carga y avanzaban. ¿Y qué era esto? El auxilio pedido por el Dr. Giraldo que llegaba a las órdenes del Coronel Braulio Pagola.

El Coronel Pagola atacó a los revolucionarios que se encontraban lejos, y después de una cortísima resistencia y pocos tiros, emprendieron la subida de La Ladera en completa dispersión. Pagola regresó a la ciudad a descansar, llevando consigo algunos prisioneros.

Así, tan ridículamente, terminó esta intentona, bien concebida y preparada, pero torpemente dirigida por los que se llamaban sus Jefes.

Los Sres. Jaramillo y Echeverri fueron cogidos y conducidos a la Carcel, donde el Sr. Jaramillo perdió la chaveta. Se le hizo reconocer por facultativos, y como loco se le entregó a su familia en el seno de la cual murió al poco tiempo. Echeverri permaneció detenido por muchos meses.

XX

Más tarde, en el mismo año del 61, se tuvo noticia de que invadían el Estado por el Nordeste fuerzas que enviaba el General Juan José Nieto, Gobernador de Bolívar.

Estas fuerzas eran poco numerosas, pero sí traían consigo un gran parque. Se les había hecho creer por allá en la Costa, que al pisar el Estado, los hombres acudirían por montones a incorporarse en la Columna, por lo que Nieto juzgó inútil enviar una fuerza respetable. Lo que sí traía la invasión era un

lucido cuadro de Jefes y Oficiales, entre los que descollaban los Coroneles Liboria Mejía, antioqueño; Comandante General, Ramón Santodomingo Vila, Enrique Lara, Juan N. Ballesteros; Nazario Lalinde, José Froilán Gómez antioqueño, y otros varios.

Los invasores desembarcaron el Zaragoza y las Dosbocas y adelantaron hasta Anorí, reuniéndoseles en el trayecto algunos liberales de Amalfi y de otros pueblos de esa zona. Avanzando un poco más les llegaron varios hombres del interior, sobre todo, rionegreros y medellinenses, entre los cuales se contaban Pascual y Jorge Bravo, Jorge Jaramillo, Salvador Valencia, Francisco García y otros cuantos, que con mil afanes y dificultades lograron burlar la vigilancia de los defensores del Gobierno.

El Dr. Giraldo no se descuidó un momento, y envió fuerza a detener la invasión, la que avanzaba muy lentamente, embarazada con su valioso parque que no había sido posible poner en seguras manos.

Después de algunos pequeños combates y tiroteos, los invasores llegaron a Carolina, donde mal aconsejados tomaron posiciones en el pueblo, dominado por una porción de colinas que ocupó el Ejército del Gobierno, sitiándolos completamente.

Cuando más estrecho estaba el sitio y cuando ya empezaban a hacerse sensibles los efectos de la escasez de alimentos, resolvieron los sitiados atacar por sorpresa las fuerzas enemigas, y encargaron de la operación al Coronel Enrique Lara, el que eligió para su intento 23 jóvenes de Medellín, entre los que se contaban los Bravos, Jaramillo, Valencia, Santos y José María Baena.

Llegada la hora designada, que lo fue la de las tres de la mañana, Lara marchó con sus jóvenes, que apoyaban otros cuerpos situados en distintos puntos. La pequeña columna de ataque logró sorprender al Batallón Oriente, que mandaba el intrepido joven Eliseo Arbeláez, el que quedó muerto allí antes de haber podido reorganizar su espantado Batallón. Respuestas las tropas del Gobierno del susto ocasionado por la sorpresa, cargaron sobre los de Lara; y aunque fueron auxiliados por sus compañeros, cejaron ante el número y regresaron a sus campamento de Carolina.

Este acontecimiento hizo que se activaran las operaciones del sitio, y a poco los sitiados, después de varios reñidos combates con suerte varia, dados para ver de abrirse paso, y acosados ya del hambre, tuvieron que entregarse prisioneros de guerra, no habiendo escapado de los principales sino el Comandante en Jefe, Liborio Mejía.

Todos los prisioneros y el famoso parque fueron conducidos a Medellín.

Los prisioneros fueron acumulados en la Carcel con fuertes prisiones, y la dichosa invasión no sirvió sino para alargar la guerra por el sinnumero de elementos que aportó al enemigo.

XXI

Poco tiempo despues se organizó en la Costa otra invasion, pero esta sí poderosa, y al mando del General José Ma. Mendoza Llanos entró a Antioquia.

Sabido esto por el incansable Dr. Giraldo, envió una columna a las órdenes de los Coroneles Cosme Marulanda y Juan B. Barrientos a que atajaran el paso a los invasores, dando orden al Dr. Pedro J. Berrío que mandaba una fuerza en el Norte, que marchara a incorporárseles.

Los Coroneles Marulanda y Barrientos tomaron posiciones en el alto del Tambo, camino de Yolombó: formaron trincheras y aguardaron al enemigo.

Llegadas las fuerzas de la revolucion a la vista, el General Mendoza Llanos, hombre de valor a toda prueba y familiarizado con el peligro, formó sus columnas de ataque, y poniéndose a la cabeza emprendió la subida en medio de las balas que sus atrincheramientos les enviaban los enemigos.

Se cuenta que cuando las tropas flanqueaban en esa terrible subida, Mendoza Llanos se quitaba su gorra militar, la arrojaba con toda fuerza hacia adelante, y gritaba a sus soldados: "Veamos, muchachos, quién llega primero a coger esa gorra"; y así los estimuló a subir.

Despues de una resistencia heroica como sabian hacerlo Marulanda y Barrientos, tuvieron que desamparar el campo al impulso del formidable ataque, y se declararon en completa derrota.

El Dr. Berrío, que llegaba y que con su columna se consideró imponente para resistir, retrocedió y se limitó a impedir que los hombres de Marulanda se dispersaran completamente.

Sabido por el Dr. Giraldo el desastre del Tambo, y de que por Guarne pasaban derrotados, marchó por esa vía a toda prisa con el objeto de atajar a los dispersos, lo que con su prestigio y energia consiguió. Reorganizó lo mejor que pudo, y reunido con los jefes derrotados y con Berrío, volvió caras y contramarchó en busca del enemigo.

Durante la ausencia del Dr. Giraldo mandaba en la ciudad el Dr. Luis Ma. Restrepo, Secretario de Hacienda.

Al saberse el resultado del combate del Tambo, el entusiasmo de los liberales fue extremo. varios jovenes se reunieron, y puestos de acuerdo con los presos politicos resolvieron darles libertad y apoderarse de la ciudad que en esos momentos no contaba con mas fuerza que la guardia de la Carcel, poco numerosa, y unos diez o doce gendarmes por fuerza.

Se reunieron, pues, un domingo en una casa cercana a la Carcel, y a la una de la tarde salieron en numero de diez y seis o diez y ocho, y mal armados se precipitaron sobre la Carcel.

Antonio Ma. Rodríguez, que iba a la cabeza, se abrazó al centinela y forcejeaba por arrancarle el fusil, y en el entretanto el Oficial de guardia, Simón Caballero, hecho cargo de la situacion, cerró y atrancó la puerta, quitando así a los del complot toda esperanza de salir adelante con su empresa, que ya por los gritos de ellos y de la guardia, y ya por dos o tres fusilazos que sonaron, habia llevado el alarma a la poblacion. A todo esto los presos daban golpes tratando de forzar las puertas, y los soldados de la guardia les hacian fuego por la reja del patio.

El rumor del ataque llegó a la Gobernacion, en donde se encontraba el Dr. Restrepo, que en el acto salió, y, acompañado del Comandante Francisco Giraldo y unos gendarmes, rompió el fuego de la esquina de la casa de D. Francisco A. Alvarez contra los amotinados, que sin armas propias para contestar y viéndosen perdidos, huyeron a la desbandada, cayendo presos mas tarde casi todos. Los Sres. Miguel Ma. Jaramillo Ch. y Marcelino Mesa lograron escapar, y por montes y caminos extraviados fueron a reunirse con Mendoza Llanos.

El Dr. Luis Ma. Restrepo, dueñ ya de la situacion, se trasladó a la Carcel, donde hizo reforzar las prisiomes a los detenidos, entre los que se hallaban heridos por la guardia D. Cipriano Rodríguez, José Muñoz (a. Zarco) y un oficial de la Costa.

Hizo el Dr. Restrepo que se pusieran en capilla para fusilarlo al dia siguiente, al Coronel Juan N. Ballesteros, bien porque lo consideraba jefe del complot, o bien por otra causa que no llegó hasta nosotros.

Grande fue el descontento en Medellin, al llegar al conocimiento de todos el asunto Ballesteros, y se dijo que muchas personas de valimiento de habian acercado al Dr. Restrepo, en demanda de la revocatoria de tan barbara medida, y que despues de gran batallar habian conseguido que se diera cuenta del hecho al Sr.Gobernador para que él resolviera.

El Dr. Giraldo ordenó al suspension del fusilamiento, y que se sacara de capilla a Ballesteros, que de ella salió muy trastornado y así permaneció por algun tiempo.

XXII

Avanzaron las tropas de Mendoza Llanos hasta Santo Domingo, y allí seguramente encontraron su Capua, pues se estacionaron en firme.

La 3a. Division del Ejercito Nacional, formada de antioqueños, se encontraba en el confin del Cauca, en Silvia; y como el Dr. Giraldo no tenia aqui sino unos pocos Batallones mandados por Marulanda, Barrientos, Berrío y otros, se vió obligado a ordenar por posta al General Henao que viniera en el acto para ver de evitar que se perdiera el Estado para la Confederacion. Esta medida parecia a todos inutil, pues consideraban con raon que Mendoza Llanos podria estar en Medellin antes de que el posta le llegara a Henao, y esto atendida la enorme distancia y al fuerza de la invasion.

Las tropas de que disponia aqui el Gobierno fueron avanzando sin que Mendoza Llanos diera señales de vida, hasta que en el punto de *Playas*, cercano a Santo Domingo, se dieron frente, en el mes de noviembre.

Allí en ese campo dieron muestras de su ardimiento y arrojó los dos bandos; pero nada mas, porque despues de reñido y sostenido combate de casi todo el día, y de mucha sangre derramada, la victoria no se declaró por ninguno de los contendores, aunque cada uno en sus partes de daba por victorioso. Los unos guardaron sus posiciones en *Playas* y los otros volvieron a su Capua querida.

En el combate cayeron prisioneros de los invasores el Sr. Baltasar Botero Uribe y otros que fueron remitidos a Cartagena a disposicion del General Nieto.

Pasan días y pasan días, y el General Mendoza Llanos no se mueve de Santo Domingo, gastando su gran valor y energia en bailes y festejos; y los otros sin poder atacar por carencia de recursos.

A todo esto la 3a. Division marchaba aceleradamente, y al fin llegó a reunirse con la otras tropas que aquí tenia el Dr. Giraldo, y hecho cargo del mando en Jefe el General Henao, procedió a poner sitio en regla a la poblacion, en donde estaba en casi su totalidad concentrada la fuerza enemiga.

Habiendo llegado la noticia del General Mosquera la inaccion de Mendoza Llanos, y considerandolo seguramente, a pesar de su reconocido valor, incapaz de afrontar una situacion dificil, ordenó al General Nieto que enviara al General Antonio González Carazo, a ponerse al frente de esas fuerzas; pero en tan mala hora para el pobre General, que llegó a tiempo de chocolate, como vulgarmente se dice; pues al día siguiente de su llegada, enero del 62, sin haber siquiera descansado, sin conocer el estado de sus fuerzas y posiciones, a la madrugada fue atacado en toda la linea por los antioqueños y pronto reducido al pueblo, donde es verdad que se sostuvo con decision hasta muy entrado el día, pero al fin fue obligado a entregarse a discrecion.

He aquí otra invasion que sucumbio, y ésta sí por culpa de sus jefes que han podido quince días despues del Tambo estar en Medellin, pues no tenian al frente fuerza que pudiera contenerlos. En fin, “para mejor lo haria Dios”, como decia el Padre Mealegro.

Todos los Jefes y Oficiales fueron ha hacer compañía a los vencidos de Carolina y a otros prisioneros.

XXIII

En medio de todas estas operaciones militares se verificaron las elecciones para Gobernador del Estado, resultando electo el Dr. Marceliano Vélez, el que tomó posesión inmediatamente. El Dr. Giraldo marchó con el empleo de Coronel a incorporarse en la 3a. División como Jefe de una de las cuatro columnas de que se componía.

La vida en Medellin se habia vuelto por demas trabajosa. Las rondas continuas para la aprehension de los rebeldes al pago de las contribuciones de guerra y requisa de bestias para el servicio del Ejercito, y las ordenes terminantes para llevar a la Carcel a todos los que se encontraban en la calle despues del toque de retreta, y otras muchas cosas que en tiempo de guerra sucediendo, manteniasn el alarma y la inquietud.

Agréguese a esto que aunque no faltaban viveres no habia con qué comprarlos, pues la moneda de plata habia desaparecido casi por completo; y solo habia en circulacion monedas de oro mandadas acuñar por el Dr. Giraldo, y que llamaban *panochas*, las que a pesar de su alta ley no eran recibidas en las transacciones menudas. Para poder conseguir moneda blanca habia que cambiar a los ricos, dichas monedas, hasta por catorce reales una de cinco pesos. Esto se modificó un tanto en beneficio de los pobres, mas tarde, porque los Sres. Marcelino y Próspero Restrepo hicieron correr la voz de que hacia la perdida en moneda de cinco pesos, solamente de tres y medio o cuatro reales. Hicieron, pues, señores un gran beneficio a la clase pobre, y nosotros nos complacemos en hacer constar nuestro agradecimiento por tan benefica resolucion de que tanto bien reportamos.

Ademas de estos gravisimos motivos de intranquilidad habia otro no menos terrible. Ya por el equipo de tantas fuerzas que constantemente estaban organizandose, y ya por el uso de toda la poblacion, los almacenes y tiendas quedaron con sus estantes limpios, hasta tal extremo que vimos un rico, y tal vez habria otros, mandarse fabricar unos pantalones de dos ruanas pastusas, única tela que le fue dable proporcionarse. Todos pareciamos en esos meses un ejambre de pordioseros por lo abigarrado de los colores del vestido, y por los muchos remiendosde que adolecía.

Y esperanza de introduccion no la habia porque el General Mosquera, una vez apoderado de la capital de la Republica, coloco numerosos destacamentos en todos los puertos antioqueños y del Tolima con ordenes terribles para impedir toda introduccion al Estado.

Recordamos que el Sr. Ricardo Powles logró introducir por la montaña de Sonsón, a hombre de peones, unos cinco o seis bultos de mercancías inglesas que vendió a precios fabulosos. El género blanco, que por lo común valía a real o real y medio la vara, se vendió a ocho reales, y a esta proporción de demás de la pacotilla, la que realizó en dos o tres días. Después de la entrega del Estado el Sr. Powles fue, a pesar de su nacionalidad británica, perseguido tenazmente, mas por fortuna no fue habido.

Mas tarde introdujo el Sr. Pío Rengifo bastantes bultos de mercancías, creemos que el Cauca, los que expidió pronto a los mismos precios que el Sr. Powles. A este señor sí le salió mal el negocio, pues habiendolo encontrado aquí el General Mosquero, lo hizo éste aprisionar y salvó el pellejo, gracias al pago inmediato de veinticinco mil pesos que se le impuso como contribucion.

XXIV

Para contener la desbandada de las tropas se había dictado un decreto imponiendo la pena de muerte a los desertores, y por nuestro mal vimos ejecutar esa absurda y barbara pena.

Desertaron dos mozos de Occidente, de apellidos Sánchez y Barbarán, y en el acto se dió cuenta a todas las autoridades para su aprehension.

Venia de Antioquia con una partida un Sr. Díaz, español, que se habia enrolado en las fuerzas del Gobierno, y en el Cucaracho encontró a los desertores; pudo echarles la mano y los condujo a esta ciudad, donde fueron puestos en capilla.

El día de la ejecucion, conmovida la poblacion por esa barbaridad, puso en juego todos los medios para ver de salvar a esos infelices, y al efecto una porcion de señoras, sin distincion de partidos, dirigidas por el virtuoso y respetable Cura de la ciudad, Francisco de Paula Benítez, se encaminaron al alojamiento del General Braulio Henao que aun permanecia aqui, y se dijo publicamente que dicho General se habia encerrado para no recibir a las caritativas señoras.

Entonces marcharon a la Gobernacion, donde el Dr. Vélez les dió audiencia.

El Sr. Cura en corto y sentido discurso suplico al Sr. Gobernador en su nombre, en el de las señoras que lo acompañaban y en el de la mayoría de los Medellínenses, concediese el perdon a esos dos desgraciados.

No conocemos los terminos de la contestacion del Dr. Vélez; pero indudablemente rechazó la peticion, puesto que ese mismo dia la ejecucion se llevó a cabo.

Salieron los condenados de la Carcel, donde estaba la capilla, y a paso redoblado con la banda de musica que se habia aprisionado en Santo Domingo, y que llamaban de los *calungos*, a la cabeza, recorrieron la larga calle de Ayacucho hasta dar en la plazuela de San Francisco, en la que fueron fusilados.

Detalle curioso y que muestra la ferocidad de un corazon. El español Díaz se alababa publicamente de la gloria que le cabia por haber sido él el capturador de los infelices Sánchez y Barbarán.

Despues de esto todo siguió del mismo modo y la 3a. Division marchó al Cauca, a donde el General Mosquera llegaba con el grueso de sus fuerzas, y el Sr. Gobernador pasó a situarse a Manizales, donde podia vigilar los movimientos.

XXV

Despues de la batalla de Santa Bárbara, en que el 3er. Ejercito, mandado por el General Santos Gutiérrez, destrozó completamente la 3a. Division y al Ejercito del Cauca, las fuerzas combinadas del 1o. y 3er. Ejercito de la Union, dirigidas en persona por el General Mosquera, marcharon sobre Antioquia.

En esta batalla memorable de Santa Bárbara pereció el Dr. Giraldo, que no será nunca bastante sentido. El Dr. Giraldo habia jurado defender hasta la muerte al Gobierno de sus convicciones y cumplió como bueno su juramento. Murió con gloria y llorando hasta de sus contrarios.

Nosotros, agradecidos por los muchos servicios que a nuestra familia prestó, hemos pedido y pedimos su descanso eterno, al mismo tiempo que deseamos para nuestra Antioquia, muchos hombres que se le parezcan en el patriotismo y alteza de miras.

Despues del desastre de Santa Bárbara, el Ejercito de la Union avanzaba sobre Manizales. Ya cerca de aquella ciudad, parece que se entrara en preliminares de paz, y que ultimamente el Dr. Vélez, convencido de lo inutil de las resistencia que costaria mucha sangre derramada sin fruto alguno, convino en entregar el Estado obteniendo muchas garantias.

Al saberse en Medellin esta noticia, el pueblo liberal entró en efervescencia y se regocijó. Las autoridades superiores, que las ejercian los Sres. Dr. Luis Ma. Restrepo, Secretario de Hacienda, e Isidro

Isaza se decidieron por la entrega de la plaza y convinieron en poner en libertad a los presos políticos y encargar del Gobierno provisional al General Antonio González Carazo, con carácter de Jefe Civil y Militar.

Como la efervescencia del pueblo liberal era mucha, y temerosos algunos de graves desmanes, el Jefe de Estado Mayor, Sr. Camilo Barreneche, sacó a la plaza e hizo desplegar en guerrilla parte de la fuerza acantonada aquí.

Salieron los presos contentísimos y vitoreando al partido liberal y al General Mosquera, y se dirigieron a la plaza. El General González Carazo subió al balcon de la casa en que está hoy la Droguería Central, y de allí comenzó a arengar al pueblo, congratulándose con su libertad y recomendando el orden. Fue interrumpido por un tiro de fusil y por un gran tumulto que se formó en la esquina de la casa del Sr. Juan Pablo Sañudo, hoy de D. Lisandro M. Uribe.

He aquí lo que segun nuestras noticias habia sucedido:

Entre los presos libertados, se hallaba el excelente y simpatico caballero D. Cipriano Rodríguez, el que al llegar a esa esquina vió que un soldado tenia el fusil en actitud de hacer fuego. Entonces él, que no quería que tan bello día fuese ensangrentado, corrió y abrazándose al soldado, trató de impedirle que descargase su arma. Hallándose en esta faena se llegó a él otro soldado y a boca da jarro le descerrajó un tiro que le hizo una herida mortal y cayó encima de una gran piedra labrada que formaba puente al caño.

El Sr. Rodríguez fue conducido, todavia vivo, a la casa del Sr. Sañudo, y a pocos momentos expiró.

Se dijo y sostuvo por muchos, que el Sr. Camilo Barreneche había ordenado fuego, por cuyo motivo lo consideraban como asesino. Por esta razon, luego que se restablecio y se siguió el sumario respectivo en averiguacion del hecho.

Mas tarde, segun se nos informó, el Sr. Barreneche se acogió al indulto general expedido, y el General Mosquera ordenó la inmediata libertad del sindicado y la suspension o conclusion del sumario.

La piedra en que cayó la sangre de D. Cipriano Rodríguez, fue comprada por sus hijos y colocada en el monumento que en el Cementerio der San Pedro levantaron a la memoria de su padre.

González Carazo organizó con brevedad su provisional Gobierno y dió principio a la tarea de administrador.

Por no sé que motivo, el General Mosquera no aprobó la estancia de González Carazo en el Gobierno del Estado y se declaró en ejercicio como Jefe de Antioquia, y en ese carácter vino a Medellin.

XXVI

¿Y la vida civil a qué altura se encontraba en Medellín? Diez grados bajo cero. Y no podía ser menos, atendidas tantas causas que mediaban en su contra.

Teníamos por una parte el estado permanente de guerra, que tenía a unos afanosos buscando asilo para las persecuciones, que eran incesantes, y a otros acopiando recursos para su defensa o yendo a aumentar con sus personas el número de los que hacían frente al enemigo.

Por otra parte, veíamos la división profunda que se había efectuado entre las familias de una y otra comunión política, que llegó en muchos casos hasta el odio más arraigado y tenaz, haciéndonos recordar en muchos casos las terribles venganzas habidas en la Edad Media entre Güefos y Gibelinos.

No faltaban, es verdad, personas honorables y caritativas que hacían esfuerzos sobrehumanos a fin de volver la calma a esa borrascosa situación; pero esos esfuerzos eran totalmente perdidos en las mas de las veces.

Al llegar aquí el General Mosquera con parte de los miembros del Gobierno Nacional, hizo su estreno decretando una contribución o empréstito forzoso de un millón doscientos mil pesos para todo el Estado, correspondiéndole a Medellín casi la mitad de esa enorme suma.

Se nombró una Junta repartidora de la cuota asignada a este Distrito, y esa Junta vino a apoyar lo que dijimos respecto de la mala inteligencia y enemistades entre los que opinaban distinto.

Por supuesto que todos los miembros de la Junta eran liberales e hicieron el reparto únicamente entre los desafectos al nuevo sistema, como lo ordenaba el decreto; pero de una manera tan absurda y bárbara que no hay más que pedir.

Con una lista muy corta llenaron el cupo; y cómo nó, si agravaron a los que debían ser contribuyentes con enormes sumas que al pagarlas, como tenían que hacerlo, y por ricos que fueran, venían a abrir una brecha fatal en sus fortunas, ya por lo alto del señalamiento, y ya por la dificultad de encontrar numerario para el pago en una ciudad exhausta.

Y no siempre se tenía en cuenta el mayor comprometimiento del contribuyente, pues en muchos casos se castigó, no sabemos por qué móvil, la sola opinión.

Jamas oímos decir, ni vimos que el Sr. D. Tomás Muñoz, ponemos por caso, tomara parte activa en favor del Gobierno. Era conservador, y tendría naturalmente deseos de que triunfara su partido, pero

nunca que supieramos, se ocupó en perjuicio de algún contrario, pues todos lo conocíamos como hombre de vida mas bien retirada. Y sin embargo se le impuso la mayor suma que figuraba en el reparto; la exagerada suma de cincuenta mil pesos.

La recaudacion estaba encomendada al Tesorero del Ejercito, Sr. D. Juan de Dios Fonnegra, antioqueño, el que desplego una actividad y energia poco comunes. El recaudo se verificaba militarmente, y todos sabemos lo que esto significa. Llegó el Sr. Fonnegra a un resultado asombroso, en pocos dias; logró hacer entrar al Tesorero la fabulosa suma de casi novecientos mil pesos, en su mayor parte en barras de oro, porque, como ya hemos dicho, el numerario era nulo.

Luego se ocupó el General Mosquera en dictar el “Decreto organico de la Administracion Publica del Estado Soberano de Antioquia”, documento que redactó integramente el Dr. José Maria Rojas Garrido, que ocupaba el puesto de Secretario de Gobierno, ademas del de lo Interior de la Union.

A nosotros, que desempeñábamos la Oficialía mayor de la Secretaria de Gobierno nos tocó escribir, bajo el dictado del Dr. Rojas, ese famoso Decreto que fue la base de nuestra Constitucion y Leyes administrativas, judiciales y de Hacienda.

XXVII

El General Mosquera, que profesaba amor especial a sus disposiciones sobre tuición y desamortizacion de bienes de manos muertas, ordenó poner en ejecucion el primero de esos Decretos; y por consiguiente se impuso a los sacerdotes la obligacion inmediata de someterse a la autoridad del Gobierno de la Union.

Algunos se sometieron de buen grado, pero el mayor numero rehusaron el juramento apoyados en esto, segun de publico se decia, por los anatemas fulminados por el Obispo Dr. Riaño contra los que tal cosa hicieran. El conflicto trajo a Antioquia muchos males, no sólo en ese entonces sino mas tarde.

Dió orden el General Mosquera de aprisionar al Obispo Dr. Riaño y a los Dres. Ramón Martínez Benítez, Román de Hoyos y Manuel Vicente de la Roche. Unicamente el ultimo y el Obispo fueron hallados y llevados a la carcel.

Se decía generalmente que habia sido decretada la prision de los Dres. Martínez Benítez, de Hoyos y de la Roche, porque el General tenia pruebas de que dichos señores eran la causa de la resistencia del Obispo al sometimiento, por aconsejarlo en este sentido.

Dispuso el General que el Dr. de la Roche fuese fusilado, y al efecto se le colocó en la tremenda capilla.

Al saberse este paso la conmoción fue profunda y todos los hombres de valer del Liberalismo, se acercaron al General Mosquera para tratar de evitar el cumplimiento de tan funesto atentado. Hasta se dijo que la esposa del Dr. de la Roche, acompañada del Dr. Jorge Gutiérrez de Lara o D. Juan Pablo Sañudo, se presentó ante el Presidente pidiendo, deshecha en llanto, el perdón de su esposo¹. Nada se consiguió, pues el General fue inexorable.

El Sr. Obispo, sin duda con el objeto de salvar la vida del prisionero, firmó en la prisión una circular por la cual permitía al clero el sometimiento, y esto solo fue motivo para que a él se le pusiera en libertad.

Afligida la sociedad por la capilla impuesta al Dr. de la Roche, se dieron algunos de sus miembros a buscar el medio para salvarlo. Al efecto, se reunieron varios, entre los que se contaban el Dr. Gutiérrez de Lara y D. Juan P. Sañudo, en la casa del Dr. José Ignacio Quevedo, y allí no encontraron más recurso que el siguiente:

Se sabía de manera cierta que el General Mosquera respetaba altamente al General Santos Gutiérrez, y fincaron en él su última esperanza.

Acontecía que el General Gutiérrez había partido para Rionegro de paseo, y esto era lo malo, pues eran más de las dos de la tarde, y al siguiente día por la mañana debía tener lugar la ejecución.

No se desanimaron estos buenos caballeros: buscaron a toda prisa un hombre seguro que partiera sin demora para Rionegro; hallaron a Benigno Zapata, al que entregaron una carta para ponerla en las propias manos del General, y lo despacharon pasadas las tres de la tarde en un buen caballo amarillo del Dr. Quevedo, autorizándolo para reventarlo, si era preciso.

Zapata llegó a Rionegro antes de las siete, y encontró al General a punto de acicalarse para asistir a un baile que se daba en su honor. El General leyó la carta, hizo a un lado sus arreos de dandy: hizo ensillar su caballo y a toda prisa emprendió el camino para Medellín.

Serían las nueve y media o diez cuando el General llegó a la casa que ocupaba el Presidente, desmontó, subió las escaleras y se presentó a la puerta del salón en donde, como de costumbre, encontró al General Mosquera conversando con varios ciudadanos.

¹ Restrepo a lo que se dice aquí referente a la esposa del Dr. de la Roche y demás asuntos relacionados con el destierro del Obispo Riaño, véase lo que copiamos al fin de esta número, tomado del Dr. Andrés Posada Arango.

El General Gutiérrez saludó apenas con una pequeña inclinación de cabeza, se dirigió al General Mosquera que se había parado de su asiento al conocerlo, y le dirigió estas o equivalentes palabras:

-General, la orden para sacar de capilla y de la prisión al Dr. Manuel V. de la Roche.

-Al instante, General, contestó el Presidente; y llamando a su primer Ayudante, Coronel Simón Arboleda, le dictó la orden, que firmó y pasó a entregar al peticionario. Al entregar la orden, el General Mosquera alargó la mano que el General Gutiérrez estrechó, y saludando éste a los presentes salió a toda prisa de la sala.

El bizarro General Gutiérrez bajó: montó en su caballo y al mismo paso que había traído al llegar, se dirigió a la cárcel, de donde sacó al infortunado Dr. de la Roche, que ya se contaría entre los que fueron.

El Sr. Obispo Dr. Riaño, luego que se vió en libertad, revocó el consentimiento que había dado para el juramento de los sacerdotes, y esto hizo subir de punto la cólera del General Mosquera, el que dispuso tener una conferencia pública con el Obispo para tratar de traerlo al camino de la conciliación.

Tuvo lugar la conferencia en la casa del General, rodeado éste de varios abogados y caballeros adictos, y el Obispo fue acompañado de varios sacerdotes.

El General Mosquera, de vasta instrucción y de una memoria prodigiosa, citaba textos de escritores sagrados que según él aconsejaban lo que él aconsejaba lo que él pretendía, y el Sr. Obispo nada contestaba. De vez en cuando el General interpretaba al Obispo para que contestara, y éste sólo decía: *Non possumus.*

Cansado el General de oír siempre lo mismo, cortó la conferencia y envió al Obispo a la cárcel.

A poco se dictó el Decreto de extrañamiento para la Isla de San Andrés, a donde marchó el Obispo, acompañado del virtuoso Pbro. Naranjo, Cura de Santa Bárbara, que no quiso dejar marchar solo a su Prelado, y de una fuerte escolta que mandaba el Coronel Vicente Piñeres.

RECTIFICACION

En la interesante relación que con el título de *Vejececes* ha venido publicándose en LA MISCELANEA, se deslizaron algunas inexactitudes en su parte final, relativas a la prisión y confinamiento del Sr. Obispo Riaño. Creemos conveniente anotarlas, por tratarse de acontecimientos de bastante trascendencia en

nuestra historia nacional. Para hacerlo, pedimos excusa al estimable Sr. Gónima, cuya recta intencion nos complacemos en reconocer.

El Ilustrisimo Sr. Riaño vino a esta ciudad, porque el Prefecto de Antioquia, D. Pascual Bravo, en virtud de las ordenes superiores que tenia recibidas, lo obligó a ello. El Sr. Obispo estuvo donde el General Mosquera el 24 de Noviembre, en que lo trató éste con mucha desatencion, y volvió el viernes, 28 del mismo mes, en cumplimiento de cita y mandato expreso del General. Ahí discutieron los dos, en conferencia publica, los decretos de *tuicion* y *desamortizacion*. El Sr. Obispo se habia hecho acompañar de los Dres. Manuel Vicente de la Roche, Ramón Benítez y Remigio del mismo apellido. Mosquera, irritado en la conferencia, porque el Sr. Obispo no se sometía, lo mandó llevar de ahí mismo a la Carcel, sin haber dictado decreto alguno de prision, y le previno que al dia siguiente lo enviaria para Iscuandé.

El domingo inmediato no hubo misas en la ciudad, porque la mayor parte de los sacerdotes estaban ocultos, y los que habian sometido a los decretos del Presidente, se hallaban *suspensos*, en virtud de un decreto dado por el Obispo, en Antioquia, desde el 26 de Mayo. Esa tarde, Mosquera mandó reducir a prision al Dr. de la Roche y a los Dres. Martínez, que habían acompañado al Obispo a la conferencia, por suponer que influia en el animo del Prelado, a fin de que no se sometiera. (El Dr. Román de Hoyos no figuró para nada en estos acontecimientos). De los tres, sólo el Dr. de la Roche fue hallado. Se le puso en capilla inmediatamente, con orden de fusilarlo en un patio de la Carcel, al amanecer del dia siguiente.

D. Federico Uribe Ochoa, amigo y condiscipulo del General Santo Gutiérrez, de *motu proprio* y tambien por instancias de varias personas de aquí, fue esa misma noche a Rionegro, a empeñarse con dicho General para que viniera a interceder por el Dr. de la Roche; pero no consiguió que viniera.

Por fortuna, el Sr. Obispo, sabiendo lo que pasaba, dictó en la Carcel, a las 9 de esa misma noche, un decreto en que levantaba la suspension impuesta a los sacerdotes, dejando a la conciencia de cada uno, el decidir si se sometia o no a los decretos del Gobierno. En virtud de eso, el Dr. de la Roche fue sacado a esas horas de la capilla y de la Carcel. El Sr. Obispo continuó preso, y de la Carcel lo llevaron directamente a Iscuandé. No es exacto que la señora del Dr. de la Roche hubiera ido a pedirle gracia al General, para su esposo.

Los detalles de esa conferencia, escritos por el Ilustrado Dr. R. Martínez Benítez, estan publicados en el libro de D. Juan Pablo Restrepo, *La Iglesia y el Estado*. 1885.

Medellin, Abril de 1901.

ANDRES POSADA ARANGO.

XXVIII

Pasados algunos días el General Mosquera abandonó definitivamente el Gobierno del Estado, y pasó a situarse con los miembros del Gobierno Nacional, en la ciudad de Rionegro, a activar la reunión de la Convención que se había convocado para aquella ciudad.

Se encargó de la Gobernación del Estado al Dr. Antonio Mendoza, hombre inteligente, verdadero patriota y lleno de benevolencia y buenas intenciones.

El Dr. Mendoza, tolerante en el buen sentido, llegó a obtener que la calma se fuera acentuando en el Estado, y que todo tomara un curso regular y pacífico.

La injusticia dirigía todas las disposiciones del Dr. Mendoza, y en apoyo de esta afirmación, citaremos un hecho que nos consta porque desempeñábamos en ese tiempo la Secretaría de Hacienda, con cuyo empleo habíamos sido honrados.

Se dictó un decreto por el cual se imponía en el Estado una contribución de cien mil pesos para la compra de armas; y se ordenaba en el artículo 3o. de ese decreto “que el repartimiento se hiciera entre los pudientes de cada Distrito”.

Reunida en Sopetrán la Junta respectiva, se verificó el reparto entre unos poquitos conservadores, los que, viendo el fuerte gravamen y la flagrante injusticia, dirigieron su reclamo al Gobernador. Este, apreciando las razones aducidas, anuló el reparto, ordenando que se hiciera de nuevo, teniendo en cuenta la disposición del artículo 3o. citado.

La Junta entonces amplió la lista, pero siempre con sólo nombres conservadores, de los cual surgió nuevo reclamo. Convencido el Dr. Mendoza de que la pasión sólo regia en el ánimo de los repartidores, y no siendo decoroso que dejaran burlada su legal autoridad, removió a los miembros de la Junta y nombró otros que, aunque cargaron la mano a los conservadores, hicieron el reparto general.

En Santa Rosa, donde presidía como Prefecto nuestro hermano político José Froilán Gómez, tuvo lugar un reparto parecido al de Sopetrán; pero allí al menos, al desaprobarse lo hecho, el Prefecto, aunque reventando cinchas, procedió a hacer enmendar el desafuero.

Lo ocurrido en Sopetrán tuvo funestas consecuencias para la Administracion Mendoza. Los removidos de la Junta eran hombres influyentes, y llegada la época de las elecciones para Diputados a la Convencion constituyente del Estado, convocada por el General Mosquera, se hicieron elegir para aquel puesto, y vinieron a ser el nucleo de una fraccion poderosa que llegó a mayorí, y que se denominaba con el nombre de *“Los sombrereros”*.

Para echar fuera al Dr. Mendoza, los constituyentes o su mayoría, se dieron a toda prisa a discutir la Constitucion, dejando a un lado, o mirando de mal ojo, todo proyecto presentado por el Gobierno, y que éste creia beneficioso.

Al fin, en Marzo del 63, se expidió la Constitucion que disponia que el primer Presidente constitucional sería nombrado por la Asamblea. Al efecto, esa Corporacion procedió a la eleccion y resultó favorecido con la mayoría el Sr. Pascual Bravo, logrando asi los enemigos de la Administracion Mendoza, expulsar a éste del Gobierno.

Al saber el Dr. Mendoza el nombramiento de Bravo, se retiró llamando al Procurador del Estado, que lo era el Dr. Benito A. Balcázar, para que se encargara del ejecutivo mientras tomaba posesion el nombrado, lo que se verificó al segundo dia.

XXIX

Don Pascual Bravo, muy joven aun -apenas contaba veintisiete años, -era hombre adornado de grandes cualidades. Claro talento, bastante instruccion, firmeza de caracter y amor notable por el progreso en general. Obscurecía algo todo esto su inclinacion al mando despotico y el querer imitar el General Mosquera, pretendiendo ser al mismo tiempo militar y administrador.

Correspondió al Sr. Bravo poner en ejecucion la ley de expulsion de las momjas del Carmen. Fue comisionado para el acto el Alcalde de la ciudad. No hubo desorden alguno a la salida de esas pobres señoras, las que se asilaron provisionalmente en una casa de la Plazuela de San Roque que se les tenia preparada. Mas tarde ocuparon la casa que sirve hoy de Colegio a las HH. de la Presentacion.

La casa que sirvió para asilar a las monhas fue preparada de antemano por los notables liberales, Sres. Mariano Uribe F., Marcelino Restrepo y el Dr. José Y. Quevedo. La casa es la misma que ocupaba el Ilustrisimo Sr. Obispo, y que entonces pertenecia al Sr. Alejandro Lalinde.

Laborioso Bravo, en alto grado, desde un principio manifestó su empeño por empujar al Estado en una senda que le diera brillo, e hizo mucho en Instrucción pública y obras materiales. Reglamentó la recaudación de las rentas públicas, y supo elegir hombres de conocimientos y honradez para su manejo.

No obstante de todas sus buenas disposiciones para el manejo del Tesoro, el Sr. Bravo se vió apurado para acopiar el dinero suficiente para atender a los gastos públicos, ya porque con tan largo estado de guerra las fuentes de la riqueza estaban muy mermadas, y ya porque se había obligado a organizar una fuerte División de tropas, pues el partido de los vencidos no dejaba un momento de conspirar.

Este estado de penuria fue la causa, a nuestro humilde entender, de una grave falta que trajo consecuencias funestísimas.

Convocó una Junta de casi todos los capitalistas de Medellín, y en un breve discurso les presentó la situación en que se hallaba el Gobierno, y solicitó de ellos un empréstito, pero inmediato, de sesenta mil pesos, que ellos mismos debían distribuirse. Al mismo tiempo les impuso que garantizaría el pago con la hipoteca de las rentas del Estado. Luego se retiró para que libremente deliberaban.

Pasadas algunas horas hizo que uno de sus Secretarios entrara al salón a informarse, y volviendo éste le manifestó que nada se había hecho, pues sólo unos pocos liberales se habían suscritos por sumas insignificantes. Visto este resultado declaró disuelta la Junta.

Acto continuo dictó el famoso Decreto que se llamó *de conscripción militar*, por el cual se dispuso el reclutamiento de los pudientes sin consideración a edad, enfermedad etc., etc. El Decreto se cumplió, y en consecuencia fueron conducidos a los cuarteles muchos octogenarios inválidos, pero ricos. Allí les impuso la ley: tuvieron que rescatarse con la suma que a cada uno asignó el Presidente. Esta inconsulta medida le enojó la voluntad de muchísimos liberales y encontró más y más a los conservadores que por otra parte no vivían muy a gusto.

Más tarde, teniendo indicios, o pruebas -no lo supimos -de que se conspiraba en el Departamento de Oriente, hizo aprisionar al Sr. Simón Duque, tenido por uno de los cabecillas, y llegado esta noche a Medellín, lo mandó poner en capillas en el cuartel de la 1.ª División.

Grande excitación hubo en la ciudad por esta novedad, de que nos libramos por la intervención de todo lo notable de la sociedad, que al fin consiguieron del Presidente Bravo desistiera de su propósito.

Como nos parecía que íbamos a gozar de paz y que la sociedad medellinense estaba ávida de distracciones, de que tan largo tiempo había estado privada, influímos con nuestro grande artista José Froilán Gómez, para que reorganizarse de nuevo la gran compañía dramática antioqueña. Gómez, con la actividad que lo distinguía y a pesar de sus funciones de Jefe de Estado Mayor General, reunió todos los dispersos, menos nuestra gran dama Jorge Jaramillo, que rehusó continuar en ese carácter, y dimos principio a los trabajos.

No nos habíamos engañado en nuestras esperanzas, pues las dos primeras piezas que exhibimos, que lo fueron *El Tercero en discordia*, de Bretón de los Herreros, y el *Conde de Montecristo*, fueron saludadas con entusiasmo por una inmensa concurrencia.

Anunciamos la tercera para el 8 de diciembre, día de la Concepción, y como la pieza era *Fe, Esperanza y Caridad*, muy del gusto de nuestra sociedad, la localidad fue embargada toda con anticipación, por lo cual nosotros aguardábamos un hermoso fruto de nuestros esfuerzos.

Pero nada tan cierto como aquello de que “El hombre propone y Dios dispone”. A la una de la tarde de ese día llegó a la plaza Jacinto Arango A. con la lamentable noticia de haberse rebelado contra el Gobierno, en Abejorral, el Coronel José Ma. Gutiérrez, haciendo prisionero, después de un corto tiroteo, a un Oficial Uribe estacionado allí con un piquete de tropas.

Adiós función teatral. Todo se volvió llamadas de cornetas y tambores, y unos correr a los cuarteles a ofrecer sus servicios, y otros a esconder más que de prisa el bulto.

El presidente Bravo, con su actividad ingénita, dictó medidas energicas para la formación inmediata de una segunda División, que pronto estuvo dispuesta, y bajo las ordenes del General Antonio Plaza se acuarteló en el Convento del Carmen. Allí mismo se redujo a prisión a varios conservadores.

Se supo también que el Dr. Pedro J. Berrío había levantado bandera en el Norte y que se aprestaba para marchar sobre el centro.

Organizada ya la 2a. División, el Presidente resolvió marchar a situarse en Rionegro con la 1a., al mando inmediato del joven General Enrique Lara, valeroso y entendido militar, y lo acompañaban jefes veteranos, como los Coroneles Julián Molina y Venancio Salazar.

Una vez en Rionegro, y no sabemos por qué aberración, ordenó construir allí fosos y atrincheramientos y otras obras de defensa, como para sostener un sitio, y lo mismo dispuso se hiciera en el Convento, el que se llenó de aspilleros, andamios, zanjas, empalizadas etc. y se acumularon viveres

como para un largo asedio. Al mismo tiempo dispuso se le enviaran varios de los presos políticos, que colocó en el cementerio de Rionegro.

Como los presos eran en bastante numero y se encerraban en una pieza relativamente pequeña, se mandó construir una chambrana con fuertes barrotes en el claustro alto del Convento, de lado izquierdo, y esto dió motivo a una alarma infundada, promovida por los conservadores, que decían que esa obra no tenia mas objeto que poder fusilar a mansalva a los prisioneros por entre los barrotes. Calumnia infame, pues tal construccion era unicamente destinada para dormitorio de los detenidos, proporcionándoles así el aire suficiente de que estaban privados en el salon antes dicho. A ese enrejado lo llamaron ‘La Jaula’.

Ibamos así cuando se vieron los toldos del campamento del Sr. Berrío, en el Venteadero. Se dió aviso por posta al Presidente Bravo y éste ordenó la marcha de la 2a. Division a situarse en Niquía, y él mismo bajó por Copacabana con parte de la 1a.

El ejercito del Dr. Berrío en su marcha, tropezó con una partida que venia de Sopenetrán al mando del Coronel Leonidas Piedrahíta, y al paso los tomó prisioneros y marchó con ellos para el Norte.

Llegado a Niquía el Presidente, dispuso que dos Batallones al mando del Coronel Cenón Trujillo marchasen por un punto que llama “Tierra-adentro”, a salir al alto de Medina, con el objeto de cortar la salida a las fuerzas del Dr. Berrío; pero la medida fue dispuesta con poco tino y prevision, pues el movimiento principiò casi de día y naturalmente fue observado por el Dr. Berrío, el que emprendió su retirada en el acto; y cuando los Batallones aquellos salieron a su destino el pajaró habia volado.

El Presidente Bravo hizo que todas sus tropas siguieran apresuradamente en persecucion de Berrío, y llegó hasta el alto de Riochico en donde hubo un tiroteo en que murió el Capitan Rodríguez de las fuerzas de Bravo. De allí resolvió volverse, y encomendó al General Plaza que con la 2a. Division siguiese en persecucion de Berrío, mala operacion por cuanto quedaba encomendada a un hombre completamente bisoño en el conocimiento del terreno que pisaba, y que dió pesimo y funesto resultado.

XXXI

Llegó el Presidente a Rionegro, y teniendo conocimiento de un movimiento en contra verificado por los marinillos, puso en marcha a la Division y fue hasta el punto de “Tinajas”, sin poder alcanzar a los rebeldes. Cuando marchaba habia dictado una orden del dia imponiendo la pena de muerte, a cualquiera que resultase reo de robo o ultraje grave a las personas.

Ya en Marinilla, de regreso de Tinajitas, supo Bravo que un Sr. Villa había quitado por fuerza unos aretes a una señora. Llamó a la señora y a otros que tenían conocimiento del hecho, y comprobado éste, ordenó el fusilamiento de Villa, lo que se llevó a efecto en la calle y en el acto.

La División que mandaba Plaza fue sorprendida en Yarumal el 2 de enero de 1864 por las tropas del DR. Berrío que las venció totalmente, quedando prisioneros casi todos los que la componían, y muertos Plaza, el Comandante Antonio Ma. Rodríguez y otros muchos.

Un hecho notable y que no sabemos cómo explicar, se verificó:

La Acción o combate de Yarumal terminó, según nuestras noticias, entre una y dos de la tarde, y a las tres de la mañana del tres llegó a Medellín, a la Plazuela de San Roque, Mario Latorre, que hacía parte de uno de los Batallones de la 2a. División. Refirió el combate, la muerte de Plaza y otros detalles. El Prefecto, Sr. Rafael Echavarría, que tuvo noticia de lo referido por Latorre, lo hizo llevar a su Oficina en la misma Plazuela, y allí bajo juramento dijo lo mismo. Creyéndose el hecho imposible atendida la distancia, se le arrestó para evitar la circulación de noticias tan perjudiciales.

A las ocho de la mañana, poco más o menos, arribó un posta enviado por el Coronel José Muñoz, Comandante de armas de Santa Rosa, confirmando la noticia con los mismos detalles indicados por Latorre.

Inmediatamente se comunicó por la posta la noticia al Presidente; y éste apresuradamente siguió a atacar las fuerzas de los Generales José Ma. Gutiérrez, Cosme Marulanda y Joaquín Ma. Córdoba, que encontró atrincheradas en “Cascajo”.

El día cuatro se dió el combate, en el que quedó destruida la única fuerza que le restaba al Estado, muriendo en ese campo el Presidente Pascual Bravo y el valiente Coronel Juan Pablo Uribe, Jefe de Estado Mayor de la División.

Así sucumbió por entonces la dominación liberal en Antioquia.

XXXII

Al saberse la muerte del Presidente Bravo se encargó del Gobierno del Estado el Sr. Tomás Uribe S., designado, y a él le correspondió entregarlo; entrega que verificó en manos del Sr. Lisandro Ochoa, en su carácter de Prefecto del Centro, que no sabemos quién se lo confirió.

Llegó a Medellín el Dr. Pedro J. Berrío con su División y sus prisioneros de Yarumal, y luego se le reunieron las fuerzas de Gutiérrez, Marulanda y Córdoba, vencedoras en Cascajo.

El Dr. Berrío fue aclamado por el Ejército y por todos sus copartidarios Jefe del Estado, y asumió inmediatamente el mando.

En los primeros momentos de la ocupación de la ciudad tuvieron lugar, como de cajón, muchísimas tropelías, tales como prisiones, visitas domiciliarias y ocupación de casas de liberales para cuarteles. Y esto último con tal exceso que no se daba lugar a las familias para sacar sus muebles, dándoles apenas tres o cuatro horas para la desocupación.

A nosotros nos tocó el amargo según se dice comúnmente.

Una vez mandados retirar de la plaza los Batallones, uno que mandaba Ildelfonso Sánchez fue derecho a la casa que ocupaba nuestro padre, y sin previo aviso ni dar tiempo para nada tomó posesión, sin reflexionar que esa casa la habitaban siete señoras jóvenes y un anciano tan conocido por el bien que hacía y que siempre había sido su norma de conducta.

Reconvenido el Sr. Sánchez por este paso inconsulto y atentatorio, manifestó que lo hacía por orden del Prefecto, y éste dijo que no había dispuesto tal cosa; de modo que no aparecía responsable del ultraje, y la pobre familia tuvo que pasar al asilo momentáneo que el Dr. Pascasio Uribe, conservador y amigo nuestro, le facilitó, dejando en poder de la soldadesca de Sánchez todos sus efectos.

El Dr. Berrío se consagró por el momento a aumentar y reorganizar su ejército en previsión de los acontecimientos, y a dar forma a su improvisado gobierno.

Uno de los primeros pasos que dió fue el de pasar una nota al Gobierno que presidía el Dr. Manuel Murillo Toro, dándole cuenta de lo acaecido en Antioquia, y haciéndole presente que el movimiento efectuado era puramente local, y que por consiguiente Antioquia siempre se consideraba como parte integrante de la Unión, cuya Constitución y leyes acataría y haría ejecutar. Pedía por conclusión el reconocimiento del nuevo Gobierno que se había dado al Estado.

Mientras venía la resolución o respuesta de Bogotá, y a pesar del estado de guerra con su aditamento de tropelías, el Dr. Berrío no descuidó la administración pública, principiando a echar las bases de ese edificio que a tanta altura llegó.

La transición, violenta como había tenido lugar, no era a propósito para auxiliar las buenas relaciones sociales, pues al contrario, como era de rigor, se agriaban más y más, ya por las persecuciones a los unos, ya por las fanfarronerías de los mal educados del bando vencedor.

Por otra parte, no estaba el animo general para distracciones que interrumpian de continuo el agudo timbrar de las cornetas, el ronco sonar de los tambores, el ¡alerta! de los centinelas, y el ¡alto! ¿quién vive? de las patrullas.

Tenian, por supuesto, una gran parte en la intranquilidad, el recuerdo de tanta sangre derramada y la perdida de tanta riqueza en tantas y tan continuas contiendas.

Conste, pues, que no podiamos ni debiamos divertirnos.

XXXIII

No era el Dr. Pedro J. Berrío hombre de gran talento ni de mucha ciencia; pero poseia en alto grado un tino maravilloso para gobernar y una prevision y prudencia que hacian de él un gobernante excepcional.

Amante del progreso en todas sus manifestaciones; de honradez indiscutible y de valor a toda prueba, pudo llevar y llevó a Antioquia adonde probable y difícilmente la volveremos a ver.

Apenas se supo aqui el reconocimiento que el Presidente de la Republica hacía del nuevo Gobierno del Estado, el Dr. Berrío ordenó el desarme y licenciamiento del Ejercito, no restando mas fuerza publica que diez y seis o diez y ocho gendarmes con un Inspector de Policia general a su cabeza; y entonces se dió de lleno a la tarea de fundar una administracion que será siempre la admiracion de los estadistas y hombres publicos.

Primero que todo, quiso establecer la paz sobre bases solidas, y lo consiguió dando a todos garantias que no se desmintieron un instante durante su gobierno; y luego dió principio a esa magna obra de progreso material, que ni soñarla podiamos.

A pesar del deseo que muchos de sus copartidarios manifestaban de que se hiciera guerra al Gobierno Nacional, él inquebrantable, sostuvo la paz y buenas relaciones; y cuando a su juicio alguna disposicion atacaba la Constitucion o soberania de los Estados, le limitaba a elevar su razonada protesta y continuaba su marcha impasible.

Introdujo al Estado un grande armamento; y una vez sabido esto por los enemigos del Gobierno Nacional, diéronse a intrigar para llevar el pais a la guerra sin tener en cuenta lo que el mismo Dr. Berrío decía: 'que ese armamento no tenia por objeto hacer guerra sino prepararse para la defensa en caso de ataque'.

A este proposito referimos un episodio notable.

Vino aquí, del Estado del Cauca, un señor frances que habia sido Secretario o ayudante de D. Julio Arboleda; y se decia que venia comisionado de los conservadores para acordar con el Dr. Berrío el modo de dar en tierra con el partido liberal.

Se contaba que dicho señor frances habia pasado a la casa del Dr. Berrío y lo habia impuesto del motivo de su comision: que el Dr. Berrío lo habia dejado hablar sin interrumpirlo, y que luego que terminó de exponer sus planes lo despidió citándolo para el siguiente día a las doce, a su despacho. Luego pasó recado a D. Rafael Vélez Mejía, Inspector de Policía, citándolo para la misma hora y al mismo lugar.

Al siguiente, a la hora, se presentó en la Gobernacion el señor frances, y el Dr. Berrío que estaba escribiendo, le indicó que tomara asiento.

En ese momento llegó a la puerta el Sr. Señor Vélez Mejía, y mirándolo el Dr. Berrío, le dijo:

“Acérquese D. Rafael. Mire Ud. bien a este señor, al que si dentro de cuatro horas no ha desocupado la ciudad, le sigue Ud. causa de vagancia”.

El señor aquél se lo tuvo por dicho, y rabo entre piernas marchó mas que de prisa.

XXXIV

En el 67, cuando la proclamacion de la dictadura del General Mosquera, el Dr. Berrío dió una alocucion llamando a los antioqueños sin distincion de partidos a la defenso de la Constitucion; todos se apresurados a llenar los cuarteles, y en pocos dias se organizó un verdadero ejercito, cuya primera division de vanguardia al mando del General Cosme Marulanda, pisaba ya las fronteras del Tolima cuando se supo la madrugada de Mayo.

En seguida, las armas a los parques y todo el mundo a sus ocupaciones ordinarios.

Antioquia es deudora al Dr. Berrío, entre otras muchas obras buenas, de la Carrera del Norte, Casa de Artes y Oficios dotada con muchas y poderosas máquinas, y la famosa Casa de Moneda, la mejor según dicen de toda la America del Sur.

El Dr. Berrío llevó a cabo una negociacion con el Gobierno nacional, de la cual resultó la cesion al Estado del edificio que servía de Monasterio a las Monjas del Carmen, y lo devolvió a estas señoras, recabado ademas de la Legislatura del Estado, un fuerte auxilio en dinero para la subsistencia de las mismas.

Logró el Dr. Berrío, con su prudencia y carácter firme, acallar poco a poco los enconos políticos, y llegó hasta el extremo de ocupar en puestos importantes de la Administración pública a varios liberales de nota.

Fue amante de la instrucción pública como el que más. Organizó perfectamente la Universidad: hizo venir de Alemania profesores adecuados para montar la Escuela Normal de Instituciones en un brillante pie, saliendo de allí magníficos profesores, que distribuyó en todo el Estado, y regó hasta en las montañas escuelas primarias para los pobres campesinos.

Al frente de la Hacienda pública tuvo cuidado de poner hombres competentes y honrados, y él personalmente fiscalizaba todas las operaciones y no permitía que se gastase un solo real sin su buena cuenta y razón.

De esto último nos dejó una prueba de bulto. Cuando definitivamente entregó el Gobierno del Estado, dejó en las cajas un sobrante de trescientos mil pesos, y esto a pesar de obras tan costosas como emprendió y llevó a cabo, sin que nunca quedase un solo empleado que no hubiere oportunamente percibido sus emolumentos.

Como todos los hombres importantes, el Dr. Berrío tuvo grandes decepciones. En los últimos tiempos de los nueve años que estuvo al frente del Estado, se desarrolló una oposición sistemática encabezada por ingratos que se lo debían todo, y tal vez la enfermedad del corazón de que murió, sería motivada por los disgustos que le ocasionaría el ver desconocidos sus inmensos servicios.

Una vez fuera del Gobierno, pasó el Dr. Berrío a regir la Universidad donde, como en todo, se afanó porque Antioquia fuera el primer Estado de la Unión.

El Dr. Berrío contaba al encargarse del Gobierno con un pequeño capital, que descuidó por manejar bien los caudales públicos. Murió pobre y por consiguiente su familia quedó a linde con la miseria. El ejemplo es sugestivo, pero no lo seguimos.

Honra y gloria al Dr. Pedro J. Berrío.

Ya no más. Cansado de relatar tantas y tan sangrientas luchas como nos han cabido en suerte, y dando fin a nuestros recuerdos de los tiempos viejos que para nosotros aquí terminan, nos despedimos de los lectores de *La Miscelánea* y dejamos de lado la mal tajada pluma, que a la verdad no debíamos haber cogido.

ELADIO GONIMA CH.

(JUAN).

FIN